



“Rebeldes y redentores.
La juventud en las revistas literarias mexicanas (1916-1919)
Gladios, La Nave, Pegaso, San-Ev-Ank y Revista Nueva”

T E S I S

**Que para obtener el grado de
Doctor en Literatura Hispánica**

Presenta

Anuar Jalife Jacobo

**Directora de tesis
Mercedes Zavala Gómez del Campo**

A Juan Pascual Gay

Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente...

JOSUÉ 1:9

Hamlet: *My fate cries out,
And makes each petty artery in this body
As Hardy as the Nemean lion's nerve.—
Still am I call'd; —unhand me, gentlemen;—
By heaven, I'll make a ghost of him that lets me.
I say, away! —Go on; I'll follow thee.*

HAMLET, PRINCE OF DENMARK

Índice

Introducción	8
Capítulo 1. El nacimiento de la juventud moderna	13
Capítulo 2. La juventud moderna en México	27
2.1. Ignacio Manuel Altamirano y el primer llamado a la juventud	28
2.2. Manuel Gutiérrez Nájera y el llamado modernista	35
2.3. Los decadentes: una juventud que se devora a sí misma	49
2.4. El ateneísmo y el joven intelectual	64
Capítulo 3. La juventud en las revistas literarias.	
De <i>Gladios</i> a <i>Revista Nueva</i> (1916-1919)	99
3.1. La juventud intelectual en el México posrevolucionario	99
3.2. <i>Gladios</i> , <i>La Nave</i> y Los Siete Sabios, reinterpretaciones del ateneísmo	111
3.3. <i>Pegaso</i> , <i>San-ev-ank</i> y <i>Revista Nueva</i> , asomos de una nueva juventud	144
Conclusiones	189
Bibliografía	205

Introducción

La presente investigación surgió de la intención de tirar de la hebra de un estudio previo que realicé sobre la revista *Ulises* (1927-1928) y como parte de un proyecto para historiar las revistas literarias mexicanas en el que participamos académicos y estudiantes del El Colegio de San Luis. En la publicación editada por Salvador Novo y Xavier Villaurrutia creí advertir el ejemplo cabal de lo que podría llamarse una *revista de juventud*, no sólo por la mocedad de sus editores al momento de llevar a cabo la empresa sino por el talante lúdico, irónico y transgresor que la caracterizó. La intención original de este trabajo era, entonces, rastrear las raíces de las revistas literarias mexicanas de carácter juvenil; las cuales, sospechaba, debían hallarse en *San-Ev-Ank* (1918). Sin embargo, apenas realicé las primeras lecturas para tratar de esbozar una definición de aquella *juventud* que estaba buscando, descubrí que contrariamente a mis prejuicios sobre la juventud, ésta no poseía uno sino varios rostros, cuyos valores distintivos no necesariamente giraban en la órbita de la rebeldía y el juego, sino también en los de la conservación y continuación de ciertos ideales del pasado. Y es que, como señalan Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt en la introducción a su imprescindible *Historia de los jóvenes*, la característica que distingue a la juventud es su “liminalidad”, es decir, esa naturaleza proteica, casi inasible, que la sitúa

entre dos mundos cuyos límites se encuentran en constante movimiento: la sumisión y la independencia, la inmadurez y la sabiduría, la carencia de autoridad y la posesión de una fuerza inmensa; límites dinámicos que la convierten en una construcción social y cultural que depende no tanto de un sustento biológico sino de “unas determinaciones culturales que difieren según las sociedades humanas y las épocas, imponiendo cada una de ellas a su modo un orden y un sentido a lo que parece transitorio, y hasta desordenado y caótico”.¹

Desde esta óptica, tomar como punto de partida a *San-Ev-Ank* parecía insuficiente, pues ésta manifestaba la emergencia de una juventud —la posrevolucionaria— que resultaba inexplicable si no se atendía a los procesos históricos y culturales, muchas veces contradictorios, al calor de los cuales se fraguó. Del mismo modo, resultaba poco justo acudir sólo a las empresas editoriales de los jóvenes, pues la investigación fue revelando muy pronto que la conformación de la juventud literaria mexicana era el resultado de un cruce entre las directrices señaladas por los hombres maduros, los intereses de los propios jóvenes y las exigencias del presente, que fue el tablero donde ambos elementos se pusieron en juego. Se trata, pues, de una red de continuidades y rupturas, de soluciones y conflictos, de tensiones permanentes entre lo dispuesto y lo asumido, entre lo heredado y lo propio, que confluyen para definir el perfil de la juventud literaria en cada momento dado.

Como punto de arranque para comprender el devenir de la juventud literaria mexicana en sus revistas, el estudio se expone una serie de reflexiones históricas que permiten ubicar el surgimiento de la idea moderna de juventud. Sin poder hallar un consenso claro entre los pocos autores que abordan el asunto desde una perspectiva

¹ G. Levi y J. C. Schmitt, “Introducción”, en *Historia de los jóvenes. I. De la Antigüedad a la Edad Moderna*, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus, 1996, p. 7.

² A. García Morales, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, p. 53.

histórica, fue posible ubicar el nacimiento moderno del concepto de juventud entre los periodos de la Ilustración y el Romanticismo, cuando “empieza a considerarse al hombre y la cultura históricamente” y “se ve a cada generación como dueña de su destino, responsable de su propia época”.² La juventud moderna parece nacer aparejada a la idea de la *historia como progreso*, idea basada en el mito cristiano del fin de la historia, el cual — como explica Gabriel Zaid— oponía a las ideas de una humanidad caída en desgracia y al tiempo circular la esperanza de un futuro mejor.³ Un mito que al secularizarse hacia el siglo XVIII dejó de imaginar el advenimiento de ese porvenir prodigioso como obra divina para concebirlo como el resultado gradual de los esfuerzos humanos por aplicar la razón y la ciencia, y, más tarde, como consecuencia del desarrollo histórico de la humanidad. De este modo, lo que para otras épocas constituía una edad de tránsito, con la modernidad adquirió un pleno reconocimiento. Con él comenzaron a envolver a la juventud una serie de encomiendas y sospechas, de esperanzas y recelos que, sin importar si concebían a los jóvenes desde una perspectiva optimista o pesimista, les concedían por igual un lugar privilegiado en el desarrollo histórico y social modernos.

En ese proceso de reconocimiento de los jóvenes como grupo social comenzó a destacar rápidamente una minoría selecta dentro del conjunto: la juventud letrada. Un conjunto de nuevas disposiciones jurídicas, laborales, educativas comenzó a instrumentarse para tratar de definir y acotar los espacios que debían ocupar los jóvenes como “masa”; como una forma de cuidar su desarrollo pero también de prevenir las amenazas que podían representar. De forma paralela al desenvolvimiento de estas causas masivas, surgió también

² A. García Morales, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, p. 53.

³ Cfr. G. Zaid, “La historia como progreso”, *Letras Libres*, marzo de 2005, pp. 28-31.

un discurso especialmente dirigido a la juventud educada, grupo en el que parecía decidirse el éxito o fracaso futuros de las sociedades. Pues, como señala José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*, la noción de generación —en la cual se halla enmarcada la idea de juventud moderna— implica una relación dinámica entre masa e individuo, entre multitud y minoría; una dualidad que resultó evidente para las sociedades modernas, las cuales hicieron de la juventud ilustrada una nueva aristocracia de la inteligencia responsable de conducir a la muchedumbre. De ahí que los grandes maestros de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX como Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra o José Enrique Rodó, por citar sólo tres ejemplos paradigmáticos, no escatimaran a la hora de lanzar discursos y arengas encaminados a formar moralmente a los jóvenes y a despertar en ellos una conciencia social; de ahí, también, la alarma y el ánimo de censura que provocaba la aparición de juventudes reticentes a seguir esos llamados como ocurrió con los poetas decadentistas.

La intención de tomar las revistas literarias como eje conductor parte de la idea de que en ellas es posible rescatar el dinamismo de estos procesos culturales y literarios. Sujetas a las vicisitudes del momento, escaparates de su propio presente, las revistas son espacios privilegiados donde el historiador de la literatura puede convertirse en testigo de primera fila de aquellos discursos, personajes y obras que con el paso del tiempo han sufrido procesos de consagración o, por el contrario, han terminado en el olvido. Especialmente en lo que corresponde a la segunda mitad de la década de 1910, las revistas literarias son una guía para recorrer aquellos años escasamente estudiados y que, sin embargo, poseen una importancia capital en el desarrollo de la cultura mexicana moderna. En el arco trazado por revistas como *Gladios* (1916), *La Nave* (1916), *Pegaso* (1917), *San-*

Ev-Ank (1918) y *Revista Nueva* (1919) se pueden apreciar los esfuerzos de diversos actores por dar forma a una cultura mexicana en plena crisis. Son años de convivencia entre generaciones que, debido a la agitación revolucionaria, se formaron en atmósferas y realidades muy diferentes entre sí. Algunos ideales de cultura de las décadas anteriores pugnan por sobrevivir en un México radicalmente distinto, otros más ajustados al presente comienzan a emerger con fuerza, otros son recuperados y reinterpretados por nuevos actores, otorgando una particular complejidad cultural al periodo, estrechamente relacionada con el enmarañado acontecer social y político que caracterizó al México posrevolucionario.

Se trata, en términos generales, de una aproximación a un periodo poblado por revistas literarias escasamente atendidas, tal vez debido a la vitalidad manifestada por las publicaciones que ocuparon la primera década y, más tarde, los años veinte. Sin embargo, esta revisión panorámica parece abrir diversos caminos para comprender de una forma más cabal los desenlaces de las empresas iniciadas por los incipientes ateneístas al despuntar el siglo así como el origen de una serie de ideas y debates que marcarán la década de 1920.

Capítulo 1.

El nacimiento de la juventud moderna

El concepto moderno de juventud surgió cuando el siglo XVIII estaba a punto de cerrar los ojos. En el transcurso de la Ilustración hacia el Romanticismo la juventud comenzó a adquirir un peso específico y unas coordenadas sociales propias. En el origen de esta nueva perspectiva se encontraban una serie de cambios políticos motivados por la Revolución Francesa que afectaron drásticamente las formas de relación social que hasta ese momento habían gozado de una prolongada, aunque relativa, estabilidad. Asimismo, el proyecto ilustrado, al hacer énfasis en la educación como el instrumento más valioso para la emancipación de la humanidad, contribuyó a concebir a la juventud como un periodo primordialmente *formativo*, de radical importancia no sólo para la vida futura de los individuos sino también de las sociedades, durante el cual era preciso intervenir si es que se deseaba convertir a los hombres en ciudadanos.

Para buena parte de la historiografía en torno al tema, el reconocimiento a los jóvenes como actores relevantes en el devenir histórico y social tuvo un primer impulso con la Revolución Francesa y más tarde con la Segunda Revolución Industrial. Aunque está claro que desde las épocas más remotas la juventud no era una cuestión ignorada. Ortega y

Gasset,⁴ por ejemplo, afirma que desde los tiempos primitivos es posible organizaciones sociales basadas en clases de edad. El filósofo da cuenta de distintas “teorías de las edades”, que van de Aristóteles, Esopo y Plutarco a las consejas medievales y el teatro de Shakespeare, de acuerdo a las cuales la vida humana se dividía en edades que normalmente partían de la juventud hacia la madurez y la vejez,⁵ connotando una vaga diferenciación entre lo que posteriormente serían la infancia, la adolescencia, la juventud y sus posibles subdivisiones. Baste como ejemplo uno de los más detallados cuadros que Aristóteles ofrece en la *Retórica* del carácter juvenil, descripción que en varios aspectos ha sabido mantener su vigencia o que quizás, como ocurre con los griegos, ha sido capaz de crear y recrear lo que nombra. El filósofo anticipaba los dos tipos de mirada que Occidente dirigirá a la juventud; una advierte sobre los peligros de su carácter indómito; otra reconoce en ella la bondad que acompaña a la inocencia. Dice el estagirita con respecto a los jóvenes y el manejo de las pasiones:

Por su talante, pues, los jóvenes son propensos a los deseos pasionales y de la condición de hacer cuanto desean. De entre los deseos que se refieren al cuerpo son, sobre todo, dóciles a los placeres del amor e incapaces de dominarse ante ellos [...] Son también apasionados, coléricos y proclives a sucumbir a la ira. Los domina el apetito irascible, pues, en efecto, por causa de la honra, no soportan que se les desprecie, sino que se indignan si piensan que se les trata con injusticia.⁶

Se guían, además, todavía por la belleza y no por la razón: “Por su modo de actuar prefieren lo bello a lo conveniente: viven, en efecto, más según el talante que según el cálculo racional, y el cálculo racional es lo propio de la conveniencia mientras que la virtud

⁴ J. Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, en *Obras Completas*, t. V, 6ª ed., Madrid, Revista de Occidente, p. 41.

⁵ *Ibid.*, p. 42.

⁶ Aristóteles, *Retórica*, libro II 12: 1389a, versión de Quintín Racionero (intro., trad. y notas), Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos 142), 1990, p. 377-378.

lo es de lo bello”.⁷ Pero es precisamente de esa falta de cálculo, de esa natural ingenuidad, de donde proviene la bondad de los jóvenes, pero también el riesgo de que se les manipule: “son bondadosos a causa de que todavía no han visto muchas maldades; crédulos, en razón de que aún no han padecido engaño muchas veces; y optimistas porque [...] no han sufrido muchas decepciones. Por lo mismo que acaba de decirse, son también fáciles de engañar [...]”. Asimismo, suelen ser “más amigos y mejores compañeros que los de las otras edades, porque gozan con convivir y nada juzgan aún mirando a la conveniencia, de modo que tampoco a los amigos”. Y finalmente, pero no menos importante, “son amantes de la risa”.⁸

Para Sandra Souto Kustrín es hasta el arribo de la modernidad que los jóvenes cobraron importancia como un *grupo social definido*, pues “las sociedades europeas preindustrializadas no establecían una clara distinción entre la infancia y otras fases de la vida preadulta”.⁹ Fue la Revolución Francesa la que por primera vez concibió un discurso político especialmente dirigido a los jóvenes con el fin de sumarlos a una causa con la cual éstos, por el sólo hecho de su juventud, *debían* sentirse identificados: destruir los antiguos modelos políticos y sociales para fundar una nueva sociedad pretendidamente más justa y generosa.¹⁰ El filósofo argentino Hugo Biagini señala que “los jacobinos visualizaron a la juventud como un sector fundamental para defender las libertades republicanas, mediante una formación sistemática donde se inculcaba el desprecio a los prejuicios y a la dictadura

⁷ *Ibid.*, 1389b, p. 380.

⁸ *Ibid.*, 1389a-1389b, pp. 378-379, 381.

⁹ S. Souto Kustrín, “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”, *HAOL*, núm. 13, invierno de 2007, p. 172.

¹⁰ Cfr. S. Luzzatto, “Jóvenes rebeldes y revolucionarios (1789-1917)”, en *Historia de los jóvenes. II. La edad contemporánea*, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus, 1996, p. 247.

así como una actitud reverencial hacia el patriotismo y la fraternidad”.¹¹ Una nueva aura en la que se unían el vigor y la vitalidad a la probidad y el anhelo de cambio comenzó a envolver al joven, cuya imagen, en cierto modo, se vio vinculada a la del *hombre nuevo*, una figura ilustrada que personificaba los deseos de la época por una renovación radical del mundo que iba mucho más allá de la esfera política y de la situación particular de la Francia de fines del XVIII. Esta idea del *hombre nuevo*, escribe Beatriz Urías Horcasitas, “reapareció asociada con el planteamiento de que el proceso revolucionario y el nacimiento del ciudadano habían dado lugar no sólo a la caída del absolutismo, sino a una transformación en la esencia misma de lo humano”.¹² En ese sentido, el discurso político revolucionario no estaba dirigido a cualquier juventud sino, en palabras de Sergio Luzzatto, a una “tan generosa y entusiasta” que pudiera convertirse en “un peligro permanente para el orden político y social”;¹³ es decir, una juventud cuyos valores presupuestos le permitieran representar un nuevo modelo de humanidad y, al mismo tiempo, promover y sostener la transformación permanente de ésta.

Biagini llama *juvenilismo* a esta concepción idealizada de la juventud, la cual, con sus altibajos, ha sido una constante en el pensamiento occidental de los últimos tres siglos, desde los ilustrados franceses y los románticos alemanes, hasta los distintos nacionalismos de comienzos de la centuria pasada o los movimientos juveniles de la década de los sesenta, por citar sólo algunos episodios. De acuerdo con el filósofo argentino, el juvenilismo es la “creencia o ideología según la cual le corresponde a los jóvenes asumirse como avanzada

¹¹ H. E. Biagini, “El discurso juvenilista y la impronta roigiana”, *Horizontes filosóficos*, núm. 3, 2013, p. 58-59.

¹² B. Urías Horcasitas, “El ‘Hombre nuevo’ de la posrevolución”, *Letras Libres*, mayo de 2007, p. 58.

¹³ S. Luzzatto, art. cit., p. 247.

histórica, como redentores sociales y portadores de utopía, al reunir en sí la mayor dosis de inconformismo, desinterés, creatividad y compromiso”.¹⁴

En la órbita de este pensamiento apareció, asociado a la idea de juventud, el concepto moderno *generación*;¹⁵ cuyo carácter performativo,¹⁶ es decir, su capacidad para crear una realidad con el solo hecho de nombrarla, propició una distinción más clara de los jóvenes al dotarlos de cierta corporeidad temporal o, dicho de otro modo, al concebirlos como un grupo social definido por la edad, con ciertas características comunes, determinadas formas de relacionarse con el pasado y el porvenir, así como distintas maneras de recibir herencia ofrecida por sus mayores y de formular sus propias expectativas. En *El tema de nuestro tiempo* —libro que reabre el debate en torno a la generación como concepto histórico en el siglo XX—, Ortega y Gasset expresa esta idea de la juventud como un conjunto social bien diferenciado al señalar que “una generación es una variedad humana en el sentido riguroso que dan los naturalistas a este término. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan una fisionomía común, diferenciándolos de la generación anterior”.¹⁷

De este modo, el entrelazamiento entre las nociones de juventud y generación le otorgó al primer concepto un carácter metahistórico; esto es, un sentido que trasciende los hechos concretos y se relaciona, más bien, con las estructuras, los mecanismos o las leyes que ciertas concepciones historiográficas reconocen como subyacentes a esos mismos hechos. Así, al comenzar a ser entendida en términos generacionales, la actuación de la

¹⁴ H. E. Biagini, art. cit., p. 58.

¹⁵ Cfr. S. Luzzatto, art. cit., p. 247.

¹⁶ C. Feixa, “Prólogo. El imperio de las generaciones”, en *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas 1960-2000*, Sara Victoria Alvarado y Pablo A. Vommaro (comps.), Rosario, Homo Sapiens, 2010, p. 14.

¹⁷ J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Calpe, 1923, p. 20.

juventud abandonó su carácter circunstancial para concebirse como uno más de los engranajes de la maquinaria histórica. Es bajo esta idea que Ortega esboza una primer definición de generación en los siguientes términos:

Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos.¹⁸

Para el filósofo español, una generación no es un conjunto homogéneo sino un grupo dinámico que se define por una especie de juego de pesos y contrapesos entre una parte aristocrática y otra multitudinaria; dinámica en la cual, como se verá en las siguientes páginas, el papel de la primera corresponde a la jóvenes letrados, quienes fungen como abanderados de su propia generación y, por lo tanto, de la historia.

Karl Mannheim, por su parte, en su clásico *El problema de las generaciones*, también da cuenta de una concepción que otorga preponderancia a la dinámica generacional en los procesos de cambio históricos y sociales, al señalar que:

[...] en nuestra vida social, el hecho de la irrupción constantemente renovada de hombres nuevos es la compensación directa del hecho de la parcialidad de cada conciencia individual. La irrupción de nuevos hombres hace, ciertamente, que se pierdan bienes constantemente acumulados: pero crea inconscientemente la novedosa elección que se hace necesaria, la revisión en el dominio de lo que está disponible; nos enseña a olvidar lo que ya no es útil, a pretender lo que todavía no se ha conquistado.¹⁹

¹⁸ *Ibid.*, p. 19-20.

¹⁹ K. Mannheim, “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, 1993, p. 213.

La conformación de una perspectiva como ésta contribuyó al surgimiento del mito moderno que imprime en cada *generación de hombres nuevos* la responsabilidad de regenerar a las sociedades y a la historia misma. Esto, con base en la creencia de que los jóvenes siempre se encuentran dispuestos al cambio, a la crítica del pasado y a la transformación del futuro.²⁰

Esta visión idílica de la juventud no fue asumida de forma unánime ni homogénea y, por el contrario, suscitó una larga serie de debates, en especial durante el siglo XIX, en muchos de los cuales la figura del joven no era concebida como una esperanza sino como un riesgo para el orden social, la estabilidad política y la pervivencia de las “buenas costumbres”. Sergio Luzzatto, por ejemplo, señala que el fracaso del proyecto jacobino en torno a la juventud llegó muy pronto con el ascenso de los termidorianos, quienes, en contraste con sus rivales, apostaron por “el retraso psicológico y social representado por la adolescencia y la juventud como edades muy diferenciadas de la infancia y de la madurez, como una cuarentena que los hijos tendrían que pasar a la espera de poder asumir plenamente el papel de padres y ciudadanos”,²¹ una postura que opacaba aquel primer resplandor moral de la juventud revolucionaria, pero que, por otra parte, contribuía a establecer un ámbito particular para los jóvenes. Para Marcos Urcola, la asociación de la juventud a la idea de un mejor porvenir se desarrolló de forma *ambigua* en el imaginario social de los albores de la edad moderna, pues podía ser al mismo tiempo signo de una

²⁰ El propio Mannheim señala la persistencia y la extensión de esta idea en las teorías generacionales, las cuales suponen, de forma acrítica, que los jóvenes son siempre progresistas con relación a los viejos. Al señalar el “poder disponerse de nuevo” que caracteriza a las generaciones entrantes aclara que “nada tiene que ver con ser ‘conservador’ o ‘progresista’. No hay nada más incorrecto que suponer —como presume acríticamente la mayoría de los teóricos de las generaciones— que la juventud sea en sí misma progresista y la vejez en sí misma conservadora.” (K. Mannheim, art. cit., p. 215, n. 32).

²¹ S. Luzzatto, art. cit., p. 251.

mejora posible o de una catástrofe venidera: “la juventud se fue construyendo como representación social de un futuro esperanzador (cuando tomaba el estandarte del progreso y el orden establecido) o como futura desdicha y fuente de caos (cuando intentaba transgredir o transformar las pautas y valores socialmente establecidos) en un juego de tensiones y conflictos que van de lo instituido a lo instituyente”.²² Pero aun en aquellos casos más radicales donde los jóvenes representaban un peligro —la delincuencia juvenil que comenzó a extenderse por las ciudades decimonónicas, por ejemplo— se descubre que éstos habían ganado ya en el imaginario social de la época, si no un lugar de privilegio, por lo menos uno bien diferenciado, como lo demuestra la creación de sistemas judiciales especiales regidos por la idea de que “los jóvenes podían —y debían— ser ‘tratados y curados’, más que castigados”.²³ Carles Feixa, por ejemplo, da cuenta de cómo curiosamente los sistemas penitenciarios y educativos propiciaron la demarcación cada vez más nítida de una “nueva” edad que no se correspondía necesariamente ni con la niñez ni con la adultez:

En 1899 se impuso, en la legislación británica, la prohibición de encarcelar a los menores de 16 años al lado de los adultos; en 1908 se instauraron los tribunales de menores: eran medidas que ponían de manifiesto el reconocimiento social de una nueva categoría de edad, situada entre la infancia y la mayoría de edad. Primero en los Estados Unidos y Gran Bretaña, y después en el resto de países occidentales, los jóvenes comenzaron a retrasar su incorporación al mundo laboral y a pasar cada vez más tiempo en instituciones educativas. Escuelas e internados, prisiones y tribunales de menores, servicios de ocupación y bienestar, todo eso formaba parte del reconocimiento social de un único status a quienes ya no eran niños pero que aún no eran plenamente adultos.²⁴

²² M. A. Urcola, “Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud”, *Inventio*, vol. 6, núm. 11, noviembre de 2003, p. 43.

²³ S. Souto Kustrín, art. cit., p. 175.

²⁴ C. Feixa, “Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, v. 4, núm. 2, 2006, pp. 24.

Es un hecho que, pese a las diferentes posturas que podían asumirse, o precisamente gracias a ellas, un nuevo discurso sobre la juventud, especialmente urbana y masculina, había comenzado a cobrar fuerza. Sandra Souto Kustrín ve este proceso como resultado de la “modernización económica, social y política, y el desarrollo del Estado moderno, que creó toda una serie de instituciones y reglamentaciones que sí, por una parte, aumentaron el periodo de dependencia de los jóvenes por consideraciones de edad, por otra, les dieron un perfil característico y facilitaron tanto su organización como su actuación de forma independiente”.²⁵ A lo largo del siglo XIX, los poderes públicos se debatieron entre diversos frentes intelectuales y simbólicos desde los cuales se buscaba observar, definir, acotar y conducir a los jóvenes que habían aparecido en la escena social con una resonancia desconocida hasta entonces. Sobre la mesa de la discusión política y jurídica se discutía la edad mínima para trabajar en los talleres o las fábricas, para emanciparse de los padres, para tener derecho al voto o para ocupar un cargo público, así como la necesidad de establecer un periodo de educación obligatoria o el ingreso forzoso al ejército mediante el servicio militar. Del mismo modo, surgieron una serie de querellas científicas y filosóficas en las cuales se abordaban temas como la naturaleza fisiológica y psicológica de la juventud, la pertinencia o no de su participación política, el tipo de educación que debía recibir, los castigos y contenciones sociales que le resultaban más adecuados, etcétera. Para la historiadora española esta serie de regulaciones consiguieron separar a los jóvenes de la “economía tradicional y familiar y de su dependencia de las leyes de herencia, a la vez que distinguieron —a través de la edad— a los niños de los adultos capacitados para trabajar o

²⁵ *Ibid.*, p. 172.

para realizar una elección política consciente”.²⁶ Acompañando estos esfuerzos políticos, científicos y jurídicos aparecieron nuevas instituciones que buscaron agrupar a la juventud con la intención de dirigirla por los caminos deseados. Surgieron así numerosas asociaciones juveniles en distintos países que, por lo general bajo un espíritu político, religioso o militar, pretendían moldear a los jóvenes, pues como apunta Eduard Spranger en *Psicología de la edad juvenil* —uno de los primeros tratados del siglo XX sobre el tema—: la juventud siempre es “fecunda, como terreno para dar calor y vida a grandes fines políticos, que proceden del mundo de los adultos”, pues ésta “no es dirigente, pero sí accesible a la verdadera dirección política, y entonces muy activa”.²⁷ Entre las asociaciones que comenzaron a instituirse se pueden enumerar, entre muchas otras, la Juventud Católica de la Asociación Católica, la Juventud Obrera Cristiana, la Asociación Católica de la Juventud Francesa, la Juventud Obrera, la Juventud Agrícola, la Juventud Independiente, la Boy’s Brigade, la Girls Life Brigade, la Deutscher Pfadfinderbund, los Boy Scouts,²⁸ la Young Men’s Christian Association, así como otras que se conformarían durante el siglo XX, como la Internacional Juvenil Comunista, la Internacional Juvenil Liberal, la Federación Mundial de la Juventud Democrática, las Oficinas Mundiales de Exploradores, la Asociación Cristiana Mundial de Juventudes Femeninas, la Alianza Mundial de las Asociaciones Cristianas,²⁹ y el Pentatlón Deportivo Militarizado Universitario mexicano. En México proliferaron numerosas asociaciones literarias a lo largo del siglo XIX, las cuales, si bien no eran todas espacios exclusivos para la juventud, sí fueron importantes

²⁶ S. Souto Kustrín, art. cit., p. 173.

²⁷ E. Spranger, *Psicología de la edad juvenil*, 7ª ed., José Gaos (trad.), Madrid, Revista de Occidente, 1965, p. 248.

²⁸ Cfr. S. Souto Kustrín, art. cit., pp. 175-176.

²⁹ Cfr. *Nuevas tendencias de las organizaciones de la juventud. Estudio comparado*, París, Unesco, 1960, p. 51.

plataformas de formación y promoción por las que los jóvenes letrados debían pasar como una suerte de rito iniciático : la Academia de San Juan Letrán, la Bohemia Literaria, el Círculo Juvenil de Letrán, el Liceo Altamirano, el Liceo Hidalgo, la Sociedad Literaria Cuauhtémoc, la Sociedad Nezahualcóyotl y las Veladas Literarias son sólo algunos ejemplos.³⁰ Ya entrado el siglo XX, destacan la Sociedad de Conferencias y Conciertos, el Ateneo de la Juventud, la Sociedad Hispánica, el Congreso Local Estudiantil, la Federación de Estudiantes, la Asociación Católica Juvenil, el nuevo Ateneo de la Juventud y algunos cafés que la juventud literaria de los años veinte hizo suyos, como el Café América, el Café París o el no menos mítico Café de Nadie.

Los jóvenes, por su cuenta, también buscaron autodefinirse en medio de este juego de poderes, al asumir, contradecir, ignorar o adaptar las directrices que los adultos les procuraban. Para buena parte de los portavoces de la juventud durante el XIX una de las dificultades más comunes era precisamente la resistencia que ofrecían muchos grupos de jóvenes a asumir el papel que les era asignado. No fueron pocos los momentos en los cuales los jóvenes traicionaron las expectativas de los mayores: unos eligieron ser revolucionarios cuando se esperaba su sumisión y otros, conservadores cuando se clamaba por su rebeldía; unos buscaron hacer valer su juventud en los momentos en que ésta no era apreciada y otros la despilfarraron cuando se ofrecía como un bien precioso; en resumen, podría decirse que, en distintos momentos, ha habido grupos de jóvenes que se muestran dispuestos a entregar su juventud, a ser educados o incluso utilizados, así como ha habido otros que se rehúsan

³⁰ Alicia Perales Ojeda hace un recuento pormenorizado de estas asociaciones decimonónica y, en los casos de las más reconocidas, consigue elaborar la nómina de sus integrantes, dar cuenta de su historia y de sus modos de funcionamiento. Cfr. *Las asociaciones literarias mexicanas*, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México / Dirección General de Publicaciones / Coordinación de Humanidades, 2000.

radicalmente a ello y buscan vivir al margen de la dirección de los viejos. Visto desde la perspectiva generacional de Ortega, este fenómeno se relaciona con la existencia de *épocas acumulativas*, en las que las generaciones sostienen una relación homogénea entre lo propio y lo heredado, y *épocas eliminatorias y polémicas*, en las que prevalece la heterogeneidad entre estos dos elementos: “en las primeras, los nuevos jóvenes solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos; en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiéndolos los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva”.³¹

Al margen de si las nuevas hornadas adoptaban o rechazaban el legado de los mayores, lo que resalta es el hecho mismo de que los jóvenes debían tomar una postura frente a la tradición y debían hacerlo cada vez con mayor celeridad, pues hacia la segunda mitad del siglo XIX se tenían las más altas expectativas de los jóvenes y quedaba en manos de ellos cumplirlas o abandonarlas. Como indica Michelle Perrot, “asociada a las universidades, a los estudiantes, a las luchas democráticas o nacionales, la juventud cobraba un sentido más intelectual y político”.³² No está de más señalar que, a la par de esta juventud eminentemente estudiantil existían otras juventudes, como la rural —ámbito donde las transformaciones suelen darse de forma más acompasada— y la proletaria, las cuales “no gozaban, como los jóvenes burgueses de ese tiempo de latencia y de formación que autoriza una sociabilidad propia y eventualmente una expresión autónoma”.³³ Es

³¹ J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, ed. cit., pp. 24-25.

³² M. Perrot, “La juventud obrera. Del taller a la fábrica”, en *Historia de los jóvenes. II. La edad contemporánea*, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus, 1996, pp. 101-166.

³³ *Idem.*

importante considerar esta especificidad porque, como se verá más adelante, conforme se va aproximando el siglo XX la figura de este joven idealizado o, cuando menos, la de este joven protagonista de la Historia se irá reduciendo a la del estudiante, el universitario, el intelectual.

De este modo, al parejo que la sociedad los dotaba de un lugar específico, estos jóvenes privilegiados también fueron construyendo espacios que sentían como propios, fomentando el reconocimiento mutuo y estableciendo una distancia cada vez más clara con respecto a otros grupos sociales. Carles Feixa piensa que es hacia 1900 cuando “diversas reformas en la escuela, el mercado de trabajo, la familia, el servicio militar, las asociaciones juveniles y el mundo del ocio, permitieron que surgiera una nueva generación consciente de crear una cultura propia y distintiva diferente a la de los adultos”.³⁴ Los colegios, los liceos, las universidades, los salones literarios, los cafés, los clubes deportivos, pero también los salones de baile, las tabernas, los bares, las calles, las plazas públicas y otros espacios al aire libre, así como, tiempo después, las salas de cine, constituyeron una cartografía específica donde la juventud comenzó a cobrar consciencia de sí misma, formando lo que posteriormente se llamará *cultura juvenil* o, atendiendo a su diversidad, *culturas juveniles*.³⁵

³⁴ C. Feixa, art. cit., pp. 21-45.

³⁵ Para el propio Feixa la idea moderna de una cultura juvenil, un lugar común a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, parte de una visión de la juventud como algo homogéneo, en lugar de reconocer que la existencias de diversas culturas juveniles, las cuales se definen por el entrecruzamiento de diversos factores históricos, políticos, sociales, geográficos, etc. (Cfr. C. Feixa Pampols, “De las culturas juveniles al estilo”, *Nueva Antropología*, XV, núm. 50, 1996, pp. 71-89).

Capítulo 2.

La juventud moderna en México

Hispanoamérica no permaneció ajena al desarrollo de la concepción moderna de la juventud. Sin embargo, ésta fue cobrando forma de manera más acompasada y menos visible, al menos hasta mediados del XIX, puesto que en Europa, el surgimiento de una nueva juventud estuvo propiciado por las transformaciones que supuso el desenvolvimiento vertiginoso del capitalismo: la industrialización de los procesos de producción, la multiplicación de los avances tecnológicos y científicos, la migración masiva del campo a la ciudad; es decir, un conjunto de hechos, inéditos hasta entonces, que trastocaron todos los aspectos de la vida humana y fomentaron la aparición de nuevos grupos sociales y nuevas formas de relaciones entre ellos. Para algunos jóvenes estos cambios supusieron su salida de la economía doméstica, del taller o la tierra familiar, para insertarse en la vida fabril de las ciudades; para otros, los de la naciente clase media, significó la extensión de su periodo formativo y el surgimiento de nuevos tiempos y espacios de ocio. Se puede decir que para los jóvenes hispanoamericanos estas condiciones no comenzaron a ver la luz sino hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando las naciones americanas se estabilizaron, tras

sus respectivas luchas de independencia, y encontraron formas de organización propias, no sin luchas intestinas, avances y retrocesos políticos y sociales.

2.1 Ignacio Manuel Altamirano y el primer llamado a la juventud

En México, fue justamente entre los rescoldos de las sucesivas invasiones extranjeras y las disputas intestinas entre liberales y conservadores que Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) hizo una invitación a la concordia entre los hombres de letras y un primer llamado a la juventud mexicana, el cual habría de repetirse en distintos momentos de nuestra historia literaria. En esta primera convocatoria hecha por Altamirano se funden una estrategia político-cultural y un motivo literario, el de la exhortación a los jóvenes. En el libro de *Josué* La acción del mexicano bien podrían evocar los encuentros de la sabia Atenea y el joven Telémaco. En una de las primeras escenas del poema épico la diosa se presenta ante el hijo de Odiseo bajo la forma de Mentos, señor de los tafios, y lo exhorta a tener el suficiente valor para ir en busca de su padre y, en caso de descubrir que está muerto, regresar a la patria a asesinar a los pretendientes:

Una vez que lo hagas y acabes aquello que digo
te pondrás a pensar con la mente y el alma en el modo
de matar a esos hombres aquí en tu palacio, ya sea
con engaños, ya en la lucha a la luz, pues en nada te cuadra
que te muestres aún niño, era ya muy mayor para ello.³⁶

Más adelante, la diosa acompañará al joven en su viaje hacia Pilos y Esparta, bajo la forma de un amigo de Odiseo, Méntor, de donde proviene justamente la palabra castellana sinónimo de ‘consejero’, ‘guía’, ‘maestro’; Méntor, a su vez, tienen su origen en la palabra

³⁶ Homero, *Odisea*, libro I, vv. 293-297, versión de José Manuel Pabón (trad.), Manuel Fernández-Galiano (intro.), Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos 48), 1993, p. 106.

μένος, que significa ‘poderío’, ‘fuerza’, ‘pasión’.³⁷ El apunte merece la pena porque señala la necesidad permanente de conducir a los jóvenes, de protegerlos pero también de encausar sus fuerzas y pasiones hacia determinado fin.

Altamirano pensaba que una vez terminado el primer entusiasmo por la libertad que había traído la lucha insurgente, las “nubes negras de la política y la guerra”³⁸ habían ensombrecido el desarrollo de la literatura mexicana durante casi cuatro décadas de vida independiente, por lo que resultaba decisivo un verdadero *renacimiento* que llevara a las letras mexicanas a encontrar la madurez que otras literaturas nacionales poseían desde hacía tiempo. A este renacer de la cultura estaban invitados todos los hombres de letras —con independencia de su filiación política— y, en especial, las nuevas generaciones de literatos, quienes, a los ojos de Altamirano, debían aprovechar la oportunidad histórica que les ofrecía la relativa paz que vivía el país —recién terminadas la invasión francesa y el Segundo Imperio— para dar impulso y continuidad al proyecto de regeneración que él promovía y tutelaba: “[...] la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan”.³⁹ Como parte de este programa, el autor de *Clemencia* creó las Veladas Literarias en 1867 y el periódico literario *El Renacimiento* (1869) un par de años más tarde; dos espacios donde, por una parte, ejercía una función magisterial sobre la juventud y, por otra, fungía como anfitrión de

³⁷ Cfr. H. G. Liddell y R. Scott, *A Greek-English Lexicon* (disponible en: <http://www.perseus.tufts.edu/>)

³⁸ I. M. Altamirano, *Poesía épica y poesía lírica*, en *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, t. I, José Luis Martínez (ed. y pról.), México, Porrúa, 1949, p. 264.

³⁹ I. M. Altamirano, *Revistas literarias de México*, en *La literatura nacional...*, t. I, ed. cit., p. 7.

distintas generaciones de escritores, muchos de ellos adscritos a corrientes políticas e ideológicas larga y ardientemente enfrentadas, especialmente en *El Renacimiento*. Juan Pascual Gay, Ramón de la Fuente Ballesteros y Martha Isabel Ramírez comentan que en las Veladas Literarias “se reconocía un magisterio, se organizaba jerárquicamente y se educaba tanto al autor neófito como al público que pretendía comprender las obras”, lo cual fomentaba “un trato que exponía a los autores como figuras públicas, que prefiguraba ya al intelectual de finales del siglo XIX”.⁴⁰ Esta misma misión puede ser reconocida en *El Renacimiento*, cuya salida a la luz coincidió con el fin de las Veladas. Siguiendo a Renato Poggioli, los autores citados arriba destacan la cercanía del programa altamiranista a la noción de *escuela* antes que a la de *movimiento*. La escuela, de acuerdo con el crítico italiano, fue el modelo que rigió a los grupos artísticos y literarios desde la Grecia antigua hasta la llegada del Romanticismo, considerado justamente el primer *movimiento* artístico moderno. Las escuelas privilegiaban —en lugar de la libertad, la creatividad o las facultades individuales, procuradas por los movimientos— determinados saberes, técnicas y valores artísticos que debían ser preservados y transmitidos por un maestro a sus discípulos:

La noción de escuela presupone un maestro y un método, el criterio de la tradición y el principio de autoridad. No tiene en cuenta el factor historia, sino sólo el factor tiempo, en función de la posibilidad o necesidad de transmitir a los venideros un sistema de trabajo, una serie de secretos técnicos, dotados de tal validez que parezca inmune a toda metamorfosis o cambio: *ars longa, vita brevis*. El concepto de escuela es, pues, eminentemente estático y clásico, mientras que el concepto de movimiento es en esencia dinámico y romántico. Y mientras la escuela supone la consagración de los discípulos a un fin que los trascienda, el movimiento y sus secuaces obran siempre en función de un fin inmanente al movimiento mismo.

⁴⁰ J. Pascual Gay, R. de la Fuente Ballesteros y M. I. Ramírez, *Historia de las revistas literarias mexicanas (1894-1946): de El Renacimiento a las revistas modernistas (1894-1911)*, J. Pascual Gay y A. Jalife (coords.), San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2014, pp. 125-126.

La escuela es inconcebible fuera del ideal humanístico, de la idea de cultura como *thesaurus*: un movimiento concibe, en cambio, la cultura no como incremento sino como creación o, al menos, la trata como un centro de actividad y energía.⁴¹

De acuerdo con esta intención, tanto con las Veladas como con la publicación de *El Renacimiento*, se buscaba promover la formación de los jóvenes letrados en el trato cordial y estrecho con los autores que ya tenían un camino andado y, al mismo tiempo, se les arrojaba al foro público para que encontraran sus propios lectores e iniciaran sus andanzas literarias, cobijados por la mirada afable de los mayores. Todo esto con el fin de reanimar, más que de fundar, una tradición literaria nacional —cuyo panorama crítico ofrecería Altamirano unos años más tarde en *Revistas literarias de México*, donde se esboza un cuadro de la literatura mexicana desde 1821 hasta 1883—; una tradición cuya frustrada hora de ascenso por fin había llegado, de la mano de una nueva generación capaz de acaudalar los sacrificios de sus predecesores.

En ese sentido, Altamirano enfatiza, en distintas oportunidades, la importancia del acompañamiento, casi paternal, que debía darse a la juventud en sus primeros pasos, con el objeto de asegurarle un futuro en el ámbito de las letras, estableciendo un parangón entre los jóvenes escritores y la juventud misma de la tradición literaria mexicana. Sobre el tono benevolente que asume en sus estudios sobre las obras de los jóvenes en las *Revistas literarias de México*, escribe:

La literatura renace hoy; ¿sería discreto exigirle la madurez y el perfeccionamiento que sólo es dable conseguir a pueblos más viejos y más experimentados y cuya escuela data de luengos siglos? ¿Sería discreto descaminar a los jóvenes, mostrándoles los infinitos obstáculos que tiene que salvar el estudioso para llegar a adquirir un nombre en el mundo de las letras? Fuera eso matar el entusiasmo por satisfacer un sentimiento de vanidad femenil. Los que mucho saben

⁴¹ R. Poggioli, *Teoría del arte de vanguardia*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 35.

nos dan el ejemplo de moderación y de juicio en esta parte, y acogen con marcada benevolencia las obras de los discípulos. Para corregirlas no adoptan otro lenguaje que el paternal y dulce del maestro, y no el duro y discordante del Aristarco inflexible.⁴²

La concordia a la que llamaba el Maestro de la Juventud era, además de política, generacional, en la cual era responsabilidad de los mayores guiar a los incipientes hombres de letras. En la presentación a la edición facsimilar de *El Renacimiento*, Huberto Batis comenta sobre la tan exitosa como plural convocatoria de la revista:

En el primer tomo se exhibían 62 colaboradores; en el segundo, además de la inclusión de Pimentel y de Orozco y Berra en la redacción, se llegó a los 70. Los colaboradores reales pasaron del centenar, sin contar a los escritores traducidos y a los muertos. De esta manera *El Renacimiento* llegó a ser la revista de varias generaciones, y puede decirse que tuvo un alcance nacional pues reunió a escritores de los principales Estados de la República y no se olvidó de los extranjeros residentes.⁴³

A propósito de la concurrencia de los jóvenes a las Veladas literarias, Altamirano recuerda: “Nuestros jóvenes ingresaron en la reunión, y apenas hubo Velada en que no tuviese que mencionarse una «alta», lo cual indica que nuestro objeto, que era el de estimular a la juventud, estaba logrado completamente”.⁴⁴ Y en un sentido similar, en la “Introducción” al primer tomo de *El Renacimiento*, expone la intención de animar a la juventud como una de las principales razones que motivaron la existencia del periódico literario:

Con el objeto, pues, de que haya en la capital de la República un órgano de estos trabajos, un foco de entusiasmo y de animación para la juventud estudiosa de México, hemos fundado este periódico. La misma familia literaria que estableció las primeras reuniones el año pasado es la que viene hoy a patrocinar este joven árbol,

⁴² I. M. Altamirano, *Revistas literarias de México*, en *La literatura nacional...*, t. I, ed. cit., p. 187.

⁴³ H. Batis, “Presentación”, en *El Renacimiento. Periódico literario (1869)*, ed. cit., p. XI.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 113-114.

que no arraigará sino con la protección generosa de nuestros compatriotas que no pueden ver con indiferencia los adelantos de su país.⁴⁵

La formación que Altamirano deseaba para la juventud era eminentemente ética antes que estética. Se trataba de una moral patriótica, en esencia, que encontraba una correspondencia entre el renacer de las letras nacionales y la regeneración del país mismo. En esa prefiguración del intelectual finisecular emprendida por Altamirano, a los jóvenes les era asignada la tarea de hacer germinar un espíritu nacional en las tierras difícilmente labradas, durante años de interminables guerras, por las generaciones anteriores: “La gloria espía a la juventud, señalándole el cielo. La literatura mexicana no puede morir ya. De ese santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilización y progreso, que acabarán la obra de sus predecesores”.⁴⁶ Para el autor de *Navidad en las montañas* estaba claro que la literatura venidera poseía una “misión patriótica del más alto interés”,⁴⁷ por lo cual, la nueva literatura nacional debía guardarse de ser una “composición inútil y frívola, de mero pasatiempo” o, peor aún, de promover “corrupción y extravíos”.⁴⁸ Por el contrario, tenía que asumir un carácter pedagógico, según la consigna horaciana —recuperada por la Ilustración— de *educar deleitando*:⁴⁹ “mezclando lo útil con lo dulce, según la recomendación del poeta, daremos en cada entrega artículos históricos, biográficos, descripciones de nuestro país, estudios críticos y morales”.⁵⁰ Esta vocación popular, educativa y patriótica anhelada por el tixtlense para las letras mexicanas queda bien

⁴⁵ I. M. Altamirano, “Introducción”, *El Renacimiento. Periódico literario*, t. I, núm. 1, 1869, p. 5.

⁴⁶ I. M. Altamirano, *Revistas literarias de México, La literatura nacional...*, t. I, ed. cit., p. 16-17.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 15.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 29.

⁴⁹ A propósito de este tópico ver: J. Pascual Gay, R. De la Fuente y M. I. Ramírez, *op. cit.*, pp. 148-149 y 191-192.

⁵⁰ I. M. Altamirano, “Introducción”, *El Renacimiento. Periódico literario*, t. I, núm. 1, 1869, p. 5.

expresada en las palabras que, por ejemplo, dedica a la novela como género, a la que considera: “el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen”.⁵¹ Más explícita aún resulta su conminación a los jóvenes poetas para que, antes que la lírica, cultiven la poesía épica; esto es, una poesía patriótica que cale en lo más profundo del espíritu nacional:

Excitamos, pues, de nuevo y sin cansarnos, a la juventud mexicana que tributa culto a la poesía para que, dejando la afeminada lira jónica en que ha repetido los monótonos acentos del amor, del placer y del pesar fantástico, empuñe la robusta lira frigia, la lira de los dioses y de la patria, la lira de cuerdas de bronce que hace estremecer de entusiasmo y de orgullo el corazón de los pueblos, que los dispone para las luchas de la libertad, que los anima en la marcha de la civilización y que reproduce siempre los prodigios de la lira anfiónica dando a los hombres fuerzas hercúleas para realizar trabajos gigantescos.⁵²

De esta manera, con Altamirano se inaugura una serie de invocaciones a la juventud literaria mexicana que marcarán una constante durante el tránsito del siglo XIX al XX, sobre todo en aquellos momentos en los que se advertía la necesidad de una transformación estética, intelectual o social. En las empresas altamiranistas se filtraron buena parte de las ideas ilustradas y románticas que delineaban el perfil de la juventud moderna. En esa medida, la actitud de Altamirano resulta una piedra de toque para entender el desenvolvimiento que tendrán los discursos sobre la juventud en las décadas siguientes.⁵³

⁵¹ *Ibid.*, p. 18.

⁵² I. M. Altamirano, *Poesía épica y poesía lírica*, en *La literatura nacional...*, t. I, ed. cit., p. 278.

⁵³ Como señalan Pascual, De la Fuente y Ramírez, en la creación y el desarrollo de nuestra hemerografía literaria moderna resulta “singular este reiterado llamado a la juventud en México que comenzó en labios de Altamirano, de manera natural se introdujo en el discurso de Nájera, tuvo un lugar relevante para los ateneístas y se reproduce con Vasconcelos y las promociones de los años veinte del siglo pasado”. (Cfr. J. Pascual Gay, R. de la Fuente Ballesteros y M. I. Ramírez, *op. cit.*, p. 251).

2.2. Manuel Gutiérrez Nájera: el llamado modernista

Al cabo de casi treinta años, una juventud distinta comenzó a perfilarse en torno a una nueva figura tutelar y un nuevo proyecto editorial: Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y la *Revista Azul* (1894-1896), la entrega dominical del periódico *El Partido Liberal*, que El Duque Job y Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) dirigieron junto con Luis G. Urbina (1864-1934) como secretario de redacción. Esta publicación representó el espacio inaugural de una nueva estética y la plataforma para quienes más tarde serían considerados los primeros modernistas mexicanos —Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Manuel José Othón (1858-1906), Manuel Puga y Acal (1860-1930), y los propios editores de la revista, entre otros—⁵⁴ así como para la generación siguiente, la de los decadentes — Jesús E. Valenzuela (1856-1911), José Peón del Valle (1866-1924), Jesús Urueta (1867-1920), Alberto Leduc (1867-1908), Amado Nervo (1870-1919), Julio Ruelas (1870-1907), Balbino Dávalos (1871-1923), José Juan Tablada (1871-1945), Ciro B. Ceballos (1873-1938), Francisco de Olaguíbel (1874-1924) y Bernardo Couto Castillo (1879-1901), entre otros—. ⁵⁵ El magisterio ejercido por Gutiérrez Nájera desde sus primeros artículos y más tarde con su revista, sin embargo, fue muy distinto al de Ignacio Manuel Altamirano y, en algún punto, incluso opuesto, tanto en sus ideas como en las formas en que lo llevó a cabo, aunque no en la voluntad de reanimar las letras mexicanas y congregar a los actores culturales de su tiempo.

⁵⁴ No está de más señalar que, aunque existen numerosos estudios sobre el modernismo mexicano, no existe una nómina clara de sus representantes, puesto que más que un grupo cohesionado fue un movimiento flexible y cambiante, que convivió con otras tantas tendencias igualmente vigorosas y por cuyas puertas entraron y salieron distintas personalidades a lo largo del tiempo.

⁵⁵ Cfr. B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, “Introducción”, en *La construcción del modernismo (antología)*, intro., y rescate Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario 137), p. XX.

Si Altamirano encarnaba la figura del maestro y del hombre de letras, cuya obra literaria se encontraba en relación directa con un quehacer eminentemente político asociado al patriotismo; Gutiérrez Nájera, en cambio, representaba un nuevo tipo de escritor que se mostraba alejado de la esfera política, concebía el quehacer literario como una tarea individual, se concentraba en los aspectos propiamente artísticos de su labor y se preocupaba por tratar de descifrar una vertiginosa modernidad que debía ejercer sobre los jóvenes escritores de *fin de siglo* una mezcla de fascinación y sobrecogimiento; en resumen, un escritor que había dejado de reconocer como suya la función magisterial y sus modelos de actuación, y que en su lugar había colocado la necesidad del artista moderno por construir un espacio para su propia individualidad, un espacio que exigía la libertad creativa como condición primordial para existir. Belem Clark de Lara señala la originalidad de Nájera en su contexto como una vocación que nada a contracorriente en defensa del ejercicio artístico e intelectual:

Nació como escritor en un México que intentaba incorporarse a la modernidad industrial, justo en el momento en que el racionalismo pugnaba por imponer el método de análisis científico. La visión del mundo a finales del siglo pasado estaba, pues, regida por el pragmatismo materialista que hizo del trabajo su dios. En aquel mundo de grandes tensiones y vertiginosos cambios, Gutiérrez Nájera luchó contra las circunstancias políticas y económicas que como poeta lo iban anulando; buscó construir un mundo mejor y trató de encontrar un camino de salvación; la manera como asumió esta misión fue la de su diaria entrega a la escritura. De ahí su esencia dual: fue un poeta-periodista, al que ahora podríamos llamar escritor integral.⁵⁶

Esta nueva forma de entender el papel del escritor se encontraba estrechamente vinculada con la poética modernista o, al menos, con la que Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo sugirieron en las páginas de la *Revista Azul*, sobre todo en lo relativo a

⁵⁶ B. Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, p. 12.

la defensa de una expresión personal y a la marcada apertura hacia la influencia de otras tradiciones como una cuestión primordial para desarrollar una voz propia; dos actitudes que buscaban propiciar un horizonte más amplio para el artista finisecular. Belem Clark y Fernando Curiel señalan que el surgimiento del modernismo mexicano, encabezado por el autor de *Cuentos frágiles*, estuvo marcado por la defensa de una nueva estética que buscaba distanciarse claramente del proyecto altamiranista:

El inicio del modernismo en México bien puede referirse al año de 1876, cuando Manuel Gutiérrez Nájera fractura la tradición de la escuela nacionalista de Ignacio M. Altamirano, al alejarse de todo dictado o sujeción temática porque ahogan el genio del poeta; se manifiesta contra “las desconsoladoras teorías del realismo y del repugnante positivismo”; y puesta la mirada en elevados fines, proclama la libertad del arte cuyo principio es lo bello; categoría esta última que no se define sino que se siente, que reside en el orden espiritual, que “es el idealismo que remonta al cielo”.⁵⁷

Los estudiosos mexicanos se refieren al texto de 1876, “El arte y el materialismo”, publicado en seis entregas entre los meses de agosto y septiembre en *El Correo Germánico*.⁵⁸ Con este ensayo El Duque Job subió a la palestra, como lo haría en repetidas ocasiones a partir de entonces, para defender una poética personal que al cabo de los años se convertiría en una de las banderas izadas por los modernistas, al grado que, de acuerdo a Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz este artículo podría considerarse una de las primeras proclamas del movimiento.⁵⁹ En este ensayo el joven escritor esbozó, con grandes

⁵⁷ B. Clark de Lara y F. Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas (Colección de bolsillo, 16), 2000, p. 11.

⁵⁸ Aquí utilizo la versión incluida en las *Obras* de Manuel Gutiérrez Nájera, t. I, investigación y recopilación Erwin K. Mapes, ed. y notas Ernesto Mejía Sánchez, intro. Porfirio Martínez Peñaloza, índices Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 49-64.

⁵⁹ “[...] a pesar de que la crítica considera que el modernismo no tuvo un manifiesto, pensamos que esta pieza de Gutiérrez Nájera [“El arte y el materialismo”] puede considerarse como una de las tempranas proclamas de

pincladas, su particular idea del arte en oposición a las concepciones materialistas y nacionalistas representadas por P.T. (Pantaleón Tovar), un “incognito” autor que censuraba las ideas sobre la poesía sentimental que Gutiérrez Nájera había expuesto en un estudio sobre *Páginas sueltas* de Agapito Silva. El Duque Job comenzaba por evidenciar el error en el que había caído su detractor al confundir la *poesía sentimental* con la *poesía erótica*; pues el poeta consideraba a la primera como una forma lo bastante amplia como para abrazar “los cantos religiosos, las inspiraciones patrióticas, las cantigas amorosas” y, en resumen, todo aquello que revelara “los sentimientos del poeta”, no exclusivamente los amorosos.⁶⁰ Se trataba de una visión esencialmente romántica⁶¹ de la poesía —más cercana a la profundidad del romanticismo alemán que al romanticismo “político” y “sentimental” hispanoamericano— que creía en la necesidad de conceder absoluta libertad al individuo para que en sus creaciones surgiera lo auténtico, lo original y lo propio: “Lo que nosotros queremos, lo que siempre hemos defendido, es que no se sujete al poeta a cantar solamente ciertos y determinados asuntos, porque esa sujeción, tiránica y absurda, ahoga su genio y sofocando tal vez sus más sublimes inspiraciones, le arrebatara ese principio eterno que es la vida del arte, ese principio santo que es la atmósfera del poeta [...]”.⁶² De acuerdo con esta postura, la materialización del arte, al dejar al poeta sólo con “los repugnantes cuadros que

esta tendencia estética”. (B. Clark de Lara y A. Laura Zavala Díaz, “Introducción”, en *La construcción del modernismo (antología)*, ed. cit., p. XIV).

⁶⁰ M. Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en *ed. cit.*, pp. 51-52.

⁶¹ Una concepción distinta a la del romanticismo hispanoamericano más bien político y sentimental, y cercana a la del romanticismo alemán en su búsqueda profunda de lo irracional y lo subjetivo, una exploración que continuarían más tarde los simbolistas franceses. Se trata de un entrecruzamiento de estéticas que en Europa se dieron de manera más o menos sucesiva pero que en América lo hicieron de forma simultánea. Explica José Emilio Pacheco: “Nuestro siglo XIX comienza en los ochentas. El modernismo tiene que cubrir en cuarenta años el camino que la literatura europea recorrió en una centuria ser al mismo tiempo romanticismo, parnasianismo y simbolismo” (J. E. Pacheco, “Introducción”, en *Antología del modernismo [1884-1921]*, t. I, sel., intro., y notas José Emilio Pacheco, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Dirección General de Difusión Cultural (Biblioteca del Estudiante Universitario, 90), 1970, p. XX).

⁶² *Ibid.*, p. 52.

el mundo le presenta”⁶³ le negaba su carácter sublime, esa naturaleza platónica según la cual los poetas no deben sus composiciones a una técnica, a un procedimiento racional, sino a la inspiración, el arrobamiento, el entusiasmo, es decir, a una predisposición ajena a ellos mismos que les permite atender los dictados divinos. En el diálogo *Ión*, Sócrates le explica a su interlocutor la naturaleza de la inspiración con las siguientes palabras:

Porque es una cosa leve, alada y sagrada el poeta, y no está en condiciones de poetizar antes de que esté endiosado, demente, y no habite ya más en él la inteligencia. Mientras posea este don, le es imposible al hombre poetizar y profetizar. Pero no es en virtud de una técnica como hacen todas estas cosas y hablan tanto y tan bellamente sobre sus temas, [...] sino por una predisposición divina según la cual cada uno es capaz de hacer bien aquello hacia lo que la Musa lo dirige.⁶⁴

Para El Duque Job “despojar a la poesía del idealismo y del sentimiento” equivalía a romper los antiguos lazos que hermanaban al poeta con el profeta, significaba negarle a la poesía su carácter sagrado e impedirle el acceso a la belleza entendida como “la representación de lo infinito en lo finito; la manifestación de lo extensivo en lo intensivo; el reflejo de lo absoluto; la revelación de Dios”.⁶⁵ De ahí la defensa enfática y permanente que hará del “santo, sublime principio de la libertad” del poeta como única posibilidad para que la belleza, considerada el más alto ideal, salga a la luz del fondo del hombre mismo que es donde yace como escondida esperando a ser revelada:

Para nosotros el sentimiento de lo bello es innato en el hombre; es un destello de la naturaleza angélica, un ideal sublime que Dios presenta al espíritu como el término de sus luchas, como la realización de sus aspiraciones, como el bien supremo. Lo bello tiene que ser necesariamente ontológico: es lo absoluto, es Dios. Dios, que se revela en las sublimes creaciones del poeta, en las dulces

⁶³ *Ibid.*, p. 53.

⁶⁴ Platón, “*Ión*”, en *Diálogos I*, intro., gral. Emilio Lledó Íñigo, trad. Y notas J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo, C. García Gual, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 37), p. 257.

⁶⁵ M. Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, ed. cit., p. 55.

melodías de la música, en los lienzos que con magnífico pincel traza el artista, y en las gigantescas moles que levante el genio creador del arquitecto.⁶⁶

Como queda manifestado en “El arte y el materialismo”, Gutiérrez Nájera buscó, muy temprano en su itinerario poético, esclarecer qué tipo de espacio resultaba más conveniente para el artista y qué perfil debía poseer éste para adecuarse a una modernidad que acarrea nuevas exigencias que ni el nacionalismo ni la estética realista asociada a éste podían solventar. El artista necesitaba liberarse de cualquier atadura que le impidiera una búsqueda interior de la belleza y su proyección en la obra artística. De manera similar a sus consideraciones respecto al materialismo en el arte, para el poeta-periodista estaba claro que el nacionalismo era sólo uno de los posibles cauces que podían seguir los literatos de su época pero nunca el único ni, dicho sea de paso, el mejor. En su “Crónica del domingo” para *El Partido Liberal*, del 2 de agosto de 1885, casi diez años antes del nacimiento de la *Revista Azul*, El Duque Job aprovechaba las discusiones que se habían dado en el Liceo Hidalgo en torno al tema de la literatura nacional para sumarse a la polémica y exponer los principios de su propia poética con relación al nacionalismo y la formación de una literatura mexicana, con una actualidad y lucidez que, sin duda, debieron calar hondo en el ánimo de otros jóvenes poetas que a la sazón comenzaban a sentir el traje nacionalista demasiado estrecho.

En ese artículo Gutiérrez Nájera se mostraba en desacuerdo con el término *literatura nacional* y proponía, en su lugar, el de *literatura propia*. La literatura nacional, para el poeta mexicano, se encontraba subordinada a la literatura propia, y poseía una esencia meramente temática: “Por literatura nacional se entiende la destinada a revivir,

⁶⁶ *Idem.*

conservar o enaltecer en los ánimos los sentimientos patrióticos, ya narrando las proezas de los héroes antiguos, ya haciendo más poética y más bella la imagen de la patria, por medio de artísticas descripciones de su naturaleza o de su historia”.⁶⁷ Un género que florecía especialmente en tiempos de guerra “cuando la nacionalidad peligraba”, porque —tal como lo deseaba Altamirano— ayudaba a encender el patriotismo, a crear sentimientos de pertenencia y a forjar una identidad colectiva, pero que, a pesar de promover este tipo de valores, no debía ser confundido con la expresión misma de la literatura de una nación; en principio de cuentas porque para El Duque Job era evidente que el concepto de nación no poseía un carácter literario sino político y, por ende, resultaba insuficiente, cuando no falaz, a la hora de adjetivar una literatura; en segundo lugar, porque consideraba que la literatura era resultado de una experiencia individual que luego podía volverse colectiva, pero nunca al revés.

En contraparte, la literatura propia, propuesta por Gutiérrez Nájera, no se encontraba ceñida a este tipo de criterios políticos, temáticos o lingüísticos siquiera. Su desenvolvimiento no podía darse “al antojo de nadie”, es decir que no podía ser impuesta por un autor, un grupo o una escuela, sino que surgía de manera casi natural cuando los pueblos llegaban “a cierto grado de desarrollo”. Las condiciones para la gestación de una literatura propia, para el autor de *La novela del tranvía*, no tenían que ver con una vocación temática o con una corriente en particular sino, por el contrario, con la “poderosa individualidad” de sus autores, puesto que “una literatura propia, no es, en resumen, más que la suma de muchas poderosas individualidades”. Por esta razón, en la conformación de

⁶⁷ M. Gutiérrez Nájera (El Duque Job), “Crónica del domingo”, *El Partido Liberal*, t. I, núm. 135 (2 de agosto de 1885), p. 1.

la literatura propia el carácter “nacional” de los temas no resultaba imperativo y el abreviar en otras literaturas, lejos de ser perjudicial, constituía un ejercicio deseable. Con Nájera el cosmopolitismo comienza a entenderse como una actitud propia del escritor moderno para quien la búsqueda de nuevos horizontes se convierte en una necesidad, pues como afirma Pascual Gay: “la consecuencia de la libertad recién conquistada por el arte que, al romper con los preceptos y normas que habían regido su actividad hasta mediados del siglo XVIII, descubrió la imaginación y, con ella, el poder de la fantasía para desplazarse a lo lejano, lo extraño y lo exótico”.⁶⁸ Escribía Gutiérrez Nájera: “Hoy no puede pedirse al literato que sólo describa los lugares de su patria y sólo cante las hazañas de sus héroes nacionales. El literato viaja, el literato está en comunicación íntima con las civilizaciones antiguas y con todo el mundo moderno”.⁶⁹

Una vez hecha a un lado la estética nacionalista ¿dónde radicaba, entonces, el fundamento de una literatura propia? En la originalidad de la expresión individual y en los valores artísticos asociados a ella, los cuales, para El Duque Job, se encontraban en el centro de la literatura moderna y, por lo tanto, debían ser considerados como el punto de partida para la formación de una literatura con carácter propio, es decir, de una *literatura mexicana*: “Lo que se exige a un poeta, por ejemplo, para considerarlo como gran poeta en la literatura propia, es lisa y llanamente que sea un gran poeta, es decir, que la luz que despida sea suya y no refleja.”⁷⁰

⁶⁸ J. Pascual Gay, *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2012, p. 139.

⁶⁹ M. Gutiérrez Nájera (El Duque Job), “Crónica del domingo”, art. cit., p. 1.

⁷⁰ *Idem*.

En la idea de *literatura propia* se hacía evidente una concepción plenamente moderna de lo literario, donde lo primordial ya no radicaba en una determinada técnica al servicio de la mimesis, transmitida de maestros a alumnos, sino en la capacidad de la literatura para convertirse en un medio de *expresión*, en el sentido que los románticos otorgaron al término, es decir, un vehículo mediante el cual se manifiesta el *yo* al hacer exterior lo interior. Se trata, en palabras de Pascual, De la Fuente y Ramírez, de un abandono de la mimesis “cuya consecuencia remitía la responsabilidad del arte al individuo y su creatividad”.⁷¹ M. H. Abrams, en *El espejo y la lámpara*, señala a propósito de la idea de *expresión* que con frecuencia los románticos caracterizaron a la poesía y al arte mediante una serie de metáforas que aludían a lo interno que se hace externo: “El más frecuente de esos términos fue ‘expresión’ empleado en contextos que indicaban un revivir del significado de la raíz *expressus*, de *ex-premere*, ‘apretar hacia fuera’”.⁷² En esta idea de la *expresión subjetiva* se encuentra uno de los giros más radicales del Romanticismo, el cual —siguiendo la imagen que da título al libro del crítico norteamericano— opuso a la poética especular, que hasta entonces había regido el imaginario estético, una poética que privilegiaba la proyección del mundo interior sobre la refracción exterior y que buscó nuevos recursos y caminos para dar cuenta del paisaje íntimo antes que de la realidad física.

Gutiérrez Nájera se decantó por esta poética de la expresión mostrándose dueño de una conciencia literaria absolutamente moderna en sus distintas facetas como escritor: en su obra literaria, al hacer de la belleza el trasunto de su propia subjetividad; en su escritura

⁷¹ J. Pascual Gay, R. De la Fuente Ballesteros y M. I. Ramírez, *op. cit.*, p. 213.

⁷² M. H. Abrams, *El espejo y la lámpara. Teoría Romántica y tradición crítica*, trad. Melitón Bustamante, Barcelona, Barral Editores, 1975, p. 88. El libro tiene un antecedente del propio Abrams: *El romanticismo: tradición y revolución*, Tomás Segovia (trad.), Visor (Literatura y debate crítico), 1992.

periodística, al mostrar una sensibilidad apta para capturar las rápidas transformaciones del último tercio del siglo XX —desde las novedades tecnológicas hasta los cambios en las costumbres— y en su actuación intelectual, al fomentar y promover de manera inquebrantable la libertad artística y la individualidad de los creadores. Estas dos premisas orientaron su labor intelectual tanto en el proyecto de la *Revista Azul* como en las formas en que se relacionó con sus coetáneos, en especial con los miembros de la generación más joven. La imagen que el poeta mexicano proyectó de sí mismo pareciera ser la del maestro que da un paso a un lado para que quienes sienten afinidad por él puedan caminar a su costado.

En el bien conocido “Al pie de la escalera”, texto inaugural de la *Revista Azul* firmado por El Duque Job, se presentaba al hebdomadario como una casa en la que todos eran bienvenidos, en especial, aquellos que pertenecían a la “generación literaria sana, fresca, joven y valiente”.⁷³ Se trataba, nuevamente, del ideal de formar un lugar de reunión y concordia para los escritores de entonces, pero, sobre todo, de crear un ambiente regido por la libertad, donde pudieran tener cabida diferentes generaciones, estéticas y estilos.⁷⁴ De ahí que El Duque Job se rehusara a exponer un programa particular, aunque paradójicamente esa resistencia fuera por sí misma el principio de uno: “¿Un programa...?”

⁷³ M. Gutiérrez Nájera (El Duque Job), “Al pie de la escalera”, *Revista Azul*, t. I, núm. 1 (6 de mayo de 1894), p. 1.

⁷⁴ Belem Clark y Fernando Curiel rescatan la exposición del eclecticismo o “tolerancia estética” que Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez hacen en el “Estudio preliminar” al *Índice de la Revista Azul, 1894-1896* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Literarios, 1968), donde se muestran las distintas presencias literarias que hubo en la publicación: “el nacionalismo de Juan de Dios Peza y Luis González Obregón; la ‘tolerancia’ del naturalismo, que pese al primer rechazo de sus editores hacia esta corriente, publicaron un fragmento del discurso de recepción que pronunció José Echegaray al ingresar a la Academia Española y donde se le concede a dicho movimiento el ‘perfecto derecho a buscar interés y belleza artística y artísticas emociones en la Naturaleza; la ‘crítica positiva’ estuvo representada por Manuel Flores, la dura crítica al decadentismo por Vargas Vila y su rotunda defensa por Rubén Darío” (B. Clark de Lara y F. Curiel Defossé, *op. cit.*, p. 22, n. 16).

¡Yo no he tenido nunca un programa! ¿Un programa...? ¡Eso no se cumple jamás!” afirma al comienzo del texto, al asociar los programas de las revistas con los que cada tanto presentan los gobiernos, sugiriendo de inicio una distancia con relación al mundo de la política. Más adelante, continuaba:

Nuestro programa se reduce a no tener ninguno. No hoy como ayer y mañana como hoy... y siempre igual... Hoy como hoy; mañana de otro modo; y siempre de manera diferente. Si está la mañana alegre y despertamos de mañana, iremos de caza mi compañero y yo, en busca de esas aves que cantan lindamente y suelen soltar nuestros amigos los poetas en el campo. Si llueve, leeremos, oyendo llover los libros que huelen a papel húmedo; los que el correo nos trae de Europa y de casa se llevan los amigos y la *Revista* de ojos y trajes azules charlará de aquellos, y leerá en voz alta los trozos que le agraden. Nos proponemos no llegar jamás a casa, a esta casa que es vuestra, con las manos vacías: traeremos ya la novela, ya la poesía, ya la acuarela, ya el grabado, ya el wals para la señora, ya el juguete para el niño.⁷⁵

Como señala Jorge Von Ziegler, en el estudio introductorio a la edición facsimilar de la revista preparada por la UNAM, Gutiérrez Nájera, a su pesar, termina por exponer el programa de la revista y aun “cede a la tentación de hacer promesas”,⁷⁶ muchas de las cuales no se verán cumplidas; no obstante, quedaba claro desde un comienzo que la apertura, la pluralidad, la concordia e incluso el azar serían los valores editoriales de la publicación. Una serie de principios que dotaron a la revista de un carácter notablemente flexible, encaminado a promover la expresión individual y no a imponer una determinada doctrina. Tanto así que, como señala el propio Von Ziegler, esa casa que en un principio esperaba recibir a la juventud sana, fresca, joven y valiente, terminó por hospedar a una generación “enfermiza, pesimista y neurótica”,⁷⁷ la de los jóvenes decadentistas mexicanos,

⁷⁵ *Ibid.*, p. 2.

⁷⁶ J. Von Ziegler, “Estudio introductorio”, en *Revista Azul*, ed. facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura, 1988, p. XVII.

⁷⁷ *Ibid.*, p. XIX.

quienes encontraron en las páginas azules el foro que otras publicaciones les habrían negado y que vieron en la figura de Gutiérrez Nájera la encarnación del escritor moderno.

En “El cruzamiento en literatura” (9 de septiembre de 1894), otro de los textos capitales para entender la poética del prosista mexicano, Nájera insiste en el carácter abierto de la *Revista Azul* que, sin embargo, buscaba ser esencialmente moderna. En respuesta a las acusaciones de afrancesamiento y menosprecio de la literatura española que se hacían contra la publicación, El Duque Job argumentaba que Francia debía ser el punto de referencia obligado para cualquier “publicación artística” o “vulgarizadora de conocimientos” porque en Francia “el arte vive más intensa vida que en ningún otro pueblo” y es “la nación propagandística por excelencia”, a diferencia de España, donde, a los ojos del modernista mexicano, pervivía, sobre todo entre los poetas, un culto inmovilizante al pasado y una resistencia a entrar en contacto con el resto de las literaturas actuales, lo cual les impedía acceder cabalmente a la modernidad.⁷⁸ El artículo encerraba una crítica tácita a los escritores mexicanos que se aferraban al nacionalismo y constituía un llamado a buscar el *cruzamiento* con otras tradiciones: “No quiero que imiten los poetas españoles; pero sí quiero que conozcan modelos extranjeros; que adapten al castizo estilos ajenos; que revivan viejas bellezas siempre jóvenes; en resumen, que su poesía se vigorice por el cruzamiento”.⁷⁹ Asimismo, “El cruzamiento en literatura” era una suerte de declaración de principios, en la cual se defendía el cosmopolitismo como una actitud que le permitía al escritor ir en pos de lo moderno donde quiera que esto se hallara: “Nuestra *Revista* no tiene carácter doctrinario ni se propone presentar modelos de belleza arcaica,

⁷⁸ M. Gutiérrez Nájera (El Duque Job), “El cruzamiento en literatura”, *Revista Azul*, t. I, núm. 19 (9 de septiembre de 1894), p. 289.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 290.

espigando en las obras de los clásicos; es sustancialmente moderna, y por lo tanto, busca las expresiones de la vida moderna en donde más acentuadas y coloridas aparecen”.⁸⁰

Como puede apreciarse en esas líneas del prosista mexicano, la pluralidad, la flexibilidad o la apertura de la revista no significaron la carencia de un cauce singular. En cada uno de sus números, Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo acogieron lo que consideraban las propuestas literarias más novedosas de México e Hispanoamérica; abrieron las puertas a las novedades provenientes de Europa, especialmente a las de Francia, capital espiritual del modernismo; y, en general, buscaron dar cuenta de lo moderno en sus más variadas expresiones, tanto literarias como sociales. Belem Clark y Fernando Curiel resumen en unas cuantas líneas el ideario que guió a los editores de la revista:

[...] defendieron el culto a lo bello en todas sus manifestaciones, y declararon que el arte era su príncipe y señor; se preocuparon, particularmente, como lo expresó Gutiérrez Nájera desde 1876, por la libertad del arte, por la individualidad, por la no servil limitación de los modelos, es decir, por la originalidad de las producciones literarias; por una literatura mexicana producto no ya del nacionalismo endogámico, sino de la heterogeneidad cosmopolita y de la aceptación de todo que aquello que significando belleza hubieran aportado otros movimientos literarios, con objeto de vigorizar nuestras letras [...]⁸¹

Este programa que, a diferencia del de Ignacio Manuel Altamirano, buscó de manera consistente crear un ambiente de libertad para el escritor y resaltó el carácter individual de la creación artística, debió hacer de Gutiérrez Nájera un modelo —inusitado hasta ese momento— mejor ajustado a las necesidades de una juventud rebelde⁸² que hacia 1890 ya no estaba dispuesta a suscribir los ideales patrióticos que guiaron a las generaciones anteriores ni a sujetarse a los dictados de un maestro. La rebeldía decadente

⁸⁰ *Ibid.*, p. 289.

⁸¹ B. Clark de Lara y F. Curiel Defossé, *op. cit.*, pp. 21-22.

⁸² La *rebeldía* de los decadentistas

no debe leerse en clave política, pues en ese sentido su mundo quimérico, renuente a abordar de manera directa temas políticos o sociales, resultaba cómodo para el régimen porfirista; su rebeldía era más una reacción, acaso autodestructiva, contra esa modernidad que había desacralizado la tarea del poeta al arrojarlo al mundo del comercio, pero que al mismo tiempo le exigía un compromiso con esa misma sociedad que lo había expulsado de su seno. Para Juan Pascual Gay, los decadentes fueron un grupo de artistas y poetas “para quienes el medio literario y cultural se había quedado poco menos que pequeño, incapaz de satisfacer sus expectativas y sus sueños. Reticentes a colaborar con una literatura al servicio de la patria, hicieron de la libertad y del individuo su bandera y su pendón, a contrapelo de las moralidades más o menos nacionalistas que habían encontrado resonancia en el costumbrismo y realismo”.⁸³ Para ellos Gutiérrez Nájera fue, en efecto, la imagen de un maestro *sui generis*, o mejor dicho de un escritor ejemplar que antes que una doctrina promovía la libertad de actuación. Algunas de las palabras que Carlos Díaz Dufoo le dedicó a unos meses de su muerte en el primer aniversario de la *Revista Azul* arrojan luz sobre el tono de su magisterio: “Él era el Maestro y nos faltan su palabra luminosa, su consejo y su ejemplo. Gutiérrez Nájera es el porta-estandarte de una juventud formada al calor de sus escritos: no hay uno de los que en materia de arte comienzan a revelarse, que no le deba algo. Todos buscamos en él inspiración, todos acudimos a esta clara fuente”.⁸⁴ Líneas en las que destaca la figura de El Duque Job como un ejemplo, el portaestandarte incluso, de una juventud que se formó a su lado mediante un trato horizontal. *Maestro* le llama Díaz Dufoo, uno de los espíritus más graves entre los modernistas; sin embargo, un joven como José

⁸³ J. Pascual Gay, *op. cit.*, p. 169.

⁸⁴ Carlos Díaz Dufoo, “Un año”, *Revista Azul*, t. III, núm. 1 (5 de mayo de 1895), p. 1.

Juan Tablada cuando conoció a Gutiérrez Nájera, evoca aquel primer encuentro en medio de una afabilidad tal que desdibujaba la evidente distancia que existía entre el incipiente poeta y el consagrado. Escribe Tablada:

—¡Hola José Juan! ¿Con que tú haces versos? Pero ¿has pensado en los riesgos del oficio? Vamos, enséñame eso que traes, que yo en cambio te leeré unos versos que escribí hoy mismo, después de desayunar..

Con la petulancia de mi edad creí aquello lo más natural, sin darme cuenta de la generosa bondad del gran poeta que tan sencillamente me hacía alternar con él.⁸⁵

Un magisterio, quizás, pero que los jóvenes finiseculares vivieron más como un acompañamiento cordial que como un dictado, más como un ejemplo que como una imposición.

2.3. Los decadentes: una juventud que se devora a sí misma

Entre esos jóvenes formados “al calor de sus escritos” fueron los decadentistas quienes llevaron la poética de Gutiérrez Nájera a sus extremos más radicales. El carácter impaciente y combativo de la juventud de estos poetas fue el que les permitió identificarse plenamente con la libertad defendida por El Duque Job. En las ideas y actitudes promovidas por aquél hallaron el germen para desarrollar las propias, y vieron en las páginas de la *Revista Azul* la plataforma que les aseguraba una presencia temprana en la república de las letras. Aunque, en lo esencial, compartían un mismo ideario poético con los modernistas de la primera hora, una sensibilidad distinta los separaba de ellos. En las propias páginas de la *Revista Azul* se advierte una concepción de la juventud que disiente de la que poseían José Juan Tablada y sus compañeros de camada. En algunas páginas de la revista fundada por Nájera

⁸⁵ J. J. Tablada, *La feria de la vida*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991. p. 131.

se vinculaba al joven todavía con la inexperiencia, el candor y la pureza. En una de esas estampas que solía entregar sobre las novedades modernas, El Duque Job, por ejemplo, escribía sobre el descubrimiento de un remedio contra la vejez, una sustancia capaz de “fortalecer y reconstruir el sistema nervioso”:

¿Para qué queréis la juventud artificial, oh viejos? La juventud es hermosa porque la juventud es el desconocimiento de la realidad y porque es el entusiasmo. El joven ama porque no sabe lo que ama. Es bello ser joven; pero ser joven después de haber sido viejo!... ¡qué ironía! Dios da la vida para que amemos una vez... acaso más... y para que veamos que la muerte es buena. Poco importa que la ciencia haga correr, por las secas arterias, nueva sangre: ¿logrará remozarnos el alma, borrar de nuestra memoria lo que ya hemos aprendido, devolvernos la fe, la confianza ciega, el entusiasmo?⁸⁶

El gran prosista defiende la condición espiritual de una juventud entregada, confiada y entusiasta en su inexperiencia y aun en su ignorancia. Unas palabras que se encontraban a tono con las que, un mes más tarde, Petit Bleu (Carlos Díaz Dufoo) se referiría a la juventud de los actores de la Compañía Popular de Ópera en su paso por la Ciudad de México, en las cuales se pondera la fuerza, la energía y el desinterés de la juventud como valores convenientes para el desarrollo de las artes:

Tienen los artistas algo más que todo esto: tienen juventud... y Lamartine lo ha dicho ¡Viva la juventud... con tal de que la juventud no viva siempre! El arte se aviene mal con la vejez. Exige grandes gastos de fuerzas, reclama derroches de energías, y la vejez es la eterna conservadora de la vida, economiza las sensaciones, se acoraza contra los choques del espíritu, resiste al desgaste de la sensibilidad. Cuando se es joven no se piensa nunca en la moneda que se arroja al paso.⁸⁷

La imagen que los decadentes tenían de sí mismos no correspondía en forma alguna con estas características tradicionalmente atribuidas a la juventud. No en vano contra la

⁸⁶ M. Gutiérrez Nájera (El Duque Job), “La redoma encantada”, *Revista Azul*, t. I, núm. 8 (24 de junio de 1894), p. 113-114.

⁸⁷ C. Díaz Dufoo (Petit Bleu), “Azul pálido”, *Revista Azul*, t. I, núm. 13 (29 de julio de 1894), pp. 207-208.

idea del vigor, la energía y el cultivo del cuerpo promovidos por la filosofía positivista, Tablada reprochaba a la sociedad mexicana: “Y hoy que se fundan clubes para andar en bicicleta y para jugar *football*, ¿qué tiene de reprochable que nosotros, en vez de desarrollarnos las pantorrillas y de adiestrarnos los pies, fundemos un cenáculo para procurar el adelanto del arte y nuestra propia cultura intelectual?”⁸⁸ Su juventud estaba envuelta por un manto trágico, emparentado quizás con el mito romántico de la Edad de Oro, un momento anterior a la Separación donde el hombre se encontraba en armonía con la naturaleza y sus facultades conscientes e inconscientes, racionales y mágicas no estaban escindidas. “Una especie de reminiscencia enclavada en toda creatura —escribe Albert Béguin—, pero capaz, en ellos, [los poetas románticos] de súbitas resurrecciones, les enseña que hubo un tiempo lejanísimo en que la creatura, en sí misma más armoniosa [*sic*] y menos dividida, encajaba sin dificultad en la armonía de la naturaleza”.⁸⁹ Una época que en el imaginario romántico habría tenido lugar en los tiempos primitivos y en aquellos todavía más lejanos de los que hablan los mitos y las leyendas, pero que tendría también un correlato en la vida de los hombres durante el fugitivo paso de la infancia y la juventud como una edad de plenitud:

¡Oh, juventud, edad de los engaños!
¡Oh fugaz y engañosa primavera!
Qué pronto de los ojos de los hombres
Arrebatáis sin compasión la venda
[...]
¡Ay del que juzga eternos sus colores
y su lozana juventud eterna;
que o las hielan las nieves del invierno

⁸⁸ J. J. Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en *La construcción del modernismo (antología)*, ed. cit., p. 109.

⁸⁹ A. Béguin, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, trad. Mario Monteforte Toledo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 481.

o el fuego de las lágrimas las quema!⁹⁰

Estos versos escritos por un Peón del Valle de 29 años expresaban la idea de la juventud como el estado ideal del hombre que, sin embargo, resultaba trágico tanto por su propia fugacidad como por la imposibilidad de prolongarlo;⁹¹ líneas, por cierto, que recuerdan las del famosísimo estribillo de “La canción de otoño en primavera” del nostálgico Darío de 1905:

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!

Los decadentistas experimentaron con especial hondura este prematuro y tal vez fingido desengaño de sus años juveniles. Fueron una generación tempranamente desencantada, al mismo tiempo melancólica e insurrecta, que convirtió su rechazo hacia el compromiso nacionalista, por una parte, y la asunción de la libertad y el individualismo modernistas, por la otra, en una reacción virulenta contra la moral burguesa. En su discurso de entrada a la Academia Mexicana de la Lengua, que más tarde sería incorporado como prólogo a la edición facsimilar de la *Revista Moderna* —órgano más importante del decadentismo—, Julio Torri describe así el temperamento de este grupo de poetas:

Ciertamente el sentimiento dominante en los poetas mexicanos de entonces (Tablada, Couto, etc.) es el del aislamiento, el de ser incomprendidos, el de no tener lugar ni cabida en la sociedad. De aquí su pesimismo, su rebeldía al representarse ante sí mismos como mártires de la poesía y el arte, que padecen por el amor exclusivo de la belleza, torturados por la propia miseria y por la arrogancia de filisteos y burgueses. [...] Había además en los redactores de la *Revista [Moderna]* la divina jactancia, propia de la mocedad, y la conciencia de hallarse en la buena

⁹⁰ J. Peón del Valle, “Realidad”, *Revista Azul*, t. III, núm. 8 (23 de julio de 1895), pp. 122-123.

⁹¹ Sobre este sentimiento trágico que puede llegar a sentirse como una impostura, ver J. Pascual Gay y A. Cajero Vázquez, *José Peón del Valle (1866-1924). Una incierta voz del fin de siglo*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2014, p. 89-103

vía. De todo ello procede un individualismo acentuado y afán de singularizarse, a las veces inhumano, y cierta visión del mundo un tanto agravada por sombríos tintes.⁹²

Este particular temple juvenil los condujo a encontrar en el arte el único refugio posible. Reticentes a adoptar la moral del progreso y las “buenas costumbres” de la burguesía; resentidos con una sociedad incapaz de reconocerlos, optaron por el cultivo de un arte elitista y desafiante, adoptando para sí la imagen del poeta-albatros baudelaireano:

El Poeta es como ese príncipe de las nubes
que frecuenta tormentas y se burla de las flechas;
exiliado en la tierra y en medio de mofas,
sus alas de gigante le impiden caminar.⁹³

Pascual Gay describe al decadentismo “no sólo como un espacio privilegiado para el arte nuevo, sino también como el último reducto en que el artista podía reconocerse a sí mismo”.⁹⁴ En ese mismo sentido, además del arte, recurrieron a la bohemia como un ritual de mutua afirmación. Concibieron a los bares y los burdeles; al erotismo, el alcohol y los paraísos artificiales como trasunto de una *vida artística*, es decir, como espacios o vías de reconciliación entre el arte y la vida, donde esa poética enfermiza, sectaria y discrepante con el mundo podía fundirse finalmente con la experiencia. La unión entre literatura y sociedad que, como señala Héctor Valdés, todavía existía en la *Revista Azul* se vio clausurada con la llegada de los decadentistas, como consecuencia del aislamiento que ellos mismos se procuraban: “La mayor parte de los modernistas son seres que viven una

⁹² J. Torri, “Prólogo. La Revista Moderna de México”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. facsimilar, vols. I y II, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura, 1987, p. X.

⁹³ C. Baudelaire, “Albatros”, en *Las flores del mal*, 6ª ed., trad. Jacinto Luis Guereña, Madrid, Visor, p. 42.

⁹⁴ J. Pascual Gay, *op. cit.*, p. 359.

inquieta y amarga bohemia que los mantiene al margen de la sociedad; visitan frecuentemente los prostíbulos y otros centros de actividad nocturna [...] y consideran esta forma de vida como parte de la suya”.⁹⁵ Las cantinas y los burdeles, los márgenes de la sociedad, fueron el escenario de fondo para ensayar una vida literaturizada, es decir, para reproducir una vida que habían leído con absoluta fe y deslumbramiento, la de los escritores parisinos del fin de siglo. Tablada recuerda en sus memorias: “Olaguíbel, Leduc y yo, aunque avecindados en Tenochtitlan, vivíamos literalmente en París, pensando y casi escribiendo como cualquier redactor de *La Plume* o de *L’Ermitage* que eran entonces los periódicos de vanguardia y Balbino Dávalos, aunque más ponderado por sus disciplinas clásicas, no era del todo ajeno a esas tendencias”.⁹⁶ Testigo del ocaso decadentista, Pedro Henríquez Ureña ilustra con un comentario a propósito de José María Sierra este cruce entre lo vital y lo literario: “El que actuaba como secretario de *Savia Moderna* José María Sierra, era un pobre joven consumido por el alcohol (vicio adquirido literariamente, tal vez) [...]”.⁹⁷

Debido a este carácter, el decadentismo encontró desde su nacimiento numerosos detractores no sólo en las filas de los “discípulos aún fieles del maestro Altamirano, que aspiraban a mantener la empresa nacionalista y popular que había sido tan fértil”⁹⁸ sino incluso entre algunos poetas representantes del modernismo. Por ejemplo, Luis G. Urbina —quien no por casualidad, junto con Jesús Urueta, terminará siendo el “hermano mayor” de los jóvenes ateneístas en la aurora del siglo XX—, en “El artista de hoy” se mostraba en

⁹⁵ H. Valdés, “Estudio introductorio”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. cit., p. XVIII.

⁹⁶ J. J. Tablada, *La feria de la vida*, ed. cit., p. 298.

⁹⁷ P. Henríquez Ureña, *Memorias / Diario / Notas de viaje*, 2ª ed., Enrique Zuleta Álvarez (intro y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 108.

⁹⁸ J. L. Martínez, *La expresión nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p.

contra de un romanticismo seguido al pie de la letra —contraviniendo las ideas de “El arte y el materialismo”— por llevar a los jóvenes a creer que el arte era “algo divino que infunde el cielo a los privilegiados” antes que un producto del estudio, la lectura y el conocimiento de la lengua.⁹⁹

[...] lo perjudicial, lo nocivo no está en esas manifestaciones románticas, sino en la creencia, que aun tienen algunos de nuestros jóvenes poetas, de que el arte es un algo divino que infunde el cielo a los seres privilegiados, los cuales bien pueden esperar a que flote sobre sus cabezas esa llama, sin necesidad de estudiar nada, ni de conocer el idioma, ni tan siquiera de haber leído obras que desarrollen sus facultades.

Preciso se hace que nuestra juventud se convenza de que el artista no es un profeta analfabético, que obedece a una revelación; es necesario que asimismo se persuada de que tampoco debe ser un holgazán, que entre holgorios y disipaciones, escribe obras maestras o pinta cuadros inmortales.¹⁰⁰

Un par de años después, con “La Bohemia”, Carlos Díaz Dufoo iría más lejos en su crítica a la juventud decadente al exigirle un compromiso cívico, anticipando lo que será la vocación del intelectual del siglo XX.¹⁰¹ Hacia 1896 el editor de la *Revista Azul* ya consideraba a la bohemia un anacronismo nocivo para la juventud literaria mexicana “que se ha intoxicado así lentamente para caer en la gran masa que llena las casas de salud, los

⁹⁹ L. G. Urbina, “El artista de hoy”, *Revista Azul*, t. I, núm. 26 (28 de octubre de 1894), pp. 404. No es casualidad que los jóvenes ateneístas encontraran en él un espíritu afín que los acompañó en el tránsito hacia una literatura más grave, de cierta “castidad artística”. Reyes escribe en “Nosotros”, uno de los primeros o el primer escrito evocativo de sus años mozos: “Si otras comprobaciones no se tuvieran, bastaría en efecto, para apreciar la plasticidad del talento de Urbina y su don de penetración humana, a la vez que de progreso intelectual, la actitud con que ha acogido las ideas que llegan y con que ha saludado a los hombres que llegan. Es el camarada de los jóvenes: participa de su fe, y no hay vacilado en abrir de nuevo los libros en su compañía” (A. Reyes, “Nosotros”, *Nosotros*, núm. 9 (marzo de 1914), p. 219). El texto apareció primero en el número de enero de 1914 de *La Revista de América*, dirigida por el escritor peruano Francisco García Calderón desde París.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 405.

¹⁰¹ Como es sabido, en 1907 el veracruzano otorgaría su permiso a Manuel Caballero para editar una segunda época de la *Revista Azul*. Paradójicamente el programa de Caballero era combatir al modernismo y mucho se ha especulado sobre la “inocencia” de Díaz Dufoo a la hora de dar su visto bueno; sin embargo, a la luz de artículos como éste y tomando en consideración, como señala Fernando Curiel, que Dufoo no tuvo ninguna colaboración en la primera época de la *Revista Moderna*, y sólo tres en la *Moderna de México* (dos textos previamente publicados en la *Azul* y sólo un inédito en 1910), hacen pensar que el compañero de Gutiérrez Nájera podía suscribir las ideas de Caballero.

hospitales, los asilos”,¹⁰² un cliché capaz de congrega a toda clase de enfermos y viciosos: “dipsómanos impertinentes”, “monomaniacos”, “desgreñados que odian la higiene”, “cafeistas noctámbulos que remedan espectros”, “tomadores de opio”, “hipnotizados”, “neuróticos”, “satanistas”.¹⁰³ Influencia del doctor Max Nordau, quien, mediante su famoso tratado *Degeneración*, había puesto en uso todo un vocabulario médico para describir las actitudes de los artistas finiseculares como manifestaciones patológicas producto de mentes desequilibradas y eventualmente criminales:

Pero el médico, singularmente el que se ha dedicado al estudio especial de las enfermedades nerviosas y mentales, reconoce al primer golpe de vista en la disposición de espíritu “fin de siglo”, en las tendencias de la poesía y del arte contemporáneos, en la manera de ser de los creadores de obras místicas, simbólicas, “decadentes”, y en la actitud de sus admiradores, en las inclinaciones é instintos estéticos del público á la moda, el síndrome de dos estados patológicos bien definidos que conoce perfectamente: la degeneración y la histeria, cuyos grados inferiores llevan el nombre de neurastenia.¹⁰⁴

Panorama desalentador ante el cual Díaz Dufoo advertía la necesidad de una regeneración de la vida literaria, basada en el “trabajo fecundo y saludable”, que diera pie al surgimiento de un nuevo tipo de escritor, uno que en vez de considerarse a sí mismo un elegido, separado de la sociedad, buscara sumarse a los esfuerzos colectivos procurados por ésta:

El escritor público no es un ser apartado de la tarea común, un espíritu desimpresionado de la obra colectiva. Ese Robinson que vive aislado a los problemas de su época, ha desaparecido. Hoy se encuentra ligado a la vida, enlazado a los grandes hechos de los que procede, comparte ese principio de solidaridad, esa

¹⁰² C. Díaz Dufoo, “La Bohemia”, *Revista Azul*, t. IV, núm. 21 (22 de marzo de 1896), p. 329.

¹⁰³ *Idem.*

¹⁰⁴ M. Nordau, *Degeneración*, Nicolás Salmerón y García (trad.), Madrid, Librería de Fernando Fé / Sáenz de Jubera, Hermanos, 1902, pp. 27-28.

ley de unificación que preside a todos los organismos, desde la nebulosa al infusorio y de la estrella al pantano.¹⁰⁵

Para llevar a la práctica ese nuevo modelo de escritor que vendría a sanear el ambiente literario y a emprender la renovación de las letras mexicanas Díaz Dufoo contaba, una vez más, con la última generación de jóvenes: “¡Abajo la Bohemia! Este grito es sincero. Hay en nuestras filas, en la juventud que medita en la quietud de las bibliotecas, en la que lee y piensa, un aliento de esperanza, un naciente impulso de fe nueva y como transfigurada por las corrientes modernas”¹⁰⁶ —esos jóvenes perfilados por el periodista tardarán todavía algunos años más en llegar al foro público y serán los escritores del Ateneo de la Juventud.

Aunque comentarios como los de Urbina o Díaz Dufoo sobre la Bohemia poseían un fondo estético, que evidencia el carácter múltiple y siempre discutido del modernismo —“No hay modernismo, sino modernismos”,¹⁰⁷ dice José Emilio Pacheco—, en realidad ponían el acento sobre una cuestión esencialmente moral. Condenaban a una juventud que, a diferencia de las generaciones anteriores, no había querido ponerse al servicio de otro ideal que no fuera ella misma, aun a costa de sí; y que con sus gestos desvergonzados e indiferentes había traicionado las esperanzas de aquellos que la imaginaban o la deseaban inocente, generosa y pura.¹⁰⁸

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 330.

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ J. E. Pacheco, “Introducción”, en *Antología del modernismo ([1884-1921]*, ed. cit., p. XI.

¹⁰⁸ Este ánimo de censura contra una juventud escandalosa y pagada de sí misma encontró eco en distintos representantes del modernismo en todo el continente, como mínima muestra basten estas palabras que el argentino dedica en su reseña a *Castalia bárbara* del boliviano Jaimes Freyre, reproducida en la *Revista Moderna*: “Si nuestra juventud literata se diera cuenta, siquiera mezquina y defectuosa, del problema que acomete con sus ensayos, y tomara estos ejemplos de verdaderos trabajadores, la producción intelectual fuera menos enclenque. Esa juventud no hace absolutamente nada, no sabe á dónde ni por qué va; su meollo

Sobrellevando las constantes condenas a las que estuvo sujeta desde un inicio, esta juventud encontró su vehículo más representativo con la creación de la *Revista Moderna* (1898-1911),¹⁰⁹ en especial durante su primera época. En ella, de acuerdo con Héctor Valdés, los poetas mexicanos siguieron los pasos de los pioneros del modernismo hispanoamericano: Rubén Darío (1867-1916), Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva (1865-1896), Julián del Casal (1863-1893), José Martí (1853-1895)¹¹⁰ —a excepción del nicaragüense, todos recientemente fallecidos—, pero al mismo tiempo buscaron desarrollar una obra original no sin gestos de rebeldía: “Limitados por una prensa oficialmente controlada, se ven en la necesidad de crear un órgano de difusión exclusivo que dé cuenta de su credo artístico en el terreno de los hechos”.¹¹¹ La revista era un viejo anhelo del cual José Juan Tablada había hablado desde 1893. En una polémica carta publicada con el título “Cuestión literaria. Decadentismo” el 15 de enero de ese año en *El País* y dirigida a Dávalos, Urueta, Peón del Valle, Leduc y De Olaguibel, el poeta anunciaba la inminente

subalterno está inflado de palabras cuyo significado no entiende, y de pedantería pareja con su calamitosa literatura. [...] Este error causa su debilidad y justifica el merecido desdén con que la gente juiciosa mira esas sus novedades de ratonera literaria. Y bien, el señor Jaimes Freyre no pertenece á semejante juventud, aunque él y su Poesía sean jóvenes. El arte es para él cosa seria y ardua, no parche de bombo” (Leopoldo Lugones, “Castalia bárbara”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año II, núm. 11 (noviembre de 1899), pp. 338-340).

¹⁰⁹ La *Revista Moderna* llevó por subtítulo *Literaria y Artística*, durante su primer año, luego el de *Arte y Ciencia*, a partir del segundo desde 1898 hasta 1903, año en el que inicia su segunda época con el nombre de *Revista Moderna de México* y el subtítulo *Magazine mensual político, científico, literario y de actualidad* el cual conservó hasta su término en 1911.

¹¹⁰ Sobre precursores del modernismo ver I. A. Schulman, “Reflexiones en torno al Modernismo”, en *El Modernismo*, ed. Lily Litvak, Taurus, Madrid, 1975, p. 69. También. en un texto posterior, el propio Schulman aclaraba más si cabe este punto: “Según estas distorsiones que resultaron de un análisis de los textos centrado en sus valores estéticos, se consideraba a Rubén Darío el iniciador, el artista prototípico y la figura máxima del modernismo, y precursores, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva. Indudable es que en esta errónea concepción parte de la culpa la tuvo Darío quien se vanaglorió en más de una ocasión, muertos ya los verdaderos iniciadores del modernismo, de haber creado la nueva literatura, dejando en el olvido la contribución cronológicamente anterior de los forjadores de la revolución modernista, es decir, la de los llamados precursores” (En “Modernismo / modernidad: teoría y praxis”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, p. 524).

¹¹¹ H. Valdés, “Estudio introductorio”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. cit., p. XVII.

publicación de la *Revista Moderna*, donde lejos de la vigilancia oficial podrían exhibir ese “decadentismo moral” que propiciaba al mismo tiempo la hermandad entre los miembros del grupo y la incompreensión generalizada de la mayoría de los escritores mexicanos de la época; todo ello a raíz de la censura de la que había sido víctima por la aparición del poema “Misa negra”.¹¹² La revista prometida por Tablada tardó un lustro en ver la luz. Pero la *Revista Azul* cumplió con la función deseada para la primera, de tal suerte que al desaparecer la revista de El Duque Job en 1896, la juventud mexicana se quedó “sin un órgano de difusión literaria apropiado, motivo que contribuyó en parte a la creación de la *Revista Moderna*”.¹¹³

La *Revista Moderna* fue la expresión más justa del espíritu decadente. De acuerdo con el testimonio de Jesús E. Valenzuela la empresa fue arrancada por Bernardo Couto Castillo, quien publicó un casi legendario primer número —imposible de conocer en la actualidad— pero ya no publicó el segundo, por lo cual Valenzuela decidió hacerse cargo de la publicación:

Nos echamos el amigo y yo a buscar a Couto en todas las cantinas, pues era muy vicioso a pesar de no haber cumplido los veinte años.

¿Qué sucede con el periódico? Nada. ¿Y qué piensa usted? Nada. ¿Estoy autorizado para hacer lo que me parezca? Sí, me contestó. Y habiendo ido al día siguiente a ver al impresor Carranza [...] me dijo éste que no estaba resuelto a hacer el número dos porque del número uno que había circulado, le debía Couto una parte todavía. Le pagué el número que se debía y corrió por mi cuenta el periódico, y la *Revista Moderna* fue.

¹¹² Héctor Valdés dedica un apartado de su “Estudio introductorio” a reconstruir puntualmente el caso de censura del poema de Tablada y su relación con la *Revista Moderna* y la formación del decadentismo. (Cfr. *Ibid.*, pp. XX-XXIII). En resumen, tal parece que el poema en cuestión no fue del agrado de doña Carmen Romero Rubio, segunda esposa de Porfirio Díaz, quien pidió despidieran al poeta. No hubo necesidad pues Tablada no sólo renunció sino que publicó la carta referida donde condenaba la doble moral porfirista y llamaba a iniciar un nuevo movimiento literario. Cfr. B. Clark de Lara y A. L. Zavala, *La construcción del modernismo*, ed. cit., pp. 107-110.

¹¹³ *Ibid.*, p. XXVI.

No es poco significativo que la iniciativa de publicar una revista en 1898, incluso con una parte de atropello e insensatez, haya provenído del más pequeño del grupo, *Coutito* —como le llamaban sus compañeros no sin una porción de ironía—, quien encarnó como nadie la imagen al mismo tiempo trágica y genial de aquella juventud sin brida. Couto, de “rostro pilluelo, de ojillos cerúleos, perversos y malandrines como ellos solos”,¹¹⁴ como lo recuerda Ciro B. Ceballos, se asumió como un *enfant terrible* dispuesto a llevar hasta sus últimas consecuencias los intentos por alcanzar el Ideal y recrear la existencia que había conocido, siendo todavía adolescente, en sus viajes por Europa pero, sobre todo, en la lectura de autores como Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Tristan Corbière, Villiers de L’Isle-Adam, o Joris-Karl Huysmans, cuyo extravagante personaje Des Esseintes fue sin duda un modelo artístico y vital para el mexicano. A propósito escribe Andreas Kurz:

Couto —como ningún otro autor modernista mexicano— vive plenamente en la república ideal de las artes (y del *ennui*), por lo que el entorno mexicano no influye de ninguna manera en la mayor parte de sus cuentos. En otras palabras, Couto trasplanta violentamente a Des Esseintes, trata de establecerlo en un ambiente que no era el suyo: en ello arraiga su debilidad y, al mismo tiempo, la fuerza de esos textos. Sus protagonistas son Des Esseintes en situaciones siempre nuevas y siempre extremas.¹¹⁵

En la figura de Couto los límites entre vida y literatura se desvanecieron convirtiendo su persona en un personaje decadente, que vivió y murió como tal a la corta edad de 21 años. A unas semanas de su fallecimiento, Tablada recuerda así el periplo fugaz del cuentista maldito:

¹¹⁴ C. B. Ceballos, “*Asfódelos*. Bernardo Couto Castillo”. MDCCCXCVII, en *El Nacional*, año XIX, t. XIX (27 de junio de 1897), p. 2, apud C. Velázquez Alvarado, “Introducción”, en Bernardo Couto Castillo, *Obra reunida*, ed., intro., estudio preliminar y notas Coral Velázquez Alvarado, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2014, p. 42.

¹¹⁵ A. Kurz, “Algunas reflexiones en torno a Bernardo Couto Castillo y la narrativa mexicana modernista a finales del siglo diecinueve”, en *Memoria del XIX Coloquio Internacional de Literatura Mexicana e Hispanoamericana*, Universidad de Sonora / Departamento de Letras y Lingüística, 2005, p. 138.

Artista exquisito, aristócrata y refinado fue Couto, un sediento de Ideal. Casi niño, pero ya viralizado por una admirable precocidad, hizo un viaje a Europa y en París, en pleno Montmartre, en las basílicas del Arte Nuevo y de la Belleza de todos los tiempos, fue crismado y armado Caballero. Con qué ardimiento, con que verba elogiosa y entusiasta hablaba en el curso de nuestras sabrosas pláticas, de los episodios de su vida parisiense frente a una tela de Manet o un bronce de Rodin, en las veladas de un cabaret de intelectuales [...]

De esos episodios que encantaban su vida, de ese viaje temprano, de esos deslumbramientos anticipados provino su mal ulterior. Bruscamente arrancado a aquellos Paraísos que eran la patria digna de su alma delicada, volvió a México y el purgatorio comenzó con la inaudita hostilidad del medio. El artista raro y exótico pasó invisible ante los ojos testáceos del burgués estólido...¹¹⁶

Todavía lejano al remordimiento generacional que acompañaría el recuerdo de Couto —presente también en las memorias de Ceballos, Campos o Valenzuela—, Tablada reconocía en el joven bohemio la efigie de un artista auténtico que fue víctima de su propia genialidad. Las estampas sobre los excesos, las aventuras nocturnas y, en resumen, sobre la vida bohemia, no sólo de Couto sino de los decadentistas en general son profusas. Y aunque en muchas ocasiones se ven atravesadas por cierto remordimiento que la mirada distante y madura del escritor viejo les dirige; su propia abundancia da fe de la fascinación que les produjo ese estilo de vida y la capital importancia que tuvo como parte de su concepción de la literatura y del carácter del escritor.

Detrás de esta vindicación del sacrificio en aras del arte se encontraba la idea modélica del genio romántico. Un personaje necesariamente solitario, que no encuentra su razón de ser en la sociedad, ni en el trabajo, ni en la disciplina, sino en sí mismo, en su propia excepcionalidad, en su condición de elegido. Por esa naturaleza autosuficiente que no conoce límites ni requiere de justificación alguna o siquiera de reconocimiento por parte

¹¹⁶ J. J. Tablada, “Bernardo Couto Castillo”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 11 (junio de 1901), p. 172.

de los demás, el genio es siempre voraz, su genialidad devora aquello que le rodea y eventualmente termina por consumir al genio mismo.

Esta brújula que tenía la genialidad como norte fue la que guió los primeros pasos de la *Revista Moderna*. La publicación se alejó del tono de concordia procurado por publicaciones como *El Renacimiento* y la *Revista Azul*, y asumió una voz combativa dispuesta a defender los ideales estéticos y morales de una juventud sectaria y escandalosa, adoptando algunos gestos que poco más tarde distinguirían a los movimientos de vanguardia. Este ánimo inaugural se iría atenuando con el paso del tiempo y gracias, en buena medida, a la medida de Valenzuela, quien funcionó como un contrapunto para la beligerancia de los jóvenes que colaboraban en ella regularmente; en el poema “Añoranza” se describe con relación a los muchachos:

¿Te sonríes, Pedancio? Pues valen mucho
y con ellos me gusta beber cerveza;
me quieren y los quiero, me llaman Chucho
y soy la nota alegre de su tristeza.¹¹⁷

La aparición de la revista en el panorama literario mexicano avivó y extendió el calor de la polémica que envolvió desde un principio al modernismo en nuestro país. Aunque la *Revista Moderna* no contó con una editorial inicial o una suerte de exposición de motivos, a lo largo de sus números, casi siempre al calor de la polémica, sus colaboradores se esforzaron por clarificar el carácter de la estética modernista o decadente. Unas líneas de Ciro B. Ceballos, extraídas de la primera de sus “Seis apologías” (dedicada a Balbino

¹¹⁷ J. E. Valenzuela, “Añoranza”, en *Mis recuerdos. Manojos de rimas*, Vicente Quirarte (pról., ed. y notas), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 153.

Dávalos) y publicadas en el primer número de la *Revista Moderna*, son suficientes para dar una muestra del temple de la juventud que animaba sus páginas:

En el cenáculo de esa juventud que amenaza con su piqueta el desmoronamiento de mil ideales y formas anticuadas, para levantar después sobre sus escombros el trono donde mañana recibirá homenaje la musa neurótica del modernismo, Balbino Dávalos es la figura más respetable, porque se destaca tranquila y sin odios sobre el río de aguas tofanas que se complacen en agitar los turiferarios de esos maestros que no enseñaron nada, y para bien de muchos, se fueron al olvido con sus laureles de papel y sus apoteosis de comedia!

Porque nadie osará negar que el grito de rebelión que proclame entre el obscurantismo de nuestro medio intelectual, la autonomía absoluta del arte, está próximo á sonar!

La ley evolutiva y falta [¿fatal?] que modifica incesantemente las costumbres, los gustos y las cosas, exhibe hoy á la mofa de Pasquín las momias que adoraron nuestros abuelos, arráncalas de sus criptas para que su miseria excite una argentina carcajada de la juventud, verifica un solemne auto de fe incinerando los esqueletos que traen por sudario las telarañas de las bibliotecas, y en esa implacable quema hace perecer las escuelas viciosas, los procedimientos decrepitos y las hipócritas preocupaciones de los Savonarolas de las letras!¹¹⁸

El autor de *En Turania* remarcaba la existencia de un grupo que enarbolando la bandera del arte autónomo, de la estética modernista, se manifestaba contra un medio literario al que consideraban tan hostil como anquilosado. En sus palabras puede verse anticipado el carácter *antagonista* que Renato Poggioli reconoce en la mayoría de los movimientos vanguardistas, una hostilidad destinada hacia algo o alguien que pueden ser “la academia, la tradición” o “un maestro cuyo ejemplo y enseñanza, cuyo prestigio y autoridad sean considerados erróneos o nocivos, o más frecuentemente puede ser el individuo colectivo al que se da el nombre público”.¹¹⁹ “Actualmente, a todo escritor que se estima un poco, le es imposible satisfacer los caprichos del que lee” dice más adelante

¹¹⁸ C. B. Ceballos, “Seis apologías. Balbino Dávalos”, *Revista Moderna. Literaria y artística*, año I, núm. 1 (julio de 1898), p. 10.

¹¹⁹ R. Poggioli, *op. cit.*, p. 40.

Ceballos. Es una actitud otra vez contraria a la sociedad y a los valores establecidos, donde el prestigio del presente y la fascinación por el futuro parecían exigir la demolición del pasado para poder desenvolverse. Se está ante un movimiento de ruptura radical donde una juventud reticente al adoctrinamiento, socialmente subversiva y original en el arte; en resumen, autónoma, ocupaba el papel central.

Pese a que no es posible encontrar en los decadentistas numerosos textos dedicados exclusivamente al motivo de la juventud, sus obras, sus gestos y sus actitudes hicieron de ella el marco de su existencia. La suya fue una juventud plenamente asumida —cuyo modelo fue la concepción romántica trágica del joven— que no necesitó ser teorizada, explicada o justificada. Las preocupaciones explícitas sobre la juventud llegarán más tarde a las páginas de la *Revista Moderna*, cuando ésta haya cambiado de nombre a *Revista Moderna de México* y su carácter decadente se haya difuminado. Los discursos sobre la juventud no correrán a cargo de los viejos decadentistas sino de una nueva generación, la de los futuros Ateneístas, que llegaría para proponer otra forma de concebir al joven.

2.4. El ateneísmo y el joven intelectual

Todavía podía escucharse la ruidosa marcha de los jóvenes decadentistas por las calles porfirianas, cuando una nueva juventud comenzó a asomarse a los balcones de la capital. Esta generación recibió de la anterior el legado de una juventud más independiente y con un valor reconocido; sin embargo, desde un principio buscó encausar la libertad recién conquistada por una vía diferente a la que habían elegido sus antecesores inmediatos. En lo literario podría decirse que los jóvenes poetas fueron hasta cierto punto continuadores del modernismo; no obstante, mostraron un rostro distinto en cuanto a sus actitudes, más

cercanas a lo académico que a lo artístico, y a su marco de actuación, que antepondrá el espacio público al íntimo. Se trataba de un grupo de escritores y artistas a quienes la historia literaria reunirá bajo el nombre de *ateneístas*, debido a la agrupación que muchos de ellos integraron oficialmente en 1909, el Ateneo de la Juventud, la cual se convirtió en el Ateneo de México en 1912; aunque sus primeros pasos como escritores y como incipiente grupo se dieron en las páginas de la *Revista Moderna de México* (1903-1911), segunda época de la legendaria publicación sostenida por Valenzuela, así como en *Savia Moderna* (1906), revista fundada y patrocinada por uno de ellos, Alfonso Cravioto. De nómina variable, según el enfoque que se asuma, entre los ateneístas suele contarse, entre muchos otros, a Rafael López (1873-1943), Roberto Argüelles Bringas (1875-1915), Luis Castillo Ledón (1879-1944), José Vasconcelos (1882-1959), Jesús T. Acevedo (1882-1918), Antonio Caso (1883-1946), Nemesio García Naranjo (1883-1962), Genaro Fernández McGregor (1883-1959), Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Alfonso Cravioto (1884-1955), Emilio Valenzuela (1884-1947), Carlos González Peña (1885-1955), Max Henríquez Ureña (1886-1968), Carlos Díaz Dufoo, Jr. (1888-1932), Julio Torri (1889-1970) y Alfonso Reyes (1889-1959).

Esta nueva juventud se fraguó al calor de las constantes invocaciones con las que algunos escritores mayores urgían su presencia. Jesús Urueta, entre ellos, fue tal vez uno de los más enfáticos en hacer ese llamado y, al mismo tiempo, un pontífice entre su generación y la nueva, pues él mismo encarnó, en cierto modo, el cambio de sensibilidad que marcó el paso de una centuria a la otra y acompañó a los nuevos escritores en sus primeras empresas, al igual que lo hicieron otras figuras mayores como Luis G. Urbina, Marcelino Dávalos y Justo Sierra, merecedor sin lugar a dudas de un sitio aparte como el gran maestro y el gran

acompañante de aquellos muchachos que asistieron a la preparatoria durante el primer lustro del siglo. Jesús Urueta, escritor indisociable del grupo decadentista y la *Revista Moderna* —de la cual fue secretario de redacción—, compañero de andanzas de personajes como Julio Ruelas o Couto Castillo, terminó por distanciarse de la vida bohemia y el arte para entregarse por completo al ejercicio de la oratoria y a la acción política, especialmente tras su estancia en Europa, donde adoptó una ideología que resultaba incompatible con la moral decadentista, tras su encuentro con Enrico Ferri, discípulo como Max Nordau, del criminólogo italiano Cesare Lombroso, pionero de los estudios psiquiátricos que calificaban al espíritu artístico del *fin de siglo* como una enfermedad.¹²⁰ A su regreso a México, hacia 1900, el chihuahuense encontró en el helenismo y el humanismo, que desde un principio habían ejercido una enérgica atracción sobre él, un espacio imaginario desde el cual podía desenvolverse como orador, como político y como funcionario público, es decir, como intelectual. Viraje de pensamiento que respondía tanto a una profunda transformación personal como a lo que el orador consideraba las exigencias de un nuevo siglo que nacía en medio de fuertes convulsiones sociales.

¹²⁰ J. Pascual Gay no duda a la hora de señalar la existencia de dos Uruetas: “el primero, que encuentra en Olaguíbel, Bustillos, Valenzuela, Nervo, espíritus semejantes con los que comparte esparcimientos y diversiones; y el otro Urueta, más grave y ático, dueño del estrado a la hora de litigar, de la tribuna en el momento de lanzar discursos y soflamas, presidido por esa seriedad y rigor de la razón en deuda con la Grecia clásica” (“El clasicismo extemporáneo de Jesús Urueta (1890-1900)”, *Siglo XIX (literatura hispánica)*, núm. 22, 2016, p. 211). En este mismo artículo se da cuenta del itinerario intelectual recorrido por el poeta y orador durante la última década del siglo XIX. No está de sobra recordar que, además, poco antes de su regreso a México, el Príncipe de la Palabra había entrado en contacto con el pensamiento marxista, tal como lo señala Matías Maltrot en una estampa inequívoca de la radical conversión del diplomático mexicano: “[...] el orador había adquirido el manifiesto del Partido Comunista —edición de Laura Lafargue, publicada en 1897, esto es, casi medio siglo más tarde a la publicación del original—. Urueta leyó ávidamente el manifiesto. Y al ver solos los nombres proféticos de Marx-Engels, estampó emocionado junto a los dos nombres el suyo propio. KARL MARX, FREDERIC ENGELS y JESÚS URUETA. Un poco más abajo, esta frase: ‘Duro y a la cabeza!’” (M. Maltrot, *Jesús Urueta. Su vida, su obra*, México, 1931, p. 54). Sobre la vida de Urueta, ver M. Urueta, *Historia de un gran desamor*, Baltasar Dromundo (pról.), México, Talleres Gráficos de Stylo, 1964.

“Arenga a la juventud”, discurso pronunciado el 8 de febrero de 1901 ante los jóvenes de las Escuelas Superiores, resulta capital para comprender no sólo el nuevo ideario de Urueta sino la principal vertiente por la cual circularán las ideas culturales de comienzos del siglo XX mexicano, esto es, el desplazamiento de las cuestiones estéticas hacia el compromiso cívico como principal preocupación de los hombres de letras; ideas ensayadas especialmente por los jóvenes escritores de lo que llegaría a ser el Ateneo de la Juventud. Siempre con la antigua Grecia como patria ideal de la humanidad,¹²¹ Urueta hacía un nuevo llamado a los jóvenes, en el cual la juventud histórica y biológica se fundían y revestían de utopía: “La Juventud, en la historia, se llamará siempre Athenas, porque es la risa, la poesía, el heroísmo, la belleza y el amor”;¹²² una idea muy similar a la que José Enrique Rodó expresaba con relación al cruce entre historia, sociedad y juventud en el *Ariel* — ensayo cardinal para la juventud americana de las primeras décadas del nuevo siglo:

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. Hubo una vez que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven.¹²³

¹²¹ Testimonio de la admiración helenística es el conjunto de tres ensayos (“La poesía épica griega”, “La poesía épica griega. *La Iliada*” y “La tragedia ática”) reunidos bajo el título *Alma poesía*, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1904. “La poesía épica griega. *La Iliada*” y “La tragedia ática” se recogieron más tarde en Jesús Urueta, *Conferencias y discursos*, Ramón López Velarde (estudio preliminar), México, Cvltvra, 1920.

¹²² J. Urueta, “Arenga a la juventud”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 5 (1ª quincena de marzo de 1901), p. 74.

¹²³ J. E. Rodó, *Ariel en Cinco ensayos. Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y jacobinismo*, Hugo D. Babagelata (pról.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014, p. 93.

Es difícil saber si Urueta conoció el ensayo de Rodó de forma inmediata —hay que recordar que se publica en Uruguay al despuntar la centuria—, lo que está claro es que muchas de esas ideas, cuyos antecedentes pueden hallarse en autores bastante leídos por entonces, como Nietzsche, Renan, Bergson y Schopenhauer, permeaban el ambiente intelectual del nuevo siglo.¹²⁴ Pedro Henríquez Ureña recuerda en una carta de 1913 dirigida a Reyes la introducción de nuevas lecturas filosóficas hacia 1907:

Don Justo [Sierra] ya se refirió a las nuevas doctrinas filosóficas, que apenas habían comenzado a mencionarse en nuestras conferencias. En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo. Gómez Robelo ya la hacía, basándose en Schopenhauer; Valenti, basándose en libros italianos; Caso y yo emprendimos la lectura de Bergson, y de James, y de Boutroux. De ahí data la renovación filosófica de México [...]¹²⁵

En su “Arenga”, Urueta pedía a la juventud apresurar el advenimiento de una nueva patria, una que no conociera fronteras y fuera propia a todos los hombres,¹²⁶ que se

¹²⁴ G. Stanley Hall, autor de lo que se considera el primer tratado moderno sobre la adolescencia, por ejemplo, también establecía, inspirado por las teorías darwinistas, un parangón entre el desenvolvimiento biológico de los individuos y el desarrollo de la civilización —tratado en el que por cierto el pedagogo norteamericano destaca a la sociedad helénica como la que en la historia de la humanidad ha comprendido mejor a la juventud. (Cfr. G. S. Hall, “Preface”, en *Adolescence: its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*, vol. 1, Nueva York / Londres, D. Appleton & Co., 1917, pp. v-xx). A propósito de este libro, afirma Feixa: “Las teorías de Hall tuvieron un enorme eco entre educadores, padres, madres, responsables políticos y dirigentes de asociaciones juveniles. La obra contribuyó a difundir una imagen positiva de la adolescencia como el paradigma del progreso de la civilización industrial, celebrando la creación de un período de la vida libre de responsabilidades” (C. Feixa, art. cit., p. 21).

¹²⁵ P. Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (edición), México, Fondo de Cultura Económica, p. 225.

¹²⁶ Afirma Urueta respecto al conocimiento necesariamente fragmentario de la historia de los pueblos: “Con esos fragmentos se han hecho *las patrias*; con esos fragmentos se hará *la patria*. Nuestro Renan escribió ‘Una nación es un alma, un principio espiritual [...]’”. Y más adelante reflexiona, llevando más lejos el pensamiento del francés: “Si la herencia, el rico legado, la hemos recibido todos, porque todos tenemos derecho al bien, porque todos tenemos derecho a la verdad, porque todos tenemos derecho a la belleza; si el sol calienta a todos y a todos nutre la tierra y a todos corona el arte y a todos exalta el amor; si los duelos son comunes y comunes las alegrías y comunes los brotes de sangre y comunes los salmos del sacrificio y comunes los resplandores de la gloria; si somos, en conjunto, como mundo, pequeñísimos, por qué vamos a dividirnos de montaña a montaña, de río a río, de océano a océano, de cerebro a cerebro, de corazón a corazón, cuando estamos juntos para siempre en el armonía infinita, en la ciencia, en la moral, en el arte, en la patria sin espacio y sin tiempo [...]” (J. Urueta, art. cit., p. 75).

asumiera como obra de un pasado compartido y de un porvenir en común, y que poseyera un carácter tan universal como los valores en los que debía inspirar su desarrollo: la belleza, la verdad y la libertad:

Que vuestros ideales, el ala desplegada, vayan lejos, á vagar sobre las olas rumorosas del Mediterráneo, que con los innúmeros barcos de guerra, de vela y remo que lo han surcado, llevó tantas ideas y tantos sentimientos, como intermediario y como conciliador, mezclando la antigüedad oriental, la antigüedad helénica y la antigüedad romana en su ánfora de azur, para componer una civilización siempre joven, porque está hecha de arte, de ciencia y de libertad!¹²⁷

Como apunta Ernesto Sánchez Pineda, en los discursos de la primera década el tema de la juventud destaca como la principal preocupación del llamado Tribuno de México;¹²⁸ y tal parece que la juventud literaria mexicana del momento no fue indiferente a sus palabras. En *Pasado inmediato*, donde Alfonso Reyes (1889-1959) recuerda sus años de primera juventud,¹²⁹ se presenta un breve asomo a los trabajos y los días de la nómina modernista al clarear el siglo. Reyes escribe sobre el autor de *Alma poesía*:

Urueta, que murió también a orillas del Plata, llegó allá en tal estado de postración que nuestros amigos argentinos no pudieron ya disfrutar en él uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante. Aquel poeta de los sentidos era un convidado al banquete de la locura. Educaba con aladas palabras el gusto estético de la juventud, haciéndole amar las cosas bellas y la Grecia francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega.¹³⁰

José Rojas Garcidueñas, por su parte, señala que las “Lecturas literarias” de algunos clásicos griegos que Urueta, Neruo y Urbina hicieron en 1904 en el famoso salón El

¹²⁷ *Ibid.*, p. 76.

¹²⁸ Cfr. E. Sánchez Pineda, “Jesús Urueta, actor y maestro de su tiempo (1900-1910)”, inédito.

¹²⁹ Se trata de un discurso pronunciado por el regiomontano en septiembre de 1939 durante la sesión conmemorativa del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en el cual, entre otras cosas, recupera la evocación hecha en 1914 en su texto “Nosotros” (ver nota 94).

¹³⁰ A. Reyes, *Pasado inmediato*, en *Obras completas*, t. XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 201.

Generalito de la Preparatoria¹³¹ fueron un verdadero parteaguas en la formación de los jóvenes preparatorianos, a disgusto con el positivismo en el que se les estaba educando. Los futuros ateneístas, quienes se conocieron en su mayoría dentro de los muros del antiguo Colegio de San Ildefonso, hicieron de ese hartazgo positivista una seña de identidad generacional. Reyes, por ejemplo, en sus repasos de aquellos tiempos remarca la resistencia que su generación opuso a los llamados Científicos, es decir, a los viejos maestros positivistas asociados al régimen de Porfirio Díaz: “El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica, y perdía crédito a nuestros ojos”¹³² recordaba en 1924, en “El testimonio de Juan Peña”, y quince años más tarde otra vez en *Pasado inmediato*: “La herencia de Barrera se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural y cuanto Rickert llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades”.¹³³ Mientras que Vasconcelos, en una de las célebres conferencias que el Ateneo de la Juventud ofreció en 1910, explicaba así el desgaste y el estancamiento de la Escuela Nacional Preparatoria:

Diríase que la fuerza sustentadora de lo noble del universo sufre alternativas, que a veces, excediéndose, derrama tanta virtud, elabora tan magníficamente idealidades prodigiosas, que le sobreviene la fatiga, se relaja temporalmente, y entonces los espíritus, abandonados del impulso fecundo, interrumpen la

¹³¹ “Allí, en aquel salón, en ‘El Generalito’, se dieron unas conferencias, llamadas ‘Lecturas literarias’ que, sin duda ninguna, influyeron más o menos en la mayor parte, pero muchísimo en algunos, para iniciar y fomentar el gusto y comprensión de los autores griegos, en las frescas y curiosas mentes de los preparatorianos” (J. Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, p. 36).

¹³² A. Reyes, “El testimonio de Juan Peña”, en *Obras completas*, t. XXIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 153.

¹³³ A. Reyes, *Pasado inmediato*, ed. cit., p. 189.

procreación de novedades y se conforman tristemente con repetir y comentar la profusión inmensurable del momento anterior.¹³⁴

Finalmente, Antonio Caso (1883-1946), quien sería reconocido como uno de los grandes críticos de la corriente positivista, escribía en 1943 con respecto a la Escuela Preparatoria de comienzos de siglo: “Una pura educación «científica» (lo que por ello se entiende en México es una educación informada sólo en la *ciencia natural*), es un puro absurdo. Sin *ciencia cultural* no hay ni puede haber educación humana, porque no hay ni puede haber cultura”.¹³⁵

Aunque resulta innegable que la acción de los incipientes ateneístas influyó en el relevo de la filosofía positivista como línea predominante de pensamiento, también es cierto que desde fines del siglo XIX ya se habían levantado algunas voces que reivindicaban un giro humanístico para la cultura y clamaban por una educación menos pragmática, más abierta y vital; de hecho, hubo toda una sección liberar que nunca estuvo de acuerdo con el positivismo, como ocurrió con Vicente Riva Palacio. Leonardo Martínez Carrizales, por ejemplo, da cuenta de cómo aun personajes asociados al positivismo e impugnados en algún momento por los jóvenes ateneístas, como Porfirio Parra, director de la Preparatoria, mostraron un genuino interés por la difusión de las nuevas corrientes de pensamiento, como lo demuestra la publicación del *Ariel* en 1908 en las páginas del *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, dirigido por el propio Parra, y la promoción que éste hizo de la obra del escritor uruguayo entre sus estudiantes. Botón de muestra que señala,

¹³⁴ J. Vasconcelos, “Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 97.

¹³⁵ A. Caso, *México (Apuntamientos de cultura patria)*, México, Imprenta Universitaria, 1943, p. 98.

por una parte, un ánimo de renovación intelectual que trasciende al futuro Ateneo y, por otra, la voluntad de los jóvenes de encontrar una misión común que los dotara de cierta cohesión grupal así como de rasgos propios que los distinguieran en el medio cultural mexicano.¹³⁶

Jesús Urueta, en el discurso citado antes, terminaba por advertir a los estudiantes:

Vuestra fiesta, oh jóvenes! es solemne. Precaveos de la inercia del espíritu y de la sedentariedad intelectual. Llamo inertes y sedentarios á los estudiantes de un solo estudio, que restringen su curiosidad á los programas truncos de nuestras escuelas claudicantes. Esos estudiantes se dormirán en algún empleo tedioso ó en algún oficio mecánico. No conocerán las alegrías de la vida superior. Hay una rutina en el civismo, como en la agricultura; si ésta esteriliza la tierra, aquélla esteriliza los espíritus.¹³⁷

No obstante estas nuevas orientaciones del pensamiento promovidas por distintos escritores a comienzos de siglo, fue José Enrique Rodó quien influyó con mayor hondura en los ideales de los jóvenes de México y el resto de Hispanoamérica, quienes encontraron en la obra del uruguayo y más propiamente en el *Ariel* una invitación histórica, rayana en lo místico, imposible de desatender.¹³⁸ Muchos suscribirían las palabras con que Pedro Henríquez Ureña se referiría al ensayo en otra de las conferencias ofrecidas en la Escuela de Jurisprudencia en 1910: “*Ariel* es la más poderosa voz de verdad, de ideal, de fe, dirigida

¹³⁶ Cfr. L. M. Carrizales, “La presencia de José Enrique Rodó en vísperas de la Revolución mexicana”, *Literatura mexicana*, v. XXI, núm. 2, 2010, pp. 51-73.

¹³⁷ J. Urueta, art. cit., p. 76. No era otro, de acuerdo con Reyes, el afán de los estudiantes de su generación, quienes añoraban aquella educación verdaderamente *preparatoria* que “no tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios [...]; sino el preparar ciudadanos; de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales” (A. Reyes, *Pasado inmediato*, ed. cit., p. 188).

¹³⁸ “Durante muchos años, desde México y las Antillas hasta la Argentina y Chile, todo el mundo leyó y discutió el *Ariel*, y el ‘arielismo’ substituyó a la ‘nordomanía’, cuando menos entre muchos de los jóvenes” (P. Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 183).

a la América en los últimos años”¹³⁹. Íntimamente ligado al proyecto intelectual que llevarán a cabo los futuros ateneístas —afirma Alfonso García Morales—, el *Ariel* fue uno de los ejemplos más notables del “renacimiento idealista” que marcó el despertar del siglo XX, una tendencia intelectual que buscaba el regreso de los valores espirituales y estéticos, que se identificaba con el modernismo en lo literario y se manifestaba contra el positivismo en lo filosófico:

El símbolo hispanoamericano de esta tendencia fue el libro de José Enrique Rodó *Ariel*, que por los años de formación del Ateneo alcanzó gran difusión. El Ateneo de México fue uno de los medios intelectuales más importantes en los que repercutió *Ariel* y a través de los cuales éste se propagó. Su historia y la historia del arielismo se imbrican. Conocer esta relación es el mejor medio de empezar a entender la reacción antipositivista del Ateneo, y de entenderla no como fenómeno aislado, sino en conexión con el antipositivismo hispanoamericano en su conjunto.¹⁴⁰

Como señala García Morales, el Ateneo contribuyó desde un inicio a la difusión del pensamiento del uruguayo en México. Su primera aparición en una publicación mexicana es en *Savia Moderna*, con “En un álbum de artista”,¹⁴¹ mientras que la primera edición del *Ariel* en nuestro país (1908) —casi simultánea, por otra parte, a la que preparó Porfirio Parra— se debe precisamente al general Bernardo Reyes, quien la mandó publicar a instancias de su hijo Alfonso y su joven amigo Pedro Henríquez Ureña, prologuista del volumen. Asimismo, el originario de Montevideo ocupó algunas páginas de la prensa de la época, desde la *Revista Moderna de México* hasta *Pegaso* (1917). Con relación a su presencia en las revistas mexicanas, resulta una elocuente muestra del cambio de

¹³⁹ P. Henríquez Ureña, “La obra de José Enrique Rodó”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. cit., p. 60.

¹⁴⁰ A. García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1992, p. 3-4.

¹⁴¹ Ver nota siguiente.

sensibilidad entre generaciones, que en marzo de 1901 Tablada —en lo que quizás sea la primera mención del *Ariel* en México—¹⁴² acusara sin mayores comentarios la recepción de del ensayo y que aun cuando en nota al pie aclarara que los libros recibidos serían “objeto de especial estudio”, en el caso de Rodó esto no sucediera sino alrededor de una década después.¹⁴³

Dedicado “A la juventud de América”, el libro de Rodó contribuyó a legitimar la figura del joven —que durante el siglo anterior había adquirido un creciente reconocimiento— al mismo tiempo que le ofrecía un programa de acción del que era el principal protagonista. Rodó pronuncia ese reiterado llamado a la juventud con una voz oportuna, enérgica y renovada, justo en el albor de un siglo que despertaba con esperanzas pero también con urgencias políticas y sociales. El año virginal de 1900 representaba la oportunidad histórica para que la América Hispánica renaciera de la mano de una juventud a la que se consideraba tan incorrupta como aquella fecha inaugural. Su recepción en México fue amplia precisamente gracias a la labor de los ateneístas.

Rodó pedía a los muchachos americanos reconocer primero el relieve de su juventud para luego asumir la responsabilidad que dicha valía implicaba. El pensador

¹⁴² J[osé] J[uan] T[ablada], “Notas bibliográficas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 6 (2^a quincena de marzo de 1901), pp. 101-102.

¹⁴³ Sobre la amplia presencia de Rodó en las revistas mexicanas de la primera y segunda décadas ver: J. E. Rodó, “En un álbum de artista”, *Savia Moderna*, núm. 5 (31 de julio de 1906), p. 289; “*Motivos de Proteo*”, vol., t. XII, núm. 73 (septiembre de 1909), pp. 17-21; t. XII, núm. 74 (octubre de 1909), pp. 78-81; t. XII, núm. 75 (noviembre de 1909), pp. 190-192; t. XII, núm. 76 (diciembre de 1909), pp. 236-238; t. XII, núm. 78 (febrero de 1910), pp. 351-354; t. XIII, núm. 79 (marzo de 1910), pp. 29-35; t. XIII, núm. 80 (abril de 1910), pp. 104-108; t. XIV, núm. 87 (noviembre de 1910), pp. 153-154; “José Enrique Rodó”, vol. XV, núm. 93 (mayo de 1911), pp. 123-128; “Feminismo”, *Revista Moderna de México*, vol. X, núm. 64 (diciembre de 1908), pp. 204-205; “El pórtico”, *Revista Moderna de México*, vol. XI, núm. 68 (abril de 1909), p. 128; “La lucha del estilo”, *Revista Moderna de México*, vol. XIV, núm. 86 (octubre de 1910), pp. 77-78; y “El sentimiento religioso y la crítica”, *Revista Moderna de México*, vol. VIII, núm. 51 (noviembre de 1907), pp. 131-134; “Mi retablo de navidad”, *Argos*, núm. 3 (20 de enero de 1912), pp. 18-19; “La guerra”, *Pegaso*, núm. 10 (17 de mayo 1917), p. 16.

sudamericano tenía claro que la juventud debía ser vigilada, orientada y acompañada, pues se encontraba bajo el riesgo permanente de extraviarse o, en el peor de los casos, pervertirse, como había ocurrido con muchos de los jóvenes escritores del fin de siglo:

Un escritor sagaz rastreaba ha poco en las páginas de la novela de nuestro siglo [...] la psicología, los estados del alma de la juventud, tales como ellos han sido en las generaciones que van desde los días de René hasta los que han visto pasar a Des Esseintes. Su análisis comprobaba una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía en la serie de personajes representativos que se inicia con los héroes, enfermos, pero a menudo viriles, y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón, en quienes se reflejan tan desconsoladoras manifestaciones del espíritu de nuestro tiempo [...] Pero comprobaba el análisis también un lisonjero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud.¹⁴⁴

Dice Rodó a los jóvenes hispanoamericanos: “La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros, y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros”.¹⁴⁵ Y más adelante les advierte con claridad: “Sed, pues, conscientes poseedores de una fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas que él sea fecundo o se prodigue vanamente”.¹⁴⁶

Si la juventud había ido aquilatando su prestigio, del cual dan testimonio los continuos llamados y reclamos que se le hacían, con Rodó ésta terminó por convertirse en un valor por sí misma. Un valor que no estaba asociado únicamente al fulgor de lo nuevo,

¹⁴⁴ J. E. Rodó, *Ariel*, ed. cit., p. 95.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 91.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 94.

como quizás ocurría con la juventud modernista, sino que formaba parte, según el pensamiento de la época, de un profundo proceso de renovación histórica, social e incluso espiritual, cuyos agentes debían ser los jóvenes americanos. Reyes en 1917 calificaba como un “despertar de la conciencia” lo que el discurso del uruguayo produjo en su generación: “Y entonces la primer lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana”.¹⁴⁷ Y es que el Próspero uruguayo¹⁴⁸ depositaba todas las esperanzas de su tiempo en los jóvenes y a ellos entregaba el estandarte histórico y social del nuevo siglo:

La Humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, a través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar a Guyau en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el día de sus bodas. [...]

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la Humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación inalterable con un ritmo de la naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud.¹⁴⁹

Hugo Biagini describe de la siguiente manera los alcances que tuvo a lo largo y ancho del continente americano esta renovada fe en la juventud:

Al filo del Novecientos, el modernismo enaltece la imagen del joven, tesoro divino y humano a la vez, en contraposición a la cultura prosaica del buen burgués. En el resonante arielismo de Rodó, la juventud, objeto de auténtica devoción, irrumpe con un poder casi omnímodo: mediador entre la utopía y lo real, sujeto movilizador por antonomasia de las masas y responsable por el destino de la

¹⁴⁷ A. Reyes, “Rodó”, en *El cazador. Ensayos y divagaciones*, en *Obras completas*, t. III, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 134.

¹⁴⁸ Rodó tituló *El Mirador de Próspero* (1913) a una colección miscelánea de textos que reúne tanto inquietudes intelectuales como un muestrario de temas y asuntos de la hora. (En J. E. Rodó, *Obra completa*, Emir Rodríguez Monegal (ed.), Madrid, Aguilar, 1957).

¹⁴⁹ J. E. Rodó, *Ariel*, ed. cit., p. 92.

ciencia, de los mejores gobiernos y hasta de la unión continental; una mística juvenilista que penetra visceralmente en los movimientos estudiantiles de nuestra América y se extiende hasta llegar a nuestros propios días.¹⁵⁰

No obstante, a pesar de esta “mística juvenilista”, la invitación hecha por el ensayista uruguayo no estaba dirigida a todos los jóvenes, sino sólo unos cuantos elegidos, a aquellos considerados los mejores: los *intelectuales* —“juventud intelectual” llamó la prensa de la época a los jóvenes ateneístas, título que Reyes respetó en evocaciones como *Pasado inmediato*—. Pedro Henríquez Ureña, principal difusor de Rodó en México desde su llegada a nuestro país, advertía en 1905 la naturaleza elitista de la convocatoria lanzada desde las páginas del *Ariel*, un elitismo que paradójicamente hundía sus raíces en el decadentismo europeo:

Próspero, el maestro tras cuya silueta se oculta Rodó, habla a un grupo de jóvenes —la juventud americana, a quien se dedica el libro— de lo que deben hacer por sí mismos y por la sociedad de que forman parte. Desde luego, se dirige a una juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos. Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico, como Mario Bunge en *Nuestra América*: su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos.¹⁵¹

Y más adelante, el autor de *Ensayos críticos*, aclara el foco de la mirada arielista:

A definir el ideal de Hispanoamérica tiende Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. “Yo creo —dice— ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas: yo creo que América necesita grandemente de su juventud”.

Es así, puesto que para nuestros pueblos es crítico este momento histórico en que la ley de la vida internacional les impone ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los lanzará en una dirección feliz. La juventud posee las fuerzas nuevas.

¹⁵⁰ H. Biagini, art. cit., p. 62.

¹⁵¹ P. Henríquez Ureña, “Ariel”, en *Ensayos críticos*, en *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 24.

Por eso, Rodó se dirige a los jóvenes, indagando si conciertan en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesario para la magna obra.¹⁵²

Rodó reivindicaba la imagen de una aristocracia del pensamiento y de una juventud intelectual. Una idea que en México se hallaba latente desde tiempos de Altamirano, pues su llamado a los jóvenes escritores a sumarse a las filas de la literatura patriótica tenía como fin llevar a la palestra a los nuevos hombres de letras para que impulsaran los remos de la nación. En cuanto a los Científicos, se advertía una intención similar, la dirección de una clase ilustrada, en este caso bajo una doctrina particular (el positivismo) e incorporada al aparato de Estado; aunque, a diferencia del Maestro de la Juventud o de Gutiérrez Nájera, quien también atrajo a los nuevos escritores mediante su obra y ejemplo, los Científicos no prestaron oídos a los jóvenes y terminaron por perder vigencia junto con el régimen de Porfirio Díaz. Quizás por ello las ideas del sudamericano calaron hondo en una generación que pugnaba por encontrar su propio lugar. El joven ilustrado se convirtió, entonces, en una suerte de elegido, no de las musas o gracias a un desajuste de los sentidos, como el genio romántico, sino por su esfuerzo intelectual, su rectitud moral y su manifiesto compromiso cívico, así como por considerársele el único con las fuerzas necesarias para ocuparse de unos trabajos heracleos tales como la renovación política de la sociedad, el resguardo de las identidad nacional y la construcción, en general, de un futuro mejor.

Aunque el ateneísmo se decantó hacia la prosa, cultivando primordialmente el ensayo, el discurso, la conferencia, el tratado, como géneros más adecuados para la exposición clara de las ideas, también en la poesía es posible ver la transformación del

¹⁵² *Ibid.*, p. 25.

escritor bohemio en intelectual, del joven que cambia la flauta de Dionisos por las flechas de Apolo. Rafael López uno de los ateneístas de mayor edad —quien según Reyes había “embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo”— escribía en 1909 en la *Revista Moderna de México*, una apología de aquel estudiante a quien representaban sus compañeros. “A la juventud”, poema escrito todavía en esos alejandrinos tan caros al modernismo pero de temática distinta, crea una atmósfera primaveral cuya promesa es la de un mejor porvenir y en la cual lo que florece es el conocimiento:

[...]
Se contempla el milagro que prendió en los extremos
de las ramas, las rosas y los frutos supremos,
pues cuando al libro abierto la juventud se inclina,
un nuevo pensamiento, como una flor, germina,
y en los pliegues que ahondan tan temprano su frente,
se mira, cómo pugna por brotar, la simiente.
Y así la dulce Patria consagra la fatiga
y bendice los surcos donde cuaja la espiga;
sabe que en el latido de cada frente pura
como en la primavera, truena vida futura,
truena vida futura, como en la primavera.¹⁵³

Los nuevos escritores se reunieron en torno a ese ideal de juventud. A diferencia de la generación modernista, colocaron el estudio por encima del arte, pues se sentían obligados a adoptar con seriedad la misión que la historia parecía haberles reservado.

Vicente Quirarte describe el carácter de la nueva promoción literaria:

Una nueva generación, que sentirá en la carne y el alma la furia de la Revolución, labrará una nueva concepción de la escritura. En el proceso pendular inherente a todo proceso, el Ateneo de la Juventud sustituirá el bastón del *dandy* por el rifle 30-30, el solipsismo por la acción, la mesa del bar por el gabinete de trabajo, la ciudad dionisiaca por la polis ilustrada que intentará, nuevamente, la victoria de

¹⁵³ R. López, “A la juventud”, *Revista Moderna de México*, vol. XI, núm. 70 (junio de 1909), pp. 203.

Quetzalcóatl sobre Huichilobos, la inteligencia constructora sobre la barbarie destructiva.¹⁵⁴

El denso ambiente político y social, el centelleo de un siglo nuevo, el surgimiento de nuevas corrientes de pensamiento y cierta necesidad de asumir la modernidad de una manera distinta a la generación precedente ciñeron de gravedad y apremiada madurez a los jóvenes escritores que despuntaban en la década de 1900. Álvaro Matute describe así el eje de su temperamento:

El punto fundamental de coincidencia habría de encontrarse en lo que adjetiva al Ateneo en su origen: la juventud. Cuando se reunieron, menores de 20 años los que estaban en el promedio, eran individuos que se identificaron por la lectura, por su afán de conocer y de hacer partícipe a la comunidad del valor de los libros. Fue gente que en sus años estudiantiles dejó el destrampe juvenil por la lectura. Todo lo que hicieron de mayor significación tiene en el libro al eje de sus preocupaciones, si se exceptúa a los cuatro pintores y a los tres concertistas, quienes, empero, no fueron ajenos a la palabra impresa. La lectura los llevó a la creación y a la política. No sólo enseñaron y divulgaron, sino que también se expresaron en obra escrita y en el ágora revolucionaria.¹⁵⁵

El joven americano de comienzos de siglo, gracias especialmente a Rodó se había transformado en un héroe que, como pensaba el ensayista inglés Thomas Carlyle —otro de los númenes literarios de la época— poseía la responsabilidad de conducir a los hombres por los caminos de la Historia:

[...] la Historia Universal, la historia de lo que los hombres han realizado en este mundo es, en lo esencial, la Historia de los Grandes hombres que han actuado en él. Estos grandes son los Conductores de hombres; los modeladores, los ejemplares y, en lato sentido, los creadores de todo cuanto el común de las gentes se han propuesto hacer o lograr; todo lo que vemos persistir de lo realizado en el mundo, es propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y

¹⁵⁴ V. Quirarte, “México entre dos amaneceres: las armas en las letras”, *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, núm. 6, invierno 2009, p. 201.

¹⁵⁵ Á. Matute, *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana / Océano, 2002, pp. 19-20.

corpórea de los Pensamientos que residieron en los Grandes Hombres enviados al mundo: el alma de toda la historia del mundo, podemos decirlo con toda razón, ha sido la historia de estos hombres.¹⁵⁶

De acuerdo con Carlos Monsiváis, es precisamente en torno a esta idea abstracta del *heroísmo* que los ateneístas organizan todas aquellas acciones que estaban encaminadas hacia la revolución moral de un país que se hallaba estancado y en medio de una profunda crisis histórica que lo mismo abarcaba las realidades económicas y sociales, que las culturales y artísticas:

La tarea del hombre de letras —con su *alma escrita* y su poesía, sus discursos, su cátedra— es también heroica, en pugna con el conformismo, la manía empirista, el ídolo de la ciencia. El heroísmo es el hallazgo de la vocación y la vocación es descender a lo profundo del yo [...] El heroísmo es la vivencia obsesiva del arte.

El heroísmo es reconstrucción y regeneración morales. Y a la moral debe entendersele como vigor, dinamismo, culto activo del progreso.¹⁵⁷

Dicho protagonismo histórico implicado en el aura heroica de la juventud se avenía bien con el nacimiento del intelectual moderno; figura que había adquirido carta de naturaleza con Émile Zola y el *affaire* Dreyfus. Con la defensa del capitán Alfred Dreyfus hecha por el escritor francés, la cuestión del compromiso cívico adquirió tal relevancia que, para algunos, se convirtió en condición *sine qua non* del escritor moderno. Justo Sierra¹⁵⁸ (1848-1912) —guía tutelar de los jóvenes estudiantes de la primera década—, quien dio seguimiento al *affaire* desde su columna *El exterior. Revistas políticas y literarias* del diario *El Mundo*, comprendió bien la importancia que cobraba la actuación social de los

¹⁵⁶ T. Carlyle, *Los héroes*, 2ª ed., J. Farrán y Mayoral (trad., notas y pról.), Barcelona, Orbis, 1985, p. 31.

¹⁵⁷ C. Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia General de México*, Daniel Cosío Villegas (coord.), t. 2, 3ª ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1401.

¹⁵⁸ Reyes retrata la cercanía del ministro: “A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo” (A. Reyes, *Pasado inmediato*, ed. cit., p. 194).

escritores, al margen y quizás por encima de su labor propiamente artística. En un principio Sierra se mostró reticente a sumarse a la causa del novelista francés pero reculó conforme el asunto avanzaba. Como señala Andreas Kurz, lo mismo ocurrió con Amado Nervo quien en enero 1898 criticaba las intenciones de Zola, “rey destronado que no quiere abdicar”, a quien acusaba de buscar “notoriedad”,¹⁵⁹ pero que tan solo un mes después pide “que perfumen nuestra tristeza los ramos de flores enviados por manos piadosas a la morada de Zola...”¹⁶⁰ y en 1899, ante el destierro del escritor francés, exclama: “¡Qué bella se destaca la figura de Zola, tornando con las manos calmadas de perdón desde el destierro que divinizó a Ovidio, a Dante y a Víctor Hugo”¹⁶¹ Como señala el crítico austriaco, no se trata de oportunismo sino de un cambio de *opinión pública* respecto al escritor naturalista,¹⁶² cuestión que es válida también en el caso de Sierra. Alfonso Reyes da testimonio temprano de esa conversión juvenil en el discurso que pronuncia en 1907 con motivo del aniversario de fundación de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, donde conmina a sus compañeros: “Alumnos de la Preparatoria: nunca seáis adustos. Antes bien sed risueños, sed audaces, sed libres y, sobre todo, no seáis *bohémios*”.¹⁶³ En “Nosotros”, revisión generacional que Reyes emprende en 1914, con la Revolución como telón de fondo, el regiomontano daba cuenta de manera más cabal de ese desplazamiento de

¹⁵⁹ A. Nervo, “23 de enero de 1898”, en *La Semana* (Primera serie. 1898-1900), en *Obras completas*, t. I., Francisco González Guerrero (recop., pról. y notas de la prosa), Alfonso Méndez Plancarte (recop., pról. y notas de la poesía), México, Aguilar, 1991, pp. 738-739.

¹⁶⁰ A. Nervo, “27 de febrero de 1898”, en *Ibid.*, p. 765.

¹⁶¹ A. Nervo, “Domingo 9 de julio de 1899”, en *ibid.*, p. 990.

¹⁶² A. Kurz, “La transformación de estereotipos femeninos en el modernismo mexicano a raíz de una adaptación de *El retrato de Dorian Gray*”, *Literatura Mexicana*, vol. 22, núm. 2, diciembre de 2011, p. 31.

¹⁶³ A. Reyes, “Discurso” (Pronunciado por su autor en el Salón de Actos de la Escuela N. Preparatoria, en la Velada con que la Sociedad de Alumnos celebró el mes próximo pasado el aniversario de la fundación de dicha Sociedad), *Revista Moderna de México*, vol. VII, núm. 48 (agosto de 1907), p. 343.

intereses y valores, advertido por Sierra y asumido a plenitud por su generación, que va de lo dionisiaco a lo apolíneo, y de lo artístico a lo intelectual:

La evolución de las letras mexicanas, desde la era del modernismo hasta nuestros días, queda definida por esta fórmula: un ritmo, una sucesión casi prevista o previsible, quizá necesaria, entre los virtuosos del talento poético y los sedientos de una nueva atmósfera de ideas. Hay, en la generación que ahora oficia, como tenía que ser, poetas verdaderos —pero sumergidos en la superior tendencia ideológica, quiéranlo o no y así lo confiesen o lo nieguen. Reflejo, por otra parte, de lo que en todo el mundo sucede: no es hoy el día del cuento maravilloso ni del poema excelso, no es el día de la invención, sino el de la crisis intelectual, el de la tormenta de los valores.¹⁶⁴

Justo Sierra escribe sobre el “J'accuse...!": “la brava carta de Zola, a quien es preciso absolver de sus magnos errores estéticos, en vista de la incomparable grandeza de su actitud moral, anuncia el propósito de llevar hasta el último extremo su lucha por la justicia y el derecho”.¹⁶⁵ Y en otro momento expresa la solidaridad que el valor civil del novelista parisino exige a los escritores del resto del orbe:

Cuando publicó Zola su tremenda requisitoria, lo hallamos enteramente exagerado; [...] Mas cuando se le llamó a gritos “traidor, vendido a los judíos, ultrajador de la religión”, cuando se desconoció su mérito de escritor, su sinceridad de hombre, su valor y su probidad, hoy proclamada por cuantos no tengan en los ojos “la catarata” [...] del antisemitismo; cuando pasó todo esto, cuando las multitudes frenéticas se pusieron a gritar ante él hasta hacerlo salir de Francia, nos sentimos a su lado; aquello nos pareció innoble, horriblemente despreciable; nos hizo el efecto de uno de esos actos imbéciles y crueles de las muchedumbres que causan algo así como vasca en la conciencia...¹⁶⁶

Dentro de los textos que Zola fue publicando en torno al *affaire*, llama la atención el primero de varios folletos que hizo circular de manera independiente el cual lleva por título

¹⁶⁴ A. Reyes, “Nosotros”, art. cit., p. 216.

¹⁶⁵ J. Sierra, *El exterior. Revistas políticas y literarias, Obras completas*, t. VII, 3ª ed., José Luis Martínez (ed., notas e índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 112.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 96.

“Carta a la juventud”. En este texto el autor de la saga Rougon-Macquart escribía un alegato contra la juventud reaccionaria que había salido a las calles a denostar a los defensores de Dreyfus. Apelando a su “candor natural” y a su espontánea tendencia a corregir las injusticias y luchar por la libertad, llama a los jóvenes universitarios, es decir a la selecta juventud educada, a colocarse del lado correcto de la historia y asumir su papel de redentores sociales: “¡Oh juventud, juventud! Te lo ruego, piensa en la gran labor que te espera. Eres la futura obrera, tú pondrás los cimientos de este siglo cercano que, estamos profundamente convencidos, resolverá los problemas de verdad y de equidad planteados por el siglo que termina”.¹⁶⁷

En este ambiente de auténtico fervor “juvenilista” fue en el que se iniciaron en las letras los nacientes escritores vinculados al ateneísmo.¹⁶⁸ Los primeros testimonios de su quehacer juvenil quedaron registrados en los pliegos de la *Revista Moderna de México*, heredera directa o, mejor dicho, continuación de la *Revista Moderna* que, sin embargo, ante la crisis que supuso el declinar del Porfiriato hubo de ampliar los objetivos de la primera para convertirse en algo cercano a un *magazine* al estilo estadounidense y no en una revista exclusivamente artística y literaria como lo había sido hasta entonces.¹⁶⁹ “Magazine Mensual Político, Científico, Literario y de Actualidades”, desde el subtítulo se hace evidente la metamorfosis de la publicación. Por otra parte, las aportaciones de los jóvenes literatos, en contraste con las de los modernistas, otorgan a la publicación una dosis de

¹⁶⁷ E. Zola, “Carta a los jóvenes”, en *Yo acuso. La verdad en marcha*, Barcelona, Tusquets, 1998, p. 53.

¹⁶⁸ Uso la palabra *ateneísmo* para referirme al conjunto de jóvenes que, sin formar todavía un grupo en forma, participan de empresas comunes desde comienzos de la década hasta desembocar en el Ateneo de la Juventud.

¹⁶⁹ Para un estudio detallado tanto del contexto en el que se desenvuelve la revista como de la historia interna de la misma, puede consultarse: *Revista Moderna de México 1903-1911*, t. I. Índices y t. II. Contexto, Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coordinación y estudio introductorio), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

severidad acorde a los nuevos tiempos. En 1909, Emilio Valenzuela, continuador de la faena editorial iniciada por su padre, a propósito de la fundación del Ateneo de la Juventud ratificaba públicamente una invitación que desde hace años se llevaba a la práctica; el novel editor convocaba a la “sana juventud” literaria de México, contrapunto de la juventud enfermiza de fines del XIX, a ocupar las páginas de la publicación:

La *Revista Moderna* os abre sus puertas de par en par; que en ella quede la huella luminosa del momento más sagrado de vuestra vida: la juventud.
¡Para tan bella dama, sólo vuestra sana juventud!
¡Entrad!¹⁷⁰

La publicación no sólo fue el primer escaparate literario de la nueva generación, sino que estos supieron adaptarla a sus propias intenciones e hicieron de ella una plataforma para promocionar no sólo sus obras sino las distintas actividades que realizaron a lo largo de la década. En la *Revista Moderna de México* es posible encontrar los discursos y las conferencias pronunciados por los jóvenes ateneístas y sus maestros, así como el registro de sus diversas empresas, como las conferencias sobre cultura moderna ofrecidas en 1907 o la fundación del Ateneo. Este aliento riguroso y serio, “sano” dice Valenzuela hijo, mostrado en el *magazine* es el mismo que se advertirá en la primera revista impulsada enteramente por la nueva generación: *Savia Moderna*. Sobre sus orígenes, escribe Alfonso García Morales:

En 1906 [Alfonso Cravioto] decidió destinar una parte de la cuantiosa herencia paterna a fundar una revista que, sin desligarse de aquélla, se dedicara más específicamente a dar a conocer a los escritores y artistas jóvenes. Él sería el mecenas de las promesas, como Valenzuela de los ya consagrados. Por lo pronto podía contar con los últimos poetas incorporados a la *Revista Moderna*. A Luis Castillo Ledón, que entonces dirigía en ella la sección “Revistas”, le ofreció

¹⁷⁰ E. Valenzuela, “Una noble tentativa de cultura”, en *Revista Moderna de México* vol. XII, núm. 74 (octubre de 1909), pp. 120-121.

compartir con él la dirección. Y sobre esta base, abrió el proyecto a los estudiantes de Bellas Artes y a los de las distintas Escuelas Profesionales de la capital interesados en la literatura. Especialmente a sus compañeros de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la más numerosa y activa de todas ellas [...].¹⁷¹

La revista fundada por Cravioto y Castillo Ledón, que originalmente llevaría el título de *Savia Nueva*, nació con la intención de contar con una plataforma de exhibición propia que, no obstante, mantuviera sus puertas abiertas a todas las corrientes y, por ende, a todos los escritores. En la editorial del primer número los directores proponían un derrotero cuyos puertos eran los mismos que Altamirano y Gutiérrez Nájera habían buscado, los de la apertura, la inclusión y la concordia:

Al iniciar una labor como la nuestra, amplia de libertad, bella de juventud, y excelsa de arte, huelga toda frase que revele programa, y todo pensamiento sospechoso de sectarismo.

Los agrupados en esta Revista —humilde de vanidad, pero altiva de fe— aspiramos al desarrollo de la personalidad propia, y gustamos de las obras más que de las doctrinas.¹⁷²

La revista, de acuerdo con Pedro Henríquez Ureña, representó un primer intento de la juventud por señalar una distancia con la generación precedente por medio de la búsqueda de nuevos ideales que relevaran a los viejos. De acuerdo con el dominicano, al fervor por la Francia decimonónica, el romanticismo de mediados del XIX y la filosofía positivista, opusieron el interés por la literatura clásica, los siglos de oro españoles, Dante y Shakespeare, las ideas artísticas inglesas modernas, y el irracionalismo alemán.¹⁷³

Sin embargo, el tono conciliador que había mostrado el naciente ateneísmo en *Savia Moderna* se vería rápidamente alterado y un año más tarde los jóvenes alzarían la voz en la

¹⁷¹ A. García Morales, *op. cit.*, p. 42).

¹⁷² “En el umbral”, *Savia Moderna. Revista mensual de arte*, núm. 1 (marzo de 1906), p. 1.

¹⁷³ Cfr. P. Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. cit., p. 159.

prensa y las calles de la Ciudad de México. El episodio, bastante conocido, se dio a propósito del lanzamiento, impulsado por Manuel Caballero (1849-1926), de una segunda época de la *Revista Azul* (1907).¹⁷⁴ Caballero, *reporter* moderno pero poeta de sensibilidad anacrónica, resucitó la revista de El Duque Job con el permiso de su cofundador Carlos Díaz Dufoo y un paradójico programa: “¡Guerra al decadentismo!”. En la editorial del “Prospecto”, anuncio y explicación de lo que sería la revista, concluía Caballero categórico y pertinaz:

En una palabra, haremos en todo el periódico una política literaria de resuelta intransigencia con el mal que nos proponemos combatir, estableciendo, en nombre de la eterna belleza y de la verdad divina, en nuestro campo de combate, un pendón azul, como lo reza el nombre de la *REVISTA*, en que se lean estas palabras inequívocas que denotan fê, que acusan firmeza y proclaman resolución de no ceder un solo palmo al enemigo —*EL QUE NO ESTÁ CONMIGO ESTÁ CONTRA MI*.¹⁷⁵

Para Fernando Curiel, tanto el resurgimiento de la *Revista Azul* como la impugnación al decadentismo no obedecían solamente a las convicciones poéticas, seguramente honestas, de Caballero, sino también a una estrategia para contender por el legado literario y cultural que personificaba El Duque Job a más de diez años de su fallecimiento. “Independientemente de las diferencias internas, estéticas o sociales, natural, indisputada había sido hasta ahora la línea de sucesión, a partir de 1869, de las revistas

¹⁷⁴ No es el objetivo de este trabajo reconstruir la historia de la segunda *Revista Azul* ni la polémica que la envolvió, para una panorámica bastante completa véase: F. Curiel Defossé, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas / Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1996. El libro además del facsimilar de la revista, incluye algunos textos clave de la polémica y un estudio donde Curiel analiza los acontecimientos trazando un arco que va desde la primitiva *Revista Azul* y la *Revista Moderna*, hasta la *Revista Moderna de México*, *Savia Moderna* y la publicación de Caballero. Del mismo Curiel puede consultarse *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, ed. cit.; de Jorge von Ziegler la última parte del “Estudio introductorio” al facsimilar de la *Revista Azul*, ed. cit.; asimismo puede acudir al capítulo “La *Revista Azul* vs. la *Revista Azul*”, incluido en J. Pascual Gay, R. Dela Fuente Ballester y M. I. Ramírez, *Historia de las revistas literarias mexicanas (1894-1946). De El Renacimiento a las revistas modernistas (1894-1911)*, ed. cit., pp. 317-323.

¹⁷⁵ M. Caballero, “Prospecto”, *Revista Azul*, segunda época, t. VI, núm. prospecto (marzo de 1907), p. 3.

mexicanas [...] Primero *El Renacimiento*; luego la *Revista Azul*; después la *Revista Moderna*” escribe Curiel; y todo parecía indicar que la estafeta pasaría sin obstáculos hacia *Savia Moderna*, de no haber sido tan efímera, o con mayor seguridad a la *Revista Moderna de México* —sin duda la publicación más importante de la primera década— y, en especial, a las manos de Emilio Valenzuela, cuyo padre, el mítico Jesús E. Valenzuela, se encontraba por esas fechas con problemas de salud. Siguiendo la argumentación de Curiel, es probable que Caballero hubiese advertido varios signos que anunciaban ese relevo literario-generacional como la insistencia de la *Revista Moderna* en rescatar textos firmados por Gutiérrez Nájera o en publicar otros dedicados a él, así como la campaña emprendida desde sus páginas para erigirle una estatua al poeta modernista. Frente a ese panorama, el exhumador de la *Revista Azul* jugó un par de cartas intrépidas: legitimarse a través de Díaz Dufoo, “único heredero del preclaro nombre”¹⁷⁶ —cuyo permiso aparece reproducido en el número “Prospecto” de la publicación— y adueñarse mediante el título del legado azul; cartas, sin embargo, a todas luces perdedoras porque resultaban definitivamente arcaicas para 1907, año enmarcado por un porfirismo crepuscular, una sociedad en plena transformación y, sobre todo, una nueva generación literaria para la cual ni las bellas letras defendidas por Caballero, ni, dicho sea de paso, el modernismo, resultaban asuntos centrales. Sin embargo, los jóvenes ansiosos de abrirse paso en la polis letrada vieron en la provocación del periodista jalisciense una oportunidad para dar un manotazo sobre la mesa

¹⁷⁶ M. Caballero, “¡Guerra al decadentismo! Resurrección de la *Revista Azul*. Dominical literario. Fundado por los señores Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo en 1894. Segunda Época. Con autorización del fundador que sobrevive”, *El Entreacto. Bisemanal de Espectáculos, Literatura y Arte*, núm. 625 (21 de marzo de 1907), p. 1, reproducido en F. Curiel, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, ed. cit., p. 69. Incluido también en *La construcción del modernismo (antología)*, ed. cit., p. 325.

y, haciendo gala de su juventud, mostrarse ante la mirada pública como los genuinos representantes de la nueva literatura mexicana.

En un acto anómalo en las dinámicas literarias nacionales, los jóvenes organizaron una marcha pública la tarde del 17 de abril del Jardín de la Corregidora a la Alameda, acompañada por la banda de un regimiento, donde centenas de estudiantes, portando un estandarte con la leyenda “Arte Libre” —título imaginado para una revista que nunca llegaron a fundar— lanzaban consignas y vítores. Durante esa tarde y después por la noche en el Teatro Abreu se leyeron poemas, se pronunciaron discursos y se presentó un programa musical. Participaron, entre otros, Rafael López, Max Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, Roberto Argüelles Bringas y los “hermanos mayores” del grupo, Luis G. Urbina y Jesús Urueta.

En un tono poco acostumbrado, con aire heroico y rescoldos de indignación, Reyes recapitula la manifestación contra Caballero:

Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. [...] No nos dejamos arrebatarse la enseña y la gente aprendió a respetarnos.¹⁷⁷

Henríquez Ureña, un poco más sereno pero igualmente acre, recuerda:

Fue aquella una hermosa época de actividad juvenil en México. Un periodista viejo con pretensiones de crítico y poeta, Manuel Caballero, lanzó al público una *Revista Azul*, muy mal escrita y con un programa en que se atacaba a

¹⁷⁷ A. Reyes, *Pasado inmediato*, ed. cit., p. 207-208.

los escritores *modernistas*, pretendiendo así continuar la *Revista Azul* que dirigió Gutiérrez Nájera: la iniciadora, en México, del movimiento *modernista*. La juventud se indignó, y organizó un acto de protesta [...]¹⁷⁸

El golpe se había dado con éxito. Los estudiantes habían mostrado que poseían capacidad de acción, recursos y poder de convocatoria. Una movilización tan expedita, contundente y bien organizada debió inspirar, como afirma Reyes, respeto, y tal vez temor. Gabriel Zaid comenta al respecto: “Se trataba de repetir la entrada triunfal en escena que fue la publicación de *Savia Moderna*, pero ahora con una teatralidad apabullante. Se trataba de tomar la calle, salir a la vida pública y decir: aquí estamos, miren la fuerza que tenemos, el talento que tenemos, la razón que tenemos”.¹⁷⁹ Un gesto que recuerda en mucho al de Tablada y compañía tras el escándalo de “Misa negra”; es decir, el de un grupo de jóvenes que reclaman un espacio literario al que se sienten merecedores por la sola condición de su juventud; muchachos dispuestos a aprovechar cualquier fractura, cualquier temblor, cualquier reacomodo en el mundo de las letras para adentrarse en él y hacer sentir su presencia.

Diez días antes del acto público, los manifestantes habían dado a la luz la “Protesta de los modernistas”, mejor conocida como “Protesta literaria”, donde con un registro beligerante y socarrón daban forma teórica a su reclamo, en el cual brillaba con especial intensidad la juventud como argumento suficiente para autorizar su indignación y objetar el programa del periodista:

Nosotros, los que firmamos al calce, *mayoría de hecho y por derecho*, y del núcleo de la juventud intelectual, y con toda la energía de que somos capaces, protestamos públicamente contra la obra de irreverencia y falsedad que en nombre

¹⁷⁸ P. Henríquez Ureña, *Memorias / Diario / Notas de viaje*, ed. cit. p. 114.

¹⁷⁹ G. Zaid, “López Velarde ateneísta”, *Vuelta*, núm. 179 (noviembre de 1991), p. 18.

del excelso poeta Manuel Gutiérrez Nájera, se está cometiendo con la publicación de un papel que se titula *Revista Azul*, y que ha emprendido un anciano reportero, carente de toda autoridad y de todo prestigio [...]¹⁸⁰

La protesta planteaba una disputa entre el presente y el pasado, lo revolucionario y lo establecido, lo joven y lo viejo. En ese balance, en un giro sorpresivo, los jóvenes defensores del modernismo aprovechaban la ocasión para separarse públicamente de éste y esbozar una suerte de poética, algo vaga todavía, sustentada primordialmente en el prestigio del cambio, de lo juvenil, de lo actual:

Y aquí es oportuno declarar a manera de credo, que nosotros no defendemos el modernismo como escuela, puesto que a estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que debía dejar, y ya ocupa el lugar que le corresponde en la historia de la literatura contemporánea; lo defendemos como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio a la vulgaridad y a la rutina. SOMOS MODERNISTAS, SÍ PERO EN LA AMPLIA ACEPTACIÓN DE ESE VOCABLO, ESTO ES: CONSTANTES EVOLUCIONARIOS, ENEMIGOS DEL ESTANCAMIENTO, AMANTES DE TODO LO BELLO, VIEJO O NUEVO, Y EN UNA PALABRA, HIJOS DE NUESTRA ÉPOCA Y NUESTRO SIGLO.¹⁸¹

Como afirma Vicente Quirarte “Aquella generación incorporó el término *juventud* a su Ateneo, como testimonio de que lo nuevo era un grito de guerra de una forma de reivindicación”.¹⁸² Para no dejar rastro de duda sobre la convicción de su particular programa, los abajofirmantes incluyeron un remate digno de un poeta futurista o, en el caso mexicano, de un futuro estridentista como Kyn Taniya, quien hacia 1918 escribía:

¹⁸⁰ VV. AA., “Protesta de los modernistas”, *El Entreacto. Bisemanal de Espectáculos, Literatura y Arte*, núm. 631 (11 de abril de 1907), p. 3, citado en F. Curiel, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, ed. cit., p. 78. Incluido también en *La construcción del modernismo (antología)*, p. 335.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 336.

¹⁸² V. Quirarte, *El laurel invisible*, Discurso de ingreso a El Colegio Nacional (3 de marzo de 2016), Manuel Peimbert Sierra (salutación), Eduardo Matos Moctezuma (respuesta), México, El Colegio Nacional, 2016, p. 38.

¡VAMOS! ¡ARRIBA LOS JÓVENES!
Que los cráneos calvos estallen en la punta de nuestros garrotes¹⁸³

La “Protesta” de los jóvenes escritores de la primera década, por su parte, concluía con un gesto fulminante y no menos violento que el del poeta fundador del Teatro del Murciélago: “¡Momias a vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!” Un par de imperativos y una clara advertencia, que bien leída no estaba dirigida únicamente a Caballero, sino al medio literario mexicano en general, incluidos los modernistas. La comparación con Quintanilla no es ociosa, pues sirve para mostrar cómo los futuros ateneístas, al igual que los decadentistas en su momento, anticiparon aquellos gestos de la vanguardia que resultaban estratégicos para insertarse en el medio cultural de su tiempo. Los jóvenes que muy poco después formarían la Sociedad de Conferencias no abusaron de este tipo de aspavientos y sólo recurrieron a ellos cuando se trataba de una cuestión de táctica cultural. Repetirán la estrategia un año después, la noche del 22 de marzo en el Teatro Arbeu, en el homenaje que organizan a Gabino Barreda, principal promotor del positivismo en México, y que pasó a la historia como un acto antipositivista. Reyes lo recuerda así:

En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérselo propuesto—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la

¹⁸³ Kyn Taniya, “Pellizco”, en *Avión*, en Luis Mario Schneider, *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 341.

obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico [...] se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución.¹⁸⁴

No obstante, para Zaid está claro que se trató de un segundo movimiento del cada vez más organizado grupo “hacia la toma del *establishment*”; en esta ocasión dirigido a reclamar la Escuela Preparatoria Nacional como propia y a arrogarse el derecho a educar al país por encima del que podían tener los viejos positivistas o los católicos “reaccionarios”. García Morales, por su parte, hace un apunte en la misma dirección y destaca el homenaje como una oportunidad que tuvieron para estrechar de relaciones con Justo Sierra, quien sería una figura clave para promover a los futuros ateneístas en su labor pública:

Al igual que la manifestación contra la *Revista Azul* del año anterior, el homenaje a Barreda sirvió a los jóvenes de la Sociedad de Conferencias para afirmarse públicamente como la “nueva generación intelectual”. Pero ahora habían avanzado algo más: en su defensa de las ideas modernas habían incluido el antipositivismo y habían entrado en contacto con Justo Sierra. Entre éste y los jóvenes no iba a darse una relación de maestro y discípulos, sino de coincidencia y colaboración en política educativa. Ambos defendían la tradición laica de la educación mexicana, pero no el positivismo; la necesidad de restaurar la universidad sobre bases nuevas, que diera cabida en ella a las humanidades.¹⁸⁵

En su “Panegírico de Barreda”, leído la noche del homenaje y publicado dos días después en *El Imparcial*, Sierra hacía un reconocimiento de la nueva generación como la legítima continuadora de los esfuerzos de Barreda por reformar la educación en México y darle la dirección correcta. El ministro, notable discípulo del fundador de la Escuela Nacional Preparatoria, revive a su antiguo maestro y lo hace coincidir con los arrebatos juveniles de los integrantes de la Sociedad de Conferencias:

¹⁸⁴ A. Reyes, *Pasado inmediato*, ed. cit., p. 209.

¹⁸⁵ A. García Morales, *op. cit.*, p. 118.

[...] el doctor Barreda se inclinaría con atención profunda, y no menos profunda aunque inquieta simpatía, hacia este movimiento que hoy presenciamos, este llegar atropellado y tumultuoso de la nueva generación, que en pos de quienes están parados ya en los umbrales de la virilidad y aun más acá, invoca con vocablos de guerra civil y anatemas de contienda religiosa, los ideales santos de nuestros padres, en gran parte realizados ya, y golpea sonoramente los broqueles del sentimiento juvenil con espadas descolgadas del arsenal de las bravas luchas de antaño por la Reforma y la emancipación social, tremolando como estandarte de batalla su nombre, el nombre de Barreda, del pensador, del fundador tranquilo que creyó cimentar sobre incommovibles bloques la paz espiritual de la República.¹⁸⁶

En este reconocimiento de la juventud, Sierra pone el acento sobre el carácter intelectual de la misma como el vínculo que entrelaza los originales y más puros afanes del positivismo con la misión de la nueva generación, en la que reconoce una búsqueda rigurosa de la verdad y una disposición no sólo a cultivar la propia inteligencia sino a ponerla al servicio de los demás: “[...] Blas Pascal, ha dicho: «toda la dignidad del hombre está en el pensamiento; trabajemos, pues, en pensar bien; es el principio de la moral». Estas palabras resumen toda la enseñanza de Barreda”.¹⁸⁷

Con una conciencia histórica plena, a lo largo de las primeras dos décadas del siglo estos jóvenes fueron ensayando distintas estrategias que se adecuaban a las exigencias de cada momento. Poco a poco se fueron decantando más hacia el llamado lanzado por Rodó a dirigir las conciencias hispanoamericanas que hacia la beligerancia mostrada contra Caballero. Además de los actos públicos contra la nueva *Revista Azul* y en defensa de Barreda, organizaron una Sociedad de Conferencias en 1907; se agruparon como Ateneo de la Juventud en 1909; colaboraron activamente junto con el ministro Sierra en la fundación

¹⁸⁶ J. Sierra, “Panegírico a Barreda” Homenaje al maestro don Gabino Barreda, en el Teatro Arbeu, la noche del 22 de marzo de 1908, en *Obras completas*, t. V, Discursos, Manuel Mestre Ghigliazza (edición preparada por), Agustín Yáñez (edición revisada y ordenada por), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 387.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 393.

de la Universidad Nacional de México en 1910 y hacia 1912 transformaron la agrupación en Ateneo de México, año en que también fundaron la Universidad Popular; empresas todas en las que se insinúa una vocación pública. Con relación a ello, Zaid llama la atención sobre el hecho de que, a contracorriente de la tradición mexicana, el Ateneo no hubiera sentido la necesidad de tener revistas propias y que prefiriera actuar por vías “extraeditoriales”, vinculadas más a las esferas políticas y académicas: “manifestaciones callejeras, discursos, veladas, exposiciones de pintura, ceremonias, conferencias”.¹⁸⁸ Observación que Fernando Curiel complementa al señalar que esta generación de jóvenes optaron por “publicar en revista ajena”, desde la *Revista Moderna de México* hasta *Contemporáneos*.¹⁸⁹ Aunque dicha manera de proceder también podría entenderse como una manifestación de la concordia altamiranista puesta en práctica; es decir, la concepción de las revistas literarias y culturales como espacios que mantienen las puertas abiertas para todos aquellos que desean escribir y no como sitios acotados por un grupo o un movimiento en específico, lo cual explicaría esa naturalidad con que los ateneístas se movieron de una publicación a otra durante casi tres décadas.

Este carácter público, sin dudas, se encontró en estrecha relación con la preeminencia del joven intelectual a comienzos de siglo. Figura que parecía otorgar a los incipientes escritores mexicanos la oportunidad de recuperar una antigua función que, con la penetración más violenta del capitalismo en el último cuarto del siglo XIX, se había desvanecido: la del escritor como principal conductor de los asuntos públicos. Recuperación y transformación, al mismo tiempo, pues el Ateneo consigue hacer del

¹⁸⁸ G. Zaid, “López Velarde ateneísta”, art. cit., p. 17.

¹⁸⁹ F. Curiel, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, ed. cit., p. 127.

escritor una figura primordialmente intelectual, cuya razón de ser se encuentra en el tanto en el carácter público de su actuación como en el servicio prestado a la sociedad, pasando a segundo plano su labor literaria o artística. Hacia los años cuarenta, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Henríquez Ureña explicaba de esta manera la retirada del escritor de la esfera cívica, una visión que debió acompañarlo desde joven:

Con la estabilidad política, bajo una forma real o fingidamente democrática, y con el desenvolvimiento económico se fue imponiendo en la mayoría de las naciones de la América hispánica, como hemos visto, una división del trabajo por la que los hombres de letras dejaron de ser ya al mismo tiempo directores de la vida pública. Se dedicaron ahora a la “literatura pura”: tal fue, cuando menos durante algún tiempo, su propósito y su ideal. La torre de marfil se convirtió en símbolo familiar.¹⁹⁰

Henríquez Ureña —y junto con él aquellos compañeros que lo consideraban un precoz pero indiscutible maestro—¹⁹¹ estaba convencido del papel dirigente al cual estaba llamada la juventud educada. En su paso por México se empeñó en que los jóvenes escritores que estaban en torno suyo se formaran en la más rigurosa disciplina y procuró que esa formación tuviera ecos en la sociedad. Como afirma García Morales, el dominicano “creía que el primer deber del intelectual hispanoamericano era la difusión de las ideas

¹⁹⁰ P. Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, ed. cit., p. 197. De acuerdo con el dominicano, hacia la segunda década del siglo XX los intelectuales poco a poco volvieron a “su costumbre tradicional de intervenir en los negocios públicos” y su principal función fue “la discusión y difusión de las doctrinas políticas, y, con no poca frecuencia, el examen de sus fundamentos filosóficos”. Como ejemplos da, entre otros, el movimiento de reforma universitaria argentina de 1918, la “Reforma universitaria” peruana, promovida por Abraham Valdelomar y su revista *Colónida* de 1915, y el Ateneo de la Juventud en México (*Ibid.*, p. 199).

¹⁹¹ Dos fragmentos de Alfonso Reyes bocetan un retrato del magisterio del dominicano: “Lo que el desarrollo del humanismo clásico, en el cultivo de la buena tradición española y en la formación del sentido crítico se debe a Pedro Henríquez Ureña, es incalculable. Educador por temperamento despierta el espíritu de aquellos con quienes dialoga” (“Nosotros”, art. cit., p. 220); “En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó” (*Pasado inmediato*, ed. cit., p. 205).

modernas, establecer un medio cultural libre de provincianismos y a la altura de su tiempo, del que se beneficiaría la creación. Y veía en el «pequeño grupo intelectual», en la élite activa y bien dirigida, la mejor forma de lograrlo”.¹⁹² El autor de *Estudios mexicanos* expresaba claramente este afán de una aristocracia intelectual que ejerciera una influencia sobre la sociedad en su tesis de 1914 para obtener el título de abogado por la Escuela Nacional de Jurisprudencia, cuyo título es sencillamente *La Universidad*: “La alta cultura no es un lujo: los pocos que plenamente la alcanzan son los guardianes del conocimiento; sólo ellos poseen el laborioso y sutil secreto de la perfección en el saber; sólo ellos, maestros de maestros, saben dar normas ciertas y nociones seguras a los demás: a los profesionales, a los hombres de acción superior, a los guías de la juventud”.¹⁹³ José Vasconcelos, por su parte, en 1911, con las andanadas revolucionarias como fondo, pronunciaba el mismo anhelo. Para el oaxaqueño estaba claro que la labor del Ateneo era el correlato moral de la lucha armada que iniciaba y advertía la necesidad de otorgar a la juventud intelectual —es decir, a los ateneístas— las riendas educativas y culturales del país: “Cuando se fomente entre nosotros la clase de los intelectuales y el poder público se acostumbre a respetarla en los asuntos que le incumben, tendremos una verdadera cultura y conjugaremos el peligro que cada cambio de ministerio renueva, la audacia del

¹⁹² A. García Morales, *op. cit.*, p. 2.

¹⁹³ P. Henríquez Ureña, *La Universidad*, Fernando Curiel Defossé (ed. crítica, estudio preliminar, notas y apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 148. Para Enrique Krauze este reclamo estaba relacionado con el desplazamiento que había sufrido el hombre de letras mexicano al declinar el siglo XIX: “Hacia fines de siglo los procesos de diversificación social se habían puesto en marcha y el intelectual latinoamericano dejaba de tener una función integrada o suplementaria de la del poder; es entonces cuando las propias circunstancias crean la noción de intelectual, cuando los hombres de letras comienzan a concebirse a sí mismo como intelectuales, cosa que no hubiera podido ocurrir durante los períodos de construcción en los que casi todo “«proyecto» les había pertenecido”. (E. Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, 8ª ed., México, Siglo XXI, 1996, p. 153).

especialista”. Para el filósofo no bastaba con que la dirección recayera sobre los intelectuales, tenían que ser los jóvenes quienes contrajeran ese compromiso:

Debemos estar seguros de que la última revolución, que es obra de los hombres de menos de cuarenta años, encaminará la cultura mexicana en el deseo que desea la juventud. [...] Por eso reclamamos que quien pretenda dirigirnos adquiera competencia, y por eso solamente confiamos en la misma juventud a que pertenecemos, porque es juventud que se ha rebelado, precisamente porque sus estudios directos de la cultura moderna le demostraron la incompetencia de sus mayores contemporáneos.¹⁹⁴

Con este espíritu inauguró la segunda década el Ateneo de la Juventud. Para enfrentar los retos que anunciaba la Revolución se contaba con el valor de una juventud plenamente asumida y con fe en las facultades de la cultura y la educación para transformar al país. Los ateneístas se verían llamados muy pronto a abandonar su carácter juvenil y convertirse en tempranos maestros de las promociones siguientes, las cuales adaptarán a sus propias convicciones el modelo de juventud propuesto por ellos.

¹⁹⁴ J. Vasconcelos, “La juventud intelectual mexicana y actual momento histórico de nuestro país”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. cit., pp. 137-138.

Capítulo 3.

La juventud en las revistas literarias mexicanas. De *Gladios* a *Revista Nueva* (1916-1919)

3.1. La juventud intelectual en el México posrevolucionario

Entre fuego y pólvora amaneció la segunda década del siglo XX mexicano. La llamada *pax porfiriana* se había visto interrumpida por diversos levantamientos obreros, entre ellos, reconocidos a la distancia como precursores de la Revolución: la Huelga de Cananea, organizada en 1906 por los mineros de la Cananea Consolidated Copper Company, y la Huelga de Río Blanco, realizada en 1907 por los trabajadores de la fábrica de textiles de esa localidad, la cual derivó en una masacre donde centenas de obreros fueron asesinados a manos del ejército mexicano. Se suman a estos hitos prerrevolucionarios una serie de revueltas ocurridas durante la segunda mitad del primer decenio en ciudades de Coahuila, Veracruz, Chihuahua y Durango, promovidas por el Partido Liberal Mexicano y sus fundadores, los hermanos Flores Magón, quienes difundieron las ideas más radicales en contra del régimen porfirista desde las páginas del periódico *Regeneración* (1900-1906, 1910-1918);¹⁹⁵ rebeliones de carácter local y de mediano alcance que fueron sofocadas una y otra vez por las fuerzas porfiristas pero que manifestaban un descontento generalizado,

¹⁹⁵ Cfr. S. Hernández Padilla, “Las revueltas libertarias, 1906-1908”, en *El magonismo: historia de una pasión libertaria 1900-1922*, 2ª ed., México, Era, 1988, pp. 80-135.

anticipaban la ruta de la violencia y auguraban el inminente surgimiento de un movimiento de mayor envergadura, tal como lo señaló por esos mismos años el periodista norteamericano John Kenneth Turner en *México bárbaro*, reportaje escrito en 1908 donde denunciaba las terribles condiciones laborales en las que se hallaba la inmensa mayoría de los trabajadores mexicanos, tanto de la moderna industria como del campo, desde las plantaciones yucatecas de henequén hasta las minas de Sonora. Concluía el periodista estadounidense: “Bajo el bárbaro gobierno mexicano actual, no hay esperanza de reformas, excepto por medio de la revolución armada”.¹⁹⁶

Porfirio Díaz, después de más de treinta años en el poder, representaba a todo un sistema de gobierno que había envejecido con él y comenzaba a dar pasos en falso. En 1908 el presidente concedió una célebre entrevista al periodista James Creelman donde admitía que México había llegado a un estado de madurez política y cívica que abría la posibilidad de dar término a su mandato y dar entrada a los partidos de oposición: “He esperado pacientemente porque llegue el día en que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país. Creo que, finalmente, ese día ha llegado” afirmaba el oaxaqueño.¹⁹⁷ Díaz no cumplió con su palabra y volvió a postularse a la presidencia, lo cual generó indignación entre aquellos que esperaban una renovación en el poder, como el general Bernardo Reyes, gobernador del estado de Nuevo León, quien desde hacía tiempo codiciaba la silla

¹⁹⁶ J. K. Turner, *México bárbaro. Ensayo sociopolítico*, México, Costa-Amic, 1974, p. 302.

¹⁹⁷ J. Creelman / P. Díaz, “Entrevista de James Creelman con el presidente Porfirio Díaz”, en *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, Javier Garcíadiego (estudio introductorio, selección y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 74.

presidencial, o el joven político y hacendado Francisco I. Madero, quien, a raíz de las declaraciones del dictador, había publicado *La sucesión presidencial de 1910* en diciembre de 1908, encabezando la oposición más notable en contra del tirano. El coahuilense contaría desde un principio con el apoyo del joven ateneísta Vasconcelos, quien participó en la fundación de clubes que promovían un recambio en el gobierno y dirigió el bisemanario *El antirreeleccionista*. Madero pasó 1909 y 1910 recorriendo la República con la intención de promover su candidatura a la presidencia así como de fundar grupos antirreeleccionistas a lo largo del país, hasta que a mediados de 1910 fue arrestado bajo el cargo de sedición y los jefes de los clubes en los estados comenzaron a ser amenazados y perseguidos. En octubre de ese año, Madero logró escapar de San Luis Potosí, ciudad donde se encontraba preso, y entregó a las prensas el “Manifiesto a la nación”, mejor conocido como “Plan de San Luis”, documento en el cual, bajo el lema “Sufragio efectivo. No-reelección”, llamaba al levantamiento armado en contra del gobierno del octogenario: “Conciudadanos: —instigaba Madero— No vaciléis un momento: tomad las armas, arrojad del poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres y recordad que nuestros antepasados nos legaron una herencia de gloria que no podemos mancillar. Sed como ellos fueron: invencibles en la guerra, magnánimos en la victoria”.¹⁹⁸

El 20 de noviembre se dio el primer levantamiento armado en Gómez Palacio, Durango, al cual siguieron otras algaradas en Chihuahua, Coahuila, Zacatecas, Guerrero y Morelos. A medida que el movimiento fue extendiéndose y sumando adeptos que tomaron las armas, las fuerzas federales, que en un principio habían logrado sosegar los avances

¹⁹⁸ F. I. Madero, “Manifiesto a la nación”, en *Plan de San Luis. Documentos facsimilares*, México, Comisión Editorial del Partido Revolucionario Institucional, 1973, p. 23.

revolucionarios, terminaron siendo incapaces de contener la rebelión. La derrota de Díaz requirió menos tiempo y fuerza que los imaginados: el 31 de mayo de 1911, apenas medio año después del alzamiento maderista, don Porfirio se embarcaba en el vapor *Ipiranga* rumbo a su exilio europeo. Sin embargo, contrario a lo que se pudiera haber pensado en aquel momento, los años más feroces de la lucha estaban por llegar. El movimiento maderista, esencialmente intelectual y político, reformista en última instancia, abandonó rápidamente los brazos del nacido en Parras de la Fuente para transformarse en un movimiento social de mayor calado y con anhelos de transformaciones radicales, pero carente de un liderazgo visible y de un trasfondo ideológico bien definido. En *Los de abajo*, Mariano Azuela (1873-1952) retrata el caos revolucionario derivado de ese abismo no sólo insalvable sino inherente a la naturaleza del propio intelectual y su relación con las masas. El personaje de Luis Cervantes, retórico, mendaz y acomodaticio, espejo del letrado revolucionario, se presenta ante Demetrio Macías, estampa del caudillo popular:

—Me llamo Luis Cervantes, soy estudiante de medicina y periodista. Por haber dicho algo a favor de los revolucionarios, me persiguieron, me atraparon y fui a dar a un cuartel...

La relación que de su aventura siguió detallando en tono declamatorio causó gran hilaridad a Pancracio y al Manteca.

—Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario...

—¿Corre... qué? —Inquirió Demetrio, tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defiendo la misma causa que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?¹⁹⁹

Allende la renuncia de Díaz, la victoria de Madero resultó tan fugaz como tibia. En su breve paso por la presidencia no pudo mitigar el descontento popular ni contener a sus

¹⁹⁹ M. Azuela, *Los de abajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 24.

rivales políticos. Tras su asesinato en febrero de 1912, consecuencia del golpe de Estado conocido como la Decena Trágica —en el cual también murió el general Reyes en su intento de tomar Palacio Nacional—, prosiguieron años de interminables luchas intestinas, de asesinatos y traiciones, de insurgencias y contrainsurgencias, de caudillos y antiguos militares pugnando a muerte por la silla del águila, desde Victoriano Huerta, golpista del gobierno de Madero, hasta Plutarco Elías Calles, fundador en 1929 del Partido Nacional Revolucionario (PNR), cuna del actual PRI. Como afirma Vicente Quirarte: “La Revolución fue un proceso largo y lento, ola furibunda y generosa, que a semejanza de un gran huracán vino a sacudir viejas estructuras”.²⁰⁰ Y, como tal, mantuvo en vilo al país durante su paso.

La Revolución, por supuesto, también produjo serios reacomodos en el mundo cultural. Dos hitos que marcarían los caminos de la juventud intelectual de la segunda década se habían dado un mes antes del estallido armado, durante las celebraciones del Centenario. Entre el 6 y el 18 de septiembre de 1910 había tenido lugar el Primer Congreso Nacional de Estudiantes; y el 22 de ese mismo mes la inauguración de la Universidad Nacional de México. A la luz de los acontecimientos futuros, ambos hechos resultan simbólicos respecto a lo que sería la juventud a partir de ese momento, pues enmarcan el ascenso de la figura del estudiante y la conformación de la Universidad como espacio de tensiones o alianzas políticas e intelectuales entre jóvenes, maestros y gobierno. En su *Discurso inaugural*, Justo Sierra postulaba a la Universidad como un semillero para los nuevos patriotas, como una plataforma donde los jóvenes no se formarían únicamente en la

²⁰⁰ V. Quirarte, art. cit., p. 213.

ciencia sino también como ciudadanos, es decir, como hombres comprometidos con su país:

Cuando el joven sea hombre es preciso que la Universidad, o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción, que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio el espíritu y la materia, como Claude Bernard decía, no podemos, moralmente, olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.²⁰¹

El campechano reivindicaba asimismo el papel dirigente de los futuros universitarios como una aristocracia intelectual, y por ende moral, responsable de señalar y renovar, con la llegada de cada nueva generación, los caminos que México debía recorrer en su tránsito hacia la Modernidad:

La Universidad, entonces, tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza, ésa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, la que se transmiten en su carrera las generaciones.²⁰²

La explosión revolucionaria ocurrida unas semanas más tarde, en efecto, lanzaría a muchos de los universitarios y hombres de letras a la acción, pero también marcaría una cesura en el proyecto cultural que muchos de ellos habían desarrollado en el marco del régimen porfirista. Jóvenes de un tiempo distinto que parecía desmoronarse de súbito, para los ateneístas la Revolución significó un estrago en el carácter ático procurado por la agrupación y una interrupción de aquel paso sereno con el que habían recorrido la primera

²⁰¹ J. Sierra, *Discurso inaugural de la Universidad Nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 23.

²⁰² *Ibid.*, pp. 23-24.

década, fue el fin del “esplendor fugaz de los días alcióneos”, como llamó Pedro Henríquez Ureña a aquellas jornadas de paz, armonía y entusiasmo juvenil.²⁰³ Es cierto que habían tenido algunas salidas de tono en su protesta contra Manuel Caballero o el homenaje a Gabino Barreda; sin embargo, esos gestos no respondían tanto a un carácter de auténtica beligerancia como a estrategias juveniles de inserción en los espacios literarios, culturales y educativos del momento (cobijados muchas veces por personajes pertenecientes al régimen porfirista de la talla del ministro Justo Sierra). Su lugar no se encontraba en la calle sino en el estudio del arquitecto Jesús T. Acevedo, donde estudiaban a los griegos y alguna vez hicieron una mítica lectura del *Simposio* platónico; en la casa de los hermanos Henríquez Ureña y Castillo Ledón, donde se fraguó la igualmente conocida Sociedad de Conferencias; o en los salones de la Escuela Nacional Preparatoria o la Escuela Nacional de Jurisprudencia de los cuales se adueñaron en su afán por edificar a la nueva juventud mexicana. En “La cultura de las humanidades”, el crítico dominicano dibujó una estampa, bastante citada, de aquel aristocratismo intelectual:

Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete* de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del “mundo de la calle”, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.²⁰⁴

²⁰³ P. Henríquez Ureña, “Días alcióneos”, *Revista Moderna de México*, t. VIII, núm. 53 (enero de 1908), pp. 269-270.

²⁰⁴ P. Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades”, en *Ensayos*, edición crítica, José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.), Madrid, París, México, Buenos Aires, Sao Paulo, Lima, Guatemala, Santiago de Chile, ALLCA XX, 1998, p. 23.

Aunque nacieron con una conciencia cívica y el deseo de incidir en los asuntos públicos del país, fueron precisamente esos espacios alejados del “mundo de la calle” los que los ateneístas procuraron y donde se sintieron más cómodos: la tertulia, el podio, el aula, la sala de conferencias.

Una vez constituidos en Ateneo de la Juventud, en víspera de la Revolución, las primeras bajas, producidas por razones políticas, fueron las de Emilio Valenzuela, fiel al viejo régimen, y Genaro Fernández McGregor, quien se separó al advertir la posible politización del grupo; al comenzar la segunda década, Vasconcelos abandonó el cenáculo para unirse, como se decía páginas atrás, a las filas del maderismo; Reyes, tras la trágica muerte de su padre, parte rumbo a París en 1913 en misión diplomática como miembro de la Legación Mexicana en Francia; al año siguiente, ante la incertidumbre política que se vivía en México, Pedro Henríquez Ureña sale del país para terminar afincándose en Nueva York; otros, como Jesús T. Acevedo o Nemesio García Naranajo se incorporaron al régimen de Victoriano Huerta o a las filas de la insurgencia, como Martín Luis Guzmán que se sumó al villismo; mientras que Antonio Caso permaneció solitario en las aulas universitarias y preparatorias y Enrique González Martínez se conservó, con un perfil político discreto, como el poeta del grupo. García Morales reproduce el fragmento de una carta dirigida a Reyes donde Caso da cuenta del fin de una época:

Nuestro grupo se ha disuelto: usted en París, Martín en la revolución, Pani en la revolución, Vasconcelos en la revolución, Pedro en vísperas de marchar a Londres, Acevedo y Julio Torri dirigiendo la administración postal, yo, solo, completamente solo. Hube de vender mi biblioteca, parte de mis libros para poder comer [...] y extraño sobremanera nuestros días de largas charlas fáciles, nuestros

bellos días de la dictadura porfiriana “a mil leguas de la política”, como dice Renan, aquellos días de pláticas deliciosas y “libres discusiones platónicas”²⁰⁵

Álvaro Matute señala el año de 1915 como el de la desintegración definitiva del Ateneo, debido principalmente a la turbulencia política que sacudía al país, una situación que se resintió con especial énfasis en los espacios universitarios y preparatorianos, los cuales se habían amoldado de acuerdo al espíritu del Ateneo tras más de un lustro de pugnas por proscribir al positivismo y a los viejos Científicos para abrir paso a las humanidades, a un modelo educativo distinto y a los propios ateneístas como nueva generación de profesores.²⁰⁶ La Revolución obstaculizó el curso “natural” del grupo, disgregando a sus miembros ya en el exilio, ya en la adhesión a alguna facción revolucionaria, ya en el servicio de los efímeros gobiernos de De la Barra, Madero, Huerta o Carranza. Sin embargo, la Revolución también sirvió al Ateneo para afirmar, de alguna manera, esa vocación cívica, educativa y social por la que tanto buscaron distinguirse, y que tuvo quizás sus expresiones más logradas en el papel que desempeñaron en la fundación de la Universidad Nacional y en la creación de la Universidad Popular Mexicana en 1912.

²⁰⁵ A. Caso a Alfonso Reyes, “14-12-1913”, en “Del Archivo de Alfonso Reyes. Correspondencia, selección y notas de Alicia Reyes”, *Plural*, núm. 10 (julio de 1972), p. 24.

²⁰⁶ “Si bien la mayoría de los ateneístas permaneció en la capital, los más distinguidos se habían alejado por razones diferentes. De «los cuatro grandes» sólo permaneció Antonio Caso. Fue el último gran maestro de los jóvenes de 1915. En ese año, Vasconcelos estaba con la Convención, lo que le costó el destierro; Reyes cumplía su segundo año en España, y Henríquez Ureña iniciaría un peregrinaje por su propio país, por los Estados Unidos, donde obtuvo su doctorado, y por España [...]” (A. Matute, *El Ateneo de México*, México, Fondo de Cultura Económica, col. Fondo 2000, 1999, p. 73).

Para Carlos Monsiváis la labor grupal del Ateneo y su proyecto de renovación cultural, al verse interrumpidos, terminaron por fracasar. Tal vez con demasiada dureza el ensayista mexicano califica de “renovación voluntariosa” el proyecto colectivo del Ateneo, que al no encontrar continuidad se disolvió “sin mayores consecuencias y entre signos de admiración”.²⁰⁷ Es verdad que los ateneístas no lograron repercutir en la sociedad mexicana con la amplitud y profundidad deseadas, acaso porque nunca dejaron de ser un cenáculo reducido, selecto y, en esa medida, aislado, incapaz de conectarse auténticamente con el pueblo al que buscaban dirigir y educar. Sin embargo, consiguieron imponer un nuevo modelo de joven escritor, uno que hacía del compromiso cívico, el servicio público y el estudio riguroso, el espacio predilecto de su actuación.

Manuel Toussaint (1890-1955), Antonio Castro Leal (1896-1981) y Alberto Vázquez del Mercado (¿-1940) —llamados por su maestro Pedro Henríquez Ureña “Los Castros” o “los tres Castros”— fueron los primeros herederos del legado ateneísta y sirvieron como mediadores entre éstos, a quienes alcanzaron a tratar de manera personal, y la siguiente generación que careció trato directo con ellos. Entre 1912 y 1914 formaron parte de la redacción de *Nosotros* (1912-1914), dirigida por el poeta Francisco González Guerrero, donde colaboraron otros jóvenes como Gregorio López y Fuentes o el hondureño Rafael Heliodoro Valle, así como muchas plumas asociadas a las revistas *Modernas* como Rubén M. Campos, José Juan Tablada y Amado Nervo, y Enrique González Martínez, Julio Torri y Martín Luis Guzmán. En enero de 1914, junto con Rodrigo Torres Hernández, Gregorio López y Fuentes, y Francisco González Guerrero, fundaron la Sociedad Hispánica de México —que mereció los elogios de Henríquez Ureña quien le escribe a Reyes “Eso

²⁰⁷ C. Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *op. cit.*, p. 1400.

está mejor hecho que el Ateneo”—²⁰⁸ y comenzaron la preparación de la célebre antología, *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, aparecida ese mismo año bajo el sello de la editorial Porrúa. Empresas todas que buscaban dar continuidad al proyecto cultural ateneísta —Castro Leal se refiere a la Sociedad Hispánica como “nuestro ateneo”— y en las cuales contaron con el aliento de Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo y Julio Torri. Las cartas que los jóvenes Toussaint y Castro Leal le dirigen al autor de *El suicida* dan testimonio de una larga amistad, en cuyos inicios se reconoce la admiración y el respeto de los primeros hacia su igualmente joven mentor. Toussaint le escribe en 1917 unas líneas donde se advierte una distancia que el tiempo irá difuminando, pero que en ese momento es clara: “Muchas veces he comenzado a escribirle a usted con distintos motivos y nunca he podido ver terminada mi carta, ni me he resuelto a enviarle los puros principios; siquiera hoy le mando un fin”.²⁰⁹ Castro Leal, por su parte, busca la guía y acaso la aprobación epistolar del regiomontano para confeccionar la *Antología* mencionada. Tras esbozar un posible índice de autores y poemas, le pide a su interlocutor: “Escriba una larga carta contestando a todo lo anterior y dé su opinión sobre el apéndice pensado y regale algunas ideas para el prólogo” y más adelante insiste: “Adiós, Alfonso, recuerde las ciento y tantas, dé su opinión, hace falta”.²¹⁰

Siendo la primer camada de egresados de la subsección de estudios literarios de la Escuela de Altos Estudios, a Los Castros les correspondió ser los jóvenes profesores de la siguiente hornada. En 1914, mientras Huerta estuvo en el poder, Castro Leal fue profesor

²⁰⁸ P. Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 28 de enero de 1914, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, ed. cit., p. 264.

²⁰⁹ M. Toussaint a Alfonso Reyes, 16 de octubre de 1917, en *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, Serge I. Zaïtzeff (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1990, p. 19.

²¹⁰ A. Castro Leal a Alfonso Reyes, 30 de noviembre de 1913, en Serge I. Zaïtzeff, *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, México, El Colegio Nacional, 1987, pp. 25 y 26.

de literatura universal, Toussaint de gramática y Vázquez del Mercado de literatura mexicana e hispanoamericana.²¹¹ Debido a la situación política que atravesaba el país y a la crisis experimentada por el grupo ateneísta durante los primeros años de la segunda década, cargaron con “la responsabilidad de hacerse —de improvisarse— profesores muy pronto” en aras de proteger y prolongar la obra cultural que habían labrado sus maestros, quienes vieron en ellos a sus posibles sucesores.²¹² “Todos nos hemos cansado de dar clases; creíamos que era otra cosa; pero nada más es dar clase!”²¹³ afirma un joven Castro Leal de 18 años.

Alfonso Reyes, en 1912, concluía su repaso por la historia del Ateneo hecho en “Nosotros”, señalando a Los Castros como los continuadores de la transformación cultural que había iniciado su grupo:

De tales embriones esperamos que salgan, al fin, los verdaderos maestros. Esos precoces eruditos, esos críticos imberbes (Castro, Vázquez del Mercado...) esos poetas niños, abrirán una nueva senda en el pensamiento mexicano. No los acusemos —no les desconfiemos—, por prematuros. Hay obligación de ser prematuro: el arte es grande y breve el plazo: y mientras más tiempo se goce de los bienes de la inteligencia, será mejor. Ya vemos en ellos, a los investigadores y a los poetas de mañana. Han aprendido ya y han comenzado a cumplirlas, las dos superiores leyes del oficio: conocer todos los libros, probar todas las emociones. Hoy los días son negros. No importa: a su tiempo lucirá el sol, y al amanecer del día siguiente hallaréis que los panales estaban rebosantes de miel, porque las abejas habían trabajado toda la noche.²¹⁴

En el discurso del ensayista mexicano se advertía cierta claudicación, no sólo porque el propio recuento de los hechos señalaba el término de una historia, sino también

²¹¹ E. Krauze, *op. cit.*, p. 54.

²¹² *Ibid.*, p. 52.

²¹³ A. Castro Leal a Alfonso Reyes, 24 de agosto de 1914, en Serge I. Zaïtzeff, *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, ed. cit., p. 35.

²¹⁴ A. Reyes, “Nosotros”, art. cit., p. 221.

porque delegaba a la siguiente generación el cumplimiento de un propósito que la suya no había podido llevar a buen término. Sin embargo, el temprano despunte de estos jóvenes no pudo mantenerse durante mucho tiempo debido a las mismas turbulencias políticas que habían disgregado a la generación anterior. Por estas razones su primer proyecto “puramente cultural o erudito”,²¹⁵ espejo fiel del que el Ateneo había desarrollado en el decenio anterior, no pudo germinar en el clima de ese México acalorado y necesitado de un nuevo discurso. Hacia 1916 Los Castros se unirán con otros jóvenes para conformar un grupo intelectual que el humor estudiantil bautizó como “los Siete Sabios” —aunque Julio Jiménez Rueda atribuye el nombre a Francisco de P. Herrasti—²¹⁶ y entonces desarrollarán un programa más ajustado a la nueva realidad mexicana.

3.2. *Gladios, La Nave* y los Siete Sabios, reinterpretaciones del ateneísmo

Justo al despuntar el año de 1916 apareció el primero de dos números de la revista *Gladios*, editada por Luis Enrique Erro (1897-1955), Octavio G. Barreda (1896-1964), Guillermo Dávila, Enrique Ortega Flores, Javier Piña y Palacios, los hermanos Eduardo (1898-1982) y Carlos Chávez Ramírez (1899-1978) y Carlos Pellicer Cámara (1897-1967), quienes por esos años firmaban todavía con sus dos apellidos, a la usanza de Henríquez Ureña; un grupo de jóvenes preparatorianos que, de acuerdo con Lourdes Franco Bagnouls, habían formado poco tiempo atrás el grupo Orchabada, nombre formado seguramente —como lo harían después en *San-Ev-Ank*— por las sílabas iniciales de sus apellidos *Or* quizás de Enrique Ortega Flores, *Cha* de Chávez, *Ba* de Barreda y *Da* de Dávila. Los jóvenes

²¹⁵ E. Krauze, *op. cit.*, p. 57.

²¹⁶ E. Carballo, “Julio Jiménez Rueda”, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública / Ediciones del Ermitaño, 1986, p. 210.

estudiantes se reunían en la casa de los Chávez donde intercambiaban ideas y fraguaban planes, algunos de los cuales se materializarían pronto.²¹⁷ Según el conocido testimonio de Octavio G. Barreda ofrecido en una conferencia de 1962 en el Palacio de Bellas Artes, la publicación respondió a cierto sentimiento de orfandad en que había quedado la juventud intelectual de la época tras la diáspora ateneísta, el vértigo revolucionario y el dramático estallido de la Gran Guerra un par de años antes, la cual había sacudido las conciencias de los intelectuales europeos pero también la de los americanos.

El antiguo editor de *Letras de México* y *El Hijo Pródigo* recuerda el devastado paisaje de la cultura mexicana de mediados de la segunda década en el que transcurrieron los años juveniles de la generación nacida en el último lustro del siglo XIX:

El panorama intelectual y cultural en esos días era desastroso. Lógico y natural era que el movimiento armado y la agitación consiguiente en que había caído el país desde dos o tres años antes, trajeran en los planteles educativos un desorden y una desorientación bastante graves. Ligados como estaban con el régimen anterior, la mayoría de nuestros maestros habían huido o se hallaban amedrentados por temores o represalias, justas o injustas, del nuevo gobierno. No existían espectáculos o manifestaciones artísticas de valía, y en cuestión de publicaciones podría decirse que éstas eran casi nulas o de una calidad insufrible. La última revista de altura —*Nosotros*— había ya desaparecido y en el horizonte no se perfilaba nada alentador.²¹⁸

Envueltos en ese ambiente, no sin cierta audacia juvenil, a Erro y compañía les dio “como era sintomático en grupos similares por «hacer una revista»”²¹⁹ y llevaron a prensa la ambiciosa publicación, que se benefició de las políticas pro juveniles del gobierno carrancista y se editó con una generosidad extraña para una revista de juventud: cinco

²¹⁷ L. Franco Bagnouls, “Introducción”, en *Obras. Poesía, narrativa, ensayo*, María de Lourdes Franco Bagnouls (recop., ed., intro., notas e índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 18.

²¹⁸ O. G. Barreda, “Gladios, San-ev-ank, Letras de México, El Hijo Pródigo”, en *Las revistas literarias de México*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1963, pp. 210-211.

²¹⁹ O. G. Barreda, art. cit., p. 210.

grabados coleccionables de dibujos y pinturas de Jan Stika, Mateo Herrera, Saturnino Herrán, Félix Parra y una fotografía de Guillermo Kahlo; un promedio de 94 páginas tipográficamente bien cuidadas; sólo un par de anunciantes (los terrenos de San Ángel Inn, los hemerográficamente omnipresentes sombreros Tardan) y un precio acorde a su calidad editorial: 1 peso —*Nosotros*, por ejemplo, se vendía en 30 centavos. La publicación se proponía abarcar un amplio espectro cultural y científico con secciones sobre literatura, bajo la dirección de Carlos Pellicer; música, a cargo de Carlos Chávez; artes plásticas bajo la responsabilidad de su hermano Eduardo; historia y bibliografía, correspondiente a Guillermo Dávila, y ciencia, responsabilidad de Erro, quien daba visos de una vocación que lo llevaría a la astrofísica. Como se advierte en la editorial del primer número, el programa de los antiguos Orchabadas tenía como modelo el desarrollado por los ateneístas, desde la exposición pictórica organizada por *Savia Moderna* hasta la Sociedad de Conferencias o las veladas nocturnas en casa de Acevedo: “*Gladios* procurará el estímulo de los artistas y la divulgación de la ciencia y el arte no sólo por los medios netamente periodísticos sino organizando veladas, recitales literarios, conciertos, concursos, exposiciones de pintura y escultura, etc., etc.”²²⁰

Luis Enrique Erro, director de la revista y autor de la editorial, pone el acento en la naturaleza juvenil de la empresa: una juventud apolínea, heredera directa del Ateneo, que no vacila en asumir, quizás con demasiada formalidad, la misión intelectual a la que se sentían impelidos. En un gesto inédito y no sin cierto dejo de desesperación, el estudiante regresa a los maestros el llamado tantas veces dirigido por éstos a los jóvenes. A los

²²⁰ L. E. Erro, “Gladios”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), p. 7.

mayores ofrece lo único que estos muchachos entre los 17 y los 19 años poseían: las fuerzas, el ánimo y la disposición a la acción propias de la juventud:

Somos los redactores de *Gladios*, un grupo de estudiantes jóvenes y artistas que llevamos nuestros corazones rebosantes de ensueños y esperanzas; que consagramos en estos momentos los mejores años de nuestra vida y las más bellas horas de nuestra juventud a una labor noble y sacrosanta; que al venir al mundo lo hemos encontrado manchado de sangre por todas partes y por todas partes sembrado de cadáveres, y que vamos a gritar con las voces sonoras de nuestro abril temprano:

¡Agrupaos a nuestro alrededor intelectuales que sois nuestros maestros, y si os sentís cansados por el peso de los años, de las amarguras y decepciones de la vida, nosotros que aún somos jóvenes tenemos un caudal de inagotables energías y os ayudaremos a arrastrar la pesada carga! ¡Agrupaos a nuestro alrededor, que seguiremos fielmente vuestros pasos, como en la Escuela seguimos vuestras enseñanzas. La prensa también es una escuela, donde seréis también los maestros de nosotros, que seremos los maestros de los pueblos! ¡Agrupaos a nosotros, tendednos la mano, iluminad nuestra senda, porque nuestra labor no es labor de raza, ni de secta, ni de religión, ni de partido, es labor sacrosanta de humanidad!

Que cuando estemos viejos y a nuestra vez cansados, y hayamos entregado a los jóvenes de la otra generación, la antorcha que nos disteis, podamos ver serenos y tranquilos *la vida que ha pasado*, sin que el dolor y la vergüenza de haber perdido nuestra juventud florida, profane en nuestro rostro, con su pura infamante, la blancura de nuestras canas.²²¹

En estas palabras de Erro se advierten varios elementos de un discurso que había venido madurando en el panorama cultural mexicano desde décadas atrás. Por una parte, el reconocimiento de sus maestros como intelectuales responsables de dirigir los esfuerzos de la juventud, y por otra, la asunción de parte de la juventud de un carácter generacional y de una labor histórica que debía ser desarrollada y en su debido momento delegada a la siguiente promoción. La urgencia por emprender un cambio advertida en aquellas líneas debía responder al clima de violencia e incertidumbre en que los estudiantes veían pasar sus días juveniles. Jaime Torres Bodet al evocar la entrada de los zapatistas a la Ciudad de México, refiere la “cívica angustia” en la que se desarrolló su adolescencia, en un

²²¹ *Idem.*

ambiente de temores constantes por los cortes de luz eléctrica o la posible falta de agua.²²²

Daniel Cosío Villegas, compañero preparatoriano de éste, retrata asimismo el desconcierto experimentado en la capital entre 1915 y 1916, años precarios de enfrentamientos entre carrancistas y zapatistas, durante los cuales la “monstruosa ciudad”, al borde del sitio, vivió una epidemia de tifo producto de la carencia de servicios y la falta de higiene generalizada:

No escasa sorpresa me produjeron los primeros tiroteos distantes, que oía pero no veía. Entonces, me limitaba a embarrarme tanto como pudiera en los muros exteriores de las casas, apresurar el paso para subir por 5 de Febrero, Portal de Mercaderes, frente de la Catedral, Seminario y San Ildefonso, para entrar por la puerta principal de la Preparatoria. Al poco tiempo, y con mayor frecuencia de la deseable, el tiroteo ocurría en la mismísima Plaza de Armas, y entonces las cosas se ponían peliagudas. Cuando no había tiradores en el Portal de Mercaderes, me detenía detrás de cada pilar, primero para guarecerme, y después, tras cobrar el aliento necesario, pegar el brinco hasta el pilar siguiente. Imposible repetir este modesto ardid al llegar a la esquina de Plateros, pues, abandonada la idea de proseguir, como antes, por el frente de Catedral, no tenía otra opción que seguir derecho por la calle del Monte de Piedad, campo casi tan abierto y expuesto como ese frente. De todos modos, ya en la escuela, las clases se suspendían con frecuencia si a la fusilada se añadía el estruendo de los cañones. Entonces, el mismo profesor se ponía nervioso, y al ver que nosotros lo acompañábamos en sus buenos sentimientos, nos echaba a la calle para llegar cuanto antes al buen refugio del hogar.²²³

De acuerdo con Octavio G. Barreda el nombre de *Gladios* se debió a Carlos Pellicer “posiblemente impresionado en aquella su juventud romántica por todo lo que fuese fuerza y esplendor, como lo fue Roma en sus días”.²²⁴ Este título envolvía a la revista en ese aire de heroísmo procurado por sus jóvenes creadores y le otorgaba además un carácter enérgico, viril, esforzado:

²²² J. Torres Bodet, *Tiempo de arena*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas 18), 1955, p. 57.

²²³ D. Cosío Villegas, *Memorias*, México, Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas 55), 1986, p. 43.

²²⁴ “O. G. Barreda, art. cit., p. 211.

Uno acerado, el otro muestra el acero vivo
de su carne. Saludan al que rige el imperio.
Y luchan. Y la lucha era como un cauterio
al Apóstol por cada gran ímpetu agresivo.²²⁵

La alusión al gladio romano era la metáfora de una voluntad común por hacer frente a un estado general de cosas en el que era necesaria la intervención de la juventud intelectual para hacer retroceder a las fuerzas de la barbarie. Para Guillermo Sheridan la imagen del antiguo gladiador representaba “toda la disposición juvenil de una generación posrevolucionaria dispuesta a enfrentarse a los leones de la ignorancia y el fanatismo, y a los nubios de la improvisación y el retraso”.²²⁶ Enrique Tovar y Ávalos, profesor de los jóvenes de *Gladios*, muestra algo del temple de la publicación y del espíritu de compromiso característico de la época al defender la misión social del arte:

El arte debe ser social por excelencia. El arte es una gran ilusión que sirve para consolarnos de las crudas realidades de la existencia. Un mundo de sensibilidades y de voluntades, una sociedad ideal o real extendiéndose al Universo. De aquí el verdadero dominio del arte.

El arte no es juego para el artista y una diversión para el público; hecho para el hombre y no el hombre para el arte, tiene esta una función social. Así la literatura es un instrumento de investigación psicológica y un medio de perfeccionamiento moral.²²⁷

En algunos casos, este compromiso cifrado en la voluntad de actuar se tradujo en un regreso al nacionalismo artístico, el cual comenzaba a inundar el ambiente hispanoamericano y que en México adquirió tintes de ideología de Estado, fundamentalmente a partir de la publicación de *Forjando patria* (1916), de Manuel Gamio,

²²⁵ C. Pellicer, “Los gladiadores” (De *Los sonetos romanos*), *Gladios*, año 1, núm. 2 (febrero de 1916), p. 68. Además de este poema en la misma serie de sonetos, Pellicer publicó: “Orgía”, “La muerte de Petronio” y “La corte de Nerón” (pp. 66-69).

²²⁶ G. Sheridan, “El gladiador de acero blasona locas épocas”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 2 (octubre de 1979), pp. 45-46.

²²⁷ E. Tovar Ávalos, “Misión social del arte”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), p. 15.

el cual, de acuerdo con Ignacio Sánchez Prado, “fue el primer verdadero parteaguas intelectual de la Revolución Mexicana”, por su capacidad para compendiar “los valores y reclamos de un movimiento que, hasta ese momento, había carecido de una guía intelectual clara”, mediante la defensa de un nacionalismo que al mismo tiempo buscaba revelar una identidad cultural y sentar las bases para una política social más justa que alcanzara a los indígenas y a las clases populares.²²⁸ En *Gladios*, especialmente en las colaboraciones dedicadas a la música y las artes plásticas, es donde se presentan estas preocupaciones estéticas que caracterizarán el resto de la década y que la siguiente abrazará con convicción, desde la recuperación del folclor y las expresiones artísticas populares hasta el carácter nacionalista del arte y la búsqueda de definición de lo mexicano: “Importancia actual del florecimiento de la música nacional”,²²⁹ de Carlos Chávez; “Arte patrio. Los elementos precortesianos”,²³⁰ del arquitecto Federico E. Mariscal (1881-1971) y “El folk-lore”,²³¹ de Antonio R. Gil y Vélez son evidencia de este giro nacionalista que en unos casos se inclina hacia el indigenismo y en otros hacia el popularismo. Para Carlos Chávez, por ejemplo, la música nacional debía seguir el modelo de los compositores rusos del fin de siglo, quienes habían encontrado en la música popular de su país una fuente para crear algo *propio*. El futuro director de la Orquesta Sinfónica de México reconocía una propensión natural del pueblo mexicano hacia el arte y encontraba en esas expresiones vernáculas un principio de autenticidad: “la inspiración de nuestro pueblo ardiente y apasionado, de móviles

²²⁸ I. Sánchez Prado, *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2009, p. 22.

²²⁹ C. Chávez Ramírez, “Importancia actual del florecimiento de la música nacional”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 32-34.

²³⁰ F. E. Mariscal, “Arte patrio. Los elementos precortesianos”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 42-46.

²³¹ A. R. Gil y Vélez, “El folk-lore”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 84-96.

puramente ideales y de sensibilidad intensa, se revela cuando canta sus amores y sus pesares; en nuestros rapsodas que cantan para sí y en sus juglerías, está la clase creadora musical, verdaderamente mexicana”.²³² Abrir esa brecha para encontrar la expresión nacional era un quehacer que correspondía fundamentalmente a los jóvenes, quienes debían continuar con los esfuerzos iniciados por la generación anterior:

[...] y ya que nosotros en nuestro pueblo poseemos como ellos [los modernistas rusos] los elementos necesarios para la realización de una obra semejante en su índole, y que así tendremos una escuela propia, una Escuela Mexicana que se distinga por sí misma de todas las demás, realicémosla, ya Ponce nos mostró la ruta, ya él nos enseñó que esto es factible; ahora es obra de los jóvenes seguir adelante, y ellos más que nadie deben palpar la posibilidad del triunfo y el hecho de que éste pueda originar hasta la creación de una escuela mundial a que daría lugar su plena originalidad, debe alentar a la generación del futuro, para que trabajando con fe, con constancia y con toda la inspiración latina, se propague nuestra obra, y podamos decir algún día hablando de música: “La Escuela Mexicana”.²³³

En estas palabras ya se sugiere esa retórica de la estética nacionalista, que tendrá su expresión más acabada en el discurso de Vasconcelos, en la cual se entrecruzan diversos elementos en busca de la afirmación de un arte genuino, es decir, de un arte mexicano: el mestizaje de lo indígena y lo latino, así como la revaloración de las manifestaciones artísticas prehispánicas y populares, pero también la intuición de que la Revolución implicaba un renacimiento cultural y cierta sensación histórica de que México se hallaba lo suficientemente maduro como para encontrar su “verdadera” identidad. Una concepción de la historia que germinaba en Vasconcelos desde 1910, año de las Conferencias del Centenario, y que desarrollaría tiempo más tarde: “Las grandes transformaciones de los pueblos determinan un violento impulso hacia delante en que coinciden el despertar moral,

²³² C. Chávez Ramírez, art. cit., p. 32.

²³³ *Ibid.*, p. 34.

la rebelión política y la renovación de las ideas” afirmaba Vasconcelos en 1911, ante lo que parecía ser el triunfo definitivo de la Revolución y el maderismo.²³⁴

Álvaro Matute señala algunos signos de renovación política e intelectual que comenzaban a darse hacia 1916, como la fundación de tres periódicos de alineaciones ideológicas distintas: *El Universal*, fundado por Félix F. Palavacini, a la sazón Secretario de Instrucción Pública del gobierno carrancista y patrocinador de *Gladios*; el conservador *Excélsior*, fundado un año después por Rafael Alducín, y *El Demócrata*, de Rafael Martínez, Rip-Rip, maderista de la primera hora.²³⁵ Asimismo, da cuenta de la aparición de una serie de obras a las que considera anticipaciones, “con cierta timidez en algunos casos”, del sentido nacionalista que marcará a la cultura mexicana de la época: *La hora inútil* y *El libro de la fuerza, de la bondad y el ensueño*, de González Martínez; *La sangre devota*, de López Velarde; *Ensayos y poemas*, de Torri; *Visión de Anáhuac*, de Reyes; *Los caciques*, de Azuela (a la que habría que añadir *Los de abajo*, de un año antes); *Arte colonial*, de Manuel Romero de Terreros; *Vida de Morelos*, de Alfonso Teja Zabre; *La literatura mexicana durante la Independencia* y *La vida literaria en México*, de Luis G. Urbina; *Pitágoras, una teoría del ritmo* y *Monismo estético*, de Vasconcelos, y el citado *Forjando patria (Pro nacionalismo)*, de Gamio.²³⁶ Se trataba de una búsqueda artística e intelectual que dirigía su mirada en varias direcciones, muchas de ellas contradictorias, pero que compartía una misma sensación epocal de transformación y renacimiento. Al mismo tiempo se acudía al mundo prehispánico y se reivindicaba al México rural y a la cultura popular,

²³⁴ J. Vasconcelos, “La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país”, art. cit., p. 135.

²³⁵ Á. Matute, “México. 1917 (Apuntes para una crónica)”, en *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana / Océano, 2002, p 135.

²³⁶ *Ibid.*, p. 136.

como fuentes para edificar la cultura mexicana moderna; se emprendía una valoración crítica del pasado inmediato revolucionario, como un proceso caótico y acaso incapaz de sentar las bases espirituales que el país exigía, o se recuperaba un pasado colonial desde una postura nostálgica y conservadora. Julio Jiménez Rueda, por ejemplo, explica el surgimiento del colonialismo como un asidero artístico frente al desconcierto social vivido en los años de la Revolución, pero también como una indagación espiritual de una generación que se buscaba a sí misma y que, ante el aislamiento cultural de entonces, encontró en el pasado virreinal un sucedáneo de las producciones artísticas y literarias que dejaron de llegar al país:

El colonialismo respondió al estado de ánimo de un momento determinado. Era un poco evasión del lapso revolucionario, encaminado hacia mundos estables y apacibles. Nos afanábamos en la búsqueda de una raíz mexicana. Habíamos quedado aislados de Europa por la Revolución y la primera Guerra Mundial: no llegaban a México libros, ni revistas, ni obras teatrales. “Tuvimos que buscar en nosotros mismos —como afirma Gómez Morín— un medio de satisfacer nuestras necesidades de cuerpo y alma. Empezaron a inventarse elementales sustitutos de los antiguos productos importados”.²³⁷

Ignacio Sánchez Prado señala que precisamente la aparición de movimientos como el colonialista, contrario en muchos sentidos al ideario revolucionario, representaba la emergencia de nuevas posturas, ambiguas en muchos casos, que buscaban articular una idea de nación capaz de insertarse en el discurso cultural de la Revolución pero ajustada a su propia ideología, en este caso de raíz conservadora.²³⁸ La idea de una re-fundación del país se encontraba en el ambiente y se requería del despertar una nueva juventud para tal empresa. Tal era el sentido de las palabras de Agustín Loera y Chávez (1894-1961) en “El

²³⁷ E. Carballo, “Julio Jiménez Rueda”, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, ed. cit., p. 203.

²³⁸ Cfr. I. Sánchez Prado, *op. cit.*, pp. 33-52.

florecer de un pueblo”, publicado en el segundo y último número de *Gladios* de febrero de 1916. El entonces joven profesor de la Escuela Nacional Preparatoria volvía al discurso arielista para hacer un llamado a la juventud, “bautizada con el simbólico nombre de *Generación de 915 [sic]*”, para que ésta aprovechara la histórica oportunidad que había generado la Revolución y desatara las “pujantes energías dormidas”, los “ocultos esfuerzos aletargados”, los “viriles entusiasmos adormecidos”. En sintonía con el propio entusiasmo que ofrecían los jóvenes, el maestro preparatoriano les entregaba la imagen idealizada de una Revolución que, mediante “regueros de sangre hirviente” había trazado el derrotero de un “nuevo existir” para la nación. Si, como afirmaba Rodó, los pueblos poseían épocas de juventud, México había encontrado la suya y era tarea de los jóvenes empujar una vez más la rueda de la historia: “Ojalá que la verdadera juventud eterna, que todos los pueblos han anhelado como seguro de su existencia, tenga hoy su principio para nosotros, en esta rítmica y tenaz renovación que iniciaron la protesta del oprimido, el lamento del pobre y los arrebatos de toda una pujante generación”.²³⁹

Con una retórica similar, aunque algo más desbordada, José A. Cuevas daba la bienvenida a la nueva generación con “Gladios, alma juvenil” el artículo editorial del segundo número, que curiosamente entrega sus primeras páginas no a los jóvenes “gladiadores” sino a nombres de mayor relieve: el propio Cuevas, Loera y Chávez, Alejandro Navas G. (del Ateneo de El Salvador), Rubén M. Campos, Juan N. Cordero o el doctor Salvador Quevedo y Zubieta. Alfonso Taracena —quien publicaría un relato en *San-Ev-Ank*—,²⁴⁰ en ese moroso diario de la vida nacional que es *La verdadera Revolución*

²³⁹ A. Loera y Chávez, “El florecer de un pueblo”, *Gladios*, año 1, núm. 2 (febrero de 1916), p. 100.

²⁴⁰ A. Taracena, “Rudel”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 10.

Mexicana, reconocía el renombre de los colaboradores de la revista: “Debe tener buen ojo el director de esta revista, pues con excepción de ese señor Enrique Ortega Flores, los demás son o serán sin duda gente conocida”.²⁴¹ Llama la atención que con la excepción de Caso y González Martínez no haya habido más ateneístas entre los colaboradores de *Gladios*. Algo que, como se verá más adelante, debió provocar el recelo de un personaje como Henríquez Ureña, obsesionado permanentemente con proyectar a su grupo y con incidir en la formación de los jóvenes. Sin embargo, lo más probable es que detrás de esta omisión no existiera dolo de parte de Erro y Barreda sino inexperiencia y falta de relaciones literarias más allá de los muros escolares, como lo demuestra el hecho de que la inmensa mayoría de los escritores de peso publicados fueran sus profesores. Barreda escribe al respecto: “Nuestra inconciencia e ímpetu no tenían límites: perfectos desconocidos, sin más méritos que algunas lecciones más o menos bien dadas, nos habíamos acercado a las figuras que juzgábamos de más relieve para arrancarles —ésa es la palabra— colaboraciones sin remuneración y sin más garantía que nuestro visible entusiasmo y aturdimiento”.²⁴²

Volviendo a los llamados místicos a la juventud, continuaba el prestigiado arquitecto Cuevas:

Tu origen y tu fe son misterios en quienes admiro a Dios. Tu fe, tu amor y tu entusiasmo son tu fuerza divina. De su aplicación tú sola eres responsable: ¡sé poseedora consciente de tu tesoro!

Infunde en la herencia del pasado el soplo poderoso de tu espíritu: asocia a la docta enseñanza de los viejos, la iniciativa fecundante de tu juventud.

²⁴¹ A. Taracena, “Febrero 16”, en *La verdadera revolución mexicana (1915-1917)*, 2ª ed., Jesús González Schmal (palabras preliminares), México, Porrúa, 1992, p. 211.

²⁴² O. G. Barreda, art. cit., p. 212. En la misma dirección apunta Barreda sobre el patrocinio con que lanzaron la revista: “Decidimos, aún ingenuos y sin la menor malicia política, acercarnos al gobierno revolucionario y pedirle ayuda para satisfacer nuestra ambición. Fue, en verdad demasiado audaz de nuestra parte y a nuestra edad el habernos atrevido a pedir audiencia, y lograrla, del primer ministro revolucionario que ocupaba la antigua Secretaría de Instrucción Pública, el ingeniero Félix F. Palavicini, y solicitarle un subsidio, el cual nos fue milagrosamente concedido” (*Ibid.*, p. 211).

¡Lucha y ama: tu vida es oración!²⁴³

Cuevas se dirige a los jóvenes en el estilo de lo que Alfonso García Morales llama *sermones laicos*, a los que define como “expresiones de la moral laica, una moral independiente de cualquier confesión religiosa, basada en los principios de la dignidad de la persona, la razón y la tolerancia; piezas oratorias destinadas a educar moralmente a los jóvenes de los centros de enseñanza no religiosa, difundiendo entre ellos los grandes ideales humanos y cívicos”.²⁴⁴ Este cauce discursivo fue especialmente frecuentado por los maestros liberales del mundo hispánico como Francisco Giner de los Ríos, Eugenio María de Hostos, Justo Sierra y, por supuesto, José Enrique Rodó, y en la década de 1920 por los nuevos maestros de la juventud como Caso, Vasconcelos y Henríquez Ureña.

En *Gladios* la nota contrapuntística fue tocada por Rubén M. Campos, quien entregó el capítulo dedicado a Othón de su mítico *Bar*, memorias que el autor se negó a publicar en vida y cuyos únicos testimonios fueron durante muchos años los avances dedicados a Valenzuela, aparecidos en *Revista Moderna de México* en 1911, en *Nosotros* en 1913²⁴⁵ y éste entregado a *Gladios*. El fragmento en cuestión es una estampa tan breve como viva del grupo decadentista, reunido en aquella ocasión en el mítico Salón Bach, con un énfasis en la evocación no sólo de los viejos compañeros sino de la propia juventud compartida. No es casualidad que el relato dé inicio con la imagen del narrador sentado en una mesa leyendo la icónica revista alemana *Jugend* “en que flameaba el lema de juventud”. El guanajuatense

²⁴³ J. A. Cuevas, “Gladios, alma juvenil”, *Gladios*, año 1, núm. 2 (febrero de 1916), p. 131.

²⁴⁴ A. García Morales, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, ed. cit., p. 52.

²⁴⁵ R. M. Campos, “Valenzuela” (De la novela *El bar*), *Revista Moderna de México*, vol. XV, núm. 94 (junio de 1911), pp. 138-140 y “Valenzuela” (De la novela inédita *El bar*), *Nosotros*, núm. 6 (octubre de 1913), pp. 121-122.

presenta al grupo de jóvenes en su esplendor, con sus “risas locas”, los “ojos rieladores”, el “bigote mosquetero al viento” y la “alegría de vivir como bandera desplegada” entre coñac, cerveza, jerez y rhin. En la evocación del bar, éste se descubre no sólo como un espacio sino como un tiempo específico, el de la camaradería y la despreocupación, la vitalidad y el exceso juveniles: “[...] en la venturosa expansión del bar donde dejé mi juventud, pues sé por una larga y fuerte experiencia que no hay nada que ligue y fraternice más a los hombres de buena voluntad como el vigésimo vaso de un buen vino!”²⁴⁶ Dionisos se filtraba tímidamente en las sobrias páginas de *Gladios*, anticipando quizás el ánimo de la revista que la sucedería dos años más tarde: *San-Ev-Ank*.

Sin embargo, el espíritu de los tiempos ya no era ese sino uno más cercano a la alocución que Caso, en la misma tradición de los sermones laicos, ofrecía a los jóvenes desde las páginas de *Gladios*. No en vano Torres Bodet recuerda la mitología que rodeaba al maestro hacia 1918: “Quienes le habían escuchado afirmaban que su palabra competía con la del Próspero de Rodó: lo que no modelaba como una espátula, lo tajaba como un cincel”.²⁴⁷ En las palabras que Caso entregó a *Gladios* se asoma aquel vuelco místico en su pensamiento en el que se formaría la nueva generación:

Vuelve, pues a ti, hijo mío; la mejor delectación de espíritu es tu propio espíritu. Tu jardín interior tiene muchas bellas flores que podrás cortar para tu recreo y ya miro que asoman los frutos de tu huerto: flores y frutos que te llenarán de paz y dulce hartura. Vuelve a ti, sé tu mejor tesoro. El mundo es la gran ilusión concomitante a tu realidad espiritual: es uno de los aspectos de tu espíritu. Saliste ya a la vida y sólo hallaste en ella motivos suficientes para creer que nada hay más grande que tu propia conciencia. Retorna a tu esencia espiritual y no morirás nunca.²⁴⁸

²⁴⁶ R. M. Campos, “Othón” (De la novela *El bar*), *Gladios*, año 1, núm 2 (febrero de 1916), pp. 108-109.

²⁴⁷ J. Torres Bodet, *op. cit.*, p. 92.

²⁴⁸ A. Caso, “Solus ipse”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), p. 9.

Náufrago en su propio país tras la dispersión de sus compañeros y el ostracismo en que cayeron otros al comenzar el segundo decenio, Caso fue el maestro indiscutible de aquellos muchachos que sentían el llamado de las humanidades. De acuerdo con Krauze, hacia 1915, después de una significativa reducción del profesorado dedicado a las materias humanísticas —muchos de ellos antiguos positivistas que habían cedido al filósofo sus clases—, a la par de su desempeño como director del Antiguo Colegio de San Ildefonso, Caso impartía los cursos de “ética, psicología, lógica y de problemas filosóficos”, a los cuales asistían estudiantes de las más diversas disciplinas, desde Jurisprudencia hasta Medicina.²⁴⁹ Cosío Villegas dibuja así el paisaje humanístico hacia 1918, cuando era un joven estudiante de Derecho: “La verdad es que la enseñanza de las letras estuvo siempre desorganizada, que la historia vivía al ras del suelo y que la filosofía era Antonio Caso. De hecho, Caso era el único profesor en la Universidad entera, es decir, el ser solitario cuya vida toda estaba fincada en la enseñanza”.²⁵⁰ Para Krauze, el clima de “prédica” y “exaltación” que se experimentaba en las clases del solitario Caso se ajustaba a la “aspiración mística del momento” que veía en la labor intelectual desempeñada por el maestro un posible correlato de la revolución social y política.²⁵¹ “Para nosotros, los muchachos de entonces —escribe Cosío Villegas con relación al magisterio casista—, que vivíamos en el desconcierto provocado por la barbarie que inevitablemente desató la Revolución, aquellas conferencias [ofrecidas en la Universidad Popular], a más de mantener en nosotros una noción de la existencia y del valor de la cultura, nos despertó la

²⁴⁹ E. Krauze, *op. cit.*, 68.

²⁵⁰ D. Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 49.

²⁵¹ E. Krauze, *op. cit.*, p. 73.

esperanza de que aquella barbarie pronto daría lugar a un pujante renacimiento cultural”.²⁵²

Ermilo Abreu Gómez describe aquel entusiasmo que el maestro conseguía proyectar sobre sus auditorios: “Asistí a uno de sus brillantes cursos de Estética. El panorama del ideario de los pensadores que se han ocupado de la belleza, adquiriría, en la palabra de Caso, una brillantez y una sindéresis que ganaba no sólo la mente sino también su corazón”.²⁵³

Vasconcelos, por su parte, reconoce un sentido similar a la labor que el filósofo desempeñaba desde antes del estallido revolucionario, en su campaña contra el positivismo —el cual sería desterrado definitivamente de la Preparatoria en 1914, gracias al antiguo ateneísta y para entonces Ministro de Instrucción Pública de Victoriano Huerta, Nemesio García Naranjo—:

Caso, en privado, nos hacía la defensa de Porfirio Díaz, lo juzgaba el mal menor de un pueblo inculto sin esperanza. Pero, ideológicamente, Caso seguía siendo jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. En las manos de Caso seguía la piqueta demoledora del positivismo. [...] La cultura y el talento de Caso aplicados a la enseñanza evitaban, asimismo, el retorno al vacío liberalismo de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cuál político militante.²⁵⁴

Carlos Monsiváis explica la necesidad de ese “salto místico” en el pensamiento posrevolucionario como el resultado de la incapacidad de los antiguos ateneístas para asimilar la nueva realidad en la que se encontraba el país. Persecutores de aquella Grecia ideal, de aquella Grecia mexicana con la que habían soñado al comenzar el siglo, el caótico México posterior a la guerra civil les resultaba doloroso, extraño y acaso imposible de

²⁵² D. Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 57.

²⁵³ E. Abreu Gómez, “Antonio Caso”, en *Sala de retratos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1947, p. 19.

²⁵⁴ J. Vasconcelos, *Ulises Criollo*, segunda parte, México, Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas 12), 1983, p. 333.

comprender. Su relación con la Revolución era ambigua, pues estaban conscientes de que, por una parte, había resultado un proceso fallido en busca de la emancipación política y social pero, por otra, resultaba una coyuntura histórica que podía derivar en la transformación del país. Para Monsiváis, los intelectuales de la época no entienden el fracaso de la Revolución como un asunto práctico sino moral. La incapacidad moral de los agentes revolucionarios, la falta de ilustración del pueblo mexicano y el desplazamiento de los intelectuales de los espacios de poder habían sido los verdaderos responsables de la perversión del movimiento social. De acuerdo con esta interpretación se buscó recuperar el ideal de una aristocracia intelectual destinada a dirigir a las masas: “Hay crisis moral porque los más aptos están ausentes del poder. El *salto místico* es, en última instancia, petición de mando”²⁵⁵ concluye el autor de *Los rituales del caos*.

La aparición de *La Nave*, en mayo de 1916, resulta un ejemplo facundo de esa crisis. Con oficinas en el núm. 1 de la cosmopolita avenida Madero, ilustrada con el grabado de un trirreme griego, una viñeta de estilo helénico a manera de colofón, sin anunciantes y sin consignar su precio de venta, la revista fue una efímera aventura editorial de tan sólo una entrega que, sin embargo, como señala Ernesto Sánchez Pineda, consiguió dar una muestra íntegra, aunque extemporánea, del espíritu del Ateneo al que fue capaz de reunir aun a la distancia.²⁵⁶ Dirigida por Pablo Martínez del Río (1892-1963), la publicación que se prometía bimestral publicó una nómina casi exclusivamente ateneísta. La revista abría con una serie de poemas líricos que abrevaban en tópicos y formas

²⁵⁵ C. Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *op. cit.*, p. 1411.

²⁵⁶ Cfr. E. Sánchez Pineda, “*La Nave del Ateneo*”, *Texto Crítico. Revista del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana*, nueva época, año VII, núm. 34 (enero-junio de 2014), pp. 79-85.

modernistas envueltos en un tono mesurado pero en los que todavía es posible hallar “azures”, “esfinges” y “quimeras”. Alfonso Cravioto publicó “Fragmento”; Enrique González Martínez “La hilandera” y “La esfinge”; y Manuel de la Parra (1878-1930) “Halo lunar” y “La nube”, en el cual reaparecía el motivo de la juventud perdida, tan caro al romanticismo mexicano decimonónico:

De la nube que pasa bajo el palio del cielo
siento goce romántico al silencioso giro
y, cerrando los ojos, contra mi corazón
aprieto entrambas manos, con hondo desconsuelo,
por mi juventud ida como una ilusión
que se diluye en lágrimas y se escapa en suspiro.²⁵⁷

Reivindicando la antigüedad clásica, patria literaria del Ateneo, Mariano Silva y Aceves publicó la traducción bilingüe de *Pervigilium Veneris, Las vísperas de Venus*, “obra de seriedad en las letras y de alegría pagana en el espíritu” y Martínez del Río, con un epígrafe en griego de los *Idilios* de Teócrito, “Los designios de los dioses”, relato ambientado en una Grecia mítica y protagonizado nada más y nada menos que por un sátiro. Manuel Romero de Terreros, El Marqués de San Francisco, (1880-1968) y Anastacio G. Saravia se encargaron de la parte histórica con sus artículos sobre “Los Marqueses de las Amarillas” y “Las tribus primitivas del Norte”, respectivamente. Antonio Caso entregó un ensayo sobre “La historia y la filosofía de la historia”. Y en la parte literaria Pedro Henríquez Ureña publicó unas páginas dedicadas a “La despedida de Anatole France”; Xavier de Icaza, Jr., otro ensayo sobre el personaje shakespereano Felipe El Bastardo; Carlos Díaz Dufoo, Jr. “Ensayo sobre la estética de lo cursi” y Julio Torri el ensayo “Beati qui perdunt...!” La revista incluyó además una carta sobre la invasión de Bélgica firmada

²⁵⁷ M. De la Parra, “La nube”, *La Nave*, núm. 1 (mayo de 1916), p. 2.

por un enigmático Maître Guy y reseñas de libros de J. Núñez y Domínguez, González Martínez, López Velarde, Caso, Romero de Terreros y Federico E. Mariscal, firmadas por T[orri], D[íaz Dufoo, Jr.], Omega (Martínez del Río) y [El Marqués de] S[an] F[rancisco]. Un vistazo a un índice así basta para darse cuenta del carácter sofisticado, culto y aristocrático de *La Nave*, acaso demasiado refinada para aquel México analfabeta y bañado de sangre.

Canto de cisne de un grupo extinto y contraparte de la seria pero a fin de cuentas estudiantil *Gladios*, en sus páginas, donde no aparecen siquiera Los Castros, se extraña la presencia de los más jóvenes, con lo cual se rompió la larga tradición hemerográfica mexicana de incluir siempre algunas voces nuevas. Se puede especular que tratándose del primer número se buscara incluir a la plana mayor del grupo y que tal vez en las entregas posteriores, las cuales nunca llegaron, se otorgarían algunas páginas a las plumas noveles. No obstante, de este único número queda el gesto de un ateneísmo nostálgico que veía con recelo a esa nueva juventud que conoció sólo a la distancia y que ya no pudo educar directamente. Pedro Henríquez Ureña se manifiesta en este sentido en una carta dirigida a Julio Torri desde Nueva York el 29 de julio de 1916:

Me dice Xavier que (como yo temía) *La Nave* no resulta productiva y habrá que suspenderla. Lo comprendo. Pero no importa. *La Nave* representa con su solo número (el viaje de Pedro y el Marqués, como el de Cravioto cuando *Savia*, de seguro le dará el golpe final), el nuevo grupo superior de México, y como tal vale mucho. Ya temía yo que la representación de la intelectualidad en 1916 en México la tuvieran *Gladios* u órganos por el estilo.²⁵⁸

²⁵⁸ P. Henríquez Ureña, "New York, July 29th, 1916", en Julio Torri, *Epistolarios*, Serge I. Zaitzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 240.

El naufragio de *La Nave* apenas hubo dejado el puerto pudo deberse a cierto anacronismo o desajuste a las exigencias de los nuevos tiempos, más álgidos y definitivamente alejados de la exquisitez de la publicación. Francisco Monterde señala esa inadecuación de la revista a su propia época:

Todo correcto, bien escrito y presentado: pero el público lector —ese anónimo terrible— no quedó conforme con el cargamento literario de *La Nave*, o los redactores perdieron entusiasmo después de esperar largo tiempo su arribo. Transcurrieron los dos meses que debían mediar entre el primer número y el segundo, y no apareció éste. *La Nave* no volvió a zarpar: revista de un solo número, quedó como caso único en las letras mexicanas. Su salida fue, quizás, prematura: el ambiente local, reciente aún la lucha, no estaba preparado para recibirla.²⁵⁹

No obstante la indiferencia mostrada a la nueva juventud, un grupo de estudiantes, conocidos como Los Siete Sabios se daría a la tarea de actualizar el súbitamente envejecido programa cultural del Ateneo, seguramente por la influencia que sobre ellos ejercieron Castro Leal y Vázquez del Mercado, jóvenes igualmente aunque con unos cuantos años más de experiencia que, sin embargo, en ese momento resultaban trascendentales. Hacia mediados de la década, los Sabios optaron por sumar al estudio, la labor educativa y la actividad cultural, privilegiados por los ateneístas, la acción política como centro de su quehacer, viendo en el nacionalismo el marco ideológico que podía darle sentido y actualidad a su programa intelectual. “Escribir no es solo soñar, sentir o pensar; *es obrar*” afirmaba Tovar y Ávalos en *Gladios*.²⁶⁰ El grupo de los Sabios —o Generación de 1915 como la llamará Manuel Gómez Morín— se integró de manera formal tres meses después de que apareciera *La Nave*, en septiembre de 1916, con la creación de la Sociedad de

²⁵⁹ F. Monterde, “Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena, etcétera”, en *Las revistas literarias de México*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes / Departamento de Literatura, 1963, p. 123.

²⁶⁰ E. Tovar y Ávalos, “Misión social del arte”, art. cit., p. 15. (Las itálicas son mías).

Conferencias y Conciertos, continuación de la Sociedad Hispánica de México fundada por Castro Leal y compañía. Ambas agrupaciones fueron herederas, cada una a su modo, de los afanes ateneístas: la primera todavía con un sentido de promoción cultural y artística; la segunda, dueña de una vocación preeminentemente social y política. El acta constitutiva la firmaron dos antiguos Castros: Castro Leal y Vázquez Mercado, más Alfonso Caso (1896-1970), Manuel Gómez Morín (1897-1972), Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), Jesús Moreno Baca (1894-?) y Teófilo Olea y Leyva (1895-1956); nombres a los que años más tarde se asociarán los de otros jóvenes como Miguel Palacios Macedo (1898-1990), Narciso Bassols (1897-1959) y Daniel Cossío Villegas (1898-1976).

La formación de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, cuya misión era “propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional de México”,²⁶¹ fue uno de los gestos con que los jóvenes aceptaron la tarea que implícitamente les había encomendado la generación anterior. Sin embargo, los temas de aquellas primeras conferencias muestran un cambio en la dirección del pensamiento mexicano de la época; si en 1907 el grupo de la recién desaparecida *Savia Moderna* ofrecía conferencias sobre pintura, arquitectura y crítica literaria y en 1914 la Sociedad Hispánica todavía pugnaba por la promoción de las humanidades presentando a Caso con “La filosofía de la intuición”²⁶² y a Henríquez Ureña con su conocida conferencia donde habla del “matiz crepuscular” de la poesía mexicana, “Don Juan Ruiz de Alarcón”;²⁶³ hacia 1916 los jóvenes se habían decantado claramente por asuntos sociales, políticos, educativos y jurídicos, en los que

²⁶¹ Apud G. Salinas Quiroga, *Los siete sabios de México*, sobretiro de *Humanitas*, núm. 21, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1980, p. 524.

²⁶² A. Caso, “La filosofía de la intuición”, núm. 8 (enero de 1914), pp. 150-158.

²⁶³ P. Henríquez Ureña, “Don Juan Ruiz de Alarcón”, *Nosotros*, núm. 9 (marzo de 1914), pp. 185-196.

destaca la aparición de tópicos vinculados al socialismo: Castro Leal explicaba “¿Qué es el socialismo?”; Lombardo Toledano habló sobre “Posibilidades del socialismo en México”; Alfonso Caso sobre “El concepto de justicia”; Gómez Morín trató “Las instituciones democráticas modernas”; Olea y Leyva expuso sobre “La educación popular en México” y Moreno Baca ofreció una conferencia sobre las “Asociaciones obreras”.²⁶⁴ La Generación de 1915 manifestó con mayor convencimiento, entre la juventud de la época, esta conciencia de ser actores de un tiempo nuevo que parecía reclamar su presencia. Unos años menor que ellos, Daniel Cosío Villegas, quien los había visto graduarse cuando él estaba por ingresar a la Universidad, describe la temprana convicción política de los Sabios:

Los unía desde luego una visión muchísimo más amplia de la que tenía el estudiante ordinario porque sentían la necesidad de adquirir, más que el saber profesional, una buena cultura, lo cual suponía incursionar seriamente por los campos de la filosofía, de la historia, de las letras. Después, porque jóvenes ya de diecinueve años, presintieron desde 1915 que surgía antes sus ojos un México nuevo, en cuya forja podían y debían participar. Por añadidura, se consideraban, a más de inteligentes y cultos, dotados de sentimientos generosos y de ideas generales que les permitirían entender mejor los problemas nacionales y ayudar a resolverlos. En fin, advirtieron el gran vacío intelectual que exhibía el grupo revolucionario victorioso, y creyeron poderlo llenar en beneficio del país.²⁶⁵

En el mismo tenor, Octavio Paz, al referirse a la “inteligencia” mexicana en *El laberinto de la soledad*, define a los jóvenes intelectuales de la segunda década como una generación que entregó todas sus energías a dar sentido y continuidad a la labor emprendida por los revolucionarios de la primera hora, que postergó la reflexión y la crítica para dar prioridad a la acción en los campos más diversos y apremiantes, y que, finalmente, terminó por sacrificar su propia obra en pos del servicio público:

²⁶⁴ Cfr. E. Krauze, *op. cit.*, p. 74.

²⁶⁵ D. Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 50.

Una vez cerrado el periodo militar de la Revolución, muchos jóvenes intelectuales —que no habían tenido la edad o la posibilidad de participar en la lucha armada— empezaron a colaborar con los gobiernos revolucionarios. El intelectual se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder. La tarea era inmensa y había que improvisarlo todo. Los poetas estudiaron economía, los juristas sociología, los novelistas derecho internacional, pedagogía o agronomía. [...] la “inteligencia” fue utilizada para fines concretos e inmediatos: proyectos de leyes, planes de gobierno, misiones confidenciales, tareas educativas, fundación de escuelas y bancos de refacción agraria, etc.²⁶⁶

Debido a esta convicción política, la Generación de 1915 se muestra ausente de las revistas literarias de la época. Castro Leal fue el único que manifestó una verdadera vocación literaria y su nombre recorre las páginas de *Nosotros*, *Pegaso*, *México Moderno* y *La Pajarita de Papel*, y más tarde las de *Contemporáneos*, *Taller*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo* y, por supuesto, *Revista de literatura mexicana*, fundada por él en 1940. Los demás jóvenes se decantaron por una obra de carácter intelectual, político o social, la cual encontró un amplio cauce en los periódicos pero no en las revistas literarias: Gómez Morín y Alfonso Caso publicaron en una ocasión y Lombardo Toledano dos en *México Moderno*; Palacios Macedo tiene una colaboración solitaria en *San-Ev-Ank*; Cosío Villegas tres en *Vida Mexicana* (1922) y una en *La Pajarita de Papel*; de los demás no hay rastro literario.

Este viraje ideológico encarnado por los Siete Sabios venía acompañado por un largo proceso de politización de la juventud estudiantil mexicana. Si con la paz porfiriana los estudiantes habían mantenido, en términos generales, una actitud dócil frente al régimen —con notables pero escasas excepciones— debido, en parte, a la aparente estabilidad con que se desempeñaban las labores educativas del país; hacía el final de la dictadura y luego

²⁶⁶ O. Paz, *El laberinto de la soledad / Posdata / Vuelta a “El laberinto de la soledad”*, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 170.

con la Revolución, el estudiantado mexicano fue cobrando conciencia de su propia fuerza y comenzó a formar agrupaciones de distinto carácter —algunas reaccionarias, otras críticas— para hacer valer ese prestigio que había ido acumulando durante las últimas décadas. Al mismo tiempo, los gobiernos revolucionarios que lograron advertir el creciente poder de los estudiantes, buscaron impulsar ciertas políticas que les garantizaran la simpatía de la juventud ilustrada. No fue el caso de los primeros regímenes tras la caída de Díaz. En el de transición de Francisco León de la Barra se dio un temprano enfrentamiento entre el secretario de la Universidad, a la sazón Antonio Caso, y el polémico Secretario de Instrucción Pública Francisco Vázquez Gómez, quien actuó de manera despótica, ganándose el repudio de la comunidad universitaria. María de Lourdes Velázquez Albo resume este episodio que no tuvo mayores repercusiones, debido a lo efímero de la gestión de León de la Barra y su secretario, pero que sentó un precedente de desconfianza de parte de los estudiantes hacia las autoridades educativas posteriores al porfiriato:

[Vázquez Gómez] extralimitó en su esfera de acción al ordenar la suspensión de discusiones de textos y programas en el seno del Consejo Universitario, sin tomar opinión del rector y de los miembros del Consejo. Ante tal situación, Caso presenta su renuncia al presidente de la República y ésta es aceptada. Meses más tarde, el mismo secretario de Instrucción Pública pretendió, sin previa consulta, modificar los calendarios escolares en todas las escuelas del Distrito Federal, y en esa ocasión, la prensa señalaba que el doctor Vázquez Gómez había violado la Ley de Instrucción Pública.²⁶⁷

Con el descontento todavía fresco, Madero no tardó en tropezar con los jóvenes estudiantes de la capital. En enero de 1912, en su visita a México el escritor argentino Manuel Ugarte tenía pensado ofrecer una conferencia contra la intervención de Estados

²⁶⁷ M. L. Velázquez Albo, *Los congresos nacionales universitarios y los gobiernos de la Revolución 1910-1933*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 2000, p. 30.

Unidos en los países hispanoamericanos. Las relaciones entre el gobierno maderista y el país del norte se mantenían tensas debido a la política abiertamente hostil sostenida por el embajador Henry Lane Wilson —quien sería un actor fundamental para el Pacto de la Ciudadela mediante el cual se derrocó a Madero— por lo que se trató de evitar que el argentino tocara el tema con la ayuda de Vasconcelos y del mismísimo Justo Sierra, desde España. Sin embargo, el autor de *La evolución política y social de Hispanoamérica* denunció la censura de parte del gobierno mexicano y desató una polémica a la cual se sumaron los estudiantes con una manifestación frente a Palacio Nacional. Madero cedió ante la presión y la conferencia finalmente se llevó a cabo en un Teatro Virginia Fábregas abarrotado.²⁶⁸ El segundo traspie se dio unos meses después, en junio, a raíz de las reformas en el sistema de exámenes y reconocimientos que trató de imponer Luis Cabrera, uno de los colaboradores más estrechamente ligados a Madero, quien había sido designado como director de la Escuela de Jurisprudencia. No obstante los esfuerzos del presidente por llegar a un acuerdo con los estudiantes, éstos otra vez organizaron manifestaciones públicas y terminaron por irse a huelga. La Secretaría de Instrucción ordenó el cierre de la Escuela, pero los jóvenes, en una muestra de músculo organizacional y político, decidieron fundar la Escuela Libre de Derecho, con la participación de maestros de la talla de Antonio Caso, Luis Elguero, Miguel Macedo, José Natividad Macías, Jorge Vera Estañol, José María Lozano, Emilio Rabasa y Demetrio Sodi.²⁶⁹ Quizás con estas experiencias en la memoria inmediata, los sucesores de Madero, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza —sobre

²⁶⁸ Cfr. A. García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914)*, ed. cit., pp. 208-210.

²⁶⁹ Cfr. R. Marsiske, “Los estudiantes en la Universidad Nacional de México: 1910-1928”, en Renate Marsiske (coord.), *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 1998, pp. 195.

todo Carranza— se plantaron con mucha mayor cautela frente a la juventud estudiantil y procuraron contenerla a través de políticas más estrictas —como la militarización de la Escuela Preparatoria llevada a cabo por Huerta— o, por el contrario, como hizo Carranza, mediante prebendas y concesiones, algunas efectivas otras meramente retóricas, que fueron desde detalles como hacer acto de presencia en sus eventos o prometer reformas hasta el otorgamiento de becas de estudio, el patrocinio de empresas culturales o la incorporación de algunos líderes estudiantiles a la burocracia estatal. Una de las estrategias más destacadas en este sentido, fue la creación de la figura diplomática de “agregado estudiantil”, ideada por Carranza para abrazar a los jóvenes intelectuales, quienes a su vez le ayudaron en el desarrollo de su prestigiosa política exterior de tintes hispanoamericanistas. Fueron agregados estudiantiles Carlos Pellicer en Colombia y Venezuela; Pablo Campos Ortiz en Brasil; Esteban Manzanera del Campo en Uruguay; Luis Norna en Chile; Luis Padilla Nervo en Argentina y Luis Enrique Erro en España.²⁷⁰ En ese mismo sentido cabe mencionar la organización en 1916 por parte de *El Mexicano*, diario oficial del carrancismo, del “primer concurso de cuentos nacionales, que se efectuara aquí después de la caída del presidente Francisco Madero, ya que la Revolución había interrumpido esos certámenes, y los de poesía, anualmente celebrados”.²⁷¹ El ganador del certamen fue el autor de las líneas citadas, Francisco Monterde, quien participó con tres cuentos, *Lencho* y *El mayor Fidel García*, de temática revolucionaria que no merecieron reconocimiento alguno, y “El secreto de la *Escala*” de asunto virreinal, con el cual se hizo

²⁷⁰ *Ibid*, p. 196, y F. Moraga Valle, “Reforma desde el sur, revolución desde el norte. El Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 47 (enero-junio de 2014), p. 163, n. 16.

²⁷¹ F. Monterde, “La novela de la Revolución”, en *Figuras y generaciones literarias*, Jorge von Ziegler (pról.), Jorge Ortiz Monasterio y Jorge von Ziegler (recop. y sel.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 220.

acreedor al premio. La elección del ganador es significativa en el marco de la política cultural carrancista tanto haber premiado a un incipiente escritor como por haber elegido un relato colonialista, pues, como indica Sánchez Prado, era una poética que se adecuaba al programa ideológico del nuevo gobierno, al ofrecer “un nacionalismo fundado en algo tan inane como las recreaciones nostálgicas e idealizadas de la cultura virreinal” en contraposición a aquellas obras que ofrecían una mirada crítica del movimiento revolucionario y, por tanto, del gobierno emergido de éste.²⁷² Además de estas políticas culturales, el coahuilense, a diferencia de Huerta, contó con el apoyo de viejos maderistas quienes lo veían como un posible continuador del proyecto liberal. Así lo creía Aquiles Elorduy, antiguo miembro del Partido Nacional Antirreeleccionista y uno de los principales colaboradores de Madero, quien en una velada organizada el 29 de noviembre de 1915 por los “estudiantes liberales de la Escuela de Jurisprudencia” hacía un llamado político a la juventud:

¡Juventud mexicana! Tienes dos cuadros espléndidos que admirar en la historia reciente de tu patria: el uno representa la resistencia activa de las huestes revolucionarias y patrióticas del ciudadano Carranza, puesta de frente contra el embate furioso de los ejércitos traidores y bandidos del asesino de México; el otro representa la resistencia pasiva de la Asamblea Popular, humillando y venciendo al menguado ministro Garza Aldape del mismo asesino Victoriano Huerta.

¡No olvidéis esos cuadros, recordadlos siempre, imitadlos siempre, y la República llegará a ser grandiosa!²⁷³

Fue precisamente durante el régimen carrancista que las agrupaciones estudiantiles comenzaron a cobrar auge y notoriedad. A partir de 1916 se dio una “emergencia de líderes

²⁷² I. Sánchez Prado, *op. cit.*, p. 49.

²⁷³ A. Elorduy, *Discurso liberal*, México, Imprenta I. Escalante, 1916, pp. 27-28.

estudiantiles”²⁷⁴ que buscaban encauzar a la juventud preparatoria o de las distintas escuelas profesionales “con fines de representatividad escolar o para intervenir en asuntos políticos”.²⁷⁵ Entre estos grupos destacaron, por ejemplo, el de “Los Políticos” donde figuraron Jorge Prieto Laurens y Miguel Torner, quienes fundaron el Congreso Local Estudiantil en 1916 con el apoyo del rector José Natividad Macías, el cual abandonarían rápidamente, en 1917, para crear el Partido Nacional Cooperativista, el cual dirigiría Prieto Laurens. Jóvenes estudiantes de Jurisprudencia como Julio Jiménez Rueda y René Capistrán Garza —futuro fundador de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa—²⁷⁶ dieron un nuevo impulso a la Asociación Católica de la Juventud, grupo conservador que buscaba en lo político lo que el colonialismo en lo literario: “la reconstitución de nuestros organismos sociales” en oposición al “individualismo revolucionario, que viene carcomiendo la nación desde tiempo inmemorial”.²⁷⁷ De mayor relieve, por su carácter más abierto, fue el ya mencionado Congreso Local Estudiantil que en 1918 se transformaría en la Federación de Estudiantes. La idea original de su fundación era organizar, con el apoyo de Venustiano Carranza, un Segundo Congreso de Estudiantes, continuación del celebrado en 1910, pero éste no pudo darse y en su lugar se creó el Congreso Local, con sede en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el cual consiguió congrega a buena parte de los estudiantes capitalinos y cuya dirección, después de Prieto

²⁷⁴ J. Garcíadiego, “Movimientos estudiantiles durante la Revolución Mexicana (estudio de caso de participación de un grupo de clase media urbana)”, en Marsiske, Renate (coord.), *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 1998, p. 185.

²⁷⁵ J. Mendoza Rojas, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 2001, p. 48.

²⁷⁶ No es improbable que el propio Monterde formara parte de dicha agrupación.

²⁷⁷ J. Jiménez Rueda, *El México que yo sentí (1896-1960). Testimonios de un espectador de buena fe*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 40.

Laurens y Torner, recayó en varios de los Sabios, sin duda el grupo estudiantil más sólido de aquellos años. Cosío Villegas da testimonio de la importancia que habían cobrado estas asociaciones y de la seriedad con que los jóvenes encaraban su liderazgo. Hacia 1919, cuenta Cosío Villegas, Narciso Bassols se había convertido en presidente de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y Miguel Palacios Macedo en el de la Federación de Estudiantes. El primero había querido dar a la Sociedad un alcance que “rebasaba el recinto de la Escuela” mientras que el segundo consideraba que siendo la Sociedad parte de la Federación, ésta debía intervenir en los asuntos de aquella, lo cual produjo un grave enfrentamiento en el que ambos se retaron a un desafío “con pistola y a muerte”, duelo que finalmente impidió la policía.²⁷⁸ Tales eran los ánimos de los cabecillas estudiantiles al declinar la década.

1917 le otorgó a estos jóvenes la oportunidad de una actuación pública relevante. A mediados de año un grupo de “diputados y senadores contrarios a la Universidad” pertenecientes al “Partido Liberal Constitucionalista, para entonces ya definitivamente enfrentado a Carranza”²⁷⁹ discutía un proyecto para separar a la Universidad y la Preparatoria del Departamento Universitario y de Bellas Artes —que había sustituido a la Secretaría de Instrucción— para hacerlas depender del Ministerio de Gobernación y del gobierno del Distrito Federal, respectivamente. Frente a la amenaza que este movimiento político y administrativo representaba, los estudiantes, junto con algunos de sus profesores, enviaron a la Cámara de Diputados un memorial en el que esbozaban, con todo rigor jurídico, los argumentos en contra de la desincorporación y en el que pugnaban por la

²⁷⁸ D. Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 53.

²⁷⁹ J. Garciadiego, *art. cit.*, p. 186.

autonomía universitaria: “Porque la esencia de los organismos universitarios es la autonomía”.²⁸⁰ Los firmantes del memorial advertían el riesgo que conllevaba la intromisión directa del gobierno en la vida escolar, acaso el último refugio intelectual en medio de la agitación posrevolucionaria: “si la esencia del progreso de la educación es la separación de todas las vicisitudes políticas; si la Universidad nunca se perfecciona sino salvándose de la influencia directa de la política de un Estado [...], la incorporación del Departamento Universitario a la Secretaría que dirige principalmente las corrientes políticas del gobierno, es un alejamiento de los fines que se le reconocen generalmente a la Universidad”.²⁸¹ Entre las rúbricas que acompañaban el documento se encontraban las de Antonio Caso, en su calidad de consejero universitario, y Alfonso Pruneda, como director de la Facultad de Medicina, mientras que por el Congreso Local Estudiantil firmaron Manuel Gómez Morín, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Teófilo Olea y Leyva, Vicente Lombardo Toledano, Luis Enrique Erro, Jorge Pietro Laurens, Alberto Vázquez del Mercado y su entonces presidente Miguel Torner. Pese a las peticiones universitarias, el proyecto siguió discutiéndose y ante la sordera de los políticos, los jóvenes se determinaron a salir nuevamente a las calles y organizaron manifestaciones (en las cuales llegaron incluso a tener violentos choques con la policía),²⁸² una de ellas significativamente “hasta las puertas del diario *El Universal*” que de un tiempo a la fecha les había otorgado un lugar entre sus pliegos con las “páginas universitarias”.²⁸³ Finalmente, la voz de los estudiantes

²⁸⁰ “Memorial que los profesores y estudiantes de la Universidad llevan a la H. Cámara de Diputados”, en *La autonomía universitaria. Antología*, Jorge Pinto Mazal (estudio preliminar y selección de textos), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, p. 75.

²⁸¹ *Ibid.*, p. 77.

²⁸² *Idem.*

²⁸³ E. Krauze, *op. cit.*, pp. 79 y 81.

fue atendida y el Departamento Universitario continuó en funciones hasta que se convirtió en la Secretaría de Educación Pública.

Este acenso de la juventud estudiantil no era un fenómeno exclusivamente mexicano; correspondía a una cuestión de época, a un espíritu de renovación generalizada con que había nacido el siglo XX y que depositaba en los jóvenes, y más específicamente en los jóvenes ilustrados, la esperanza de un futuro promisorio. En el Berlín de 1912, el joven Walter Benjamin —él mismo futuro presidente de la Comunidad Estudiantil Berlinesa— se expresaba respecto a la educación de los jóvenes con un idealismo similar al que manifestaban los estudiantes mexicanos: “una reforma escolar sostiene, más allá de tesis específicamente científicas, que ella misma constituye un talante, un programa ético de nuestra época”. El alemán —antes del desencanto que traería la Gran Guerra— reconocía a la escuela, a la universidad, como un espacio primordial para la formación de una juventud libre, a la cual se debían entregar los estandartes de un tiempo nuevo, confiando en que la “alegría” y la “honradez” propios del carácter juvenil llevarían a la historia por el camino correcto. La modernidad se presentaba como el tiempo por excelencia de los jóvenes:

La cultura del futuro es la única meta de la escuela y por eso ha de guardar silencio ante el futuro presente germinalmente en la juventud: debe bastarle posibilitar e impulsar la libertad. Por este tipo de razones vemos que la más urgente necesidad de la pedagogía moderna no es otra que la creación de un espacio adecuado para que la cultura se autodesarrolle. Gracias a la confianza en esta juventud, que ha de aprender a trabajar día a día, a tomarse a sí misma en serio, a autoeducarse, etc., el género humano puede tener fe en su futuro, en aquello irracional que sólo la juventud es capaz de apreciar. Juventud que no sólo se encuentra henchida de futuro, sino que también lo está del espíritu que siente dentro de sí la alegría y el coraje de los nuevos portadores de la cultura. Así se despierta cada vez más la conciencia de los valores absolutos propios de este juvenil sentido de la alegría y la honradez. Y ya se ha señalado la necesidad de que este sentimiento

juvenil se convierta en un modo de pensar común a todos, en una brújula de la vida.²⁸⁴

Algunos años después y al otro extremo del globo se gestaría la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918, un movimiento estudiantil que reaccionó ante las políticas radicales de Hipólito Yrigoyen y que pugnaba por una profunda renovación de las estructuras universitarias de sino colonial en aras de una educación que se abriera a las nuevas corrientes del pensamiento y que procurara una “vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende”. El movimiento reformista fue el resultado más notable de una serie de movilizaciones estudiantiles que se dieron durante casi diez años en Sudamérica, mediante las cuales los jóvenes buscaban modernizar la educación y encontrar una mayor participación en la vida pública de sus países. Fabio Moraga Valle encuentra los antecedentes ideológicos del movimiento cordobés en el Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1908, organizado por la Asociación de Estudiantes de Montevideo, así como en la creación del Bureau Internacional Americano de Estudiantes, nacido durante el Segundo Congreso realizado en Buenos Aires; el Tercer Congreso realizado en Lima y la revista *Evolución* “Órgano de la Federación de los Estudiantes del Uruguay y boletín de la Oficina Internacional Universitaria Americana”.²⁸⁵ De acuerdo con Carlos Monsiváis, a los hechos concretos que motivaron el movimiento estudiantil argentino habría que sumar “la urgencia de cambios psicológicos y mentales en estudiantes requeridos de otra modernidad”, un espectro de ideales juveniles que convirtieron casi instantáneamente a la

²⁸⁴ W. Benjamin, “La reforma escolar: un movimiento cultural”, en *La metafísica de la juventud*, Ana Lucas (intro.), Luis Martínez de Velasco (trad.), Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona, 1993, pp. 47, 51-52.

²⁸⁵ F. Moraga Valle, art. cit., p. 159.

Reforma de Córdoba en “un gran símbolo de rebeldía estudiantil en toda América Latina”.²⁸⁶

Los estudiantes cordobeses, encabezados por Deodoro Roca, participaron de ese misticismo juvenil de la época; se trataba de una juventud que se concebía a sí misma como “desinteresada”, “pura”, insobornable e incapaz de errar, puesto que se hallaba predestinada por una suerte de ritmo histórico a redimir moralmente al continente entero. En el “Manifiesto liminar” dirigido de “La Juventud Argentina de Córdoba a los Hombres Libres de Sudamérica”, los estudiantes delinearon el perfil moral imaginado por toda una generación a lo largo del continente, así como la naturaleza heroica del papel que sentían que les correspondía jugar en la historia de un siglo que despuntaba: “La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando”. Frente a la incompreensión de las autoridades universitarias y gubernamentales argentinas —pero que podían ser también las chilenas, las peruanas o las mexicanas— afirmaban: “la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son —y dolorosas— de todo el continente”.²⁸⁷

En México los años violentos de la Revolución desplazaron las necesidades intelectuales y culturales por otras más apremiantes impidiendo la formación de

²⁸⁶ C. Monsiváis, “La reforma universitaria de 1918”, en *Las esencias viajeras*, México, Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012, p. 132.

²⁸⁷ “Manifiesto liminar”, incluido en el apéndice documental de M. C. Vera de Flachs, “Reformas, contrarreformas y movimientos estudiantiles en la Universidad de Córdoba (1870-1936)”, en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, t. III, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés Editores, 2006, p. 72.

agrupaciones o movimientos estudiantiles consistentes y longevos. Cuando se alcanzó relativa estabilidad, con la llegada de los constitucionalistas al poder, el Estado carrancista supo atraer a la juventud mediante una serie de concesiones a favor de ellos, lo cual derivó en un estudiantado menos radical que el que podía encontrarse en otros lugares de América. Para Moraga Valle “lo que predominó en el movimiento estudiantil no fueron organizaciones que representaran a los estudiantes, sino grupos de interés reunidos en torno a líderes carismáticos que basaban su fuerza en los contactos políticos que tenían con las distintas facciones que luchaban por el poder a nivel nacional”.²⁸⁸ Sin embargo, además de las prebendas de que gozó, es posible que buena parte de la juventud se encauzara al advertir la posibilidad de participar efectivamente en los asuntos públicos de la nación, una puerta que se había inaugurado con Carranza y que se abriría cada vez más en el transcurso de la siguiente década.

3.3. *Pegaso*, *San-ev-ank* y *Revista Nueva*: asomos de una nueva juventud

Pese a que los jóvenes de la década de 1910 compartieron un mismo legado generacional —el del Ateneo— sus inclinaciones tomaron causas distintos. Historiadores como Enrique Krauze reconocen a los Siete Sabios y a los futuros Contemporáneos como dos promociones de una misma generación que condujeron, sin embargo, su quehacer por derroteros diferentes, pues mientras los primeros abrazaron la misión social del intelectual, los segundos pusieron su inteligencia al servicio de la cultura. Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1976), Enrique González Rojo (1899-1939), José Gorostiza Alcalá

²⁸⁸ F. Moraga Valle, art. cit., p. 165.

(1901-1973), Jaime Torres Bodet (1902-1974), entre otros jóvenes *poetas* que comenzaron a escribir a fines de la década, recuperaron la parte humanista de la herencia del Ateneo y aunque participaron del discurso social y nacionalista que estaba en el ambiente, colaborando de manera activa en los años veinte en algunas empresas públicas de la mano de Vasconcelos, se mostraron más genuinamente interesados por la literatura y el arte, dos mundos a los que los Sabios habían renunciado. Si aquellos se habían decantado claramente por la figura del intelectual, éstos lo harían con la misma convicción por la del escritor. Más allá de las diferencias personales, la distancia entre los templos de unos y otros se explica, en parte, por los continuos cambios políticos, sociales y económicos que se experimentaron en México de manera vertiginosa a lo largo de la segunda década. De tal modo que las realidades vividas por ambos resultaron marcadamente distintas aun cuando la distancia temporal que los separaba era mínima: ocho años median por ejemplo entre el mayor y el más joven, Lombardo Toledano y Torres Bodet.²⁸⁹ Enrique Krauze explica los dos Méxicos vividos por los Siete Sabios y Contemporáneos:

Cuesta, igual que los otros miembros de la generación de los Contemporáneos, había sido un niño cuando la Revolución estalló y apenas un adolescente en 1915, cuando Gómez Morín y Lombardo participan en la exaltación mística y el “descubrimiento” de México. Nacidos entre 1900 [aunque Ortiz de Montellano y González Rojo nacen en 1899] y 1904, los vanguardistas no vivieron las exigencias concretas de la Revolución, no participaron en ella como a su manera lo hicieron “los Sabios”. Son menos cutáneos que éstos, más íntimos. Cuando aquéllos cumplen los 15 años de edad, la gran guerra ha concluido y vuelven a circular libros y literatura. Ya no se lee a los autores mexicanos sobre el problema social, como hacían Lombardo y Gómez Morín, sino a Proust y los últimos exponentes de la literatura francesa. Se vuelven a integrar cenáculos literarios, se fundan y consolidan revistas literarias.²⁹⁰

²⁸⁹ Por esas fechas todavía no figuran Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Jorge Cuesta o Gilberto Owen, quienes podrían considerarse una tercera vertiente de aquella generación.

²⁹⁰ E. Krauze, *op. cit.* p. 154.

Debió ser alrededor de 1916 que estos jóvenes escritores se conocieron en los pasillos de San Ildefonso. Jaime Torres Bodet recuerda en sus memorias la aparición en su horizonte personal de una serie de compañeros que como él estaban interesados en la poesía. A Carlos Pellicer, suerte de hermano mayor de los más jóvenes y dueño de un temprano prestigio, lo recuerda por su colorido vestuario, trasunto de su poesía: “corbata de seda espesa”, “calcetines brillantes” y un “espléndido solitario” en el meñique; a José Gorostiza, en contraste con el otro tabasqueño, lo dibuja como un joven “delgado y frágil”, de “corbatas y frases imperceptibles”; “poeta de sensibilidad subterránea” era Bernardo Ortiz de Montellano; mientras que a Enrique González Rojo, protagonista de aquellos años juveniles, lo recuerda como un amigo con quien compartía la afición por la ópera y el cine.²⁹¹

Pegaso. Revista ilustrada marcó en 1917 el debut de algunos miembros de esta promoción nacida a comienzos de siglo al publicar a Enrique González Rojo —quien aprovechando el prestigioso nombre de su padre firmaba Enrique González, Jr.— y a su amigo Jaime Torres Bodet, así como a un par de poetas un poco mayores, quienes se reunirían más tarde en torno a diversos proyectos editoriales: Martín Gómez Palacio (1893-1970), quien había publicado un par de poemas en *El Pueblo* —publicación que acogió las primeras producciones de muchos jóvenes poetas como Ortiz de Montellano— y Carlos Pellicer, que ya había publicado en *Gladios* y forjaba una precoz fama como poeta. Torres Bodet relata el “descubrimiento” del tabasqueño por parte de Enrique Tovar y Ávalos, profesor de “Lectura y declamación”, procedente del Conservatorio, y colaborador de *Gladios*, quien probablemente leyó ahí los sonetos romanos del joven Carlos y lo invitó a

²⁹¹ *Ibid.*, pp. 78-85.

recitar unos versos en su clase: “El maestro descubrió en un periódico estudiantil al pie de un soneto, el apellido de Pellicer”, un muchacho “pálido y atildado, de mirada profunda, cejas gruesas y palabra cálida, varonil”.²⁹² Amalia de Castillo Ledón también refiere las apariciones del poeta tabasqueño en las clases de Tovar, las cuales sitúa en el Conservatorio Nacional: “Conocí allí, entre otros elegidos del genio poético, a Carlos Pellicer, que ya en oficio de poeta mayor, no obstante su juventud, nos transportaba a planos de fecunda elevación lírica”.²⁹³ Editado por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde entre el 8 de marzo y el 27 de julio de 1917, con oficinas en el Edificio de la Bancaria en el núm. 32 de la Avenida 5 de mayo, el semanario *Pegaso* no fue en estricto sentido una publicación literaria y se inscribió más bien en la moderna tradición de los magazines de actualidad, una moda inaugurada por *El Mundo Ilustrado*, primer semanario gráfico mexicano fundado por Rafael Reyes Spíndola en 1894, y continuada por publicaciones como *Revista Moderna de México*, segunda época de la *Revista Moderna* que, recordemos, cambió de nombre justamente al convertirse en un magazine; *Revista de Revistas*, el más antiguo de los que todavía hoy circulan, aparecido en 1910 por iniciativa de Luis Manuel Rojas y José Luis Velasco, con María Luisa Ross —futura directora de *El Universal Ilustrado*— como secretaria de redacción; *Vida Moderna*, fundada en 1915 por Carlos González Peña, y *El Universal Ilustrado*, de Palavacini, que aparecería en mayo de 1917 con el mismo González Peña como jefe de redacción. La publicación buscó la concordia e incluyó poemas, cuentos y artículos firmados por autores pertenecientes a

²⁹² J. Torres Bodet, *op. cit.*, p. 79.

²⁹³ A. De Castillo Ledón, en *El trato con escritores (segunda serie)*, Jesús Escobedo (dibujos), México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, p. 34. Novo recuerda haberlo conocido de manera similar en 1917 “declamando unos versos magníficos” en el Anfiteatro de la Preparatoria Nacional. (S. Novo, “Salvador Novo”, en *Ibid.*, p. 147.

varias generaciones y movimientos, desde los viejos modernistas y realistas hasta los jóvenes nacidos a fines del XIX, pasando por un nutrido grupo de antiguos ateneístas: Darío, Nervo, Tablada y Rubén M. Campos; Caso, Silva y Aceves, Rafael López, Reyes, González Martínez y López Velarde; así como Castro Leal y Manuel Toussaint, por citar algunos. En *Pegaso* destacan las crónicas que elocuentemente inauguraban cada número, en un afán de dar cuenta del presente, y en muchas de las cuales la ciudad, metonimia de la vida moderna, era la protagonista constante: “Afortunadamente, la ciudad tiene consuelos para las energías que claudican y sabe encaminarme, al atardecer, como una Antígona familiar, a los panteones, únicas colectividades que se escaparon de la votación el último domingo”, escribe Lázaro P. Feel, anagrama de Rafael López, con una prosa de resabios modernistas. Más actuales resultan otras crónicas que con gruesas pinceladas consiguen recrear estampas de la vida capitalina. López Velarde, “con esa puntería inigualable que tenía el jerezano para hallar el verdadero nombre de las cosas”²⁹⁴ —escribe Quirarte— retrata a las “sacerdotisas del café con leche”, heroínas anónimas de la creciente urbe: “Carmelita, mesera 5 —con un 5 dorado, en un redondel de luto— evolucionaba a mi alrededor, zalamera y ladina. Carmelita, mesera 5, va ser suprimida por la moral del Gobierno del Distrito [...]”.²⁹⁵ Esteban Flores hace lo propio con la viñeta de un provinciano en la ciudad a quien ésta le “ha robado el reloj diez veces al subir a los tranvías”.²⁹⁶ Genaro Estrada, adscrito al colonialismo, escribe con ironía sobre la multiplicación de los coches de sitio: “El automóvil es una participación estimable en la

²⁹⁴ V. Quirarte, *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura, 2014, p. 110.

²⁹⁵ R. López Velarde, “Semana mayor”, *Pegaso*, núm. 5 (5 de abril de 1917), p. 1.

²⁹⁶ E. Flores, “La montaña rusa”, *Pegaso*, núm. 7 (19 de abril de 1917), p. 1.

vida espiritual de nuestra vieja ciudad. De mí sé decir que cada vez que paso por la Alameda, los automóviles que allí montan la guardia en línea desplegada me sugieren propósitos de una infinitud que a veces se confunde con la rotación de la tierra y en ocasiones recuerda el desastre del carro de Faetón”.²⁹⁷ Toussaint, colonialista también, ensaya sobre lo que consideraba el vértigo de los tiempos modernos: “Será por influencia de los Estados Unidos; será porque el mundo ha perdido la razón, será porque el hombre desea terminar de una buena vez con sus días, pero nuestra existencia se ha tornado una danza febril”.²⁹⁸ Son textos que se enfrentan a la modernidad con un aire nostálgico y que no están exentos de mostrar cierta resistencia frente a esa realidad que buscan retratar. Además de estas colaboraciones de carácter literario, el semanario procuró un espíritu misceláneo y de actualidad mediante distintas secciones fijas como “Libros y revistas”, con las últimas novedades editoriales; “Teatros y cines”, que repasaba las carteleras del Colón, el Arbeu, el Principal o el Fábregas y arrojaba un vistazo tímido aun a las nacientes *stars* cinematográficas como Gabriela Robinne, Francisca Bertini, Susana Grandais, Asta Nielsen, Byda Borrelli, Pina Menichelli o Vera Vegani; “Deportes”, donde se reseñaban eventos de automovilismo, “matches de foot ball”, tiros de pichón y partidos de tenis; “Vida artística y literaria”, que ofrecía el cuadro de una Ciudad de México culturalmente revitalizada, que semana a semana contaba con conferencias, lecturas, conciertos, juegos florales, exposiciones de arte, veladas literarias y visitas de escritores extranjeros como la del polémico Manuel Ugarte y la del español Francisco Villapesa. Asimismo, llama la atención el seguimiento que se hizo número con número de acontecimientos internacionales

²⁹⁷ G. Estrada, “Automóviles”, *Pegaso*, núm. 9 (17 de marzo de 1917), p. 1.

²⁹⁸ M. Toussaint, “La vida febril”, *Pegaso*, núm. 10 (17 de mayo de 1917), p. 3.

como la Gran Guerra y la Revolución Rusa, dos temas que sin duda habían capturado la atención del público mexicano, así como diversos artículos sobre arte colonial e historia de México, pero también sobre política nacional e internacional. Un equipo de redacción compuesto por 14 escritores, una nómina de casi 60 colaboradores, 12 dibujantes, tres fotógrafos, una agencia de publicidad, un gerente y un grabador, así como un considerable número de patrocinadores —que iban del Teatro Colón a las novedades de la Editorial Porrúa, y de los sombreros Tardan a los almacenes de modas El Nuevo Mundo y El Palacio de Hierro— hicieron de *Pegaso* una de las aventuras editoriales más serias de una época que asistía a un renacimiento cultural propiciado por la relativa calma que vivía México. 1917 era el año de la promulgación de la Constitución, de las elecciones donde Carranza se ratificó en el poder y del inicio de un proyecto de reconstrucción económica del país.²⁹⁹ No obstante estas condiciones que permitieron la aparición de una revista del calado de *Pegaso*, ésta terminó por fracasar, tal vez —como se afirma en la presentación del facsímil de la revista publicado por el Fondo de Cultura Económica— por haberse quedado a medio camino entre una “revista literaria” y una “revista de información”.

La participación de los jóvenes en *Pegaso* fue bastante mesurada. González Martínez, Jr. se limitó a llevar una sección dedicada a una de sus aficiones juveniles, el ajedrez, similar a la que sostenía en *El Universal Ilustrado* el joven ajedrecista José Joaquín Araiza junto con Felipe de J. Velasco. En el octavo número del 26 de abril la revista presentó a los “Poetas jóvenes de *Pegaso*”. Ahí, acompañados de un retrato oval que mostraba a los verdes autores posando con toda seriedad, se publicaron los poemas “Hoy la canción más nueva...” de José M. Solís; “A través de una honda inquietud...” de Torres

²⁹⁹ B. Ulloa, “La lucha armada (1911-1920)”, en *Historia general de México*, t. 2, ed. cit., p. 1158.

Bodet; “Eres el colmenar de mis ensueños” de Martín Gómez Palacio y un poema epistolar de Pellicer dedicado “A Guillermo Dávila”, secretario de *Gladios* y futuro redactor de *San-Ev-Ank*, a quien se dirige como a un hermano menor al que se le pide atempere las angustias juveniles:³⁰⁰

Amigo mío, la vida no hay que tomarla en serio.
Es una vieja broma de Dios; que te diviertan
mis pobres versos jóvenes ya que en ellos injertan
la Virtud y el Pecado su pasmoso misterio.....
Ves? puntos suspensivos; ya no alcanza el salterio
para decir sutiles cosas... Y que lo adviertan
tus ojos y tu alma... Estos puntos despiertan
ciertas curiosidades dignas de tu hemisferio
frontal. Amigo mío: nunca te desespere;
espera siempre algo de lo que nunca esperes.
(Y no es cábala, conste). Tiene a veces la Vida
ciertos bellos caprichos como divagaciones,
que nos hacen cantar con el alma transida
de un inmortal deseo de actuar en sus acciones!³⁰¹

Los mismos autores repiten en una página consagrada a “Los poetas jóvenes” en el último número de la revista fechado el 27 de julio de 1917. A ellos se suma Miguel D. Martínez, quien figurará en la antología *Ocho poetas* de 1923 junto con Francisco Arellano Belloc, Ignacio Barajas Lozano, José María Benítez, Ortiz de Montellano, Torres Bodet y Xavier Villaurrutia. Martínez Rendón entrega “Como un manso venero...”; Pellicer el soneto “Mi más caro amigo”; Gómez Palacio “Desaliento matinal”; Solís otro soneto “¿Quién me puso en el alma?” y Torres Bodet “Así como se borran los reflejos”.³⁰² Con la salvedad de Pellicer, se trata de poemas de factura modernista, más precisamente gonzalezmartinista, en algunos de los cuales se adivina la máscara de una juventud

³⁰⁰ VV.AA., “Los poetas jóvenes de *Pegaso*”, *Pegaso*, núm. 8 (26 de abril de 1917), p. 4.

³⁰¹ C. Pellicer, “A Guillermo Dávila”, *Pegaso*, núm. 8 (26 de abril de 1917), p. 4.

³⁰² VV. AA., “Los poetas jóvenes”, *Pegaso*, núm. 20 (27 de julio de 1917), p. 7.

precipitadamente trágica. Novo, en una tan conocida como amarga entrevista con Emmanuel Carballo, los retrata como “jóvenes que creyeron ser serenos y dolientes a los veinte años, y que disfrazaron usando la forma solemne del maestro [González Martínez] sus púberes dolores con una peluca encanecida”.³⁰³ Martínez Rendón escribe, por ejemplo:

Como un manso venero mi juventud claudica...
Soy como un ala rota, como esperanza trunca;
la vida mis internos espejismos complica,
con sus torvos paisajes de tísica espelunca.³⁰⁴

Y el joven Torres Bodet:

Así como se borran los reflejos
De luna sobre el agua del estanque,
Confundidos por un soplo que pasa,
Se borraron los sueños imposibles
Sobre el silencio triste de mi alma...
Así como se borran los reflejos
De luna sobre el agua...³⁰⁵

No obstante la discreción de las colaboraciones juveniles, el sólo hecho de figurar en la nómina de *Pegaso* debía resultar significativo para estos poetas debutantes, especialmente para el adolescente Torres Bodet. Su presencia en las páginas del semanario era resultado de un hecho aún más relevante: su inclusión en el círculo cercano a González Martínez; un paso definitivo para cumplir sus tempranas ambiciones literarias. Preocupado desde muy joven por encontrar las estrategias que le permitieran labrarse un camino propio en las letras, Torres Bodet recuerda su primer acercamiento al “padre de Enrique” con la intención de conseguir “el prefacio de un poeta famoso” para su primer libro de poesía *Fervor*. En su

³⁰³ E. Carballo, “Salvador Novo”, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, ed. cit., p. 308.

³⁰⁴ M. D. Martínez Rendón, “Como un manso venero...”, *Pegaso*, núm. 20 (27 de julio de 1917), p. 7.

³⁰⁵ J. Torres Bodet, “Así como se borran los reflejos...”, *Pegaso*, núm. 20 (27 de julio de 1917), p. 7.

relato de aquel encuentro, el autor de *Dédalo* rescata la admiración y el respeto casi paralizantes que le provocaba el autor de *Silenter*, a quien se aproximó con el ánimo de encontrar una voz autorizada que le contagiara algo de su lustre.³⁰⁶ Tras su paso por *Pegaso* y la publicación de *Fervor*, según su propio recuerdo, comenzaba a relacionarse con los amigos del hombre del búho: Genaro Estrada, Esteban Flores, los colombianos Leopoldo de la Rosa y Ricardo Arenales, mejor conocido como Porfirio Barba Jacob, y “un joven funcionario de Bellas Artes” que publicaba artículos sobre literatura europea y arquitectura colonial, Manuel Toussaint, quien junto con Agustín Loera y Chávez, contemplaban la posibilidad de incluir un libro suyo en la colección juvenil de la flamante editorial México Moderno.³⁰⁷

Torres Bodet por esos años debía liderar los esfuerzos de los nuevos poetas para introducirse al medio literario, acercándose a escritores como González Martínez, numen al alcance de su mano gracias a la amistad que llevaban con su hijo. Bernardo Ortiz de Montellano recuerda la fascinación que les provocaba aquellos primeros contactos con el poeta mediados por Enrique chico: “acariciábamos muchas veces los lomos encuadernados en piel de las obras de Hugo, de Samain, de Paul de Forte, de Francis Jammes que Enrique traía hasta nosotros de la biblioteca de su padre, el poeta Enrique González Martínez”³⁰⁸. Un trato con los escritores más prestigiados de su tiempo que ensayaron desde un principio como ocurrió con Amado Nervo, como lo deja ver el recuerdo de Amalia de Castillo Ledón, quien afirma haber conocido a estos poetas en sus años verdes, “personajes ya

³⁰⁶ J. Torres Bodet, *Tiempo de arena*, ed. cit., p. 98.

³⁰⁷ *Ibid.*, p. 100.

³⁰⁸ B. Ortiz de Montellano, “Vida y poesía”, en *Obras en prosa*, ed. María Lourdes Franco Bagnouls, UNAM, México, 1988, p. 308.

sobresalientes, aunque muy jóvenes”, una mañana en casa del autor de *Los jardines interiores*.³⁰⁹

1918 marcó el regreso de una parte de los editores de *Gladios*, quienes reaparecieron en el escenario hemerográfico estudiantil con una revista que conjuraba las risas juveniles en los pasillos escolares capitalinos. Al mismo tiempo lúdica, acre y desenfadada, *San-Ev-Ank. Revista semanaria estudiantil* fue la expresión de un grupo de jóvenes que, a diferencia de Torres Bodet y compañía, sufrieron muy pronto los desengaños del mundo cultural posrevolucionario. Octavio Barreda señala a las revistas de su primera juventud, *Gladios* y *San-Ev-Ank*, como sintomáticas del “final de época y el principio, un tanto diferenciado, de otra”.³¹⁰ Las diferencias entre ambas constituyen un ejemplo diáfano del carácter proteico de una juventud que era capaz de adaptarse a ciertas circunstancias o reaccionar contra ellas. Si *Gladios* se editaba con el lujo que le permitía el patrocinio gubernamental y buscaba sostener una gravedad acorde a éste; la “pequeñita, paupérrima” *San-Ev-Ank*, gestada de manera independiente, se editaba “con pésimo papel e impresión” en los talleres de la anónima Imprenta Victoria. El semanario de aproximadamente 16 páginas se financiaba con el bolsillo de los propios editores, se vendía por la módica cantidad de 10 centavos, aunque con gran éxito entre los alumnos y profesores de la Escuela Nacional Preparatoria y de Leyes, quienes cada jueves agotaban el tiraje, y contaba con una original estrategia de ventas que consistía en dedicar una página para tratar los “asuntos técnicos” de aquellas escuelas cuyos alumnos comprarán más de cien ejemplares; además, poseían algunos patrocinadores cuyo público eran los “jóvenes y distinguidos

³⁰⁹ A. De Castillo Ledón, art. cit., p. 38.

³¹⁰ O. G. Barreda, art. cit., p. 210.

estudiantes”, como La Montaña Rusa de la Avenida Bucareli, los “artículos sport” de Aurelio T. Hernández, la Peluquería de Estudiantes *La Higiene*, Bucher Bros., sastrería que, según Novo, “dictaba la elegancia masculina”,³¹¹ el Salón Venecia, la Escuela Moderna, con internado y medio internado, y el gimnasio de cultura física *Urgatechea*, que presumía tener un salón para juego de pelota. Aunque Guillermo Sheridan señala que la revista era patrocinada por la embajada alemana y de paso acusa a Erro de lanzar “mensajes fascistoides”, no existe en las páginas de la revista otra evidencia al respecto que su manifiesta germanofilia; sin embargo, como apunta Andreas Kurz, ésta se inscribía más bien en la tradición antipositivista del Ateneo.³¹²

De acuerdo con Octavio Barreda, *Gladios* dejó de circular debido a una serie de intrigas armadas ante el ministro Palavicini, a quien habían cuestionado que subsidiara la empresa de unos “adolescentes desconocidos” en lugar de otorgar ese apoyo a “personas de mayores méritos”. De tal modo que, un día, sin previo aviso y con el tercer número en imprenta, la subvención fue retirada y traspasada a un grupo de figuras de mayor calado, encabezadas por el ingeniero Rafael Loera y Chávez, quien fundaría en agosto de 1916 la colección de cuadernos quincenales de Cvltvra, “selección de buenos autores antiguos y modernos”, bajo la dirección de su hermano Agustín y Julio Torri,³¹³ una colección que daba noticia de un despertar cultural que iría en ascenso, al publicar durante más de siete años un total de 87 títulos que dieron a conocer obras de autores clásicos y contemporáneos

³¹¹ S. Novo, *La estatua de sal*, Carlos Monsiváis (pról.), México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 118.

³¹² A. Kurz, “La importancia de la filosofía y la cultura alemanas en *Contemporáneos*”, *Literatura Mexicana*, vol. XIX, núm. 1, 2008, p. 83.

³¹³ Cfr. R. Loera y Chávez hijo, “Rafael Loera y Chávez. Maestro tipógrafo”, en *Cvltvra 50 años de vida. Los cuadernos literarios, la imprenta, la empresa editorial, 1916-1966*, México, Cvltvra, 1966, pp. 11-19, y en el mismo libro J. M. González de Mendoza, “Agustín Loera y Chávez”, pp. 23-28.

de México y el resto del mundo.³¹⁴ Eduardo Chávez, sin embargo, en un testimonio referido por Franco Bagnouls, corrige la versión de Barreda al asegurar que las intrigas que finiquitaron *Gladios* se dieron en el seno mismo del grupo de amigos que la editaban. Según el ingeniero: “Luis Enrique Erro visitó a Palavacini y sostuvo con él una entrevista de carácter privado, en la que pidió que la subvención apareciera a nombre de él y no al de Carlos Chávez”, evidente fractura grupal ante la cual Palavacini decidió suspender el apoyo otorgado al grupo.³¹⁵ Cualesquiera que hayan sido las verdaderas razones de la interrupción del subsidio, el hecho caló hondo en el ánimo del grupo que hacia 1918 cambió aquella primera formalidad por una mordacidad poco frecuente en el panorama hemerográfico mexicano. Barreda interpreta el carácter iconoclasta del semanario como una reacción directa al abandono o el desplazamiento del cual aquellos muchachos se sentían víctimas:

A pesar del rudo golpe que recibió nuestra vanidad, el grupo que formábamos no sólo no se desintegró sino que vino a incrementarse y consolidarse. Durante largos, larguísimos meses, continuamos nuestros estudios y nuestras lecturas, y también nuestras vagancias, desamparados de la mano de Dios y de la de los hombres en el poder. Los mecenas, por otra parte, eran escasos o quizá no los había. La aparición de otros grupos, de edades mayores, mejor preparados o mejor situados comenzaron a desplazarnos y dejarnos atrás, encalleciéndonos por tanto el ánimo y empujándonos insensiblemente a una amargura y a una rebeldía.³¹⁶

Traviesa desde el título, la palabra *San-Ev-Ank* era el resultado de la combinación de algunas letras de los seudónimos y anagramas utilizados por sus editores: *San* de Filemón

³¹⁴ Novo describe a la editorial como protagonista del renacimiento cultural mexicano: “Acabábamos de salir [...] de la época convulsiva de la Revolución y apenas empezaba a quitarle los golpes que le había asestado la Revolución a lo que hubiera podido haber de cultura antes de la Revolución, o sea, la porfirista; empezaba apenas a volver en sí el espíritu de México y naturalmente a apetece una nutrición que no podía venirle culturalmente sino de otros países. Entonces esta colección de *Cvltvra* cumplió esta elevada misión de ser la fuente de que se nutría este espíritu de México de ambiente cultural. Allí empezamos a conocer en traducción muchas de las obras que después vinieron completas sobre autores extranjeros, y al mismo tiempo publicaba otras cosas” (S. Novo, en *El trato con escritores*, ed. cit., p. 150).

³¹⁵ L. Franco Bagnouls, “Introducción”, en *op. cit.*, p. 22.

³¹⁶ O. G. Barreda, art. cit., p. 216.

de Santigny (Guillermo Dávila), *Ev* de Giotto Evaci, Barón D'Abra (anagrama de Octavio G. Barreda), y *Ank* de Max von der Anks (seudónimo de Velázquez Subikurski). La revista estuvo poblada por una buena cantidad de estos seudónimos que enmascaraban a los autores de las notas más cáusticas o humorísticas. Entre algunos otros, Velázquez Subikurski, por ejemplo, firmaba como Fatty, Max von O'grapho o Paul Trona; Guillermo Dávila como Gabriel David y Paul K.; Barreda como Paul Villos; Pablo Campos Ortiz, como Leopoldo Alchiquero; Javier Alatorre como Judge —inspirado quizás por el título homónimo de un famoso semanario satírico neoyorquino, que bien podía ser modelo de la revista estudiantil— y Enrique Fernández Granados, con uno que perduraría a lo largo del tiempo: Fernangrana; también hubo seudónimos que funcionaban de manera colectiva como los de Paul Voeres y Paul Voserás (Barreda y Dávila); Paul Vorín, Paul Vorón y Paul Vareda (Dávila, Velázquez Subikurski y Barreda); y Sub-y-baja (Torres Bodet y González Rojo). Un ejemplo de lo que aportaban estos antifaces, más allá del toque cómico, puede verse en las colaboraciones de Francisco Xavier Gaxiola, Jr., estudiante de la Escuela Libre de Derecho, quien firmó con su nombre una serie de rigurosos artículos sobre “Los regímenes de los bancos de emisión”, pero que bajo el alias de Paul Vera dio vida a “Vaya, vaya con...”, una de las secciones más mordaces de la publicación donde se hacía escarnio de la comunidad universitaria y preparatoriana.

La sorna era democrática y hacía blancos suyos a los propios editores y colaboradores de la revista en los “Vaya, vaya con...”, donde se exhibían, por ejemplo, la chaqueta “escribiente de segunda” y las “melenas estopa impermeable” de Guillermo Dávila; la cabeza “cepillo de zapatos”, la dentadura “maíz cacahuazintle” y el “lagrimeo

intermitente-opalino” de Barreda;³¹⁷ las “espaldas frontón” y la “papada mantequilla de Toluca” de Velázquez “Subickuski”; las corbatas “raja retinas” de Pellicer³¹⁸ y “botánica”³¹⁹ de Luis Enrique Erro, quien además presumía delante de las muchachas, “(¡Ay Dios, que estudiado eres!)”, “andares Mazzantini” y “posturas Nepoti”, referencias a un torero y un actor famosos en la época.³²⁰ Los futuros Contemporáneos, colaboradores serios de la revista, no se salvan de la picota donde salen a relucir los “choclos revalidados” de Ortiz Montellano;³²¹ la “apariencia banderilla” de González Rojo³²² y las presunciones de “González Gomar que se gasta Torres Bodega después de la aparición de su libro «Ardor»”³²³, un favorito de la casa a quien también llaman Torres Tonel o Torres Gordet, cuya ansiedad por figurar caricaturizan en estampas como esta: “El Vizconde dijo al policía, que él iba preocupándose por la simetría de sus solapas, cuando vio que se le echaba un bulto encima, y como él creyera que el susodicho bulto era el conocido poeta Torres Gordet que venía a obsequiarle un tomo de su libro «Ardor», no pudo salvarse a tiempo del camión”.³²⁴

Con mucho más saña hacían escarnio de los viejos profesores universitarios, muchos de ellos sexagenarios sobrevivientes del porfirismo y otros tantos normalistas que a los ojos de los jóvenes no daban el ancho. Las burlas pasadas de tono más allá del humor festivo juvenil revelan el profundo descrédito que les merecían aquellos maestros, la

³¹⁷ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 15 y núm. 9 (5 de septiembre de 1918), p. 16.

³¹⁸ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 15.

³¹⁹ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*.

³²⁰ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 15 y núm. 9 (5 de septiembre de 1918), p. 16.

³²¹ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 15.

³²² Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 9 (5 de septiembre de 1918), p. 16.

³²³ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 13 (24 de octubre de 1918), p. 19.

³²⁴ Anónimo, “Sección de policía”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 14 (31 de octubre de 1918), p. 14.

urgencia de una formación dotada de mayor actualidad y la necesidad de una verdadera autonomía universitaria. Novo recuerda, por ejemplo, la disparidad que había entre las clases que ofrecían los Sabios y las que impartían los viejos profesores: “Sus clases contrastaban fuertemente —llenas de fresca pedantería— con las tediosas de los viejos don Ezequiel o don Samuel, las desmañadas de Nica Rangel, las neuróticas de don Erasmo Castellanos Quinto y las estultas de los ignorantes normalistas”.³²⁵ En el primer número de la revista Luis Enrique Erro denunciaba el daño que había hecho la intervención de la política en la Universidad, intromisión que se había traducido en la “constante remoción de profesores hecha con criterio unilateralmente político” y el cambio continuo y caótico de programas educativos; hechos que generaban “una marcada indisciplina estudiantil que raya en inconsciencia”.³²⁶ En el mismo sentido se pronunciaba Pablo Campos Ortiz, Secretario General del Congreso Local Estudiantil, quien atribuía el fracaso de la autonomía universitaria a “una politiquería de baja estofa” y denunciaba que también “a base de politiquerías” era como se nombraba a los profesores de las escuelas.³²⁷ En un par de páginas intituladas “University Antiquities Curio’s”, catálogo de antigüedades arqueológicas, los *San-Ev-Ank* describen a sus profesores con verdadera socarronería: Miguel E. Schultz, profesor de Geografía e Historia y director de la Preparatoria en tiempos de don Porfirio, era descrito como un “Enorme block granítico. Muy pesado. Tiene la

³²⁵ S. Novo, *La estatua de sal*, ed. cit., p. 157. Las relaciones de los jóvenes al final de la década contrastan con las que sostuvieron promociones anteriores no tan lejanas pero que alcanzaron los resabios del ateneísmo. Antonio Castro Leal, por ejemplo, escribe: “Mi trato con los escritores comenzó, en realidad, con la preciosa amistad que me dispensaron, fuera de la cátedra, dos grandes maestros de literatura: Luis G. Urbina y Pedro Henríquez Ureña. El primero era el poeta; el segundo, el crítico, o más bien, el humanista” (A. Castro Leal, en *El trato con escritores (segunda serie)*, ed. cit., p. 58).

³²⁶ L. E. Erro, “La universidad y la política”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 12.

³²⁷ P. Campos Ortiz, “El concepto del estudiante moderno”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 2 (18 de julio de 1918), p. 14.

forma de un hombre primitivo con cabeza de codorniz sagrada, representando a la sanguinaria deidad de la Intolerancia Chichimeca”; Francisco de P. Herrasti, erudito profesor de Derecho: “Interesante ídolo en forma de bella y sugestiva mujer que representa a la Diosa de las Pasiones en traje de calle”; Manuel G. Revilla, catedrático de la lengua, a quien los estudiantes llamaban en secreto *Rodilla* debido a su absoluta calvicie:³²⁸ “Momia académica sin pelo” cuyo estado de conservación era “en general bien conservada, faltándole sólo el cerebro”; José Natividad, rector de la Universidad: “Iguanodonte secular, gran saurio del periodo cretáceo o cretino”;³²⁹ Alfonso Luis Herrera, profesor de la Preparatoria: “elemento decorativo de la Rectoría” en quien Darwin creía haber descubierto al “homo idiotus” y, finalmente, Marcelino “Chelino” Dávalos: “Monigote de trapo relleno con paja en forma de encantadora y delicada doncella”.³³⁰

Si el aparente anacronismo de los mayores les desesperaba, no menos antipatía les provocaba la impostación con que se conducían algunos jóvenes estudiantes que rápidamente comenzaban a ascender en el mundo universitario. Sin ser demasiado específico, Octavio Barreda recuerda el malestar causado por la pedantería de algunos de sus coetáneos: “[...] algunas de las luminarias de las promociones inmediatamente anteriores a la nuestra, habían ido tomando derroteros un tanto presuntuosos y falsos, muy ajenos, en nuestra opinión, al aire que se respiraba no sólo en México sino en el mundo entero”.³³¹ Estas luminarias seguramente eran los integrantes de los Siete Sabios y algunos líderes estudiantiles pertenecientes a otros grupos como los católicos Julio Jiménez Rueda y

³²⁸ S. Novo, *La estatua de sal*, ed. cit., p. 137.

³²⁹ Anónimo, “University Antiquities Curio’s”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 11.

³³⁰ Anónimo, “University Antiquities Curio’s”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 7.

³³¹ *Ibid.*, p. 218.

René Capistrán, a quien bautizaron “Sor René Capistrán Garza”, así como algunos jóvenes poetas como el propio Torres Tonel. Paul Vera satiriza los andares “Cielo Andaluz” u “¡Olé tu gracia!” y las patillas “Lacayo de pensión” de Lombardo Toledano³³²; la dentadura “Jocoqui” y las “narices Lobanillo” del “crítico” Vázquez del Mercado; los discursos “La Llorona” de Narciso “(o Clavel)” Basolls [*sic*];³³³ la “Pajita Cajeta de Celaya de Planiol (jr.) (alias) Gómez Morín”³³⁴; la “figura de Sacristán” de Antonio Caso; los ojos “Era una fuente de cristal”, de Olea y Leyva³³⁵; la cabeza “Pelón Revilla” de Cosío Villegas³³⁶; y la boca “Océano Pacífico” y la “erudición Vanegas Arroyo” de Castro Leal³³⁷, a quien Paul Villos (Barreda) atribuye los siguientes versos, en alusión a la formación inglesa que presumía el joven Castro:

¡¡Qué haré, que harée que haré!!
 ¿Para ocultar mi tipo otomí
 y hacerme pasar por inglés?³³⁸

Paul Vorín, Paul Vorón y Paul Varela en su sección de “Sociales y personales” se ensañaban especialmente con Teófilo Olea y Leyva, “Sra. Doña Teófila Olea y Leyva” a quien le construyen, a lo largo de los quince números que vio la publicación, toda una novela matrimonial, con un par de hijos y divorcio incluidos. Lo mismo ocurría con Palacios Macedo, caricaturizado como San Francisco de Asís en la portada del décimo número, acusado de convertir el Congreso Estudiantil en “Sociedad de Fieles de la Vela

³³² Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 17 y núm. 13 (24 de octubre de 1918), p. 19.

³³³ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 17.

³³⁴ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 16.

³³⁵ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 15.

³³⁶ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 13 (24 de octubre de 1918), p. 19.

³³⁷ Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 15.

³³⁸ Paul Villos, “Buzón”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 15.

Perpetua”, y con Lombardo Toledano, “más que mediano sofista cuando la ocasión se tercia” y ganador del “Concurso de Fanfarronería y Adulación”.³³⁹ No conformes con los embates individuales, los *San-Ev-Ank* se burlan también del grupo, enfatizando el mote irónico con el que se les conocía y que paradójicamente los Sabios terminarían por adoptar como propio. En “Auto-retrato”, publicado en el sexto número, junto con otros poemas paródicos, escribe un apócrifo Castro Leal:

Me dicen que soy sabio: Somos 7 en la Escuela.
Los 7 nos reunimos para filosofar,
Qué amable nuestra plática ¡Cómo anima y consuela!
A pesar del esfuerzo de tanto pensar.³⁴⁰

Y al número siguiente, en la sección de sociales, los editores del semanario anuncian la formación de un “Raro Trust”:

RARO TRUST.— Un conocido grupo de estudiantes y distinguidos financieros tienen en proyecto la fundación del “*Trust del Talento*” en forma de Sociedad Cooperativa Ilimitada. Después de razonable meditación no nos parece rara la idea viniendo de los chinescos cerebros de los “Siete Sabios de la Gran Tenochtitlán” a saber: 1, Alfonso Caso; 2, Teófilo Olea; 3, Antonio Castro Leal; 4, Manuel Gómez Morín; 5, Vicente Lombardo Toledano; 6, Alberto Vázquez del Mercado; 7, en reparación.

Según hemos podido aclarar el objeto de tal “Trust” es acaparar el talento en toda la República Mexicana y de ser posible extenderse a las costas Británicas y a todas las naciones de Centro y Sud-América.

Ojalá no les salga el tiro por la culata son nuestros más desapasionados y desmedidos deseos.³⁴¹

Al parecer, las chascos que dirigían a los Sabios trascendieron las páginas de la revista. Francisco Rea González, quien mantuvo un trato estrecho con Octavio G. Barreda

³³⁹ Anónimo, “Por el Congreso Estudiantil. Acotaciones de un oyente”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 10 y “Por las escuelas”, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 14.

³⁴⁰ Antonio Castro Leal, “Auto-retrato”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 6.

³⁴¹ Paul Vorín, Paul Vorón y Paul Varela, “Sociales y personales”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 7 (22 agosto de 1918), p. 12.

durante sus últimos años de vida en Guadalajara, rescata algunas anécdotas del escritor que franquean a un espíritu siempre irónico y bromista. Comenta el dramaturgo jalisciense que siendo Antonio Caso rector de la Universidad y don Daniel Cosío Villegas “apenas un «daniel» a secas”, un día recibió éste una llamada telefónica de parte del secretario del maestro Caso, quien le informaba que el rector deseaba desayunar con él a las siete en punto “para que le ponga al tanto de las inquietudes intelectuales de los jóvenes y ayudarlas en el supuesto de que así lo merecieran”. Tal invitación, como era lógico, no podía ser desatendida por el líder estudiantil y al otro día se presentó puntual a la casa del maestro. Al llamado del timbre acudió “una viejecilla quitándose las legañas” informando que don Antonio estaba dormido, a lo que Cosío Villegas replicó que había sido citado un día antes por su secretario. La viejecilla, resignada, fue a despertar al rector y éste, como era de esperarse, “juró y perjuró que jamás invitaba a nadie a desayunar ¡y menos para tratar, a las siete de la mañana, el tema de la energía creativa de los estudiantes!” Sin embargo, terminó por acceder a tomar el desayuno con el joven engatusado. A la mañana siguiente, a las siete en punto, se presentaría a desayunar Narciso Bassols... Rea González remata la anécdota comentando: “Rumores, por desgracia, bastante bien fundados, aseguran que fue el ingenio de Octavio Barreda el autor intelectual de estos sucesos”.³⁴²

No todo fue relajo en la revista que también manifestó, como dice Barreda, cierta “conciencia del momento” y a la par de las colaboraciones chocarreras publicó también artículos sobre economía, política, literatura, historia y arte, con especial énfasis en temas como la Primera Guerra Mundial y el papel social de los jóvenes universitarios.

³⁴² F. Rea González, “Anecdotario”, en *Octavio G. Barreda (1897-1964). Homenaje*, México, Casa de Cultura Jalisciense, 1964, pp. 33-34.

Probablemente Luis Enrique Erro, al margen del humor adolescente de sus compañeros y quizás más cercano al temperamento de los Siete Sabios, fue el autor de la grave editorial con que se presentó el primer número. El título, “La juventud sin fe: el santuario sin dioses”, anuncia el desencanto generacional experimentado por su grupo, mientras que la falta de firma tal vez buscaba dar la idea de una voz grupal. Si en *Gladios*, los jóvenes se habían aventurado a convocar a la juventud y a sus maestros en una misión común; en *San-Ev-Ank* esa esperanza se trastocó en pesimismo y desilusión. La presentación de la revista asocia a la generación joven con la figura Hamlet, huérfanos que vacilan ante la falta de ideales claros a los cuales acogerse:

Así cuando yo siento pasar a mi lado a todos esos espíritus sin orden; almas atribuladas que se llenan de tinieblas y que pueblan los corredores de las Escuelas como las sombras de los crímenes poblaban las galerías de la mansión Elsingor para exigir del príncipe de Dinamarca el cumplimiento de la misión sagrada; jóvenes que han visto sin horror el suelo sangriento de su Patria y que tienen en los ojos toda la ansiedad de sus vertiginosas cumbres y sus hondos barrancos [...]³⁴³

Varios colaboradores ocuparon los pliegos de la revista para expresar su deseo de participar en la transformación del país. El común denominador de sus discursos era el reconocimiento de la juventud ilustrada como el grupo social que debía emprender dicho cambio. Anselmo Mena —quien participaría con Lombardo Toledano en la fundación del Partido Popular en 1948—, reivindicaba la figura mesiánica del joven impoluto, única esperanza de regeneración moral del país: “Ante la perspectiva del fracaso final, la Patria busca con ojos delirantes, en medio de la noche de incertidumbres que la envuelve, un punto luminoso en que orientarse, un asilo, una esperanza de que asirse. Justo es que esa esperanza y ese asilo le sean brindados por la juventud, ya que ella misma no es más que

³⁴³ Anónimo, “La juventud sin fe: el santuario sin dioses”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 1.

una esperanza y un asilo de nobleza e hidalguía”.³⁴⁴ Capistrán Garza, por su parte, defendía la labor social desempeñada por la Asociación Católica de la Juventud Mexicana fundamentada sobre tres pilares “Piedad, Estudio y Acción”.³⁴⁵ Justo esta última palabra, *acción*, asociada a la de *juventud*, ocupaba el centro de las arengas juveniles lanzadas desde *San-Ev-Ank*. “La vida no se resuelve con la pura idea”³⁴⁶ afirmaba Manuel de la Torre y Morali, quien firmó cuatro páginas editoriales en las que reconocía la necesidad de sobreponer la acción a la reflexión. De acuerdo a un sentimiento bastante extendido en la época, De la Torre creía —como décadas atrás lo había hecho el maestro Altamirano— que tras los años de “lucha fratricida” había llegado el momento de buscar la constitución de una “nacionalidad autónoma” para lo cual era necesario que México volviera la mirada sobre sí mismo. Un vuelco espiritual en el que los estudiantes, “porvenir de una Patria y única esperanza de una Nación”,³⁴⁷ debían asumir un papel protagónico más allá de las aulas universitarias y de los ámbitos puramente especulativos. En “Nuestra labor”, editorial del quinto número, Manuel de la Torre advierte a sus compañeros: “la energía que poseemos, es nuestro deber aplicarla”³⁴⁸ y en el número siguiente reitera: “El aplicar nuestras energías, no es invadir el terreno del lirismo. Hay que tener seguridad absoluta en los ideales; pero hay que darles forma, si queremos alcanzarlos”.³⁴⁹ Pablo Campos Ortiz coincide con él y, siendo líder estudiantil, enfatiza en varias ocasiones la función que debían desempeñar tanto la universidad como el estudiantado moderno ante la enorme tarea

³⁴⁴ A. J. Mena, “La juventud es una fuerza y un tesoro”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 1.

³⁴⁵ R. Capistrán Garza, “La actuación de la juventud católica estudiantil”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 4 (1 de agosto de 1918), pp. 5-6.

³⁴⁶ M. de la Torre y Morali, “Hacia el ideal”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 1.

³⁴⁷ M. De la Torre y Morali, “El despertar de una generación”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 12 (17 de octubre de 1918), p. 1.

³⁴⁸ M. De la Torre y Morali, “Nuestra labor”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 1.

³⁴⁹ M. De la Torre y Morali, “Hacia el Ideal”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 1.

de reconstruir al país. El discurso del futuro embajador mexicano destaca entre el resto por su carácter crítico así como por la lucidez con que señala los males que aquejaban a los jóvenes ilustrados de 1918. En “Los desorientados” acusaba la pervivencia de una juventud poco vocacional, sin ideales definidos, que encaraba sus estudios universitarios con poca disciplina y una orientación meramente mercantil en la que no se advertía la intención de poner el conocimiento servicio de la sociedad.³⁵⁰ La de Campos Ortiz era una crítica a una universidad que, en resumen, formaba técnicos pero no ciudadanos; una inquietud que había sido expresada en su momento por los ateneístas, que a fines de la segunda década había resurgido con fuerza y a la que Vasconcelos haría frente en su momento como rector universitario y luego como secretario de educación. Al escribir sobre las asociaciones estudiantiles, Campos Ortiz contradice los discursos mixtificadores de la juventud y no vacila a la hora de expresar su alarma ante el hedonismo de sus coetáneos:

Las sociedades estudiantiles se forman para todos los objetos posibles, para bailar a tanto por hora, para hacer economías, sociedades mutualistas; para estafar candidatos, clubs políticos, o para constituir una sociedad de elogios mutuos, donde un grupo de gentes pedantes en su mayoría, se dicen entre sí pésimos versos y discursos malos, y que modestamente se llaman a sí mismos: Sociedad “Cultural” de estudiantes universitarios, Ateneo Estudiantil, etcétera. [...] ³⁵¹

Para Campos Ortiz, los estudiantes debían renunciar al elitismo fomentado desde las aulas universitarias para llevar a cabo una misión “esencialmente social” que se resumían en la ilustración de las clases populares, un anhelo de la generación anterior al que, sin embargo, no dedicaron las fuerzas suficientes, pues aunque buscaron rehuir la “torre de marfil”, que arrogaron al modernismo, se vieron seducidos por la “imposible erudición” y

³⁵⁰ P. Campos Ortiz, “Los desorientados”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 7 (22 de agosto de 1918), pp. 3-4.

³⁵¹ P. Campos Ortiz, “Asociaciones estudiantiles”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 5.

nunca renunciaron a ese elitismo que, por otra parte, era su razón de ser. Sentenciaba el líder estudiantil:

¡En un país con una proporción de analfabetas, repito, que es nuestra vergüenza, los estudiantes sólo se agrupan para formar sociedades literarias! Hay que vivir antes un poco desinteresadamente, pensar que las escuelas de hoy, que la Universidad de hoy, no son ya el centro profesional y privilegiado de aulas herméticas, sino instituciones sociales, de fuerza expansiva e intensa, creadas para el provecho de todos.³⁵²

El “discurso social” de la revista careció de la autenticidad, la frescura y la espontaneidad que se advertían en las colaboraciones humorísticas y se redujo en una retórica más voluntariosa que efectiva, que invitaba a la acción pero que, con la excepción de Campos Ortiz, carecía de un sustento ideológico claro y no aportaba propuestas concretas, resolviéndose en sentencias retóricas como las que lanzaba, por ejemplo, Manuel F. Rodríguez: “Ascender es triunfar. Ascendamos”; un discurso quizás demasiado pregonado por aquellos años, al grado que hasta los anuncios publicitarios eran capaces de reproducirlo: “¡Juventud! Vosotros que sois la esperanza de la Patria, que daréis mañana los soldados que han de defenderla, ¿queréis legar a vuestra querida Patria hijos sanos y fuertes...? Tomad el Específico Zendejas”.³⁵³

En el seno de la propia *San-Ev-Ank* comenzaba a gestarse una de esas agrupaciones literarias que tanto impacientaban a Campos Ortiz. Torres Bodet, Ortiz de Montellano, González Rojo, Gorostiza y Pellicer, hicieron de la sección literaria un pequeño nicho para darse a conocer, donde, como escribe Guillermo Sheridan, cultivaron “la práctica deliciosa

³⁵² *Ídem.*

³⁵³ En *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 6 (15 de agosto de 1918).

de la promoción mutua”,³⁵⁴ especialmente durante los primeros números, pues a partir del octavo la sección quedó a cargo de Pellicer quien aprovechó para publicar poemas de Luis Trujillo, Luis de Heredia, Bernardo del Águila F., Manuel F. Rodríguez hasta su partida a Colombia, como agregado estudiantil en octubre de ese año, momento en el que aparecen Ortiz de Montellano, presentando los poemas de Raymundo Álvarez y Gorostiza haciendo lo propio con los versos de Gonzalo E. de León. Es probable que Torres Bodet y González Rojo dejaran de publicar en la revista debido a un desacuerdo con Guillermo Dávila, uno de los editores centrales de la revista, con motivo de las críticas que éstos habían lanzado a López Velarde, de las que hablaremos más adelante.

Antes de esa fractura, *San-Ev-Ank* había permitido la reaparición de los “autores jóvenes” de *Pegaso*, con la excepción de Dávila que no publicó versos en su revista, y las flamantes inclusiones de Ortiz de Montellano, quien había publicado un poema en *El Pueblo* (1916), y José Gorostiza, quien debutaba como escritor. Pellicer presenta a Enrique González Rojo —que ha quitado el junior de su firma— como dueño de un “espíritu delicado y pensativo” en el que se nota aún la influencia de su padre, como se advierte en “Madurez”, soneto moralista donde se enaltecen las virtudes de la paciencia y el trabajo:

He pensado la máxima, que fue como consejo
que acogió el alma, joven por la edad y las penas,
y me visita siempre en las tardes serenas
hay vibración de luces en múltiple reflejo.

Cuando llega la escucho asombrado y perplejo
y siento la caricia de sus palabras buenas
que son como las ondas, al besar las arenas
en una playa limpia de mal, como un espejo.

Y me dice la máxima: Que tu idea se forme

³⁵⁴ G. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 60.

a golpes de martillo en la tarea enorme
de cincelar grandiosos mármoles impolutos.

Espera, pule, labra... En un confín distante
le darás cuando llegue la quietud del instante
en que el árbol henchido deja caer sus frutos...³⁵⁵

Similares son los poemas publicados por Torres Bodet, presentado por González Rojo como una “nueva orientación en la poesía joven de México”, en cuyos versos destacan “nobleza y emoción”, “austeridad y sencillez”, valores de la poesía de González Martínez:

Ayer aún la audacia de mi ideal fingía
el engaño piadoso de un imposible don:
unir al sortilegio de una igual alegría
la caricia más honda, la más bella canción...

Pero hoy es inútil que entreabra mi puerta
el viajero tardío que ayer mismo esperé,
pues prefiero la sombra de mi vida desierta
al rumor de sus pasos bajo el mudo dintel...

¿Qué pudiera traerme de la playa remota?
¿Hay acaso una rosa que no dé mi jardín?
Vana canción que espera reproducir la nota
que interpretará el sueño de una tarde feliz...

Más que la gloria misma que me ofreció su acento
halla un eco en mi alma la inquietud habitual
de este llanto que encierra como el presentimiento
de un amor infecundo y de una ala fugaz...³⁵⁶

Torres Bodet presenta a su vez a Ortiz de Montellano con una nota que aunque busca exaltar al joven poeta termina por revelar más la figura familiar del amigo: “He aquí

³⁵⁵ E. González Rojo, “Madurez”, nota de presentación de Carlos Pellicer, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 3 (25 de julio de 1918), p. 4.

³⁵⁶ J. Torres Bodet, “Ayer aún la audacia...”, nota de presentación de Enrique González Rojo, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 8.

la obra de un corazón juvenil y melancólico. B. Ortiz de Montellano es de los espíritus raros actualmente entre los jóvenes de México, que aduna a un pensamiento fácil y fluido, una amabilidad sonriente. Sus emociones tienen el encanto de la lejanía y de la imprecisión. Trabaja en el silencio con un límpido y paciente fervor”.³⁵⁷

Con mayores reservas presenta a Martín Gómez Palacio, en quien —como se verá más adelante— advertía un estilo alejado del rigor formal y el tono templado buscados por los jóvenes seguidores del poeta de *Tuércele el cuello al cisne*. Escribe un frío Torres Bodet sobre el duranguense: “Gómez Palacio es entre los jóvenes poetas, el cantor de la vida humilde. Es una de esas fuertes ramas del árbol de nuestra juventud y ha publicado un amable y breve volumen, recibido satisfactoriamente por la crítica”.³⁵⁸

Como señala Sheridan, junto con Pellicer, Gorostiza representa “un caso aparte en este momento formativo. Tiene 17 años y debido quizá a su aislamiento del espíritu preparatoriano de la capital no se ha visto tan sometido a la tiranía de González Martínez entre los jóvenes”.³⁵⁹ “Bellamente rítmicos y exquisitos de emoción”, a decir de Pellicer, los primeros poemas de Gorostiza manifiestan un lirismo diferente al frecuentado por sus compañeros en donde se vaticinan la musicalidad y la cercanía a la expresión popular de las *Canciones para cantar en las barcas* de 1925:

Yo no conozco el mar.
Se me antoja una música propicia
para llorar,
donde pululan olas, disonantes
como tus lágrimas

³⁵⁷ J. Torres Bodet, nota de presentación a “Versos de Bernardo Ortiz de Montellano”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 6.

³⁵⁸ J. Torres Bodet, nota de presentación a “Versos de Martín Gómez Palacio”, *Ibid.*, p. 5.

³⁵⁹ G. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, ed. cit., p. 61.

sobre la música de tu mirar.³⁶⁰

Independientemente de los méritos estrictamente literarios que pudieran merecer estas primeras producciones debe resaltarse la voluntad —abanderada seguramente por Torres Bodet— de dar a conocer a un grupo de poetas unidos más por el compañerismo y la edad que por una poética compartida. Además de la presentación de los propios poetas y sus obras, Torres Bodet y González Rojo, bajo el seudónimo de Sub-y-baja, entregaron un par de notas críticas donde fustigaban a López Velarde así como a todos aquellos poetas que no ensayaban la “sencillez espiritual” en su poesía. En la reseña a *La vida humilde* (1918), publicada el 1º de agosto, recriminaban a su compañero Gómez Palacio que “descuide (quizás con premeditación) la belleza exterior de cada poema” y advertían el peligro que tiene, de continuar por ese camino, de caer en un “inerte prosaísmo”. En la misma reseña aprovechaban para censurar justo la tendencia contraria de autores como López Velarde, Fernández Ledesma y José Donaciano Rojas —a quien llaman “loco sin talento”— quienes hacían de la poesía “un engañoso rompecabezas”.³⁶¹ Tres semanas después, esta vez a nombre de la “juventud de México”, Sub-y-baja vuelve a abalanzarse sobre el jerezano en una colaboración que llevaba su nombre:

Que el poeta, dejando a un lado todo malabarismo de la forma, seria y noblemente haga su labor; que, debiendo ser ante todo humano, deje de encaminarse por los senderos de los rebuscamientos interiores, porque así su canto resultará puro.

Ha llegado el momento de rechazar:

Toda complicación espiritual de mala ley, hecha siempre con el objeto de asombrar a los espíritus ingenuos; toda doctrina estética que no haga vibrar nuestras fibras interiores; la extravagancia, que puede causar la risa...³⁶²

³⁶⁰ J. Gorostiza, “Poemas de José Gorostiza Alcalá”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 9.

³⁶¹ Sub-y-baja, “La vida humilde”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 12.

³⁶² Sub-y-baja, “López Velarde”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 11.

Son estas colaboraciones las que provocaron el franco enojo de Guillermo Dávila y a las que probablemente se debe la salida de *Sub-y-baja* del semanario. Escribía Dávila con el seudónimo de Gabriel David:

No es atributo de la juventud, como presuntuosamente opinaron *Sub-y-Baja* en las columnas de *Sanevank*, juzgar a los poetas que, como López Velarde, pasaron ya el periodo de gestación y han entrado al de la madurez. López Velarde es un poeta, entre nosotros, raro, penetrado eso sí hasta lo más hondo de la tenaz influencia de “El Lunario Sentimental”.

Para juzgarlo, son necesarias una límpida serenidad de espíritu y una percepción finísima y clara, muy difíciles de obtener a los 20 años.

En el próximo artículo especial, refutaré las absurdas ideas de los infantiles *Sub-y-Baja* y opinaré, no juzgaré, ni hablaré a nombre de la juventud toda de México sobre la labor, buena o mala, eso es cuestión personal, de López Velarde.³⁶³

La actitud de censura de Dávila debió responder más a una fricción personal que literaria —acaso una reacción a la pedantería de Torres Bodet—, sobre todo si se toma en cuenta que cada número estaba plagado de bromas, insultos y ataques mucho menos moderados que los de *Sub-y-baja*. Se trataba, en todo caso, de desencuentros pasajeros como lo demuestra la elogiosa reseña a *Fervor* publicada por el mismo Dávila en el último número de la revista, donde habla de Torres Bodet como un “muchacho de talento indiscutible”.³⁶⁴ El propio López Velarde sería víctima de uno de estos chascos por parte de los redactores de la revista cuando en el número del 24 de octubre publicaron del libro en preparación “Lo que sobra”, original del autor de “La sangre rebota”, el poema “A las gatas anónimas de mi pueblo” donde parodiaban los temas provincianos y la adjetivación lopezvelardiana:

Como los oradores pueblerinos
a vosotras, también, gatas eclécticas,

³⁶³ Gabriel David, “Juzgar a López Velarde”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 11.

³⁶⁴ Gabriel David, “Bibliografía”, *San-Ev-Ank*, t. II, núm. 1 (15 de noviembre de 1918), p. 12.

gala de mis destinos,
llegan mis estrofas irrevocables.³⁶⁵

Para Sheridan, “López Velarde encarnaba toda la falta de moderación preconizada por González Martínez”, que en aquel momento resultaba para Torres Bodet y sus compañeros un modelo abrumador. Es posible que esa poética, que era también una moral, explique asimismo la distancia mostrada por Torres Bodet frente a Gómez Palacio, quien representaba a esa otra juventud subterránea de la segunda década, que se reunió en torno a los “zumos de las sagradas vides dionisiacas” y en la que pervivió el espíritu bohemio finisecular: Miguel Othón Robledo, José Dolores *El Vate* Frías, Rafael Vera de Córdoba y Carvallo de Portugal y el Vate J. Núñez y Domínguez, personaje que despertaba la antipatía de Torres Bodet y González Rojo (“Lástima también que Martín haya dedicado el más bello poema de esta breve colección al Maestro Núñez y Domínguez”).³⁶⁶ El propio Gómez Palacio explica la distancia entre los temperamentos de una promoción y otra, una distancia que tuvo como principal punto de referencia la relación de la juventud con el alcohol:

Al establecer un nuevo sistema de vida, introducían en la lírica otra sensibilidad y otras concepciones. Los dos estimados amigos míos que he nombrado [Torres Bodet y Xavier Villaurrutia], así como los no menos estimables que venían inmediatamente a su zaga, Novo, Pellicer, González Rojo, José Gorostiza y Ortiz de Montellano, anunciaban otra moda: no se embriagaban. Ellos no querían saber lo que era eso. Habían aparecido los cafés, que antes no existían (salvo los cafés de chinos que nunca han tenido nada que ver con la literatura) y el café venía a sustituir a la cantina. Los recién llegados nada tenían que ver con aquella bohemia absurda y letal que mataba a los númenes juveniles.³⁶⁷

³⁶⁵ Ramón López Velarde, “A las gatas anónimas de mi pueblo”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 12 (24 de octubre de 1918), p. 13.

³⁶⁶ Sub-y-baja, “La vida humilde”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 12.

³⁶⁷ M. Gómez Palacio, en *El trato con escritores (segunda serie)*, ed. cit., p. 91.

Unidos quizá por esa templanza de filiación ateneísta, los jóvenes poetas comenzaron a pensar en formalizar un grupo y en contar con un órgano de promoción propio, más *ad hoc* con sus intenciones que la caótica *San-Ev-Ank*, la cual, entre burlas y veras, anuncia en su número del 22 de agosto la formación de un nuevo ateneo “que immortalizará los nombres de Ramón N. Franco y A. Vanegas Arroyo”, con la participación de “D. Carlos Pellicer” y “los incipientes líricos D. Jaime Torres Tonel, D. Enrique González Rojo, D. José Gorostiza Alcalá, D. Vate Rojas, D. Filósofo Cuevas, D. Romeo Julieta, D. Arturo Martínez D., D. César de Pellicer, D. Bernardo Ortiz de Montellano y Fe, D. Juan Espejel y muchos otros”.³⁶⁸ Nómina y título en los que resulta imposible confiar pero que evidencian la intención que había desde mediados de 1918 de formar un nuevo ateneo.

Medio año después de que desapareciera *San-Ev-Ank*, José Gorostiza Alcalá y Enrique González Rojo, con Febronio Ortega como administrador-gerente, publicaron *Revista Nueva*, cuyo primer número llegó a las manos de los lectores capitalinos el 9 de junio de 1919 con un precio de 25 centavos y dirección postal en la calle de Uruguay núm. 41. Sobria, con buen cuidado editorial e impresión, la revista careció de publicidad, salvo por un anuncio que ocupó la primera página de los dos únicos números promocionando *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, de Antonio Caso, novedad editorial de las recién fundadas Ediciones México Moderno, cuyo logotipo —dibujo de una cúpula virreinal coronado por las siglas EMM— abarcaba más de dos tercios de página. Es plausible que el grupo precedido en aquel momento por Enrique González Martínez, que

³⁶⁸ Paul Vorin, Paul Vorón y Paul Varela, “Sociales y personales”, *San-Ev-Ank*, t. I, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 12.

acababa de crear la editorial y que unos cuantos meses después publicaría la revista homónima, financiara la revista dirigida por su hijo. Posibilidad que explicaría ese ánimo de concordia generacional entre jóvenes y viejos, más propiamente entre los Contemporáneos adolescentes y el grupo de la extinta *Pegaso*: el propio Caso, Manuel Toussaint, Genaro Estrada, Mariano Silva y Aceves y Carlos Díaz Dufoo, Jr.

Sin un programa claro, los editores inauguraron la publicación con un intrincado “Preliminar” en el que exponían como su único ideal la unión de la juventud:

Ibsen, narra en “La Unión de los Jóvenes” original criterio periodístico: Si se tiene público mediocre, hágase una revista mala; esta es la única manera de satisfacer al lector.

Se comprende desde luego, que para incluir esta norma entre las nuestras, necesitaríamos dos cosas: conocer al público y tener más talento. Porque, permítasenos la paradoja, si escribiésemos con el deliberado propósito de hacerlo mal, tal vez obtendríamos una revista óptima.

Más, mencionamos a Ibsen para citar la unión de los jóvenes. Este es nuestro ideal, uniforme y confuso que nos prohíbe definirlo en programa. Así, nada más podemos exponer algo sobre la forma externa de nuestra revista y la exposición no tendría importancia. ¿Cómo se procurará la unión de los jóvenes? Nosotros mismos lo ignoramos y si lo supiéramos, no tendría interés decirlo; de donde resulta que un preliminar de periódico es algo tan insignificante e insulso que un lector inteligente no debió leer el nuestro.³⁶⁹

Como suele ocurrir con buena parte de las revistas, la exposición de motivos inicial no guardó relación alguna con lo que finalmente se llevó a cabo. En este caso, el tono irónico e intransigente no correspondió a la seriedad de las colaboraciones publicadas en los dos números que vivió la revista. Llama la atención que el foco de la editorial se encuentre en *La Unión de la Juventud* —comedia estrenada en 1869 y traducida al castellano por Pedro Pellicena en 1915 para la editorial madrileña Kronos—, pues la obra de Ibsen puede interpretarse como una reivindicación del orden establecido frente a la

³⁶⁹ Anónimo, “Preliminar”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 3.

avidez desmesurada de los jóvenes. En ella se narran las tentativas de Stensgard, un joven y ambicioso abogado, que, debido a su propia falta de escrúpulos, fracasa en sus intentos por arrebatarse el poder al viejo Bratsberg mediante la creación de una agrupación reformista: La Unión de la Juventud. Cabe la posibilidad de que detrás del oscuro preliminar se escondiera una manifestación de hartazgo o descrédito ante el discurso político del México posrevolucionario así como una crítica velada a la juventud politizada de la época, pues el protagonista de Ibsen, retrato perfecto de un demagogo, que en público defiende las causas más nobles, pero en privado sólo vela por sus propios intereses, esboza una retórica que bien podría haber sido la de algún líder estudiantil posrevolucionario: “Somos jóvenes. El tiempo nos pertenece como nosotros pertenecemos al tiempo. Nuestro derecho es nuestro deber: paso a todo lo que represente fuerza y a todos los espíritus que se sientan fuertes. Vamos, si queréis, a concertar un pacto. El reino del becerro de oro ha terminado”.³⁷⁰

Más cercana al espíritu de *La Nave* que al de sus antecesoras estudiantiles, *Revista Nueva* —a pesar de la edad de sus editores— no fue una revista de juventud sino una plataforma de promoción para un reducido grupo de jóvenes poetas. Su intención al publicar la revista más que lo anunciado por su ambicioso subtítulo, ser un “Órgano de la Juventud Universitaria de México”, era conformar un espacio para dar a conocer sus producciones poéticas bajo el cobijo de algunos de los personajes más reconocidos del final de la década. Los jóvenes de *Revista Nueva* ceden el protagonismo de su propia publicación a los mayores y se conforman con publicar únicamente algunos de sus poemas. En el primer número González Rojo publica un par de nocturnos, “Nocturno de la inmovilidad y

³⁷⁰ Ibsen, *La Unión de la Juventud*, en *Teatro Completo*, t. IV, Pedro Pellicena (trad.), Madrid, Kronos, 1915, p. 25.

del olvido” y “Nocturno destino adverso”, en los que se presiente, con su distancia, el paisaje abstracto, solitario y especular que definirá a los de Villaurrutia, un giro importante en aquel momento para la poesía del joven poeta sinaloense que comenzaba a desmarcarse de la influencia paterna:

En la tiniebla sin rumores,
como un espíritu maligno,
por todas partes una sombra
como un enigma va conmigo.
Entre la noche, en el misterio,
va el enemigo.

Siento sus pasos en mis pasos
y oigo sus gritos en mis gritos;
entre las sombras y el espanto
eternamente va conmigo.
Tremenda imagen, te pareces
a mi destino.³⁷¹

Aunque en el segundo número regresa a un “estilo azul rubendariano”³⁷² con la publicación de “Las tres dádivas”, texto en prosa que asume la forma, un tanto confusa, de una parábola en la que a un viajero le son concedidas las dádivas de los ojos, la voz y las manos de parte de la mujer amada: “Hada de mi dicha, Reina de mis ensueños, Soberana de todos mis afanes, gracias. Adiós... Siento que mis alforjas están menos vacías que antes: llevo en ellas una ilusión más. Llevo en ellas una ilusión más...”³⁷³

Gorostiza publica “¿Conoces la vereda?” y “Cuando la tarde...”, versos en los que parece haber cierta influencia de López Velarde, profesor suyo con quien sostendría una

³⁷¹ E. González Rojo, “Nocturno del destino adverso”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 14.

³⁷² G. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, ed. cit., p. 72.

³⁷³ E. González Rojo, “Las tres dádivas”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), pp. 7-8.

relación de amistad hasta la muerte de éste en 1921.³⁷⁴ Una sutil huella del zacatecano se advierte tanto en la elección de los ambientes como en una particular forma de adjetivar y establecer comparaciones “inusitadas”:

Cuando la tarde arranca
un aroma feliz al limonero
y desvanece la vivienda blanca
una melancolía se reintegra
en mi espíritu dócil y el sendero,
cuyo eterno descanso es caminar
enseña mi ilusión y nos alegra
con un ansia benigna de llorar.

Y viene esa alegría
mediada con un lloro más ameno
y dulce como un agua de cisterna.³⁷⁵

En el segundo y último número, del 25 de junio de 1919, Torres Bodet publicó tres poemas líricos, “Otoño”, “Alma, ¿será preciso?...” y “Reproche”, en los cuales va perfeccionando el cuidado de la forma y continúa con ese tono de “mansa tristeza prematura” presente en sus producciones aparecidas en *Pegaso* y *San-Ev-Ank*:

OTOÑO

En la red de la lluvia silenciosa
aprisiona la tarde la ternura
de esta mansa tristeza prematura
que me liga en secreto a cada cosa.

El otoño es así... La frente posa

³⁷⁴ Guillermo Sheridan incluye a López Velarde, junto con Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, como parte de las influencias que distinguen los versos del joven Gorostiza de los de Torres Bodet, González Rojo u Ortiz de Montellano; una influencia que no fue exclusivamente poética sino que estuvo mediada por el trato con el escritor de *El son del corazón*: Gorostiza en sus años de formación “está leyendo más a los españoles (Jiménez, Machado) que a los franceses de sus amigos (Moréas, Regnier) y más a López Velarde que a los modernistas. La amistad con López Velarde, iniciada en el salón de clase, habría de durar hasta la muerte del zacatecano tres años más tarde, lo que lo llevará a escribir una “Elegía apasionada” en *México Moderno*”. (G. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, ed. cit., p. 61).

³⁷⁵ J. Gorostiza, “Cuando la tarde...”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 23.

sobre la mano incauta su tortura
y en el ambiente del jardín perdura
el lírico desmayo de una rosa.

Un desaliento súbito y cobarde
acongoja el silencio de la tarde
en una imploración de despedida,

mientras la rueda del amor devana
tras el agua sin luz de la ventana
el ovillo incesante de la vida.³⁷⁶

En ese mismo número, Ortiz de Montellano publica cuatro poemas: “Quisiera en un instante”, “Cuando la tarde nublada”, “Porque en tanto silencio” y “Mañana será el día”, dedicado a Torres Bodet; poemas cercanos en el tono y la factura a los de éste, que poseen un fondo moral que borda sobre el motivo de la juventud. Curiosamente, ésta no es exaltada o concebida como un tesoro efímero —como ocurre con los poemas modernistas del último cuarto de siglo—, por el contrario, se deduce cierta impaciencia por que ésta concluya; en “Mañana será el día”, por ejemplo, se presenta a la juventud como un diamante en bruto a la espera de hallar la nobleza que dan la madurez y la experiencia:

Mañana será el día de mi ennoblecimiento
cuando el alma se pula su más firme diamante
al fuego del dolor, que modula su acento
cuajando en una lágrima salobre y rutilante.

Mañana iré a la fuente que esconde el pensamiento
puro y aquel amor loto de un solo instante;
mis pájaros azules se lanzarán al viento
persiguiendo la estrella más noble y más distante.

De la mañana habré robado claridad,
del crepúsculo un hondo matiz sabio y constante;
y al regresar ya noche cautivo de ansiedad

³⁷⁶ J. Torres Bodet, “Otoño”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 5.

entre miradas de oro como otro caminante,
mi estrella, la más pura inmortal y serena,
dará luz a mis perlas y amor a mi cadena.³⁷⁷

Revista Nueva significó, en contraste con las revistas estudiantiles anteriores, el regreso de un espíritu culto y aristocrático, más cercano al ateneísmo de la primera década que al de la segunda. Antonio Caso inauguró la publicación con un ensayo sobre la música de Claude Debussy en lo que quizás era una aproximación a lo que en ese momento en México representaba algo cercano a las vanguardias: Debussy para el filósofo mexicano “no describe, siente; no piensa, goza; no esculpe, sueña”.³⁷⁸ Mariano Silva y Aceves publicó un cuento breve ambientado en la antigua Roma y Toussaint, fascinado desde tiempo atrás con el pasado colonial mexicano, publicó un ensayo sobre la Casa del Alfeñique en Puebla y un poema, “Mi «Beatus Ille»”, que, como lo anunciaba su título, se encontraba en sincronía con el ánimo de recogimiento artístico procurado por el grupo de escritores que parecían reencontrarse en una publicación eminentemente artística tras el paso de una década sangrienta:

¡Oh, agreste paz del campo y de mi huerto,
en ti vivo mi vida en plenitud,
porque eres en mi mar seguro puerto
y entre la agitación eres quietud!
Más sin la vida llena de amargura,
sin zozobra ni lucha en el confín,
sin exaltarte mi literatura,
¿qué eres, sino un mísero jardín?³⁷⁹

³⁷⁷ B. Ortiz de Montellano, “Mañana será el día”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 13.

³⁷⁸ A. Caso, “Claudio Debussy”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 10.

³⁷⁹ M. Toussaint, “Mi «Beatus Ille»”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 10.

En algunas colaboraciones se advierte un ajuste en la orientación de este elitismo artístico que comienza a dirigir su mirada hacia los problemas que suponía una época que daba signos francos de renovación cultural. Dedicado a Pedro Henríquez Ureña, “Diálogo”, de Carlos Díaz Dufoo, Jr., con el que abre el segundo número, ofrece una muestra de las cuestiones que comienzan a plantearse en el medio cultural mexicano. En la prosa del ensayista mexicano dos voces discuten si la literatura debe escribirse pensando en adquirir popularidad o por el contrario debe reservarse a unos cuantos espíritus cultos capaz de apreciarla. En contra de la popularidad se argumenta:

—El éxito es la muerte de la buena literatura, su inevitable degradación. Él viola todas las discreciones y mancha los más delicados sentimientos, pone a los grandes al alcance de los medianos y de los mezquinos, y hace brotar a su paso equivocaciones monstruosas e interpretaciones absurdas. Él es el peor enemigo de la elegancia, cuya defensa natural es la impopularidad, y cuya esencia es el secreto de un ritmo que sólo a unos cuantos es dado advertir —aquellos que labraron aristocráticamente su alma en las pasiones sutiles—, el sentido de un mundo agudo y misterioso.

Una segunda voz replica a favor de la difusión de las obras entre el gran público, por su carácter ejemplar y pedagógico:

—El éxito, sin embargo, multiplica el esfuerzo del escogido; por él nacen muchos al bien y a la inteligencia. Él crea, admirando, un ambiente propicio a la imitación, franquea los límites del tiempo, y une la obra de arte con la obra de arte, el bien moral con el bien moral, el pensar intenso con el pensar intenso; y el mundo se mejora. Pierde así el genio en el alma común sus excesos individuales, y, purgando de sus peculiares limitaciones, se transforma en una expresión humana vigorosa, representativa y eterna; deja de ser la voz inspirada de un hombre para ser la voz interna de los hombres.³⁸⁰

El breve texto resulta significativo pues llevaba a la mesa de la discusión una cuestión que durante largo tiempo se había dado por descontada. ¿Debía ser el arte

³⁸⁰ C. Díaz Dufoo, Jr., “Diálogo”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 3.

accesible a la mayoría o, por el contrario, un asunto de unos cuantos escogidos? Aunque la retórica intelectual de la segunda década había insistido en la democratización de la cultura, en los hechos el acceso a ésta continuó siendo el privilegio de una minoría selecta; sin embargo, al interior de la propia élite el asunto había desatado el interés por incorporar al “pueblo” en el discurso cultural, sobre todo en aquellas tentativas de corte nacionalista, indigenista, popularista o realista que, al menos en la letra, representaban una alternativa frente a aquellas manifestaciones artísticas más “refinadas” de cepa modernista, que parecían aceptar tácitamente el carácter aristocrático de la literatura. Los ateneístas que, desde un comienzo, habían tenido que hacer frente a este problema de la cultura moderna, lo resolvieron separando su discurso intelectual, en el que abordaban temas sociales, del discurso literario, el cual continuó apegado a la poética del modernismo. Las promociones siguientes, educadas acaso de forma inconsciente en esa separación terminaron por divorciar definitivamente ambos discursos; los Siete Sabios y algunos otros jóvenes como Luis Enrique Erro o Pablo Campos Ortiz renunciaron a la literatura o nunca se interesaron en ella, mientras que otros como Torres Bodet, Ortiz de Montellano, González Rojo o Barreda se dedicaron a hacer una obra estrictamente literaria aun cuando en su papel de servidores públicos llegaron a actuar cívicamente. El diálogo de Díaz Dufoo, Jr. manifestaba las contradicciones, al interior del discurso literario, de elegir una u otra alternativa y apuntalaba una de los debates más álgidos que se darían en la década siguiente.

Guillermo Sheridan desacredita el resto de las colaboraciones ensayísticas del segundo número a las que califica de “pésimas traducciones de aún peores artículos

académicos de origen (misteriosamente) norteamericano”.³⁸¹ Sin embargo, en ellas es posible encontrar puntos interesantes que, como en el caso de Dufoo, prepararon el terreno para las discusiones de los años posteriores. Tal es el caso de la traducción de un fragmento del libro *Los descivilizados*, de Alice Meynell, escritora inglesa vinculada al grupo de la prestigiosa revista norteamericana *Poetry*. El texto quizás llegó a las páginas de la revista mediante Pedro Henríquez Ureña, a la sazón profesor en la Universidad de Minnesota. En su estancia en los Estados Unidos el dominicano había trabado amistad con el joven poeta nicaragüense Salomón de la Selva, quien en una carta dirigida a su maestro, referida por éste en una reseña de abril de 1919 a *Tropical Town and Other Poems*, se situaba a sí mismo en la órbita del grupo de *Poetry* haciendo mención del ensayo de Meynell: “Éstos —y yo con ellos— retornan a las formas tradicionales del verso inglés. Representan la continuidad que pide Alice Meynell en su famoso ensayo sobre Los Descivilizados” (El Fígaro, La Habana, XXXVI, núm. 12, 6 de abril, 1919).

En el ensayo citado, Meynell proponía reconocer a la literatura americana como una continuidad de la europea, “hermosa y admirable continuidad que solo el constante cuidado puede llevar a sostenido avance”, en oposición a ciertas corrientes que negando ese legado y buscando una imposible originalidad desembocaban en una literatura descivilizada, es decir, una literatura vulgar. En contraste con esa falsa vía, la poeta proponía la elaboración selectiva de un pasado literario, es decir, la construcción de la propia tradición, un ejercicio que los Contemporáneos llevarían a cabo durante los años veinte con plena consciencia:

No podemos escoger nuestra posteridad. Volviendo atrás sobre los pasos del tiempo, podemos sí, escoger entre lo que nos precede. Podemos dar a nuestros pensamientos antepasados nobles. Bien concebidas, bien nacidas, sí deben serlo

³⁸¹ G. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, ed. cit., p. 72.

nuestras ideas; y pueden tener ilustre abolengo. Tenemos voz para decretar la herencia que aceptamos; no sólo en cuanto a las cosas heredadas, sino además en cuanto a su procedencia.³⁸²

En el mismo tenor Jephtha B. Duncan, catedrático estadounidense-panameño, publicó un largo artículo sobre la presencia de Molière en las letras inglesas —al parecer enviado de manera expresa para *Revista Nueva*³⁸³. Además del rastreo de la influencia del dramaturgo francés en el teatro inglés, destaca su propuesta de los estudios de literatura comparada como una ruta para revelar las relaciones ocultas que guardaban las obras hispanoamericanas con las europeas y, en última instancia, como una forma de romper con la arbitrariedad de las literaturas nacionales y emprender el reconocimiento de una literatura universal. Un planteamiento que anticipa la vocación cosmopolita de los próximos Contemporáneos que desde sus años de formación entraron en contacto con otras literaturas y que maduraron estableciendo un diálogo con las obras de sus coetáneos españoles, franceses y norteamericanos, en contraste con las promociones anteriores que abrevaron principalmente en lecturas mexicanas que por lo general delimitaban su horizonte precisamente en el panorama nacional. Escribe Duncan:

En nuestros países de Hispano-América, este género de estudios, por tantas razones tan interesantes, es casi del todo desconocido; y sin embargo, qué sorpresas no nos reservaría tal vez la aplicación científica del método comparativo a ciertos libros determinados o a la obra entera de algunos autores! Qué revelaciones inesperadas no nos ofrecería quizá el examen mediante este método de los escritos de ciertos poetas o prosistas de fama establecida al parecer sobre graníticas bases! Qué ricos filones no nos brindarían, por ejemplo, ciertos periodos de la literatura

³⁸² A. Meynell, “Los descivilizados”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), pp. 11-12.

³⁸³ En algún momento de su artículo aclara: “Sería tarea por demás larga continuar esta enumeración, y en artículo de la índole de los que deben ocupar las páginas de *La Revista Nueva* [sic], sería a no dudarlo inoportuno el que nos extendiésemos en detalles sobre estos puntos” (J. B. Duncan, “Molière en Inglaterra”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 15).

colombiana si nos propusiéramos seguir a través de ellos la huella luminosa de un Byron, de un Lamartine de un Victor Hugo!³⁸⁴

Temas y problemas que apuntan de manera directa hacia la década de 1920. Y es que a pesar de que la revista otorgó la mayoría de sus páginas a escritores consagrados, desde su sencillo título y con dos incipientes poetas como directores, *Revista Nueva* anunció —quizás modestamente— un recambio cultural. Una sensación que seguramente se vio avivada tras la prematura muerte de Amado Nervo unas semanas antes de que la publicación comenzara a circular, pues la desaparición del gran poeta modernista marcó simbólicamente el cierre de toda una época de la literatura mexicana. Caso, por ejemplo, interpretaba la muerte del nayarita como la desintegración del “grupo literario mexicano”: “murió Othón, ahora Nervo. Sólo nos quedan Díaz Mirón, González Martínez, Urbina. El grupo literario de México es el más grande, no porque tengamos a todos los más excelsos poetas, ya que existen Lugones, Valencia, Chocano; pero es el más homogéneo, el más compacto. Y se va desintegrando...”³⁸⁵ González Martínez coincidía con el filósofo y afirmaba: “Nuestro Parnaso queda desintegrado por la muerte que ha arrebatado al artista excelso en plena producción y en plena gloria”.³⁸⁶

El resquebrajamiento del “grupo literario de México”, representado por Nervo, Díaz Mirón, González Martínez y Urbina, poetas que promediaban los 54 años de edad, debía poner en evidencia un vacío generacional en la poesía mexicana que con la excepción de autores como Reyes o López Velarde no contaba con figuras que pudieran llenar el vacío que iban dejando los modernistas del siglo XIX. Un escenario que, por otra parte,

³⁸⁴ J. B. Duncan, art. cit., pp. 16-17.

³⁸⁵ A. Caso citado en “Opiniones”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 30.

³⁸⁶ *Ibid.*, p. 31.

representaba una oportunidad para que los jóvenes escritores, en el contexto de un país menos crispado, reclamaran la estafeta de la poesía mexicana. Al parecer *Revista Nueva* marchaba en aquella dirección, apostando nuevamente por la concordia entre grupos y generaciones como se deduce del directorio del segundo número en el que a los solitarios nombres de Gorostiza, González Rojo y Febronio Ortega aparecidos en el primero, se sumó una nutrida nómina de colaboradores, ordenada democráticamente por orden alfabético, que incluía a Pedro de Alba, Agustín Basave, Antonio Caso, Alfonso Caso, Alberto María Carreño, Carlos Díaz Dufoo, Jr., Luis Enrique Erro, Reinaldo Esparza Martínez, Genaro Estrada, Esteban Flores, Enrique González Martínez, Francisco González de la Vega, Luis González Obregón, Antonio Gómez Anda, Martín Gómez Palacio, Luciano Joubland Rivas, Agustín Loera y Chávez, Vicente Lombardo Toledano, José Antonio Muñoz, Armando de María y Campos, Carlos Pellicer Cámara, Francisco Orozco Muñoz, Manuel Romero de Terreros, Efrén Rebolledo, Alfonso Toro y Luis G. Urbina. No está claro cuál fue o cuál iba a ser el papel de estos colaboradores, pero su inclusión es un indicio de que la revista esperaba tener una vida más larga, pues además, a diferencia del primer número, en éste se anunciaban precios de suscripción trimestral, semestral y anual. En ese mismo sentido, llama la atención el anuncio de la creación de un nuevo Ateneo de la Juventud publicado en la página final del segundo número:

ATENEO DE LA JUVENTUD

Debido a la iniciativa de los señores Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y José Gorostiza Alcalá, sabemos que pronto se llevará a cabo la primera Junta Preliminar para la formación de un Ateneo de la Juventud.

A este Ateneo, que se dividirá en secciones donde estarán representadas todas las actividades intelectuales y artísticas, se les augura una vida llena de promesas.

Creemos que en nuestro próximo número podremos dar amplios detalles sobre su constitución, así como de sus miembros y objeto que persiguen.³⁸⁷

La información sobre este nuevo ateneo, que los historiadores de la literatura han señalado como acta de nacimiento de Contemporáneos, es, sin embargo, escasa por no decir nula. Además de la promesa de su fundación en *Revista Nueva*, sólo se tienen noticias de él en dos cartas de Ortiz de Montellano en calidad de secretario del Ateneo, fechadas el 31 de octubre y el 4 de noviembre respectivamente, dirigidas al Subsecretario Encargado del Despacho de la Oficina de Relaciones Exteriores, solicitando el reconocimiento de la comisión nombrada por el Ateneo de la Juventud para recibir, junto con “otras delegaciones similares”, los restos de Amado Nervo en el puerto de Veracruz; solicitud que al parecer fue desatendida.³⁸⁸

Sin mayor información sobre las posibles actividades de este grupo, lo que queda es el gesto elocuente de parte de estos jóvenes poetas que buscaban inscribirse abiertamente en la prestigiosa tradición del antiguo Ateneo de la Juventud. La fundación de un nuevo Ateneo fue seguramente una estrategia de los jóvenes para sumar fuerzas y abrirse camino como grupo en el paisaje literario mexicano, pero también una manifestación de conciencia histórica que antes que la confrontación o la ruptura con los mayores optó por la concordia y por dar continuidad al último gran proyecto cultural que conoció México y que, al parecer, fue interrumpido mas no clausurado por el proceso revolucionario. La restauración, pero también la reinterpretación de dicho proyecto durante la década siguiente correrá a

³⁸⁷ Anónimo, “Ateneo de la Juventud”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 31.

³⁸⁸ B. Ortiz de Montellano, “Carta al Sr. Subsecretario Encargado del Despacho de la Oficina de Relaciones Exteriores”, (31 de octubre y 4 de noviembre de 1919), en *Epistolario*, Lourdes Franco Bagnouls (ed., pról, notas e índice), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 25 y 26.

cargo de un antiguo ateneísta, José Vasconcelos, quien en su papel de Maestro de la Juventud de América consiguió congregar en torno a su figura a muchos antiguos compañeros de viaje y a buena parte de la juventud intelectual del momento, a la cual otorgó un carácter protagónico. No obstante los futuros y numerosos desencuentros que tuvo con aquellos que atendieron a su llamado, ese primer encuentro de generaciones procurado por Vasconcelos, con sus debates y tensiones, contribuyó a sentar las bases culturales del México moderno. Éstas fueron, en buena medida, el desenlace de las ideas, actitudes y tentativas ensayadas durante la segunda década, en las cuales la juventud ilustrada desempeñó un papel fundamental.

Conclusiones

Con el arribo de la modernidad una nueva concepción de la juventud hizo su aparición en Occidente. Entrelazada con la idea de la historia como progreso, la juventud encarnó las imágenes del porvenir, el cambio y la novedad. Hacia el siglo XVIII los jóvenes comenzaron a adquirir una notoriedad que les había sido negada en otras épocas. Si en el pasado su existencia se encontraba demarcada por el seno familiar, donde colaboraban en las faenas rurales o en el taller paterno, con el desarrollo voraz del capitalismo, la expansión moderna de las ciudades y la paulatina democratización de la cultura, los jóvenes se vieron lanzados a nuevas formas de vida que tenían como escenarios las calles y las fábricas, las escuelas y los salones literarios, los cafés y los foros públicos. Su presencia en la vida social fue en acenso y con éste también se incrementaron las expectativas y las preocupaciones en torno a ellos. A grandes rasgos, los jóvenes recibieron dos tipos de tratos: uno que buscaba restringir, dirigir y retrasar su actuación social por considerarlos inmaduros, pasionales e inexpertos, y otro que, por el contrario, deseaba convertirlos en los actores principales de las transformaciones sociales debido a esa misma inexperiencia e ingenuidad concebidas no como defectos sino como sinónimos de pureza e integridad. Sin importar el bando elegido, lo que subyacía a ambas miradas era la certeza de que la

juventud era, para bien o para mal, una poderosa fuerza que impulsaba el motor de la historia.

A la par de los esfuerzos adultos por encaminar las energías juveniles por determinados derroteros, los jóvenes fueron cobrando conciencia de su propia valía, ganaron independencia y trazaron sus propios recorridos, los cuales unas veces se ajustaron a los deseados por sus mayores pero otras tomaron direcciones divergentes u opuestas. Dichas tensiones entre lo heredado y lo propio, lo dictado y lo elegido, lo viejo y lo nuevo han sido una de las principales fuentes de dinamismo para los procesos sociales y culturales de los últimos tres siglos. De acuerdo con Renato Poggioli, en los ámbitos del arte y la literatura esta dinámica derivó en el enfrentamiento de dos modelos estéticos: la *escuela* y el *movimiento*. Mientras que la primera, de raíces clásicas y asociada a la mimesis, se hallaba centrada en la figura de un maestro que transmitía a sus discípulos una serie de reglas, conocimientos y técnicas, destinados a preservar y prolongar determinado ejercicio artístico; el segundo, nacido con el romanticismo alemán, abandonaba la figura del maestro para postular la de un líder, abanderado de un grupo cuyos integrantes se ponían al servicio del movimiento mismo y de la propia libertad creativa.

En México el tránsito entre uno y otro modelo se dio durante la segunda mitad del siglo XIX con Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Gutiérrez Nájera. Tras las largas décadas de luchas intestinas e invasiones extranjeras que transcurrieron luego de la Independencia, el llamado Maestro de la Juventud lanzó un primer llamado a los jóvenes letrados para que se sumaran al *renacimiento* de las letras nacionales, que era el trasunto de un renacer espiritual del país. Con las Veladas Literarias y desde las páginas del periódico *El Renacimiento*, Altamirano buscó establecer la concordia entre los bandos políticos que

dividían al país, pero también entre las distintas generaciones de hombres de letras. En sus empresas la juventud ocupó un lugar capital, pues el nacido en Tixtla de Guerrero consideraba que en ellos se hallaba la semilla de un México nuevo, una semilla que finalmente iba a poder germinar en un clima de paz y bajo el cuidado de los mayores. El ánimo incluyente de la convocatoria de Altamirano poseía un único sesgo: las letras mexicanas debían poseer una orientación patriótica. Desde la óptica altamiranista los escritores debían rehuir del lirismo, evitar el sentimentalismo y alejarse de los asuntos triviales para concentrarse en la construcción de una literatura épica, ejemplar y edificante que, siguiendo la consigna horaciana del *educar deleitando*, enardeciera el espíritu patriótico y formara política y moralmente al pueblo. Los llamados a la juventud y la promoción del nacionalismo literario se convertirán a partir de entonces en dos hitos a los que la literatura mexicana habrá de acudir de tanto en tanto, ajustándolos a las necesidades de cada momento.

En contraste con el magisterio de Altamirano, emergió la figura de Manuel Gutiérrez Nájera como ícono del movimiento modernista mexicano. En torno al Duque Job se congregó la juventud finisecular que encontró en él un modelo del escritor moderno. A diferencia de Altamirano, Gutiérrez Nájera no ejerció un magisterio como tal ni concedió primacía al nacionalismo, al que consideraba una posibilidad entre muchas otras. Antes que imponer un modelo determinado, en congruencia precisamente con la poética modernista, defendió la libertad del artista. El modernismo mexicano abanderado por Nájera, cruce extemporáneo del romanticismo alemán y el simbolismo francés, significó la irrupción del yo en nuestra literatura. El valor pedagógico o moralizante de la literatura fue sustituido por la facultad de ésta para *expresar* el *genio poético* del artista. Los modernistas concibieron la

belleza como la manifestación de una verdad interior que no tenía correspondencia con lo mundano sino con una realidad superior, de naturaleza sagrada. A ella sólo tenía acceso el auténtico poeta, esto es, aquel que conseguía abandonarse a sí mismo para entregarse a los dictados divinos.

Con la ayuda de Carlos Díaz Dufoo, Gutiérrez Nájera hizo de la *Revista Azul* la plataforma más importante del modernismo mexicano. Para referirse a ella El Duque Job usó la metáfora de una casa de puertas abiertas y como tal recibió no sólo a los modernistas sino autores de todas las corrientes y de todo el continente, incluidos por supuesto los jóvenes poetas que nutrieron las páginas azules. Educados en la libertad procurada por el autor de *La novela del tranvía* los jóvenes decadentistas llevaron el ideario poético del polígrafo a uno de sus extremos más radicales. En parte como una estrategia literaria, en parte como una manifestación de auténtico malestar, el grupo hizo del escándalo, la transgresión y el sectarismo sus señas de identidad. Nacidos alrededor de la década de 1870 fueron una generación a la que le correspondió experimentar con un vértigo desconocido hasta entonces el auge de una modernidad desbordante. José Juan Tablada, Balbino Dávalos, Julio Ruelas, Ciro B. Ceballos, Francisco de Olaguíbel y Bernardo Couto Castillo, entre otros, apostaron por una estética hedonista e intransigente que, si bien no se oponía políticamente al régimen, sí manifestaba un rechazo a la moral de su tiempo. Para darse a conocer, el movimiento fraguó la *Revista Moderna*, un vehículo extraordinario tanto por el cuidado de su factura editorial como por su capacidad para transmitir aquella sensibilidad enfermiza y perversa que envolvió al *fin de siglo*. Poblada de sátiros y faunos, circes y quimeras, debidas a la magistral mano de Ruelas, y sostenida por la generosidad de su mecenas Jesús E. Valenzuela, la revista sentó un ejemplo sin parangón en nuestra

hemerografía, al grado que podría afirmarse que el recuerdo del decadentismo en México no es sino el recuerdo de la *Revista Moderna*. Anticipando los gestos de la vanguardia, los decadentes no sólo extremaron la defensa de la autonomía del arte hecha por Gutiérrez Nájera sino que dotaron a su propia vida y actitudes de un valor artístico. Como ocurrirá más tarde con la mayor parte de los movimientos vanguardistas, el decadentismo sobrevivió mientras sus integrantes fueron jóvenes, pues era una estrategia de irrupción que descansaba sobre la idea de que la juventud era un valor por sí misma; una idea de juventud, por cierto, que contradecía la postulada por Altamirano y rescataba la parte rebelde, soberbia e impaciente del carácter juvenil. Permanentemente impugnado, el decadentismo es casi una nota discordante en nuestra historia literaria, que sin embargo consiguió sentar el precedente de una juventud independiente, carente de docilidad e indispueta a atender las invocaciones de los mayores. El decadentismo sembró gestos y actitudes que otras juventudes adoptarán a la hora de reclamar un espacio propio.

La llegada de la nueva centuria parecía reclamar una juventud distinta a la que se transitó por el ocaso del siglo XIX. Desde las páginas de su *Ariel*, José Enrique Rodó lanzaba un nuevo llamado a la juventud hispanoamericana que encabezara la transformación social del continente. La convocatoria del uruguayo estaba dirigida a una minoría selecta, la de los jóvenes ilustrados, quienes debían asumir la dirección moral e intelectual de las masas. En México un grupo de jóvenes letrados atendió el llamado arielista al sustituir la copa dionisiaca por la mesa de estudio. Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Carlos Díaz Dufoo, Jr. y Julio Torri, entre otros, fueron esa savia nueva que a lo largo de la década de 1900 reivindicó la figura del joven apolíneo y buscó constituir una aristocracia

de la inteligencia dispuesta a corregir el rumbo del país. A diferencia de la generación anterior, de talante primordialmente artístico, estos jóvenes hicieron de lo poético un ejercicio casi privado y se proyectaron como hombres públicos, es decir como intelectuales, manifestando por distintas vías su compromiso con el estudio y con los asuntos cívicos. A lo largo de la década animaron las páginas de publicaciones como la *Revista Moderna de México*, *Savia Moderna* y *Arte*; crearon espacios para la difusión de la cultura y su propia formación con agrupaciones como la Sociedad de Conferencias y Conciertos, el Ateneo de la Juventud —de donde adquirieron su nombre— y el Ateneo de México; y reclamaron para sí un papel protagónico en la educación nacional al criticar al positivismo —corriente de pensamiento oficial del porfiriato—, intervenir en la fundación de la Universidad Nacional de México y, poco después, al crear la Universidad Popular. Inspirados en el humanismo y la antigüedad clásica, buscaron fundar simbólicamente una Atenas mexicana, una polis culta y serena dirigida por los más sabios. Sin embargo, la realidad mexicana parecía incompatible con aquellos ideales y si la relativa estabilidad del régimen porfirista les había permitido desarrollar a lo largo de la primera década el proyecto cultural más relevante de su tiempo, con el estallido de la Revolución aquella suerte de burbuja ática en la que vivían se quebró de súbito. 1910 inauguró una década sanguinaria, de luchas intestinas e inestabilidad política, económica y social. El programa cultural y educativo del Ateneo, a final de cuentas erudito y refinado pese a sus orientaciones sociales, quedó sin cabida en un México urgido por solucionar los problemas más inmediatos y elementales. Se produjo la inevitable desintegración del grupo. Algunos partieron al exilio, otros se integraron a los distintos gobiernos revolucionarios, otros se sumaron a las facciones

opositoras, unos pocos, como Caso, permanecieron solitarios en las aulas preparatorias o universitarias.

No obstante, la intempestiva interrupción de su proyecto cultural acaecida con la Revolución, el modelo intelectual postulado por el Ateneo permaneció durante la segunda década como el último referente de valía para los jóvenes estudiantes mexicanos. A donde se mire a lo largo de esos diez años y aun durante la década de 1920 se encuentran resabios ateneístas en las empresas culturales de los jóvenes. Durante los primeros años de la segunda década, algunos jóvenes, como Manuel Toussaint, Alfonso Caso y Alberto Vázquez del Mercado, llegaron a formarse directamente con los ateneístas y quisieron ser fieles a su legado, el cual buscaron transmitir a las siguientes generaciones. Otros más jóvenes aún, nacidos en la última decena del siglo XIX, no corrieron con la misma suerte pero participaron del espíritu sembrado por Henríquez Ureña y compañía. Aunque es un acuerdo clausurar la historia del Ateneo hacia 1914, lo cierto es que su presencia perduró durante mucho tiempo más. Si bien algunos de los miembros más relevantes como Henríquez Ureña, Reyes y Vasconcelos se hallaban alejados, por distintas razones, del escenario cultural mexicano; otros, como Antonio Caso, Enrique González Martínez o Agustín Loera y Chávez ocuparon un lugar central en la cultura del México posrevolucionario. Hacia la segunda mitad de la década, con los gobiernos carrancistas, la cultura mexicana comenzó un proceso de apertura. Diversas juventudes comenzaron a ocupar el horizonte intelectual mexicano. Los primeros en figurar, a dos años de la desaparición de *Nosotros*, es un grupo de estudiantes conocidos como los Orchabadas, quienes editaron con el apoyo del entonces Ministro de Instrucción Pública, Félix E. Palavacini, la efímera revista *Gladios*. La publicación a cargo de Luis Enrique Erro,

Octavio G. Barreda, Guillermo Dávila, Enrique Ortega Flores, Javier Piña y Palacios, Carlos Pellicer Cámara y los hermanos Eduardo y Carlos Chávez reflejó la urgencia de estos jóvenes por encontrar dirección de parte de unos maestros aparentemente ausentes y por colaborar en los asuntos públicos de un país en ruinas. Asimismo constituyó una de las primeras muestras de la emergencia de una nueva juventud que de manera relativamente independiente buscaba promoverse a sí misma. En *Gladios* se hizo patente el vuelco del pensamiento mexicano hacia sí mismo. Eran años que exigían repensar al país, reflexionar sobre su historia reciente, proyectar su futuro. Para ello se optó por un regreso al nacionalismo que tuvo varias vertientes como el colonialismo, el folclorismo, el indigenismo, el popularismo. Todas ellas tentativas por encontrar en el pasado prehispánico o colonial, así como en las expresiones vernáculas, la verdadera identidad de un país en pleno proceso de redefinición. Pese a que en la revista se encuentran algunas vindicaciones de la juventud por parte de algunos maestros, como Loera y Chávez o Caso, cuando estaba por aparecer el tercer número el subsidio gubernamental fue cancelado para pasar a manos de Rafael Loera y Chávez quien, con su hermano Agustín y Julio Torri, inauguró los cuadernos semanales de *Cvltvra*, colección emblemática que con más de 80 títulos dio a conocer lo mejor del pensamiento y la literatura mexicana, hispanoamericana, estadounidense y europea. Este gesto evidenciaba una desequilibrada pugna entre los viejos maestros y las nuevas generaciones en pos de la cultura posrevolucionaria.

La Nave, aparecida unos meses después de que se extinguiera la llama de *Gladios*, fue una muestra de ese intento de los viejos por recuperar el timón de la cultura mexicana. Dirigida por Pablo Martínez del Río la publicación entregó sus páginas al grupo ateneísta que permanecía en México —con excepción de Henríquez Ureña que se hallaba en Estados

Unidos. Publicaron en ella Alfonso Cravioto, Enrique González Martínez, Manuel de la Parra, Mariano Silva y Aceves, Manuel Romero de Terreros, El Marqués de San Francisco, Anastacio G. Saravia, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Xavier de Icaza, Jr., Carlos Díaz Dufoo, Jr., y Julio Torri. En *La Nave* la juventud brilla por su ausencia. Ni siquiera Castro Leal, Toussaint o Vázquez del Mercado —discípulos directos del Ateneo— aparecen en sus páginas. La revista que sólo pudo sacar un número a la luz, se vio envuelta en un halo nostálgico, el del regreso a los temas eruditos y artísticos que los ateneístas frecuentaron en sus primeros años. Poemas líricos, narraciones ambientadas en la Antigüedad helénica o romana, traducciones del latín, ensayos sobre historia colonial, sobre literatura o estética, dieron a la publicación un carácter quizás demasiado culto o refinado para una época necesitada de un discurso diferente, uno concentrado en los asuntos sociales y de actualidad.

Pegaso, el semanario editado por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde en 1917 fue otra de las tentativas de los escritores maduros para recuperar un lugar en la escena cultural posrevolucionario. A diferencia de la cultísima *Nave*, *Pegaso* se inscribió en la tradición de los magazines mexicanos que por entonces comenzaban a ganar popularidad con la exitosa publicación de semanarios como *Revista moderna de México*, a comienzos de siglo, y después *Revista de Revistas*, *Vida Moderna*, y *El Universal Ilustrado*. La revista de González Martínez buscó un equilibrio en las colaboraciones eminentemente artísticas y literarias y aquellas que abordaban temas de actualidad como la Gran Guerra, la Revolución Rusa o la renaciente vida cultural capitalina. En ella resaltan las numerosas crónicas firmadas por López Velarde, Toussaint, Genaro Estrada, Rafael López, El Vate Frías o Esteban Flores, entre otros. Textos desde los

cuales se da cuenta de una modernidad cada vez más extendida que transformaba los usos y costumbres de la sociedad mexicana e introducía nuevos gestos en el rostro de la Ciudad de México. Integrado por un amplio cuerpo de redacción, compuesto por prestigiados autores, que contemplaba además ilustradores, publicistas y numerosos patrocinadores, *Pegaso* fue una de las empresas literarias más notables de su tiempo; sin embargo, acaso fue “demasiado” literaria como para arraigarse en el gusto del gran público y poder sobrevivir sin subsidios gubernamentales, razón por la cual sólo pudo circular durante 19 semanas. A pesar de su corta existencia, la revista consiguió dar anuncio del paulatino resurgimiento cultural que experimentaba el país. Además de los cuantiosos escritores de renombre que logró conjuntar en sus páginas, hizo ahí su aparición una nueva generación de incipientes poetas que pocos años después marcarían un viraje en la sensibilidad intelectual de la época. Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo publicaron en *Pegaso* algunas de sus primeras producciones, inaugurando a lado de los consagrados una carrera literaria que a partir de ese momento no dejará de ascender.

Sin embargo, en ese momento aún estaban lejos de figurar con fuerza en el escenario cultural que pertenecía más bien a otro tipo de juventud, desinteresada en la poesía y más preocupada por los asuntos nacionales. Fueron los jóvenes de la Generación de 1915, mejor conocidos como Los Siete Sabios, quienes mediante una actualización del legado ateneísta consiguieron representar el modelo de juventud ilustrada. El grupo integrado por Castro Leal, Vázquez Mercado, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca y Teófilo Olea y Leyva, a quienes se sumarían más tarde otros estudiantes más jóvenes como Miguel Palacios Macedo, Narciso

Bassols y Daniel Cossío Villegas, dirigió sus esfuerzos hacia los temas y la acción sociales. Renunciaron a la faceta artística y humanista del Ateneo para asumir plenamente la del intelectual. Esta convicción se manifestó en buena parte de la juventud estudiantil del momento, la cual había sufrido un proceso de politización a lo largo de la década. Los estudiantes posrevolucionarios habían aprendido a hacer valer el prestigio tanto de su juventud como de su carácter ilustrado reuniéndose en agrupaciones de distinta índole mediante las cuales buscaban incidir en la vida universitaria y política del país. El Congreso Local Estudiantil, la Federación de Estudiantes, la Asociación Católica de la Juventud, así como ateneos y sociedades literarias tan numerosos como efímeros, fueron algunas de las plataformas con que los jóvenes estudiantes se catapultaron hacia el foro público, cobijados las más de las veces por instancias políticas o gubernamentales.

En parte como una reacción hacia estos jóvenes cobijados por el Estado, surgió *San-Ev-Ank* la revista que marcó el regreso de los Orchabadas en 1918. El semanario, editado de forma independiente, fue un contrapunto en las publicaciones literarias de aquel tiempo. Irónica, lúdica y acre, la revista rompió con la concordia habitual en nuestro panorama hemerográfico y procuró dar voz a una juventud marcada por la violencia revolucionaria y el pasmo cultural que ésta había generado. Los editores y colaboradores de *San-Ev-Ank* hicieron del humor una herramienta crítica y un instrumento para llamar la atención. Primordialmente interesados en exhibir su propia juventud se dedicaron al escarnio de sus compañeros estudiantes, de sus viejos profesores, de las autoridades universitarias y de sí mismos, al amparo de seudónimos como Paul Vorín y Paul Vareda, Sub-y-baja, Leopoldo Alchiquero o Max von O'grapho. Más allá del humorismo, o precisamente como parte fundamental de éste, las bromas y burlas lanzadas desde las páginas del semanario ponían

de manifiesto el hartazgo de una generación que se sentía desamparada y que no encontraba en los viejos profesores, normalistas o asociados al porfirismo, una dirección moderna, ajustada a las demandas del final de la década; asimismo, daban cuenta del rechazo que les merecían algunos de sus coetáneos, jóvenes pedantes, madurados precozmente y dueños de una gravedad impostada. La revista, editada por Luis Enrique Erro, Guillermo Dávila, Octavio Barreda y Fernando Velázquez Subikurski, ofrece una serie de artículos serios cuyo común denominador era el llamado a la juventud posrevolucionaria para asumir un compromiso cívico con el país; llamado que muchas veces se resolvió en una retórica vacía pero que otras consiguió apuntar temas y problemas concisos que debían ser debatidos, principalmente en lo tocante al papel que debía jugar el estudiantado posrevolucionario y a la función que debía desempeñar una universidad moderna. La revista, además, amplio mosaico juvenil, constituyó un aparador para que los nuevos poetas continuaran exhibiéndose. Así lo hicieron Pellicer, Torres Bodet, Ortiz de Montellano, González Rojo y José Gorostiza, quienes comenzaban a figurar como un grupo literario, sin llegar a serlo plenamente.

En 1919 este grupo conformó su propio órgano editorial, *Revista Nueva*. Con sólo dos entregas, la revista señaló una nueva variante en la temperatura cultural de ese periodo al desligarse del discurso social para avocarse nuevamente al literario y artístico. Dirigida por Gorostiza y González Rojo, aunque financiada probablemente por González Martínez, Loera y Chávez y el grupo de la editorial México Moderno, *Revista Nueva* sirvió como un escaparate para los incipientes poetas, quienes se hicieron acompañar de algunas plumas ampliamente reconocidas. Con excepción de algunos poemas publicados los jóvenes no figuraron en su propia revista, cediendo protagonismo a autores como Antonio Caso, Díaz

Dufoo, Jr., Genaro Estrada, Mariano Silva y Aceves y Manuel Toussaint. Tanto por sus temas como por su nómina podría afirmarse que *Revista Nueva* fue una publicación ateneísta, filiación que se refuerza con el aviso aparecido al final del segundo número donde los editores anunciaban la formación de un nuevo Ateneo de la Juventud. Salvo este anuncio y un par de cartas que Ortiz de Montellano firma como secretario del Ateneo, no existen mayores informes sobre la existencia de esta agrupación. Sin embargo, la sola noticia de su formación daba muestra de un nuevo giro en la sensibilidad cultural mexicana de cara a la década de los veinte, representado por unos jóvenes que de nuevo se alejan de la figura del intelectual para acercarse a la del escritor. Su convicción de que el arte y la literatura guardaban autonomía frente a otros discursos distinguió su quehacer a partir de esos años y fue un elemento de tensión con otros grupos que mantenían el compromiso social como fundamento artístico.

La formación y la actuación de la juventud se manifestó como un asunto primordial para la literatura mexicana desde mediados del siglo XIX. México mismo, imaginado como un país joven, en una labor constante de autodefinición, acudió a las sucesivas hornadas de hombres nuevos con la esperanza de hallar un rumbo propio. Ignacio Manuel Altamirano, primero, y Manuel Gutiérrez Nájera, después, marcaron dos hitos en la relación de los jóvenes con la cultura. El primero creía que la juventud literaria debía encaminar todos sus esfuerzos intelectuales a fomentar el renacimiento del espíritu nacional de un país que desde la guerra de independencia se había dedicado a derramar su propia sangre, lo cual constituía una misión tan clara como irrenunciable. El segundo, por el contrario, no quiso asignar cometido alguno a los jóvenes de fin de siglo en acuerdo con una poética que defendía como valor supremo la libertad individual. Dichas posturas marcaron los

derroteros por los cuales transitarían los jóvenes literatos durante las décadas siguientes. Los jóvenes y sus maestros reinterpretaron y ajustaron a su contexto dichas concepciones a cada momento. En dicho proceso histórico no puede hablarse de pendularidad sino de distintas superposiciones de ideas y actitudes. Los decandentistas, extremando la libertad propugnada por El Duque Job, hicieron de su juventud un valor artístico y una estrategia de asalto para ocupar un espacio en las letras finiseculares. Los ateneístas, en sus años verdes, aprovecharon la conquista de ese espacio ganado por los jóvenes para reclamar una posición de privilegio aunque con un programa radicalmente distinto al de la promoción anterior que desplazaba a la sacralidad artística y la libertad individual por el compromiso cívico y el rigor intelectual. Ideas y actitudes que desarrollaron con solidez durante la primera década y que consiguieron transmitir a los jóvenes de la segunda, quienes se apropiaron de ellas a su modo. Algunos, como Castro Leal, Toussaint y Vázquez del Mercado buscaron prolongarlas fielmente en un primer momento. Otros jóvenes, como Los Siete Sabios, reunidos en agrupaciones estudiantiles renunciaron definitivamente a la parte reflexiva y literaria para avocarse a la acción política y social en un intento de atender el llamado de un país que necesitaba reconstruirse después de la lucha revolucionaria. Unos más, como los editores de *San-Ev-Ank*, deseosos igualmente de comprometerse con el país y de encontrar un sitio en su transformación no encontraron el amparo de sus mayores e hicieron de la juventud su propio refugio y una plataforma de actuación. Finalmente, los futuros Contemporáneos, quienes experimentaron una realidad menos turbulenta, se alejaron del compromiso cívico y trasladaron el rigor intelectual y crítico a los ámbitos del arte y la literatura. Este fue un proceso marcado por tensiones generacionales, políticas y sociales en el cual la juventud representó un contrapeso siempre significativo, ya

atendiendo a los llamados de sus mayores, ya negándose a escucharlos, en un juego de rupturas y continuidades que contribuyeron a perfilar el rostro de la cultura mexicana moderna.

Bibliografía

- Abrams, Meyer Howard, *El espejo y la lámpara. Teoría Romántica y tradición crítica*, Meliton Bustamante (trad.), Barcelona, Barral Editores, 1975.
- _____, *El romanticismo: tradición y revolución*, Tomás Segovia (trad.), Madrid, Visor (Literatura y debate crítico), 1992.
- Abreu Gómez, Ermilo, *Sala de retratos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1947.
- Altamirano, Ignacio Manuel, “Introducción”, *El Renacimiento. Periódico literario (México, 1869)*, ed. facsimilar, Huberto Batis (pres.), México, UNAM, 1979, pp. 3-5.
- _____, *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, t. I, José Luis Martínez (ed. y pról.), México, Porrúa, 1949.
- Anónimo, “La juventud sin fe: el santuario sin dioses”, *San-Ev-Ank*, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 1.
- _____, “Por el Congreso Estudiantil. Acotaciones de un oyente”, *San-Ev-Ank*, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 10
- _____, “Por las escuelas”, *San-Ev-Ank*, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 14.
- _____, “Preliminar”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 3.
- _____, “University Antiquities Curio’s”, *San-Ev-Ank*, núm. 1 (11 de julio de 1918), p. 11.
- _____, “University Antiquities Curio’s”, *San-Ev-Ank*, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 7
- Aristóteles, *Retórica*, Quintín Racionero (intro., trad. y notas), Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos 142), 1990, pp. 377-381.
- Antonio Castro Leal, “Auto-retrato”, *San-Ev-Ank*, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 6.
- Azuela, Mariano, *Los de abajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Baudelaire, Charles, “Albatros”, en *Las flores del mal*, 6ª ed., trad. Jacinto Luis Guereña, Madrid, Visor, p. 41-42.
- Batis, Huberto, “Presentación”, a *El Renacimiento. Periódico literario (México, 1869)*, ed. facsimilar, México, UNAM, 1979, pp. VII-XVI.

- Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, trad. Mario Monteforte Toledo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Biagini, Hugo E., “El discurso juvenilista y la impronta roigiana”, *Horizontes filosóficos*, núm. 3, 2013, pp. 57-78.
- Barreda, Carmen *et al.*, *Octavio G. Barreda (1897-1964). Homenaje*, Casa de la Cultura Jalisciense, Guadalajara, Jal., Talleres Gráficos de Librería Madero, 1964.
- Barreda, Octavio G., “Gladios, San-ev-ank, Letras de México, El Hijo Pródigo”, en *Las revistas literarias de México*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1963, pp. 209-239.
- _____, *Obras. Poesía, narrativa, ensayo*, María de Lourdes Franco Bagnouls (recop., ed., intro., notas e índices), México, UNAM, 1985.
- Benjamin, Walter, “La reforma escolar: un movimiento cultural”, en *La metafísica de la juventud*, Ana Lucas (intro.), Luis Martínez de Velasco (trad.), Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona, 1993, pp. 47-52.
- _____, “La vida de los estudiantes”, en *La metafísica de la juventud*, Ana Lucas (intro.), Luis Martínez de Velasco (trad.), Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona, 1993, pp. 117-136.
- Caballero, Manuel, “¡Guerra al decadentismo! Resurrección de la *Revista Azul...*”, en *La construcción del modernismo (antología)*, intro., y rescate Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario 137), 2011, pp. 325-331.
- _____, “¡Guerra al decadentismo! Resurrección de la *Revista Azul*. Dominical literario. Fundado por los señores Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo en 1894. Segunda Época. Con autorización del fundador que sobrevive”, *El Entreacto. Bisemanal de Espectáculos, Literatura y Arte*, núm. 625 (21 de marzo de 1907), pp. 1-2.
- _____, “Prospecto”, *Revista Azul*, segunda época, número prospecto (3 de marzo de 1907), pp. 2-3.
- Campos Ortiz, Pablo, “Asociaciones estudiantiles”, *San-Ev-Ank*, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 5.
- _____, “Los desorientados”, *San-Ev-Ank*, núm. 7 (22 de agosto de 1918), pp. 3-4.
- Capistrán Garza, René, “La actuación de la juventud católica estudiantil”, *San-Ev-Ank*, núm. 4 (1 de agosto de 1918), pp. 5-6.
- Carballo, Emmanuel, “Julio Jiménez Rueda”, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública / Ediciones del Ermitaño, 1986, pp. 202-213.

- _____, “Salvador Novo”, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública / Ediciones del Ermitaño, 1986, pp. 302-337.
- Carlyle, Thomas, *Los héroes*, ^a ed., J. Farrán y Mayoral (trad., notas y pról.), Barcelona, Orbis, 1985.
- Caso, Antonio, “Claudio Debussy”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), pp. 5-12.
- _____, Caso, Antonio *et al.*, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recopil. de apéndices), México, UNAM, 1984.
- _____, “Solus ipse”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), p. 9.
- _____, *México (Apuntamientos de cultura patria)*, México, Imprenta Universitaria, 1943.
- Castro Leal, Antonio a Alfonso Reyes, 30 de noviembre de 1913, en Serge I. Zaïtzeff, *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, México, El Colegio Nacional, 1987, pp. 24-26.
- Clark de Lara, Belem, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998.
- _____, y Ana Laura Zavala Díaz, “Introducción”, en *La construcción del modernismo (antología)*, intro., y rescate Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario 137), 2011, pp. IX-XLV.
- _____, y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas (Colección de bolsillo, 16), 2000.
- _____ (coordinación y estudio introductorio), *Revista Moderna de México 1903-19011*, t. I. Índices, Belem Clark de Lara, Fernando Curiel Defossé, Gustavo Jiménez Aguirre, Raquel Mosqueda Rivera y Ana Laura Zavala Díaz (colaboradores), México, UNAM, 2002.
- _____ (coordinación y estudio introductorio), *Revista Moderna de México 1903-19011*, t. II. Contexto, Mílada Bazant, Elisa García Barragán, Javier Garciadiego, Georgina Naufal, Vicente Quirarte, Antonio Saborit, Elisa Speckman y Liliana Weinberg (colaboradores), México, UNAM, 2002.
- Campos, Rubén M., *El bar. La vida literaria de México en 1900*, Serge I. Zaïtzeff (pról.), México, UNAM / Dirección General de Publicaciones / Coordinación de Humanidades, 1996.
- _____, “Othón” (De la novela *El bar*), *Gladios*, año 1, núm. 2 (febrero de 1916), pp. 107-113.
- _____, “Valenzuela” (De la novela inédita *El bar*), *Nosotros*, núm. 6 (octubre de 1913), pp. 121-122.
- _____, “Valenzuela”, (De la novela *El bar*), *Revista Moderna de México*, vol. XV, núm. 94 (junio de 1911), pp. 138-140.
- Campos Ortiz, Pablo, “El concepto del estudiante moderno”, *San-Ev-Ank*, núm. 2 (18 de julio de 1918), p. 13-14.

- Ceballos, Ciro B., “Seis apologías. Balbino Dávalos”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año I, núm. 1 (julio de 1898), pp. 9-12.
- Chávez Ramírez, Carlos “Importancia actual del florecimiento de la música nacional”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 46-48.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas 55), 1986.
- Creelman, James / Porfirio Díaz, “Entrevista de James Creelman con el presidente Porfirio Díaz”, en *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, Javier Garciadiego (estudio introductorio, selección y notas), México, UNAM, 2005, p. 74.
- Cuevas, José A., “Gladios, alma juvenil”, *Gladios*, año 1, núm. 2 (febrero de 1916), pp. 129-131.
- Curiel, Fernando, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, 2ª ed., México, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Literarios (Ediciones especiales, 11), 1999.
- _____, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, México, UNAM / Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas / Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1996.
- De Castillo Ledón, Amalia, en *El trato con escritores (segunda serie)*, Jesús Escobedo (dibujos), México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, pp. 31-53.
- De la Parra, Manuel, “La nube”, *La Nave*, núm. 1 (mayo de 1916), p. 2.
- De la Torre y Morali, Manuel, “El despertar de una generación”, *San-Ev-Ank*, núm. 12 (17 de octubre de 1918), p. 1.
- _____, “Hacia el ideal”, *San-Ev-Ank*, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 1.
- _____, “Nuestra labor”, *San-Ev-Ank*, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 1.
- Díaz Dufoo, Carlos, “Un año”, *Revista Azul*, t. III, núm. 1 (5 de mayo de 1895), p. 1.
- Díaz Dufoo, Jr., Carlos, “Diálogo”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), pp. 3-4.
- Duncan, Jephtha B., “Molière en Inglaterra”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 15-30.
- Elorduy, Aquiles, *Discurso liberal*, México, Imprenta I. Escalante, 1916.
- Erro, Luis Enrique, “Gladios”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), p. 17-21.
- _____, “La universidad y la política”, *San-Ev-Ank*, núm. 1 (11 de julio de 1918), pp. 12-13.
- Estrada, Genaro, “Automóviles”, *Pegaso*, núm. 9 (17 de marzo de 1917), p. 1.
- Flores, Enrique, “La montaña rusa”, *Pegaso*, núm. 7 (19 de abril de 1917), p. 1.
- Fabre, Daniel, “«Forjar la juventud» en el pueblo”, en *Historia de los jóvenes. II. La edad contemporánea*, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus,

- 1996, pp. 61-100.
- Feixa Pampols, Carles, “De las culturas juveniles al estilo”, *Nueva Antropología*, XV, núm. 50, 1996, pp. 71-89.
- _____, “Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, v. 4, núm. 2, 2006, pp. 21-45.
- _____, “Prólogo. El imperio de las generaciones”, en *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas 1960-2000*, Sara Victoria Alvarado y Pablo A. Vommaro (comps.), Rosario, Homo Sapiens, 2010, pp. 14-20.
- Gabriel David, “Bibliografía”, *San-Ev-Ank*, t. II, núm. 1 (15 de noviembre de 1918), p. 12.
- _____, “Juzgar a López Velarde”, *San-Ev-Ank*, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 11.
- Garciadiego, Javier, “Movimientos estudiantiles durante la Revolución Mexicana (estudio de caso de participación de un grupo de clase media urbana)”, en Renate Marsiske (coord.), *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 1998, pp. 139-190.
- García Morales, Alfonso, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla, 1992.
- _____, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992.
- Gladios / La Nave*, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, col. Revistas Literarias Mexicanas Modernas, 1979.
- Gil y Vélez, Antonio R., “El folk-lore”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 84-96.
- Gómez Palacio, Martín, en *El trato con escritores (segunda serie)*, Jesús Escobedo (dibujos), México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, pp. 75-94
- González de Mendoza, J. M., “Agustín Loera y Chávez”, en *Cvltvra 50 años de vida. Los cuadernos literarios, la imprenta, la empresa editorial, 1916-1966*, México, Cvltvra, 1966, pp. 23-28.
- González Rojo, Enrique, “Las tres dádivas”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919),
- _____, “Madurez”, *San-Ev-Ank*, núm. 3 (25 de julio de 1918), p. 4.
- _____, “Nocturno del destino adverso”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 14.
- Gorostiza, José, “Poemas de José Gorostiza Alcalá”, *San-Ev-Ank*, núm. 5 (8 de agosto de 1918), pp. 8-9.
- _____, “Cuando la tarde...”, *Revista Nueva*, núm. 1 (9 de junio de 1919), p. 23
- Gutiérrez Nájera, Manuel (El Duque Job), “Al pie de la escalera”, *Revista Azul*, t. I, núm. 1 (6 de mayo de 1894), p. 1.

- _____, “Crónica del domingo”, *El Partido Liberal*, t. I, núm. 135 (2 de agosto de 1885), p. 1.
- _____, “El arte y el materialismo”, en *Obras*, t. I, investigación y recop. Erwin K. Mapes, ed. y notas Ernesto Mejía Sánchez, intro. Porfirio Martínez Peñaloza, índices Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara, México, UNAM, 1995, pp. 49-64.
- _____, “El cruzamiento en literatura”, *Revista Azul*, t. I, núm. 19 (9 de septiembre de 1894), pp. 289-292.
- Henríquez Ureña, Pedro a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (edición), México, Fondo de Cultura Económica, pp. 220-231.
- _____, a Alfonso Reyes, 28 de enero de 1914, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (edición), México, Fondo de Cultura Económica, pp. 264-266.
- _____, “Ariel”, en *Ensayos críticos*, en *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 23-47.
- _____, “Días alciónicos”, t. VIII, núm. 53 (enero de 1908), pp. 269-270.
- _____, “La cultura de las humanidades”, en *Ensayos*, edición crítica, José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.), Madrid, París, México, Buenos Aires, Sao Paulo, Lima, Guatemala, Santiago de Chile, ALLCA XX, 1998, pp. 18-28.
- _____, “La obra de José Enrique Rodó”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 57-68.
- _____, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- _____, “La cultura de las humanidades”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 157-166.
- _____, “La Revolución y la cultura en México”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 148-156.
- _____, *La Universidad*, Fernando Curiel Defossé (ed. crítica, estudio preliminar, notas y apéndices), México, UNAM, 2010.
- _____, *Memorias / Diario / Notas de viaje*, 2ª ed., Enrique Zuleta Álvarez (intro. y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- _____, “New York, July 29th, 1916”, en Julio Torri, *Epistolarios*, Serge I. Zaïtzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 239-243.

- Hall, Stanley G., *Adolescence: its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, 2 vols., Nueva York / Londres, D. Appleton & Co., 1917.
- Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 148-156.
- Hernández Padilla, Salvador, “Las revueltas libertarias, 1906-1908”, en *El magonismo: historia de una pasión libertaria 1900-1922*, 2ª ed., México, Era, 1988, pp. 80-135.
- Homero, *Odisea*, José Manuel Pabón (trad.), Manuel Fernández-Galiano (intro.), Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos 48), 1993, p. 106.
- Ibsen, *La Unión de la Juventud*, en *Teatro Completo*, t. IV, Pedro Pellicena (trad.), Madrid, Kronos, 1915.
- Jiménez Rueda, Julio, *El México que yo sentí (1896-1960). Testimonios de un espectador de buena fe*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, 8ª ed., México, Siglo XXI, 1996.
- Kurz, Andreas, “Algunas reflexiones en torno a Bernardo Couto Castillo y la narrativa mexicana modernista a finales del siglo diecinueve”, en *Memoria del XIX Coloquio Internacional de Literatura Mexicana e Hispanoamericana*, Universidad de Sonora / Departamento de Letras y Lingüística, 2005, pp. 131-141.
- _____, “La importancia de la filosofía y la cultura alemanas en *Contemporáneos*”, *Literatura Mexicana*, vol. XIX, núm. 1, 2008, pp. 75-108.
- _____, “La transformación de estereotipos femeninos en el modernismo mexicano a raíz de una adaptación de *El retrato de Dorian Gray*”, *Literatura Mexicana*, vol. 22, núm. 2, diciembre de 2011, pp. 29-43.
- Kyn Taniya, “Pellizco”, en *Avión*, en Luis Mario Schneider, *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 341.
- Levi, Giovanni y Jean-Claude Schmitt, “Introducción”, en *Historia de los jóvenes. I. De la Antigüedad a la Edad Moderna*, Giovanni Levi y Jean Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus, 1996, pp. 7-21.
- Liddell, Henry George y Robert Scott, *A Greek-English Lexicon*, (disponible en: <http://www.perseus.tufts.edu/>)
- Loera y Chávez, Agustín, “El florecer de un pueblo”, *Gladios*, año 1, núm. 2 (febrero de 1916), p. 99-101.
- Loera y Chávez hijo, Rafael, “Rafael Loera y Chávez. Maestro tipógrafo”, en *Cvltvra 50 años de vida. Los cuadernos literarios, la imprenta, la empresa editorial, 1916-1966*, México, Cvltvra, 1966, pp. 11-19.

- López, Rafael, “A la juventud”, *Revista Moderna de México*, año XI, núm. 70 (junio de 1909), pp. 201-203.
- López Velarde, Ramón, “Semana mayor”, *Pegaso*, núm. 5 (5 de abril de 1917), p. 1.
- Lugones, Leopoldo, “Castalia bárbara”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año II, núm. 11 (noviembre de 1899), pp. 338-340.
- Luzzatto, Sergio, “Jóvenes rebeldes y revolucionarios (1789-1917)”, en *Historia de los jóvenes. II. La edad contemporánea*, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus, 1996, pp. 239-310.
- Madero, Francisco I., F. I. Madero, “Manifiesto a la nación”, en *Plan de San Luis. Documentos facsimilares*, México, Comisión Editorial del Partido Revolucionario Institucional, 1973, p. 17-23.
- Maltrot, Matías, *Jesús Urueta. Su vida, su obra*, México, s/e, 1931.
- Mannheim, Karl, “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62, 1993, pp. 193-242.
- Mariscal, Federico E., “Arte patrio. Los elementos precortesianos”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 56-60.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.
- Martínez Carrizales, Leonardo, “La presencia de José Enrique Rodó en vísperas de la Revolución mexicana”, *Literatura mexicana*, v. XXI, núm. 2, 2010, pp. 51-73.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti, “La juventud es más que una palabra”, en *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblos, 2008, pp. 13-30.
- Marsiske, Renate, “Los estudiantes en la Universidad Nacional de México: 1910-1928”, en Renate Marsiske (coord.), *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 1998, pp. 191-222.
- Matute, Álvaro, *El Ateneo de México*, México, Fondo de Cultura Económica, col. Fondo 2000, 1999.
- _____, *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana / Océano, 2002.
- _____, “México, 1917 (Apuntes para una crónica)”, en *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana / Océano, 2002, pp. 127-136.
- “Memorial que los profesores y estudiantes de la Universidad llevan a la H. Cámara de Diputados”, en *La autonomía universitaria. Antología*, Jorge Pinto Mazal (estudio

- preliminar y selección de textos), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, pp. 75-82.
- Mena, Anselmo J., “La juventud es una fuerza y un tesoro”, *San-Ev-Ank*, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 1.
- Mendoza Rojas, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 2001.
- Meynell, Alice, “Los descivilizados”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), pp. 10-13.
- Monsiváis, Carlos, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia General de México*, Daniel Cosío Villegas (coord.), t. 2, 3ª ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1375-1548.
- _____, “La reforma universitaria de 1918”, en *Las esencias viajeras*, México, Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012, pp. 127-130.
- Monterde, Francisco, “La novela de la Revolución”, en *Figuras y generaciones literarias*, Jorge von Ziegler (pról.), Jorge Ortiz Monasterio y Jorge von Ziegler (recop. y sel.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 217-224.
- _____, “Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena, etcétera”, en *Las revistas literarias de México*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes / Departamento de Literatura, 1963, p. 111-145.
- Moraga Valle, Fabio, F. Moraga Valle, “Reforma desde el sur, revolución desde el norte. El Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 47 (enero-junio de 2014), pp. 155-195.
- Nervo, Amado, “23 de enero de 1898”, en *La Semana* (Primera serie. 1898-1900), en *Obras completas*, t. I., Francisco González Guerrero (recop., pról. y notas de la prosa), Alfonso Méndez Plancarte (recop., pról. y notas de la poesía), México, Aguilar, 1991, pp. 736-740 .
- _____, “27 de febrero de 1898”, en *La Semana* (Primera serie. 1898-1900), en *Obras completas*, t. I., Francisco González Guerrero (recop., pról. y notas de la prosa), Alfonso Méndez Plancarte (recop., pról. y notas de la poesía), México, Aguilar, 1991, pp. 762-765.
- _____, “Domingo 9 de julio de 1899”, en *La Semana* (Primera serie. 1898-1900), en *Obras completas*, t. I., Francisco González Guerrero (recop., pról. y notas de la prosa), Alfonso Méndez Plancarte (recop., pról. y notas de la poesía), México, Aguilar, 1991, pp. 988-991.
- Nordau, Max, *Degeneración*, Nicolás Salmerón y García (trad.), Madrid, Librería de Fernando Fé / Sáenz de Jubera, Hermanos, 1902.

- Novo, Salvador, *El trato con escritores, segunda serie*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, pp. 141-158.
- _____, *La estatua de sal*, Carlos Monsiváis (pról.), México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Nuevas tendencias de las organizaciones de la juventud. Estudio comparado*, París, Unesco, 1960.
- Ortega y Gasset, José, *La deshumanización del arte*, en *Obras completas*, t. III, 6ª ed., Madrid, Revista de Occidente.
- _____, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Calpe, 1923.
- Ortiz de Montellano, Bernardo, Carta al Sr. Subsecretario Encargado del Despacho de la Oficina de Relaciones Exteriores, (31 de octubre y 4 de noviembre de 1919), en *Epistolario*, Lourdes Franco Bagnouls (ed., pról., notas e índice), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 25 y 26.
- _____, “Mañana será el día”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 13.
- _____, “Vida y poesía”, en *Obras en prosa*, Lourdes Franco Bagnouls (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Pacheco, José Emilio, “Introducción”, en *Antología del modernismo ([1884-1921]*, t. I, sel., intro., y notas José Emilio Pacheco, México, UNAM / Dirección General de Difusión Cultural (Biblioteca del Estudiante Universitario, 90), 1970Pereira, Armando (coord.), *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, 2ª ed., Claudia Albarrán, Juan Antonio Rosado, Angélica Tornero (colabs.), México, UNAM / Ediciones Coyoacán, 2004.
- Pascual Gay, Juan, “El clasicismo extemporáneo de Jesús Urueta (1890-1900)”, *Siglo XIX (literatura hispánica)*, núm. 22, 2016, pp. 197-240.
- _____, *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2012.
- _____, Juan, Ricardo de la Fuente Ballesteros y Martha Isabel Ramírez, *Historias de las revistas literarias mexicanas (1894-1946): de El Renacimiento a las revistas modernistas (1894-1911)*, Juan Pascual Gay y Anuar Jalife (coords.), San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2014.
- _____, *Ignacio Barajas Lozano. El quicio del sueño*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2011.
- _____, y Antonio Cajero Vázquez, *José Peón del Valle (1866-1924). Una incierta voz del fin de siglo*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2014.
- Paul Vera, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 17
- _____, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, núm. 6 (15 de agosto de 1918), p. 15.
- _____, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 16.

- _____, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 15.
- _____, “Vaya, vaya con...”, *San-Ev-Ank*, núm. 13 (24 de octubre de 1918), p. 19.
- Paul Villos, “Buzón”, *San-Ev-Ank*, núm. 5 (8 de agosto de 1918), p. 15.
- Paul Vorín, Paul Vorón y Paul Vareda, “Sociales y personales”, *San-Ev-Ank*, núm. 7 (22 agosto de 1918), p. 12.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad / Posdata / Vuelta a “El laberinto de la soledad”*, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Pellicer, Carlos, “A Guillermo Dávila”, *Pegaso*, núm. 8 (26 de abril de 1917), p. 4.
- Peón del Valle, José, “Realidad”, *Revista Azul*, t. III, núm. 8, 23 de julio de 1895, pp. 122-123.
- Perales Ojeda, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas*, 2ª ed., México UNAM / Dirección General de Publicaciones / Coordinación de Humanidades, 2000.
- Perrot, Michelle, “La juventud obrera. Del taller a la fábrica”, en *Historia de los jóvenes. II. La edad contemporánea*, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), Madrid, Taurus, 1996, pp. 101-166.
- Platón, “Ión”, en *Diálogos I*, intro., gral. Emilio Lledó Íñigo, trad. y notas J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo, C. García Gual, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 37), pp. 249-269.
- Poggioli, Renato, *Teoría del arte de vanguardia*, Rosa Chacel (trad.), Madrid, Revista de Occidente, 1964.
- Quirarte, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1970.
- Quirarte, Vicente, *El laurel invisible*, Discurso de ingreso a El Colegio Nacional (3 de marzo de 2016), Manuel Peimbert Sierra (salutación), Eduardo Matos Moctezuma (respuesta), México, El Colegio Nacional, 2016.
- _____, “México entre dos amaneceres: las armas en las letras”, *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, núm. 6, invierno 2009, pp. 187-213.
- _____, “Sacerdotisas del café con leche”, en *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura, 2014, pp. 110-111.
- Ramón López Velarde, “A las gatas anónimas de mi pueblo”, *San-Ev-Ank*, núm. 12 (24 de octubre de 1918), p. 13.
- Rea González, Francisco, “Anecdotario”, en *Octavio G. Barreda (1897-1964). Homenaje*, México, Casa de Cultura Jalisciense, 1964, pp. 30-34.
- Reyes, Alfonso, “Discurso” (Pronunciado por su autor en el Salón de Actos de la Escuela N. Preparatoria, en la Velada con que la Sociedad de Alumnos celebró el mes

- próximo pasado el aniversario de la fundación de dicha Sociedad), t. VII, núm. 48 (agosto de 1907), pp. 340-344.
- _____, “El testimonio de Juan Peña”, en *Obras completas*, t. XXIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 48-58.
- _____, “Nosotros”, *Nosotros*, núm. 9 (marzo de 1914), pp. 216-221.
- _____, *Pasado inmediato*, en *Obras completas*, t. XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 181-216.
- _____, “Rodó”, en *El cazador. Ensayos y divagaciones*, en *Obras completas*, t. III, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 134-137.
- Rodó, José Enrique, *Ariel*, en *Cinco ensayos. Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y jacobinismo*, Hugo D. Barbagelata (pról.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014, pp. 89-161.
- _____, *El mirador de Próspero* en *Obra completa*, Emir Rodríguez Monegal (ed.), Madrid, Aguilar, 1957.
- Rojas Garcidueñas, José, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.
- Salinas Quiroga, Genaro, “Los siete sabios de México”, sobretiro de *Humanitas*, núm. 21, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1980, pp. 521-527.
- Sánchez Pineda, Ernesto, “Jesús Urueta, actor y maestro de su tiempo (1900-1910)”, inédito.
- _____, “La Nave del Ateneo”, *Texto Crítico. Revista del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana*, nueva época, año VII, núm. 34 (enero-junio de 2014), pp. 79-85.
- Sánchez Prado, Ignacio, *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2009.
- Schneider, Luis Mario, *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- Schulman, Ivan A., “Modernismo / modernidad: teoría y praxis”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987, p. 523-536.
- _____, “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en *El modernismo*, Lily Litvak (ed.), Madrid, Taurus, 1975, pp. 65-95.
- s/f, “En el umbral”, *Savia Moderna. Revista mensual de arte*, núm. 1 (marzo de 1906), p. 1.
- Sheridan, Guillermo, “El gladiador de acero blasona locas épocas”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 2 (octubre de 1979), pp. 45-47.
- _____, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

- Sierra, Justo, *Discurso inaugural de la Universidad Nacional*, Juan Ramón de la Fuente (pres.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- _____, *El exterior. Revistas políticas y literarias*, en *Obras completas*, t. VII, 3ª ed., José Luis Martínez (ed., notas. e índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- _____, “Panegírico a Barreda”, *Obras completas*, t. V, Discursos, 3ª ed., Manuel Mestre Ghigliazza (edición preparada por), Agustín Yáñez (edición revisada y ordenada por), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 387-396.
- Souto Kustín, Sandra, “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”, *HAOL*, núm. 13, invierno de 2007, p. 171-192.
- Spranger, Eduardo, *Psicología de la edad juvenil*, 7ª ed., José Gaos (trad.), Madrid, Revista de Occidente, 1965.
- Sub-y-baja, “La vida humilde”, *San-Ev-Ank*, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 12.
- _____, “López Velarde”, *San-Ev-Ank*, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 11.
- Tablada, José Juan, “Bernardo Couto Castillo”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 11 (junio de 1901), pp. 171-173.
- _____, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en *La construcción del modernismo (antología)*, intro., y rescate Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario 137), 2011, pp. 107-110.
- _____, *La feria de la vida*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- _____, “Notas bibliográficas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 6 (2ª quincena de marzo de 1901), pp. 101-102.
- Taracena, Alfonso, “Febrero 16”, en *La verdadera revolución mexicana (1915-1917)*, 2ª ed., Jesús González Schmal (palabras preliminares), México, Porrúa, 1992.
- _____, “Rudel”, *San-Ev-Ank*, núm. 8 (29 de agosto de 1918), p. 10.
- Torres Bodet, Jaime, “Ayer aún la audacia...”, nota de presentación de Enrique González Rojo, *San-Ev-Ank*, núm. 4 (1 de agosto de 1918), p. 8.
- _____, nota de presentación a “Versos de Martín Gómez Palacio”, *San-Ev-Ank*, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 5.
- _____, nota de presentación a “Versos de Bernardo Ortiz de Montellano”, *San-Ev-Ank*, núm. 7 (22 de agosto de 1918), p. 6.
- _____, “Otoño”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), p. 5.
- _____, *Tiempo de arena*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas 18), 1955.
- Torri, Julio, “Prólogo. La Revista Moderna de México”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. facsimilar, vols. I y II, México, UNAM / Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura, 1987, pp. IX-XIV.

- Toussaint, Manuel a Alfonso Reyes, 16 de octubre de 1917, en *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, Serge I. Zaïtzeff (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1990, p. 19-20.
- Toussaint, Manuel, “La vida febril”, *Pegaso*, núm. 10 (17 de mayo de 1917), p. 3.
- _____, “Mi «Beatus Ille»”, *Revista Nueva*, núm. 2 (25 de junio de 1919), pp. 9-10.
- Tovar y Ávalos, Enrique, “Misión social del arte”, *Gladios*, año 1, núm. 1 (enero de 1916), pp. 29-32.
- Turner, John Kenneth, *México bárbaro. Ensayo sociopolítico*, México, Costa-Amic, 1974.
- Ulloa, Berta, “La lucha armada (1911-1920)”, en *Historia General de México*, Daniel Cosío Villegas (coord.), t. 2, 3ª ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1075-1182.
- Urbina, Luis Gonzaga, “El artista de hoy”, *Revista Azul*, t. I, núm. 26 (28 de octubre de 1894), pp. 404-405.
- Urcola, Marcos A., “Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud”, *Inventio*, vol. 6, núm. 11, noviembre de 2003, pp. 41-50.
- Urías Horcasitas, Beatriz, “El ‘Hombre nuevo’ de la posrevolución”, *Letras Libres*, mayo de 2007, pp. 58-61.
- Urueta, Jesús, “Arenga a la juventud”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 5 (1ª quincena de marzo de 1901), pp. 74-76.
- Urueta, Margarita, *Historia de un gran desamor*, Baltasar Dromundo (pról.), México, Talleres Gráficos de Stylo, 1964.
- Valdés, Héctor, “Estudio introductorio”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ed. facsimilar, vols. I y II, México, UNAM / Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura, 1987, pp. XV-XXXVIII.
- Valenzuela, Emilio, “Una noble tentativa de cultura”, en *Revista Moderna de México* (octubre de 1909), pp. 120-121.
- Valenzuela, Jesús E., “Añoranza”, en *Mis recuerdos. Manojito de rimas*, Vicente Quirarte (pról., ed. y notas), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 153.
- Vasconcelos, José, “Conferencia leída en el ‘Continental Memorial Hall’ de Washington”, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, pp. 857-874.
- _____, “Discurso en el Congreso Internacional de Estudiantes, en 1921”, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, pp. 832-837.
- _____, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 97-113.

- _____, “La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recop. de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 135-138.
- _____, *Ulises Criollo*, segunda parte, México, Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas 12), 1983.
- Velázquez Albo, María de Lourdes, *Los congresos nacionales universitarios y los gobiernos de la Revolución 1910-1933*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 2000.
- Velázquez Alvarado, Coral, “Introducción” en Bernardo Couto Castillo, *Obra reunida*, ed., intro., estudio preliminar y notas Coral Velázquez Alvarado, México, UNAM / Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2014, pp. 9-51.
- Vera de Flachs, María Cristina, “Reformas, contrarreformas y movimientos estudiantiles en la Universidad de Córdoba (1870-1936)”, en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, t. III, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés Editores, 2006, pp. 21-79.
- VV. AA., “Los poetas jóvenes”, *Pegaso*, núm. 20 (27 de julio de 1917), p. 7.
- _____, “Los poetas jóvenes de *Pegaso*”, *Pegaso*, núm. 8 (26 de abril de 1917), p. 4.
- _____, “Protesta de los modernistas”, *El Entreacto. Bisemanal de Espectáculos, Literatura y Arte*, núm. 631 (11 de abril de 1907), pp. 2-3.
- _____, “Protesta de los modernistas”, en *La construcción del modernismo (antología)*, intro., y rescate Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario 137), 2011, pp. 333-337.
- Von Ziegler, Jorge, “Estudio introductorio”, en *Revista Azul*, México, UNAM-Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura, 1988, pp. IX-XXV.
- Zaid, Gabriel, “Intelectuales”, en *De los libros al poder*, Debolsillo, México, 2011, p. 100-110.
- _____, “La historia como progreso”, *Letras Libres* (marzo de 2005), pp. 28-31.
- _____, “López Velarde ateneísta”, *Vuelta*, núm. 179 (noviembre de 1991), pp. 15-25.
- Zaïtzeff, Serge I., “Prólogo”, en Campos, Rubén M., *El bar. La vida literaria de México en 1900*, México, UNAM / Dirección General de Publicaciones / Coordinación de Humanidades, 1996.
- Zola, Émile, “Carta a la juventud”, en *Yo acuso. La verdad en marcha*, Barcelona, Tusquets, 1998, pp. 42-56.